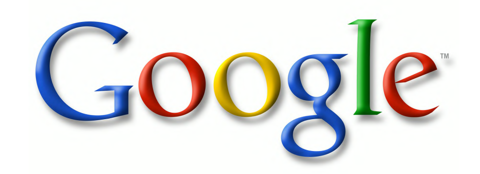
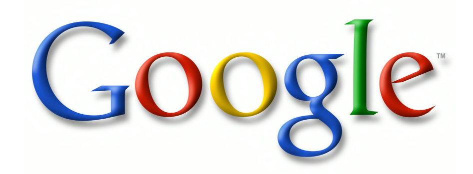
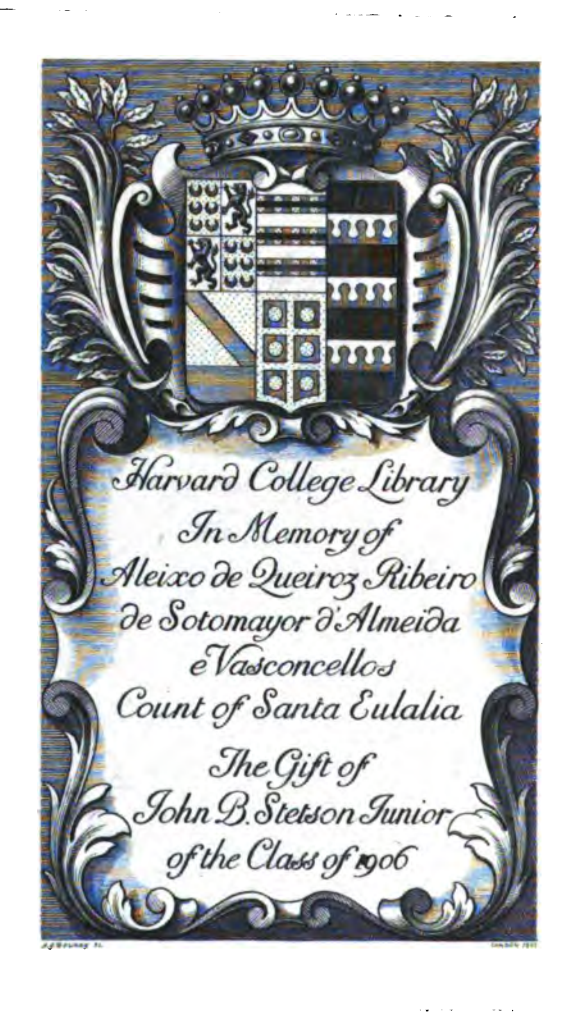







Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

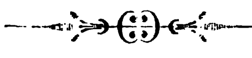
OBRAS POÉTICAS

DE

DON MARIANO ROCA DE TOGORES,

Marqués de Molins,

de la Academia Española.



Segunda edicion.



MADRID.—1858.
Imprenta de Tejado,
á cargo de Francisco de Robles,
Leganitos, 47.

Al Sr. D. J. [illegible]

El Autor

OBRAS POÉTICAS

DEL

MARQUÉS DE MOLINS.



CALCOGRAFIA DE LA IMP

OBRAS POÉTICAS

DE

D. MARIANO ROCA DE TOGORES,

Marqués de Molins,

de la Academia Española.

SEGUNDA EDICION.

MADRID:—1857.
IMPRENTA DE TEJADO,
á cargo de Francisco de Robles,
Leganitos, 47.

PRÓLOGO

escrito para la primera edicion.



No es raro que una persona, cuya desahogada posicion le permita emplear el tiempo á su gusto, se dedique celosamente á un ramo de ciencia, lo estudie con provecho, escriba sobre él, y guarde el manuscrito donde nadie lo vea. No falta quien dibuje, quien pinte, quien use diestro el palillo de modelar, quien se sirva con maña de la garlopa y del torno al aire, sin que haga ruidosa ostentacion de la aguada, el retrato, el busto, la caja angular ó redonda que le trajo largos dias atareado: trabajaba para sí, vió cumplido su objeto al acabar la obra, y de pocos ha de ser conocida: labor doméstica, prenda para uso privado, no da el público su voto acerca de ella.

Pero hay entre las artes (y es precisamente la que tiene en su gremio número mayor de alistados) una que apénas vive como le falte publicidad: ama el retiro, y corre las calles; expresa íntimos afectos del alma, singulares ocurrencias de la imaginacion; y nada puede tener callado: tal es la poesía. El erudito, el curioso, el aficionado á las artes pueden estudiar y escribir en secreto; el poeta siente, imagina y canta para ser oido. No destruyen lo general de esta regla excepciones que forman, ya el que, descontento de sí, rasga ó cancela cuanto fia al papel; ya el orgulloso que descontento de los demás, conceptuándose muy superior á todos, recela sin embargo que si da á luz los peregrinos partos de su melindroso ingenio, les lloverán encima las burlas con que escarneció los escritos ajenos; por lo cual reserva aquellas joyas como en un sagrario, que no se ha de abrir sino al que tenga hecho voto de adorar lo que se le mostrare: la mayor parte de los que hacen versos los leen á propios y extraños, los imprimen ó dejan que se los impriman.

Á este efecto concurren diferentes causas: en primer lugar, el poeta suele escribir inspirado de afectos que no son propia y exclusivamente suyos, sino que los sienten de igual manera muchos individuos de la sociedad en que vive, tal vez la mayoría, tal vez toda la sociedad en conjunto, la cual se sirve del poeta como de un órgano de manifestacion, como de

un intérprete necesario, que, á sabiendas ó sin saberlo, obra en virtud de una ley natural. Es el mar un profundo lago adonde concurren todas las aguas que vienen de nivel superior: la sociedad puede, por el contrario, considerarse como un estanque profundizado en una eminencia, de la cual descienden rios, arroyos ó hilos de agua que sangran el vastísimo receptáculo: varía su caudal; pero salen todos del mismo depósito, y obedecen al propio impulso. Querer que en ciertas circunstancias enmudezca el poeta, seria pretender que las aguas no rebosaran, lleno ya el recipiente. Canta pues el poeta porque lo es: puédesele hacer cargo si canta mal; no por haber cantado, porque en esto apénas es libre.

Ni áun disfruta de libertad completa para elegir ó preferir asuntos de canto, si atendemos bien á la historia de la poesía en todos los tiempos. ¡Cuántos hechos notables, cuántos graves acontecimientos no han ocurrido, y ocurren á cada paso en el mundo, que no han resonado aún en las cuerdas de lira alguna, ó que han sido cantados tan sólo entre dientes! ¿Por qué esa indiferencia, ese raro desvío? Porque el poeta, órgano, instrumento, voz de su país, de su pueblo, del círculo en que se mueve, no da ó no puede fácilmente dar más importancia á tales sucesos, que la que tienen para la porcion de humanidad que habla, que grita ó enmudece en torno de él. ¿Acierta á vivir entre hombres capaces de reunirse,

nacion por nacion y pueblo por pueblo, á fin de vengar la injuria hecha á un solo individuo, capaces de combatir diez años hasta arrasar la ciudad enemiga? El poeta allí puede ser Homero. ¿Vive entre hombres que, unidos por un vivo y nobilísimo sentimiento religioso, no pueden sufrir que posean y profanen infieles la cuna y la tumba de su Dios y su Redentor? Allí debe nacer un Torquato Tasso. Pero, ¿habita entre hombres que, siendo grandes, necesitan un gigante que los dirija, y no le tienen, por lo cual toma cada uno camino diverso? ¿hombres que, abrigando corazones de fuego, carecen de un agente avivador, poderoso y durable que mantenga ardiendo la llama? Entónces, gracias que asome allí un Alonso de Ercilla. Dividida y subdividida y vuelta á dividir en nuestros dias la nacion española por intereses que fueron grandes, y no son ó no parecen ya lo que fueron; pensando cada cual en sí con respecto á las necesidades presentes, y olvidando lo demás por completo; la inspiracion del poeta español no puede ménos de ser vaga, insegura, contradictoria, pequeña: han de aparecer en ella nuestras discordias, la agitacion que nos hace olvidar lo grande y lo bello, por lo que más inmediatamente nos toca y no lo es. El poeta hijo de España que en circunstancias semejantes haya conseguido permanecer español, no ha hecho poco: el Sr. Marqués de Molins, que á fuer de poeta compuso y publicó diferentes obras, las cuales, ordenadas en

coleccion, reproduce ahora, se distingue entre los genios verdaderamente españoles de nuestra época, entre aquellos que sin dejar de ceder á las circunstancias del lugar y del tiempo, han sabido combinar con ellas de tal modo el elemento artístico, necesario á toda composicion poética para ser apreciable, que sirviendo como de monumentos por una parte, son modelos por otra.

El Excmo. Sr. D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins, Vizconde de Rocamora, tercer hijo del Conde de Pinohermoso y de la Condesa de Villa-Leal, Grandes de España de primera clase, nació en Albacete, fué educado en Madrid en el Colegio de la calle de S. Mateo, en que profesaban Hermosilla y Lista, y de que fueron alumnos D. Ventura de la Vega, D. José de Espronceda, el señor Marqués de la Pezuela y otros individuos ilustres de la república de las letras; estudió más tarde en otro Colegio sito en la calle Ancha de S. Bernardo, de donde salieron igualmente D. Aureliano y D. Luis Fernandez Guerra y Orbe, D. Cárlos Doncel y algunos más de no inferior nombradía; regentó una clase de matemáticas en Alicante á la edad de diez y siete años, y tenia veinte cuando, al morir el Rey D. Fernando VII, se encendió en España la guerra civil. Fué de los muchos individuos de la Grandeza de nuestro país á quienes pareció sencillo, claro, indudable, justísimamente legítimo en fin, que la primogénita

del Rey difunto heredara la corona del padre; fué de los que, desde muy jóvenes, creyeron tambien justa y necesaria la reforma de nuestra ley política, la esperaron con ansia, la saludaron con gozo, separándose despues en partidos opuestos. El moderado ó conservador contó al señor D. Mariano Roca en su seno: publicista, diputado en varias legislaturas, y tres veces ministro, puede alguna de estas noticias últimas aprovechar al lector para entender tal ó cual especie en las composiciones que más adelante ha de ver; pero de seguro no hallará poesía de partido en ellas: dos hay, escritas ambas durante una expatriacion dolorosa, en las cuales el autor se queja como hombre y perdona como cristiano; mas en esas mismas, y en todas las restantes, el Sr. Marqués de Molins aparece siempre con el propio carácter: buen poeta, buen español, buen caballero.

Con estas tres calificaciones quedaba hecho el juicio de las obras poéticas, ántes y ahora publicadas por el señor Marqués de Molins; con remitir la prueba al lector, fiándola de su buena fe y discernimiento, podia concluir aquí este prólogo; pero como el Sr. D. Mariano Roca de Togores ha sido ministro, sus versos necesitan apología. En España, donde no hallan carrera que seguir millares de personas de mediana y áun de superior instruccion, hay siempre un ejército de pretendientes para los empleos del Estado; quien logra una plaza, entra en ella con tantos

enemigos como aspirantes la solicitaron; cuanto más elevada es, mayor guerra se hace al favorecido de la suerte: constituyendo la silla ministerial el destino más alto, la censura que se hace de un ministro, dentro y fuera de sus funciones gubernativas, corresponde á la alteza del puesto, y áun á veces la aventaja con mucho. Los que vituperaban la administracion del Marqués de Molins, diciendo que una Secretaría del Despacho no podia ser bien servida por un poeta, no tendrán hoy derecho para sostener que las obras poéticas del Marqués valen poco porque el autor ha sido ministro. Realmente la malignidad no suele expresarse tan á las claras: teme dejarse ver, se disfraza con apariencias de rectitud ó sinceridad plausible; pero en el fallo se la conoce: la que parecia paloma, enseña al cabo el diente de víbora: con la piel de leon postiza, suelta por fin el asno la ruda coz. ¿Por qué me matas? decia la luciérnaga al sapo. El vil agresor le replicaba: ¿para qué brillas?

Pero apartemos la vista de las sabandijas literarias, y fijémosla en objetos más agradables.

Las poesías comprendidas en este volúmen pertenecen al género lírico y al dramático: permítaseme tratar con preferencia de las dos composiciones teatrales que ocupan el tomo segundo.

La primera es un ensayo, de mucha novedad en su tiempo; ensayo escrito en solos ocho dias, y des-

tinado á representarse privadamente. Cumplia el autor 19 años; habia leido las obras del teatro francés, pertenecientes á la escuela nueva, llamada *romántica*; habia tratado con amistosa franqueza á sus autores; y prendado vivamente de ellas y de ellos, propúsose introducir el romanticismo en la escena española: empresa que se quedó en proyecto, porque el drama no se representó hasta mucho despues; aunque no se puede negar á nuestro autor la gloria de haberla intentado el primero. Compuso su drama romántico, que tituló de primera intencion *El Duque de Alba*, incluyendo en él variedad de metros, cuestion que trató de resolver, á la par que la de aclimatacion del género; cuestion que, sin embargo de estar casi resuelta de hecho, se debatia entre los literatos de la época, verdaderamente con más calor que en sí merecia. ¿Deben ó pueden escribirse en verso las composiciones dramáticas? Unos sostenian que debian escribirse; que pudiesen escribirse en verso, no lo disputaba ninguno. ¿Conviene que los versos del poema dramático sean buenos? Indudablemente conviene. Pues más fácil es componer 2,500 versos buenos en una comedia, repartidos en seis romances, interpolados de redondillas, quintillas y décimas, que escribirlos en solos tres, como pretendian y practicaban algunos. Un acto de 800 ó quizá de 1,000 versos con un solo asonante llegaba á cansar el oido, que al fin no percibia ya la asonancia;

200 ó 300 redondillas seguidas fatigaban por el contrario con el martilleo de los consonantes, que en el metro de ocho sílabas, como es corto, se repite demasiado, porque las rimas van muy cerca unas de otras: mezclando el romance con las redondillas, el poema adquiria variedad hermosa, y hallaba el oido agradable recreo: las obras dramáticas escritas con variedad de metros, podian pues, respecto á la forma, ser mejores en general que las escritas en una sola especie de versificacion. Así lo practicaron en el siglo XVII nuestros grandes poetas, guiados por su felicísimo instinto; y así lo habian practicado tambien hasta el año 1831, en que el Sr. Roca de Togores compuso su drama, varios escritores de nota. D. Ignacio de Luzán, autor de la primera poética española acomodada á las reglas de los preceptistas franceses, tradujo en metros varios la comedia sentimental de Lachaussée, titulada *La preocupacion de moda*. D. Tomás de Iriarte, en su primer ensayo dramático, la comedia que tituló *Hacer que hacemos*, introdujo tambien unas redondillas. Huerta, al poner en verso la tragedia de Fernan Perez de Oliva, *Agamenon vengado*, interpoló el romance endecasílabo con silvas, liras y octavas reales. D. Félix Enciso Castrillon engalanó con redondillas y otras combinaciones métricas aconsonantadas *La Dorotea, El Distraido* y *El Reconciliador*: lo mismo hizo D. José María de Carnerero en *La Huerfanita*, D. Manuel

Eduardo de Gorostiza en *Don Dieguito*, *Indulgencia para todos*, *El Jugador* y *Las Costumbres de antaño*; y en fin, D. Francisco Javier de Burgos en *Los tres iguales*. El mismo D. Leandro Fernandez de Moratin, que no se atrevió á poner ni una redondilla en sus tres comedias en verso, habia no obstante dicho en la de *El Café* que «los versos buenos eran muy estimables.» Por consiguiente, lo que importaba era versificar bien el poema dramático, fuera cual fuese la clase de versificacion en él adoptada.

La obra romántica de que vamos tratando, *El Duque de Alba*, refundida años adelante con el título de *La Espada de un caballero*, se representó con muy buen éxito en el teatro del Príncipe á 21 de Mayo de 1846, y el que firma este prólogo dijo lo siguiente de ella en el número 587 del periódico titulado *El Español*.

«Preso en el castillo de Uceda el célebre Duque de Alba D. Fernando en el año de 1580, le acompañaba en su prision su hija doña Leonor, pretendida entónces por D. Tello de Córdoba, caballero más aficionado á la caza que á obsequios de amores. Habíase tratado anteriormente el casamiento de Leonor con D. Alfonso de Guzmán, que habia obtenido el amor de la dama; pero ofendido vivamente Don Alfonso con los de Alba, porque un hermano de Doña Leonor habia quebrantado la palabra de esposo

dada á una hermana del mismo Don Alfonso, las amorosas y honestas relaciones mantenidas ántes entre éste y Doña Leonor habian cesado por parte del vengativo caballero, con grave angustia de la enamorada doncella: hija obediente, admitia la mano del esposo que le presentaba su padre; su corazon era de Alfonso. Dolíase amargamente el Duque de su prision, de la pérdida de su espada y de la enemistad que le tenia D. Alfonso: era tanto el valor que daba el Duque al recobro de aquella espada, terror de Flándes, que si el mismo D. Alfonso de Guzmán se la hubiese devuelto, se hubiera reconciliado con él, á pesar de los rencores antiguos. En buen hora para Leonor, esto es lo que puntualmente sucede: cuando la dócil hija va á dar la mano á D. Tello, no obstante que le era imposible tenerle cariño, D. Alfonso, de órden del Rey, viene á poner en libertad al de Alba, y le trae su famoso y tan suspirado acero. Don Tello de Córdoba, que no puede dudar entónces de que Leonor y D. Alfonso se aman; Don Tello, que por otra parte gustaba más de una Doña Elvira, dama principal tambien, amiga de Leonor y compañera suya, no tiene inconveniente en ceder la mano de la atribulada novia, que se une á su amante con el beneplácito del Duque, el cual sale de su prision para unir por medio de las armas la corona de Portugal con la de Castilla.

«Visto así el argumento, promete, á nuestro modo

de juzgar, mayor interes que en ciertos momentos tiene la obra del Sr. Roca de Togores, en la cual, excitada poderosamente la curiosidad con la hábil exposicion del drama, se echan ménos algunos lances que lleven adelante la animacion que reina en el hermoso diálogo del Duque y su hija, cón que se da principio. Parécenos que esto consiste en que los amantes no se ven hasta el desenlace del drama, por por lo cual su situacion no varía; y no caminando la accion via recta, se sostiene difícilmente el interes con giros á un lado y otro. Leonor ha dicho desde la primera escena que ama á D. Alfonso; pero que se casará con D. Tello; D. Alfonso se ha presentado en el castillo, creyendo equivocadamente que Doña Leonor le es infiel; pero quiere verla: el espectador lo desea; y miéntras no se verifica la anhelada entrevista, se oye con impaciencia lo demas. Por eso sin duda, en el instante en que los amantes se vieron, el interes, ántes represado, corrió por su cauce natural, la pieza concluyó bien y fué justamente aplaudida. Justamente, decimos, porque, fuera del defecto ya señalado, la obra del Sr. Roca merece grandes elogios por la hidalguía de los afectos, por la limpieza del lenguaje y de la versificacion. El Duque de Alba es siempre magnánimo, prudente y fiel á su palabra; Leonor apasionada y virtuosa; D. Alfonso impetuoso y galan; D. Tello desamorado y maniático por la caza. No hay en la accion la trave-

sura de las comedias francesas (1); tampoco adolece de sus impropiedades y falta de decoro: de *La espada de un caballero* no pueden sacarse sino lecciones de honor y virtud: allí, ménos un criado bufon, gracioso de comedia antigua, todos son caballeros y obran como tales. En fin, este drama, de no grande efecto para el público, en razon de que fué compuesto para un auditorio escogido, se ve sin embargo con complacencia y se lee con deleite, porque está escrito como corresponde á un individuo de la Real Academia Española. En la primera representacion fué llamado el autor á las tablas; no salió por haberse retirado en aquellos momentos: salió en la representacion siguiente, en la cual fueron los aplausos mayores y más unánimes que en la primera.»

Tal fué el éxito de la primera obra dramática del Sr. D. Mariano Roca de Togores, compuesta en 1831, y estrenada 15 años despues. Si se hubiera representado en teatro público inmediatamente que el autor la escribió, de seguro su estreno hubiera sido un acontecimiento literario notabilísimo: Madrid, que padecia entónces hambre y sed de novedades escénicas, hubiera hallado una muy grande en el género de esta obra, cuya armónica y gallarda versificacion, nueva para los españoles del siglo presente, hubiera halagado nuestros oidos á la par de una

(1) Se alude á *El Diablo Nocturno* y otras piezas traducidas del francés que se habian estrenado poco ántes.

música desconocida y encantadora. ¡Qué espectáculo ofrecian entónces los teatros de la Cruz y del Príncipe! Desde 1.° de Enero de 1829 á 29 de Abril de 1831 en que se representó por primera vez la comedia titulada *No más mostrador*, imitacion feliz de dos obras francesas; las composiciones originales nuevas que vió nuestra corte fueron siete no más: tres loas, una tragedia, una comedia, un drama patibulario y un comedion de cristianos y moros. La comedia y el comedion tuvieron igual suerte, fueron silbados; la tragedia duró cinco dias, gracias á las recomendaciones oficiales que llevó consigo; el drama, que se titulaba *El asesino descubierto*, aunque obtuvo tres representaciones no más, fué quizá lo que mejor se oyó: veinte versos de *La espada de un caballero* valian más que la tragedia, la comedia, el drama aljamiado y el asesino, y dos de las tres loas: la otra era de nuestro gran escritor dramático D. Manuel Breton de los Herreros.

La segunda y última obra escénica del Sr. Roca de Togores fué *Doña María de Molina*, representada por primera vez en el teatro del Príncipe á 11 de Julio de 1837. La revolucion literaria, la invasion del gusto romántico, que hubiera podido principiar con *La espada de un caballero*, habia sido realizada por *El Trovador*, estrenado en 1.° de Marzo de 1836, El nuevo género, bueno ó malo, bastardo ó legítimo, propenso al error, pero siempre favorable al ingenio,

dominaba sin oposicion en la escena española: *Doña María de Molina*, drama rico en accion, abundante en episodios, con grandes y muchos caracteres, con magníficos pensamientos políticos, expresados ya en brillantes versos, ya en prosa castiza, respirando por todas partes patrio amor que se extiende indistinto del trono al pueblo, recibió la más lisonjera acogida, y se ha repetido varias veces con los mismos aplausos. Harto más acreedor que *La espada de un caballero* sería este hermoso drama á ser examinado en un largo artículo; pero llevando al frente el que el Sr. D. Juan Donoso Cortés publicó en un periódico de esta córte, en él verá el lector mucho mejor pensado y escrito cuanto yo pudiera advertirle. Solo notaré que al censurar el Sr. Donoso en el drama del Sr. Roca las palabras *libertad* y *tiranía* como voces sin significacion en los siglos medios, me parece que no anduvo muy acertado. «Yo no encuentro (dice el Sr. Donoso Cartés) sino villas que, cuando son débiles, doblan la cerviz ante sus orgullosos señores; y cuando son fuertes piden y conquistan franquicias y privilegios locales. En cuanto á los reyes, concibo muy bien que se entregasen á bárbaras violencias; pero no concibo cómo, siendo efímero su poder, y contrastado su imperio por insolentes vasallos, pudieron ni áun concebir el pensamiento de sistematizar sus violencias, para que se trasformasen en tiranía.» —Yo concibo por el contrario ser muy fácil que á un

rey, cuyo poder cercenaban sus súbditos, se le ocurriese ensancharlo; y cabalmente veo un ejemplar de ello en el esposo de Doña María de Molina; concibo que las villas conquistadoras de franquicias y privilegios debian tenerse por libres á su modo, porque en efecto se libraban de pesados gravámenes: comprendo que el señor ó el rey orgulloso, que en vez de ceder á las peticiones de sus vasallos les apretaba más el yugo, sistemáticamente ó sin sistema, ejercia una opresion que podria muy bien parecer tiránica á los que la padecian. Desde Sancho el Bravo á D. Pedro el Cruel el estado político de España apénas varió; y sin examinar si fué ó no tirano D. Pedro, sus enemigos así le llamaban. Esas palabras, y otras que usa en su drama el autor de *Doña María de Molina*, aunque no expresaban en el siglo XIII lo mismo que ahora, no están fuera de su lugar.

El primer tomo de estos dos se compone de poesías líricas; pero da principio con un canto épico de 86 octavas, cuyo asunto es el sitio que en el año 1365 puso el rey D. Pedro de Castilla á la ciudad de Orihuela, sitio en que peleó esforzadamente Don Julian Togores, ilustre ascendiente del autor. Este canto, que forma por sí un poemita casi completo, es parte de otro poema de mayores dimensiones, aún no concluido: aviso que hacemos á los lectores rigoristas en punto á cánones poéticos, para que no echen ménos la proposicion y la invocacion. El hecho ce-

lebrado en este fragmento es muy sencillo, pero de mucho interés. Juan de Eslava, padre de la hermosa Inés, defiende el alcázar de Orihuela, militando á sus órdenes el valiente Julian Togores, amante rendido de aquella dama, cuyo corazon, aunque belicoso y esquivo, se inclinaba en secreto á D. Alfonso de Guzmán, adalid principal del campo enemigo. En una embestida, rechazada victoriosamente por los de Orihuela, Guzmán y Togores, rivales en valor y en amor; se encuentran en el adarve de una torre, pelean denodados, y es muerto el galan preferido. Rueda al foso el cadáver de Guzmán, revuelto con su vencida bandera; y llegando Inés recorriendo los puestos, encuentra el cadáver, levanta el pendon que le cubre, conoce á su amante y cae sin sentido á su lado. Lágrimas, primero de dolor y de ira despues, ahogan á la infeliz doncella, cuyo despecho, expresado en terribles imprecaciones, cumple más tarde el fatal destino de Eslava, de Togores y el rey Don Pedro.

El estilo del poema, noble generalmente y bello, sembrado por do quier de imágenes valientes y propias, varía de lo grave á lo afectuoso, de lo dulce á lo enérgico. Nótese el símil descrito en la octava siguiente.

No de otro modo al súbito estampido
El alud en los Alpes se desgaja,

Y con tremendo aterrador zumbido
De cresta en cresta rebotando baja,
Y arrastrando en su tumbo el cedro erguido,
Los robles troncha y las encinas raja,
Hasta que pára en el peñasco ingente
Donde retumba el bramador torrente.

Véase por el contrario este ligero esbozo de Inés armada.

Se escapa de su dura capellina,
Como de niebla el sol, áurea guedeja:
En el gorjal y góla diamantina
El albo rostro su candor refleja;
La malla y luenga veste purpurina
Ver la hermosura de las formas deja,
Cual luce, de la hiedra revestido,
La palmera gentil su talle erguido.

Fugitivas las huestes del sitiador, entran los de Orihuela el real enemigo.

¿Quién en tanto resiste al violento
Ímpetu audaz del rayo de la guerra?
¿De Inés, que entrando el regio campamento,
Los fuertes escuadrones corta y cierra,
Como suele arrollar el recio viento
Seco follaje en la agostada tierra,
Teniendo los ingenios en tan poco
Cual las líbicas tiendas el siroco?
Surge de entre las cañas y los sauces
Con bélico furor, la turba agreste,
Como arrojan del báratro las fauces

Aves nocturnas á la luz celeste.
Los que no mueren en los hondos cauces,
Cuentan que han visto en la oriolana hueste,
Cual rayos de la cólera divina,
Á las Santas de Diós, Justa y Rufina.

Las octavas en que se describe el combate singular de Guzmán y Togores áun valen más: forman el mejor trozo del poema.

Poesías líricas de varios géneros llenan casi todo el tomo primero: hay odas, leyendas, romances descriptivos, madrigales, sonetos, letrillas, una epístola y algunas composiciones que el autor llama *Fantasías*, las cuales participan de la oda, la elegía y la cancion: en esta última cabe todo. Preceden en fecha dos odas: una á la Reina Doña María Cristina, cuando por su mano dió las banderas al ejército el dia 10 de Octubre de 1831, y otra del mismo año, dirigida al Excmo. Sr. Conde-Duque de Luna. En la primera aprovechó hábilmente el autor, así las circunstancias del acto como las del dia, que era el cumpleaños de la Serenísima Señora Infanta Doña María Isabel Luisa, hoy nuestra Reina: la serenidad; la especie de contento con que la Augusta Niña oyó el estruendo de las descargas que hicieron las tropas, inspiró al Sr. Roca la más linda estancia de su poemita; su amor patrío le llevó, como á otros muchos poetas españoles, ántes y despues de aquel tiempo, á vaticinar á España un porvenir de paz que le rehusó

pronto el destino. En la segunda oda hubo de llamar la atencion la novedad de un símil, poco usado hasta allí en los géneros graves. La oda principiaba con la estrofa siguiente.

¿Qué es, Marcelio, tu noble descendencia
Sin la luz del saber? Como la nave
De gallardetes mil empavesada,
De oro y plata cargada,
Con asiático lujo y opulencia,
Que, falta de timon, poner no sabe
Á do conviene su tajante prora.
Si no le ilustra ciencia bienhechora,
De qué sirve tu claro nacimiento?
Lo que presta al hinchado
Globo subir al trono de la Aurora,
Si luégo, no guiado,
Con ímpetu violento
Errante vaga á la merced del viento.

Un preceptista rigoroso, de los que en aquella época hormigueaban, hubiera aceptado la comparacion de la nave, poniendo alguna dificultad á los *mil gallardetes*; pero de seguro el *hinchado globo* no hubiera obtenido indulgencia. El nuevo colorido poético que supo más adelante dar á sus versos el autor, asomaba ya allí. Excede, sin embargo, con mucho á estas dos odas la breve cancion *Á Concha en sus dias*, y aventaja á la cancion infinito la fantasía de *Los ensueños*, una de las obras mejor ideadas y es-

critas de nuestro autor, en la cual sorprende la adusta energía del trozo en que se describe el sueño congojoso de la cortesana opulenta.

Cuando al rayar el dia, *abandonada*
Del comprado galan, vuelve á su lecho,
Ronca la voz y desceñido el pecho,
Rendida del deleite y no saciada,
Justo será que vengador esgrima
Homicida puñal fantasma airado,
Y sobre su garganta reclinado,
Con férrea mano el corazon la oprima.
«¿Qué hiciste, dice, de la antigua gloria?
Qué del nombre inmortal de tus abuelos?
. . . .
. . . .
«En brazos de quien finge que te adora,
En vano buscarás tiernas delicias;
Que *el precio has de contar de sus caricias*,
Comprada al mismo tiempo y compradora.»

En esta fantasía, en la titulada *El Córpus*, y en la epístola escrita en tercetos, creo encontrar los versas más valientes y más sentidos del Sr. Marqués de Molins.

Otra cosa son los romances: gracia, sencillez y soltura los recomiendan en general á todos: entre los que el señor Marqués llama *históricos*, equivalentes á lo que otros autores han llamado *leyendas*, merece en mi concepto la preferencia el de *Ambas á*

dos; pero de todas las obras líricas del Sr. Marqués de Molins, compuestas en verso octosílabo, la que más me agrada es el primer romance de los dos que llevan por título *Recuerdos de Salamanca*. Á mi ver, pocos hay en idioma español que rayen más alto: D. Francisco de Rojas, que tan al vivo pintó en su *García del Castañar* una casa de labrador limpia, alegre y rebosando abundancia, hubiera podido envidiar muchos trozos de este romance. Conforme fija el lector los ojos en el libro, y el pensamiento en los versos que lee, van apareciendo rápida y corpóreamente á su vista en aquella rústica habitacion los dos cuadros de la Vírgen y de la Reina, las sillas de ordinaria labor, los cofres, las tarimas con rehenchido de lana, el escritorio de dos siglos há y las velas para la triste hora de la agonía. Asistimos sin ser convidados á aquella comida, sazonada por la castellana honradez; oimos el grave, reverente y sentido razonamiento del sesudo aldeano; y tras aquella pura lágrima que vierte al besar la mano de su señora, aplaudimos con entusiasmo al poeta cuando nos dice:

Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así, del héroe famoso
Enmohecido el estoque,

Yace montaraz cuchillo
Lo que fué gloria del orbe.
¿En donde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haro y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde
Los héroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos
Y el tañer de los albogues,
Olvidó el son de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
Á sus propios labradores.
Su heróico ardor les infunde,
Y en su admiracion recoge
Para servir á su patria
Brio nuevo y fuerzas dobles.

. . . .

Hoy los Grandes, de extranjeras
Costumbres imitadores,
Á su vez desconocidos
Del pueblo que desconocen,
Atados al viejo yugo
Que los reyes les imponen,

Sufren de envidiosa plebe
El nivelador azote.
Sus! despertad; que ya es hora.
Venid, y quizás entónces
Los que en palacio os desprecian,
En las cabañas os honren.
Sí, que estos viejos castillos
No son infames padrones,
Ni los hicieron esclavos,
Ni los vendieron traidores.
Ganados son por valientes,
Que aclamaron en sus torres
Religion santa en sus cruces,
Libertad en sus pendones.

El romance de la *Cabalgata* y el del *Racimo de dátiles*, llegan quizás á la misma línea que éste, muy galan el uno, muy dulce y tierno el otro.

En los romances jocosos y letrillas, el desenfado y la oportunidad exceden al chiste: las gracias de estos poemitas menores agradan, no escuecen: recomendamos al lector el romance á *D. Manuel Breton*, la letrilla *Á la flor del granado* y la del *Velonero.*

Hay ademas entre las poesías del Sr. Marqués de Molins unas cuantas de esas que todo poeta, más ó ménos espontáneamente, compone en circunstancias particulares, fuera de las cuales el mérito de la obra desciende mucho. Áun así ofrecen rasgos notables de poesía varias obritas de este género. Á él pertenece el madrigal dedicado á D. Heriberto García de Que-

vedo, y titulado *El 31 de Diciembre de* 1851, en cuya madrugada cayó una nevada espesísima, de las mayores que se habian visto en Madrid en largos inviernos: sobrevino inmediatamente un cambio de temperatura de muchos grados, y derritiéndose la nieve, apénas quedaba rastro de ella por la noche cuando se reunió la tertulia en casa del Sr. Marqués de Molins. La excesiva humedad del ambiente, aquel aire grueso y pesado, tenia flojos y desmalazados los cuerpos, y el espíritu abatido y triste. En ese estado en que las personas que se visitan, como aisladas entre sí, apénas se hablan ó no aciertan á discurrir, porque predomina en todos cierta melancolía que mueve más á la meditacion solitaria que al mútuo comercio, fué mágico el efecto que produjeron estas cinco redondillas compuestas poco ántes:

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
Á la mañana formada,
Y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales;
Al que viene, de pañales;
Al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna;
El viejo hácia nuestra cuna,
Y el niño hácia nuestra huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos,

Como presente importuno,
Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace!

Buena es la composicion para todo tiempo y lugar en que sea leida; pero era mejor para allí, para aquel momento, para la noche de aquel dia que tan melancólicamente daba fin al año. Lo mismo sucede con otros versos del señor Marqués.

Al dar una mirada general sobre los escritos que hemos ido recorriendo bien que de paso, preséntasenos á la imaginacion la índole poética de las obras del señor Marqués bajo la figura de una elegante dama de córte, vestida quizá con ménos magnificencia que gusto, de bello y noble rostro, dulce sonrisa, voz grata y discreto lenguaje: que vive algunos dias en su palacio con los suyos, viaja á menudo, y se hospeda con generosa complacencia en la posada donde entran todos. Recuerda el señor Marqués tal y cual vez su cuna; pero honra siempre á su patria; celebra el valor de un Togores; pero sublima y glorifica el patriotismo del segoviano mercader Alfonso Martínez, y retrata con los más halagüeños colores al Charro viejo de Salamanca. No ha escogido para asunto de sus composiciones grandes acontecimientos

humanos, ni árduas cuestiones de vivo interes para la sociedad en conjunto; ha pintado, sí, ó descrito, cuadros de varios géneros, pertenecientes tambien á distintas épocas, animados, brillantes, agradables todos ó de provechosa enseñanza para cada español en particular; porque en todas se ve al buen español y al buen caballero, hablando, buscando, atrayendo á sí con la nobleza del pensamiento, con la oportunidad de la expresion, con el brioso ó dulce son del ritmo y la rima al buen español, sea ó no caballero: caballeros son todos los españoles, y nuestra poesía, para ser verdaderamente nacional, ha de ser hidalga, necesita ser noble. Nuestro romancero y nuestro teatro antiguo, los dos grandes tesoros de la poesía castellana, por ese carácter de nobleza se distinguen: para engrandecer, no para infamar á los moros, los sacaron en sus romances nuestros poetas líricos: Lope y Calderon, y en general todos nuestros buenos autores dramáticos, no enseñaron escarneciendo, sino recomendando; no presentaron por lo comun caricaturas deformes, sino hermosos modelos, á quienes todos querrian parecerse. La poesía sin moralidad bastardea su ilustre orígen; la musa mordaz, sátira acre, literaria ó política, por más que proclame principios de virtud y razon, pervierte con su ponzoñosa hiel toda buena doctrina. Goza de gran renombre aún Aristófanes, el poeta satírico de ninguno igualado; pero desaparece toda su celebridad

al momento que se leen sin supersticiosa prevencion sus comedias, donde á vueltas de mucho ingenio, salta por todas partes una intencion inícua, una desvergüenza sin freno; donde quizá lo ménos repugnante son obscenidades que vuelcan: los lectores de las obras aquí reunidas no podrán negar que hay ingenios que deleitan sin ofender al prójimo, y predican la moral moralmente. Lícito es desear que el señor Marqués de Molins hubiese templado su lira más veces en los tonos mayores; no se le puede sin embargo achacar á culpa el efecto natural del tiempo y lugar en que vive. Descontentos de ayer, más descontentos de hoy, y sin confianza ninguna para mañana, nuestro horizonte se extiende muy poco: pequeñeces, que se nos acercan demasiado á los ojos, nos quitan la vista de lo demás; el mezquino globo de la luna eclipsa el inmenso disco del sol. Ni es nueva en España esta calamidad de nuestros ingenios: tenemos de Rioja la epístola á Fabio: ¿qué otras obras principales le quedan despues? Cancioncitas á flores. Tampoco los Argensolas ni Quevedo aparecen más grandes poetas cuando manejan más altos asuntos: separando entre los antiguos á Herrera, y á Quintana entre los modernos, parece que los líricos españoles, sujetos á no sé qué ley del destino, que les obliga á dejar lo grande, se pasan de unos á otros la palabra diciéndose, al reves de Virgilio: *Minora canamus*. Harta gloria le queda al Marqués

de Molins, á pesar de todo, puesto que ya en la idea, ya en la manera de expresarla, sus versos recuerdan con frecuencia, aquí la gravedad de los Argensolas, allí la encantadora diccion y dulce melancolía de Rioja, más allá los enérgicos arranques del gran Quevedo; sin perjuicio de que la obra en que se halle alguna de estas semejanzas deje de ser propia del autor y propia de su época, buscando y hallando nuevas fuentes de poesía donde quiera que brotan.

Es necesario dar fin á este prólogo con una advertencia.

El señor Marqués de Molins formó el proyecto de imprimir estas poesías, hallándose en la capital del vecino imperio. donde no quiso darlas á luz, prefiriendo, como era justo, que se hiciese la edicion en España. Alguna que otra falta de órden en la clasificacion, alguno que otro leve descuido tipográfico nacen de que el autor no estaba en Madrid cuando se imprimia el tomo primero: la dificultad de arreglar una plana dió márgen al serio conflicto de haber de suprimir una octava en *El cerco de Orihuela,* ó de añadirle otra: pareció más venial este segundo pecado, y por respeto á los fueros del arte tipográfico, le cometió, á su pesar, uno de los amigos del señor Marqués, sin contar con su beneplácito hasta despues de tirado el pliego. Si yo hubiera escrito este prólogo entónces, no hubiera debido, ni me hubiera sido posible, disimular mi afecto al ilustre proscrito;

cambiado ya todo, he llevado con tiento la pluma, para no aparecer lisonjèro. Aunque dije al principio què las obras poéticas del señor Marqués de Molins necesitaban apología, no he tratado luégo de hacérsela: bellas y buenas, ellas se recomiendan por sí. Ni entónces ni despues hubiera considerado al señor Marqués de Molins como hombre político; pero hubiera podido hacer mencion del tiempo en que fué Vicepresidente del Liceo artístico y literario de Madrid, donde introdujo una feliz imitacion de los juegos que instituyó en Tolosa Clemencia Isaura; hubiera podido recordar las reuniones semanales de su casa, especie de academias de poesía y música, treguas dulces de afanosas tareas, de acalorados debates politicos, y áun de pesadumbres domésticas... Hay quien necesitaria una reunion de aquellas todos los dias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.



CERCO DE ORIHUELA

POR DON PEDRO EL CRUEL,

AÑO 1365 (1).

Á mi querido hermano el Conde de Pinohermoso.

Canto épico.

Ya entre celajes cándidos asoma
De la aurora la fúlgida hermosura,
Y vuela á embrïagarse con su aroma
Del lucentano mar la brisa pura;
Y el blanco olivo y la dorada poma
De la oriolana márgen del Segura
Pinta apacible con su tibio rayo
El sol postrero (2) del florido Mayo;

(1) Está sacado de un libro en pergamino, titulado *Descripcion del árbol de Togores*, del archivo de la casa de Roca de Togores, de Orihuela.

(2) Dióse el combate á Orihuela un juéves, á 30 de Mayo de 1365. Zurita, *Anales*, libro IX, capítulo LXI, pág. 340.

Cuando los congregados campeones
Con fratricida pecho y mano injusta
Aparejan bastidas y buzones (1)
Que rindan la ciudad bella y robusta.
Descuella entre sus gruesos torreones
El leve mirador de Santa Justa, (2)
Que, el címbalo agitando de la vela,
Llama á los defensores de Orihuela.

Noble ciudad! (3) Cual vírgen que ofendida
Busca el amparo en la materna falda,
Y suelto el pelo y la color perdida,
Reclina en ella la desnuda espalda,
Y en tanto el forzador con fementida
Risa le ofrece espléndida guirnalda,
Ó ya fingiendo apasionado lloro,
Rinde á sus plantas corruptor tesoro;

Así te amparas de la roca ingente
De negro mármol que nacer te viera,
Y leve adorna tu atezada frente
La undosa de cien palmas cabellera;
Y el turbio rio por la débil puente
Te ofrece el rico don de tu ribera,
Y el ancha presa que su cauce abruma
Baña tu planta de albicante espuma.

(1) Arietes.... et estos son de muchas maneras, así como castiellos de madera, et gatas, et bozones.... Ley XXIV, título XXIII, Partida II.

(2) Antiquísima iglesia parroquial de Orihuela, erigida en honor de Santas Justa y Rufina, á causa de haber Alonso X ganado la ciudad á los moros en el dia de aquellas santas mártires.

(3) Orihuela, una de las poblaciones confinantes del reino de Valencia, cercana al de Murcia, del cual en varias ocasiones formó parte, está asentada en la falda de un monte de mármol negro, sobre el cual habia un castillo, que pasaba por ser

No empero ya tus altos alminares
Coronan medias lunas agarenas,
Ni el pendon bendecido en los altares
Viene á cercar tus góticas almenas.
Ménos santa razon tus patrios lares
Amenaza con sangre y con cadenas;
Que barras de Aragon guardan la villa,
Y la asedian leones de Castilla (1).

¿Cuándo será, mi España idolatrada,
Que pueda yo cantar más dulce gloria?
Ay! muéstrame siquiera inmaculada
Una página al ménos de tu historia.
¿Qué importa que en dos mundos tremolada
Fuese tu cruz emblema de victoria,
Si rasgando tú propia el propio seno,
Pasto le ofreces al rencor ajeno?

Sí; que astuto adelanta el paso tardo,
Trasponiendo los montes de Galicia,
Sediento de oro el ánglico leopardo,
Que disfraza en halagos su codicia:
Sí; que ya llama el pérfido bastardo
Al frances Duguesclin con su milicia,
Y la rosa y la lis, ay triste! baña
En Nájera y Montiel sangre de España.

de los más fuertes de Europa: de él se desprendian las murallas de la poblacion, por la parte que hoy es la parroquia de Santiago, desde donde, hasta la puerta del Salvador (que hoy es catedral), la guardaba el rio Segura, sobre el cual habia, como al presente, varias presas.

(1) Los celos que hubo siempre entre los dos Pedros de Aragon y de Castilla, tomaron ocasion de guerra por algunos leves insultos cometidos en el mar junto á Peñíscola, y por el mútuo resentimiento de que cada uno de los dos Reyes amparase al hermano del otro. Véase Mariana, *Historia*, libro XVII, capítulo I.; Zurita, *Anales*, libro IX.; Abarca, *Rey Don Pedro IV el Ceremonioso*, capítulo IX.

Qué más? Visten Zegríes y Gomeles
Por el Rey de Castilla la marlota;
En pro del de Aragon arma bajeles
El tirano del África remota.
En vano manda el Padre de los fieles (1)
Paz á los Reyes; que á su furia rota
No hay ya patria, no hay Dios: tan fiera mengua
Llore mi corazon, cante mi lengua.

Tú que de tantos ínclitos varones (2)
Conservas, caro hermano, la memoria;
Tú que estudias nobleza en sus acciones
Muy más que en su caduca ejecutoria;
Tú encontrarás siquiera en mis canciones
El embeleso de la propia historia,
Y del suelo nativo el dulce encanto
Suplirá la rudeza de mi canto.

El mismo Rey Don Pedro de Castilla
Cerca á Orihuela, y con furor provoca
Desde los arrabales de la villa
Á los que guardan la almenada roca;
Y como ya tornar quiere á Sevilla,
Antes de su velada, en furia loca
Jura henchir de cadáveres la cava,
Si no se rinde pronto Juan de Eslava.

(1) Entre otros Legados que el Papa envió para apaciguar á los Reyes, merece notable recuerdo el Cardenal Guido de Boloña, sobre cuya mision puede consultarse Zurita, lib. IX, capítulo XXXIII y siguiente; Mariana, libro XVII, capítulo II.

(2) Hoy radican en la casa de Pinohermoso las casas de Togores, Rosell, Rocamora, y los mayorazgos de la Daya y otros á que hace referencia este canto. ¿Será reprensible el haberlo hecho, sólo porque es cosa propia? Pero si no estuvo en nuestra mano nacer, el cantar las hazañas de nuestros mayores vendrá á ser como el retratarlos para quien es pintor, ó el curarlos para quien es médico.

Juan de Eslava, el perínclito rico-hombre (1),
Que el oriolano alcázar asegura
Muy más con la defensa de su nombre,
Que de ancho foso ó de indomable altura:
Juan de Eslava, que extiende su renombre
Desde el turbio Mijáres al Segura,
Que otro tiempo en las playas de Murviedro (2)
La cólera burló del Rey Don Pedro.

Ménos dado al placer que á la pelea,
Severo el ademan, el rostro enjuto,
Nunca sirvió á la torpe Citerea,
Aunque pagó al amor doble tributo:
Su noble austera frente ya blanquea
Como el árbol de Pálas, cuyo fruto,
Pasados los ardores del verano,
Se muestra opimo en el follaje cano.

Vino á Castilla un tiempo mensajero,
Y unió su suerte á principal señora,
Á la bizarra Inés Portocarrero (3),
Que le siguió en Segorbe y en Ayora;
Mas no imprimiera el ósculo primero
En otra bella Inés, cuando á deshora
Muere la madre, flor que se deshace
Apena el fruto en su corola nace.

(1) E morió y estonce un caballero del Rey de Aragon, muy bueno, que tenia el dicho castillo de Orihuela (que era uno de los más fermosos y fuertes del mundo), que llamaban Don Juan Martinez de Eslava, que era rico hombre. Ayala, *Año 16 del Rey Don Pedro*, capítulo II, año 1365.

(2) El Rey Don Pedro padeció en el año anterior una terrible tormenta junto á Murviedro. Zurita, libro IX, folio 333.

(3) Debió ser hija de Fernan Perez Portocarrero, que fué Embajador del Rey de Castilla para concertar las amistades entre este Monarca y sus hermanos, el Rey de Aragon y los suyos. Véase Mariana, libro XVI, capítulo XIII, año 1317.

¡Fruto infeliz de amor, que con ayuda
De belígera yegua fué nutrido!
¡Cuántas veces mezcló la trompa ruda
Su son tremendo al infantil vagido!
¡Cuántas la linda Inés, casi desnuda,
Á su padre al combate apercibido
Leda sonríe, y en la cuna abraza
Con tierno pecho la glacial coraza!

Y apénas su dorada cabellera
Al albo seno virginal desciende,
No la purpúrea rosa lisonjera
En los cendales de la toca prende;
Almete gasta y varonil cimera,
Y en el bridon la polvareda hiende,
Como se ostenta el celestial querube
De acero armado entre la blanca nube.

Es dócil y es hermosa; mas le afrenta
La servidumbre y vana compostura;
Mil veces se ciñó daga cruenta
Con fiero orgullo á la gentil cintura;
Ánsia el peligro, indómita y sedienta
Áun más de admiracion que de ternura:
Ó no siente el amor, ó no lo paga,
Ó no se cura de la ajena llaga.

Amar es combatir para la hermosa:
Quien le brinda su fe, guerra la ofrece;
Huye y rechaza al que de amor la acosa,
Y sigue á aquel que fiero la aborrece:
De su vida y sus gracias generosa,
Ni amor la rinde, ni temor la empece;
Que criada en el campo y la pelea,
Combates busca y libertad desea.

Libre como nació, morir aspira:
Roto en la cuna el yugo cariñoso
Del amor maternal, oye con ira
Dar á su padre título de esposo;
Que ya Don Juan con la inocente Elvira
Sube al altar de nuevo, codicioso
De dejar á su nombre un heredero,
Que blandir pueda su indomable acero.

Ardió en guerra su hogar; mas le consuela
Un tierno infante con sonrisa pura:
Cuando desde Valencia hasta Orihuela
El castellano campo se apresura,
Del cercano peligro que recela
Sus tiernas prendas alejar procura;
Mas por quedarse Doña Inés porfía;
Que ama á su padre, y el peligro ansía.

Yace vecina al campo de Rojáles,
Do la vega feraz se torna inculta,
Y el Segura perdido entre arenales
En el mar de *Lucentum* (1) se sepulta,
La antigua Daya (2), selva de jarales
Donde la esposa de Don Juan se oculta,
Y con ardid de amor próvida alcanza
Á nutrir su cariño y su esperanza.

Que apénas pinta la naciente aurora
Las rojas cumbres de fulgor temprano,
Cuando rauda paloma voladora (3)
Del alto alcázar se desprende al llano:
En pobre albergue su gentil señora
Le brinda en blanca diestra el rubio grano,
Y con negro cordon de su cabello
Un ligero papel le anuda al cuello.

«Vuela al noble,» le dice, «á quien te envio,
»Portadora feliz del dulce peso:
»Díle que has arrullado al hijo mio,
»Y en prendas de su amor dale este beso;
»Díle que verle tras la lid confio
»Cual tú constante, enamorado, ileso.
»Ve en paz, y cuando el sol deje la playa,
»Vuelve á los campos de la antigua Daya.»

(1) *Lucentum*, que muchas veces se ha dicho ocupar el sitio de la nueva Alicante, se ha pensado tambien que correspondia á lo que hoy es Guardamar.

(2) Las Dayas, la Vieja y la Nueva, son dos heredamientos ó pueblos situados en la parte baja de la Huerta de Orihuela: pertenecieron ántes ambos á los Masquefas, y hoy la Vieja es del Conde de Pinohermoso y la Nueva del Marqués de Dos Aguas, siendo aquella una propiedad, y éste un pueblo.

(3) E tengan palomas adiestradas para llevar pliegos. Resúmen histórico del arma de Ingenieros, publicado en el *Memorial de Ingenieros*. Madrid, Marzo 1846, número 30, página 32.

Hoy al sentar sus plantas carmesíes
En la torre angular del homenage,
Mostró el ave con gotas de rubíes
Manchado el tornasol de su plumaje,
Cual si fiera caterva de neblíes (1)
En medio la asaltaran del vïaje.
Mas, ay! aún lleva en el herido cuello
Mal doblado un papel, roto el cabello.

Al ver la fiera Inés el avecilla
(Fiereza de mujer), se turbe y llora,
Y luego al acercarla á su mejilla,
Leyó esta letra, cuyo autor ignora:
«Hoy darán el asalto á vuestra villa
»Por el Real de Molins (2) de Rocamora.
»Yo, bella Inés, por tu existencia velo:
»Cual yo guardo tu amor, guárdete el cielo.»

El alcázar con la áspera montaña
Alto reparo á la ciudad procura,
Y el santo muro del Patron de España
La ciñe por la falda hasta el Segura:
Éste, su curso retorciendo, baña
La parte de Molins, y la asegura;
No empero tanto que su fácil vado
Pueda olvidar el velador soldado.

(1) Sabido es el gusto que en los siglos medios habia por la caza de halcones: el neblí era uno de los más usados; poníasele un bozo para que no matase á su presa.

(2) Molins, pueblecito al Oeste de Orihuela, y á la márgen derecha del rio Segura, que pertenece á la familia de Rocamora.

La Condesa de Villaleal, poseedora de estos mayorazgos y del antiquísimo Señorío de dicha villa, me lo cedió; y sobre él se fundó el título de Castilla con que me honró S. M.

Víctima fiel de Doña Inés áltiva,
Relucha entre desdenes y favores,
Como en la red el águila cautiva
El mísero amador Julian Togores (1).
Mísero! ¿Quién lo es más que quien aviva
El fuego de su amor con los rigores,
Cual ténue llama que encendió el aliento,
Y que levanta el huracan violento?

Por Doña Inés le vió casi espirante
El irritado golfo de Marsella,
Y á Don Fernando, de Aragon Infante,
Siguió en Albarracin, Caspe y Morella:
Por ella fué desesperado errante,
Y bravo y vencedor tambien por ella,
Por ella vuelve en fin; y ¡cuánto, cuánto
Por ella verterá de sangre y llanto!

Del temor combatido y la esperanza,
Pasa las noches en el muro alerta,
Y aun por eso, camino de Bonanza (2),
Sale á dar la temprana descubierta.
Hoy al volver, con la flexible lanza
Dulcemente pulsó la férrea puerta
Del alcázar, temiendo que su empeño
Pueda turbar á su querida el sueño.

(1) Julian Togores, número tres del árbol de esta familia, hijo de Felipe Togores, segun se colige de la carta que en el año de 1351, y por motivo de la muerte del mismo Felipe, escribió el Concejo de Orihuela al Rey de Aragon. Consta dicha carta en el folio 68 de las notas de aquel año, y dice: *Phelip Togores, que finá hair dichous, fou depositat en el Espital de San Salvador, et non fou soterrat ab ofici divinal* (habia entónces entredicho), *de que á tot lo Consell se lo segui gran mengua*. Acompañó Julian al Infante D. Fernando á Albarracin: lo acredita la carta de éste, *datis en Aspe á nueve de Agosto de* 1357.

(2) Bonanza, heredamiento próximo á Orihuela por la parte de Murcia.

Luego se apea en el umbral, en donde
Tantas veces lloraba á su enemiga:
En el blindaje su bridon esconde,
Limpiándole el sudor con la loriga.
Llama, vuelve á llamar; nadie responde,
Y crece en el silencio su fatiga,
Y en fin es fuerza que el reposo rompa;
Que al par del aldabon suena la trompa.

«Alzad, Eslava,» grita, «que el tirano
»Aproxima á los muros sus manteles (1):
»Ved que adelanta el campo castellano
»Camino de Beniel sus manganeles (2).
»Yo mismo he visto hácia la diestra mano
»Á Alfonso de Guzmán (3) con sus donceles;
»Viene de Alquibla (4) el escuadron alarbe;
»Que yo corté la puente de su azarbe.»

Oye entónces girar recia ventana
En la gótica excelsa galería,
Y allí la bella Inés, cual flor temprana
Abierta al soplo de zagala impía,
Su busto virginal de nieve y grana
Entre el áureo cabello descubria.
«Tarde venís,» le dice, «caballero,
»Siempre de malas nuevas mensajero.

(1) Mandó Gisbert de Barberá labrar una manta que en la historia del Rey se llama *Mantel*, y tambien se decia gata; y es la que en la milicia romana se llamó *testudo*. Zurita, *Anales de Aragon*, libro III, capítulo V, página 129.

(2) Otra pieza que se llamaba *manganel turquesco*, y era la artillería con que se batian y arrasaban los muros en aquellos tiempos. Zurita en el lugar citado.

(3) En siete dias del mes de Junio deste mismo año murió en Orihuela, la cual el Rey D. Pedro tenia cercada, Alonso de Guzmán, etc. Mariana, l. X, cap. VII.

(4) Heredamiento de Orihuela. Esta hazaña de cortar el puente del azarbe (ó canal de aguas de desahogo) consta en las citadas notas del archivo de la ciudad.

»No empero duerme el que obstinado calla,
»Ni es el que vela más más prevenido.
»Volveos, y hallaréis en la muralla
»Al mismo Eslava que juzgais dormido.
»Más de un hora que aguarda la batalla,
»Quizá por la lealtad apercibido
»De ese Guzmán que vió la audacia vuestra
»Con sus donceles á la mano diestra.

»Mucho,» dijo Togores, «desde el dia
»En que yo le guié por el postigo,
»Alabais á Guzmán. ¡Ay del que fia
»Incauto en la lealtad de su enemigo!
»Y pues vos lo mandais, no ya la mia,
»Mas vuestra voluntad rápido sigo.
»Voy al muro, y quien tanto se adelanta
»La mia besará, no vuestra planta.

»Así los dos recibiréis el pago,»
Dijo; y celando el rostro el caballero,
«Quedad con Dios,» añade: «en el estrago
»Pronto veréis el rumbo de mi acero.»
Luego al vecino cubo de Santiago
Desciende por los riscos tan ligero,
Que donde el férreo pié sienta la huella,
Despide el monte fúlgida centella.

No de otro modo al súbito estampido
El alud en los Alpes se desgaja,
Y con tremendo aterrador zumbido
De cresta en cresta rebotando baja,
Y arrastrando en su tumbo el cedro erguido,
Los robles troncha y las encinas raja,
Hasta que pára en el peñasco ingente
Donde retumba el bramador torrente.

Bien llega Don Julian; que el falso aviso
En mal hora creyendo Juan de Eslava,
Dejó mal guarnecido del preciso
Resguardo el murallon de la alcazaba;
Y el mismo Rey Don Pedro de improviso
Guia su tercio oculto por la cava,
Y fijan ya las altas escaleras
En las mal defendidas aspilleras.

«Traicion!» grita iracundo el de Togores,
Traicion! el monte cóncavo retumba,
Traicion! repite el valle y los alcores,
Luego la escala altísima derrumba;
Y los que se juzgaban vencedores,
En el foso caudal encuentran tumba,
Siendo su propia mísera caida
De sus propios amigos homicida.

Uña nube de flechas y azagayas (1)
Á la voz del garzon desciende al suelo,
Como al silbo del cárabo en las playas
La caterva de alondras alza el vuelo.
Entanto en las moriscas atalayas
La densa ahumada se remonta al cielo,
Y responde en la Huerta no remoto
El grave son del caracol innoto (2).

Cunde la alarma en una y otra parte.
Los que el foso cubrió, cautos guerreros,
Alzan ya sin rebozo el estandarte,
Y vienen en su pro los lombarderos,
Miéntras que del vecino baluarte
Acorren á Togores cien paleros (3),
Y á su impulso cayeron despeñados
Piedras, escalas, armas y soldados.

Tanto dura la lid, que al que defiende
Faltan las piedras ya que previniera;
Cuando se ve que rápido desciende
Refrenado alazan por la ladera:
Los fuertes brazos tan seguros tiende
Cual si excelsa deidad lo condujera,
Y con los piés que arrastra, manda al llano
Armas á Don Julian, miedo al tirano.

(1) Lanza ó dardo pequeño arrojadizo. Juan de Mena, *Laberinto*, Órden de Marte.

(2) Sabido es el medio de comunicacion que los antiguos tenian por ahumadas que hacian en distintos parajes, y de diversa densidad y color, segun lo que querian decir, y el combustible que empleaban: en cuanto á los toques de caracol, aún se usan en aquellos países en caso de ruptura de presas, de inundaciones, de incendios, ó de otra cualquier causa de rebato.

(3) Llámanse así en el país los que con palas limpian los cauces y abren las acequias: gente fornida y apta para todo trabajo de guerra.

Entanto en el cuartel de los Hostales (1)
Entre Eslava y Guzmán cunde la liza;
En fuerza nó, pero en valor iguales,
Cuando se estrecha más, más se encarniza:
Ya reducen los góticos portales
Novísimas lombardas (2) á ceniza,
Miéntras allende el rio gruesas moles
Disparan los antiguos foneboles (3).

El súbito estampido vïolento
Un breve punto al defensor espanta,
Cuando en raudo bridon que corta el viento,
Inés por los escombros se adelanta:
Inés, que arrebató con noble intento
De entre las manos de la Vírgen Santa
El ramo de jazmin y de azucena
Que el viento calma y que la mar enfrena (4).

Se escapa de su dura capellina,
Como de niebla el sol, áurea guedeja:
En el gorjal y gola diamantina
El albo rostro su candor refleja;
La malla y luenga veste purpurina
Ver la hermosura de las formas deja,
Cual luce, de la hiedra revestido,
La palmera gentil su tronco erguido.

(1) Hostales vale tanto como posadas: aun hoy conserva este nombre un barrio de Orihuela, que por el lado izquierdo del rio se extiende á la parte de Molins.

(2) Las lombardas se principiaron á usar en 1342 en el sitio de Algeciras.

(3) Y mandó llevar de Huesca una máquina que llamaban fonebol para combatir el castillo, y tiraba quinientas piedras de noche y mil de dia. Zurita, *Anales*, libro II, capítulo LXXIV, página 110.

(4) La imágen de Nuestra Señora de Monserrate, que es la patrona de Orihuela, lleva un ramo en la mano, el cual es tradicion que calma las tempestades y contiene las avenidas.

«Y ¿preferís,» les dice, «ciudadanos,
»El humo vil y el polvo á la pelea!
»Inútil es el hierro en vuestras manos
»Contra el arma infernal que el Rey emplea.
»Allende el rio estan nuestros hermanos:
»Venid, que fácilmente se vadea;
»Y cuando nó, veremos frente á frente
»Si vence el más astuto al más valiente.

»Quien esta flor, que nunca se marchita,
»Intente merecer, venga al combate.»
Luego el divino talisman agita
De la sacra deidad de Monserrate,
Y del fuego al traves se precipita,
Desgarrando el hijar con su acicate,
Y tienta por las piedras derribadas
El paso de las ondas alteradas.

Corren tras ella al punto los Roseles,
Rocamora, Pagán, Ruiz y Mendiela:
Otros, que tardan por buscar corceles,
Entran, ya con el agua á la escarcela.
Áun los infantes, que se arrojan fieles,
Y de la bella Inés siguen la estela,
Cortan apena en blancos torbellinos
El cárcavo raudal de los molinos.

Guzmán y el tercio que la brecha embiste,
Viendo cortar la hueste sitiadora,
De la estéril empresa en fin desiste,
(Ni le duele el salvar á la que adora).
«Amigos,» dice, «donde el Rey asiste
»Cumple llevar la nueva sin demora:
»Corramos todos por el foso arriba,
»Y vaya en paz la turba fugitiva.»

«¡Nosotros,» dicen, «ir so la muralla
»Indefensos al tiro de las hondas!
»No, puesto que te piden la batalla,
»De este modo queremos que respondas.»
Y entran al vado, y sin dejar la malla,
Tientan de nuevo el paso de las ondas;
Mas ya crecido el opulento rio
Tumbas prepara al escuadron impío.

Tú, Señor, que contienes y dilatas
Cual nubes los imperios, y los mudas;
Tú, que en el Mar Bermejo desbaratas
Al fiero egipcio, y á tu pueblo ayudas:
Tú inundaste con recias cataratas
Presas, azarbes, márgenes y azudas,
Que ántes quebró el piadoso orcelitano
En honra tuya y mengua del tirano,

Pocos por tanto abordan á la orilla;
Que el duro almete, cual pesado lastre,
Abruma á los guerreros de Castilla
Y á los fuertes maceros de Lancastre (1).
La lluvia y los disparos de la villa
La confusion aumentan y el desastre,
Y los que arroja el húmedo elemento
Contagian de terror el campamento.

«Perdidos somos,» dicen, «compañeros!
»Nosotros vimos, sí, con estos ojos
»Por la brecha salir á los guerreros,
»Sin que el incendio les causara enojos.
»Dióles el rio fáciles senderos;
»Seguimos en su pos, y los despojos
»De las invictas haces españolas
»Son estas mal enjutas banderolas.

»Y no gigante capitan los guía,
»La diestra armada en hierro toledano,
»Mas gentil criatura, hermosa y pia,
»Que una cándida flor lleva en la mano.
»Dios mismo, Dios sus pasos conducia,
»Si ya no es ella arcángel soberano,
»Pues que á su voz las llamas obedecen,
»Y las tranquilas ondas se embravecen.

(1) ¡Miserable suerte de España, dar alimento con la sangre de sus guerras civiles á la antigua rivalidad de Francia é Inglaterra! Desde esta época en que vino el Príncipe de Gales, apellidado el Príncipe Negro, á socorrer con los de Lancáster á su deudo Don Pedro de Castilla, contribuyendo á la victoria de Najera; y el Condestable de Francia Dugesclin á vengar con las *Grandes Compañías* la ofensa hecha por el Rey á su esposa Doña Blanca de Borbon, como lo consiguió en el fratricidio de Montiel, no ha habido guerra alguna en España á que no hayan dado calor aquellas dos naciones.

»Y ese nublo que el ábrego difunde,
»Á nosotros no más la luz oculta;
»Dios los protege y nuestra grey confunde,
»Y en ondas y en tinieblas nos sepulta.»
Así el milagro por los tercios cunde,
Y cuanto cunde más tanto se abulta;
Ni oye á Guzmán el Rey, que sin sentido
Yace en los brazos de Sanabria (1) herido.

Al mirar la sorpresa malograda,
El Tigre de Castilla se embravece,
Y manda dar calor á la escalada,
Y á las delibras (2) que su juego empiece.
Una nube de piedras disparada
La luz del cielo entónces oscurece,
Con tan mala fortuna, que un peñasco
Hundió en la régia sien el férreo casco.

Áun dura de Don Pedro la congoja,
Cuando llega veloz Fernan de Castro (3),
Que guardó con el tercio de Rïoja
El paso de la puente de Bigastro (4).
Ante las plantas de su Rey se arroja,
Y dejando tras sí cruento rastro,
«Nos cortan,» dice, «vienen de la Daya,
»Salvad al Rey...»; y exangüe se desmaya.

(1) Este es aquel Men Rodriguez de Sanabria, fiel y constante amigo del Rey Don Pedro de Castilla hasta el dia mismo de su trágica muerte.

(2) Máquinas de guerra para arrojar piedras.

(3) Y un dia se trabó una muy recia escaramuza entre las gentes de la ciudad y las compañías de caballeros de Don Fernando de Castro. Zurita, libro IX, capítulo LIV, folio 330.

(4) Pueblecito que entónces era alquería de la Huerta de Orihuela, y luego perteneció al Cabildo.

Entanto que al Monarca de Castilla
Curan los suyos la reciente llaga,
Como insólita y nueva maravilla
Voz de terror al campo se propaga.
Dicen que vieron en la opuesta orilla
En albo palafren rápida maga
Acorrer con las turbas de la Huerta
Á la que vió Guzmán forzar la puerta.

En un bosque de palmas y azahares
Las mesnadas amigas se juntáron.
Allí las dos bellezas militares
El santo ramo y el pendon trocaron.
Las acequias y gárrulos cañares
Hombres al eco de su voz brotaron,
Y cuando el escuadron al campo sube,
Cubre su marcha cenicienta nube.

Dios, creando estas bellas, desde el cielo
Puso tan en su justo la balanza,
Que en uno y otro divinal modelo
Ni hubo desigualdad ni semejanza.
Linda Elvira cual númen de consuelo
Y bella Inés cual ángel de venganza,
Ni se humillan entrambas, ni se exceden;
Ni confundirse ni juntarse pueden.

Con talle varonil y faz serena,
Sublime y rauda cual de Dios la ira,
Inés, al par que su corcel refrena,
Con el pendon entre las huestes gira.
El ramo portentoso de azucena
Fácil concede á la inocente Elvira,
Que aplica allí su influjo soberano
Adonde lleva Inés hierro inhumano.

Su dulce voz, como el rumor del áura,
Consuela pia al mísero doliente;
Como el rocío que la flor restaura,
Tal vez derrama lágrima ferviente.
Nunca soñara el trovador de Laura
Tan bella Dea, que á la adversa gente
La llaga enjuga del acero crudo,
Soltando á su cabello el terso nudo.

Entónces, ay! su labio de rubíes
El beso del dolor tiñe en jacinto,
Y mil purpúreas tintas carmesíes
Vierte en su tez el ruboroso instinto:
Así entre blancos nardos y alelíes
En los cármenes gratos de Corinto
El pecho al labrador adorna esquiva
La púdica y modesta sensitiva.

¿Quién en tanto resiste al violento
Ímpetu audaz del rayo de la guerra?
¿De Inés, que entrando el regio campamento,
Los fuertes escuadrones corta y cierra,
Como suele arrollar el recio viento
Seco follaje en la agostada tierra,
Teniendo los ingenios en tan poco
Cual las líbicas tiendas el siroco?

Surge de entre las cañas y los sauces,
Con bélico furor, la turba agreste,
Como arrojan del báratro las fauces
Aves nocturnas á la luz celeste.
Los que no mueren en los hondos cauces,
Cuentan que han visto en la oriolana hueste,
Cual rayos de la cólera divina,
Á las santas de Dios, Justa y Rufina.

«No hay tiempo que perder; que los leoneses
»Ganen al punto de Beniel la barca,»
Dice Guzman: «en medio á los reveses
»Sólo este rumbo la prudencia marca.
»Y vosotros haced con los paveses
»Portátil lecho al infeliz monarca.
»Llevadle vos, Fernando de Toledo (1),
»Y decidle al volver que yo me quedo.»

(1) Don Fernando Álvarez de Toledo, que era capitan de los escuderos de la Guarda del Rey de Castilla. Zurita, libro IX, capítulo LIV, folio 330. Este es el mismo que aquí aparece.

Cual toro vencedor que en sangre tinto
Se apoya fatigado en la barrera,
Y, desierto de picas el recinto,
Nueva y suprema lid bramando espera,
El suelo escarba y con feroz instinto
En los muertos bridones se atrinchera,
Hasta que al matador vuelve los ojos
En medio de los bárbaros despojos;

Así, miéntras Guzmán el estandarte
Alza, y Toledo al vado se encamina,
Y la triunfante Inés por otra parte
Acorre con la gente campesina;
Togores, en el alto baluarte,
Breve trecho en la lanza se reclina,
De ajena sangre y de sudor bañado
Y de yertos cadáveres cercado.

Mas viendo á su rival, que la bandera,
Dando ya signo de marchar, tremola,
«Oh nieto de Guzmán!», le grita (1), «espera,
»Si áun corre por tu sér sangre española.
»¿Has engañado á Doña Inés sincera,
»Quizás por combatir con ella sola?
»Ven, y no temas acercar la escala;
»Haz de valor, como de astucia, gala.»

(1) «*Caballero, subid si os atreveis,*» dijo Julian Togores.—«*Sí subiré* (respondió Guzmán) *si el Rey mi señor me lo manda*, etc. Véase el libro titulado ROSETA ILUSTRADA, escrito por Fr. Cayetano de Mallorca, capítulo I, Discurso III, fólio 83, impreso en Mallorca por Miguel Cerdá en 1716.

Mira airado Guzmán de dónde viene
La osada voz, cuya venganza tarda;
Y en prueba del castigo que previene,
Alza el pendon, blandiendo su alabarda.
Toledo, mal su grado, le detiene;
Que habiendo de cubrir la retaguarda,
No es justo, por vengar la propia ofensa,
Dejar á su monarca sin defensa.

«Señor,» grita frenético el mancebo,
Y el tronco de su Rey mueve convulso,
«Volved en vos, y que el blason que llevo
»Pueda vengar con merecido impulso.»
Y como viera al movimiento nuevo
Que late más veloz el regio pulso,
Apartó de las sienes la guedeja,
Y acercó el labio á la sangrienta oreja.

«Tú,» dice, «á Doña Inés por quien deliro,
»Me mandaste escribir traidor consejo;
»Tuya es la infamia, ¡oh Rey! en que me miro;
»Pues mándame lidiar, y no me quejo.»
Lanzó Don Pedro entónces un suspiro;
Fijó en el adalid torvo entrecejo,
Y áun pudo pronunciar en tono blando:
«Alfonso de Guzmán, yo te lo mando.»

Cual rompiendo las redes, al desnudo
Peñasco trepa la veloz pantera,
Así Guzmán, soltando el regio escudo,
Corre, llega y asalta la escalera.
Aferra con los dientes el agudo
Acero, y en la diestra la bandera,
Y gana el matacan, y allá derriba
La escala con el pié, y al muro arriba.

El morado pendon clava en el alto.
Que ya no su victoria simboliza;
Y á todos veda que le den asalto,
Por quedar solo en la tremenda liza.
Prueba al adarve descender de un salto,
Y en un charco de sangre se desliza;.
La mano empero Don Julian le ofrece
Y del temprano golpe le guarece.

Y ya mostrando en el comun idióma
De nobles almas gratitud galante,
Uno y otro adalid distancia toma
Cuanto á cruzar el hierro fué bastante.
La sonrisa feroz al labio asoma,
Viendo uno y otro á su rival delante.
Lidian, y el odio sus aceros miden
En las fulmíneas chispas que despiden.

Uno y otro tambien por largo trecho
Con modo desigual la espada esgrime:
El de Guzmán rebosa de despecho,
Y el de Togores su furor reprime;
Y bien que siente que el hidalgo pecho
Primero su contrario le lastime,
Aguarda con serena confianza
Ocasion que complete su venganza.

Y no se hace esperar el triste plazo:
Que al partir el guerrero de Castilla,
Por la juntura del tendido brazo
Penetra de Togores la cuchilla.
Quita veloz Guzmán, y á su rechazo,
El hierro salta como seca astilla,
Dejando en él la punta ensangrentada,
Y en Don Julian la diestra desarmada.

Viéndose ya indefenso el oriolano,
Del campo de la lid salta ligero,
Se inclina y busca con incierta mano
Aquellas armas que venció primero;
Pero no le da tregua el castellano,
Que el gorjal y el almete y el plumero
Cual tallo seco de torcido roble,
Derriba al suelo del primer mandoble.

Guay! no te pares en la ajena suerte;
Que de Guzmán la rabia moribunda
Quiere comprar la tuya con su muerte.
Guay si otro golpe nuevo te asegunda!
Mas corre Don Julian, y de tan fuerte
Nudo mortal á su ofensor circunda,
Que vomita cual odre comprimido
Bullente sangre del costado herido.

Mas dice al propio tiempo: «Caballero,
»No es de hidalgos luchar, mas de jayanes:
»Dejadme al ménos recobrar mi acero,
»Y lidiemos cual cumple á capitanes.»
«Ya no mi gloria, mas tu muerte quiero,»
Le contesta Guzmán; y en sus afanes
Tiende convulsa mano á la cintura,
Y el contrario puñal ganar procura.

Togores cierra y cierra el férreo nudo;
Que al castellano en fuerza se adelanta;
Mas cuando el frio acero en el desnudo
Cuello sintió, buscando su garganta,
Despide á su rival con el nervudo
Pecho, y hasta los hombros lo levanta.
«Baja, pues que lo quieres, á la tumba,»
Le dice, y hasta el foso le derrumba.

Al próximo rastrillo el cuerpo baja:
Estalla la armadura, y el cruento
Busto aparece allí, cual se desgaja
Dulce granada en duro pavimento.
Le arroja, en fin, Togores por mortaja
El morado pendon que extiende el viento,
Y que no ven caer de esotra orilla
Las fugitivas huestes de Castilla.

Inés, que en tanto en su bridon recorre
Los vencidos despojos que atropella,
Se acerca al pié de la nefanda torre,
Y casi el bulto sanguinoso huella.
Elvira empero al infeliz acorre,
Más compasiva cuando no más bella,
Y, al alzar del pendon el triste velo,
«Es él!», prorrumpe Inés, cayendo al suelo.

Y pálida y convulsa corre, llega,
La yerta mano con sus labios toca,
Y el caro rostro que la sangre riega
Prueba á enjugar con balbuciente boca.
Llama, impreca, suspira, grita, ruega,
Quiere morir desesperada y loca,
Y no pudiendo resistir á tanto,
Prorrumpe al fin en miserable llanto.

«¡Es este el premio, Alfonso, que esperaba
»Cuando en secreto el corazon ardia?
»Cuando en medio al estrago te buscaba,
»Y de amor y de gloria contendia?
»Tú quisiste vender á quien te amaba.
»Ay! en vano olvide tu alevosía,
»Porque el cielo protege á tu enemigo,
»Que lo es mio tambien. Yo lo maldigo.

»Sí, perezcan de infame y alevosa
»Muerte los que atentaron á tu vida:
»La que les cubra, funeraria losa,
»Sea en mercado público vendida,
»Y la Daya, en tu muerte tan celosa,
»Caiga de terremotos sacudida,
»Sí, sí, yo los maldigo...» Y enmudece,
Y en los brazos de Elvira desfallece.

En tanto los egregios vencedores
Se abrazan en el árabe alcazaba.
Libre ya el sol de pálidos vapores,
En sus triunfantes yelmos reflejaba.
«Honor á vos, Don Juan!», grita Togores.
«¡Honor á Dios, responde el noble Eslava,
»Que protege al piadoso orcelitano
»En honra suya y mengua del tirano!»

Advertencia.

—

Cumpliéronse las maldiciones de Inés. Don Pedro pereció en Montiel á manos de su hermano: Eslava fué muerto á traicion con una saeta envenenada: Togores, entrada la ciudad, fué degollado en la plaza pública. El convento de la Merced, antiguo panteon de los Roca de Togores, fué en nuestros dias vendido como finca del erario, y el terremoto de 21 de Marzo de 1829 destruyó á Benejuzar y esterilizó con erupciones volcánicas la Daya.



Madrid 28 de Mayo de 1846.

EPÍSTOLAS.

RECUERDOS DEL EXPATRIADO.

EPISTOLA.

A mis amigos Breton, Hartzenbuch, Guerra, Rosell, Cervino y Vega.

¿Con que no es el saber, como el profano
Pretende, una servil mercadería,
Ni la santa amistad un nombre vano?
¿Con que no es la canora poesía
Cortesana venal, que el áurea falda
Desgarra entre los brindis de la orgía,
Y ceñida de impúdica guirnalda,
Se rinde á la ambicion, canta la gula,
Y al infortunio al fin vuelve la espalda?
No; cuando el númen al cantor adula
Levanta al Bien su corazon robusto
En alas de los cantos que modula.

Y en cambio, el que los muros de lo justo
Rompe por interes, nunca se humilla
Ante la frágil valla del Buen Gusto.
¿Ni cómo, quien, por cálculo, amancilla
La honradez castellana, es bien que guarde
Pura y sin tacha el habla de Castilla?
Vuestra epístola así, que la cobarde
Calumniadora grey desprecia sola,
Es de virtud como de ingenio alarde.
Es luz que vuestras almas acrisola,
Y alumbrará mi nombre do se extienda
La lengua de Celenio y de Argensola.
Ni he menester jurarlo: vuestra ofrenda
Es galardon más dulce al alma mia
Que el aura popular, que pingüe hacienda.
El aura popular!... (1) Yo ví algun dia
Á mi encuentro correr las poblaciones
En espontánea y grata vocería;
Saltar llanto de puros corazones
Á mi voz, cual rocío en pobre malva,
Al festivo tronar de los cañones,
Miéntras, pintando el rosicler del alba
El apacible puerto, en los collados
Vuelve la turba á mi bajel la salva.
Y bogan á abordar á sus costados,
Sin que el férreo baupres sus masas trunque,
Bateles mil con lauro empavesados;
Y allá en la grada el descarnado enjunque
De naves que formé puebla el obrero,
Cantando al son del percutido yunque;

(1) Siendo yo Ministro de Marina en 1853, fuí á visitar los arsenales, en donde me recibieron con las demostraciones que refiero, y áun otras mucho más entusiastas.

Y alza el mojado remo el marinero
Con vítores fogosos; y me aclama
Su padre y protector un pueblo entero.
Todo despareció... La instable fama
Á la calumnia vil cede su trompa,
Y odio do quier y rebelion derrama.
Sufrid, amigos, que el silencio rompa,
Para decir aquí la noche fiera (1),
Lúgubre más que funeraria pompa;
Cuando el golpe de gente vocinglera,
Que en densa oscuridad crece y se agita,
Enciende impune la voraz hoguera;
Cuando, al son de blasfemias que vomita,
Cuadros, estatuas rompe, el santo y caro
Menaje en el incendio precipita...
Tente, pueblo infeliz!... Deja que, avaro
Yo de tu gloria, con el sabio dude
Si con ese fulgor verás más claro...
Inútil razonar! Mi umbral sacude
La turba, y la alta puerta se desquicia...,
Si Dios clemente en mi favor no acude.
Y acudiste, Señor...; y su malicia
Á mi mérito humilde en la balanza
Hizo merced, y á mi honradez justicia.
Por eso alienta el pecho la esperanza
De que un tiempo mejor nos guarde el cielo,
Y venga tras el nublo la bonanza.

(1) La noche del 17 de Julio de 1854, en que quemaron las casas del Conde de San Luis y de otros Ministros, de funcionarios públicos y personas particulares. Habiendo venido los incendiarios á la mia, que sin embargo respetaron: mi mujer puso en salvo, en medio de la natural alarma, los papeles pertenecientes á nuestras reuniones literarias, mis cuadernos de versos y todos los manuscritos del Duque de Frias.

Entónces os diré con cuánto anhelo
Esa que celebrais bella matrona
Á salvo puso entre el horrible duelo,
No las galas de adorno á su persona,
Mas con las prendas de su amor mezclados
Los sazonados frutos de Helicona.
Recuerdos, ay! de tiempos ya pasados,
Que á Dios plegue volver, cuando en amena
Plática, de otras lides olvidados,
Nos juntó la amistad, y al par serena,
Brotaba al son del armonioso clave
Fácil corriente la fecunda vena.
Sabedlo: el canto improvisado cabe
El pacífico hogar, luégo en la orilla
Del Tíber (1) resonó dulce y süave;
Allí donde inefable, eterno brilla
El humano escarmiento, á cuyo solio
Dobla el mortal la trémula rodilla.
¡Oyerais cuál denuncian ímpio espolio
El Quirinal, el Celio, el Palatino,
El Foro Augusto, el alto Capitolio!
Cómo dóciles ceden al destino
En su masa gigante el Coloseo,
Y los arcos de Tito y Constantino.
Mole triunfal, donde esculpidos veo
Despojos de Sion, ¡quién te diria
Que no es el *candelabro* (2) tu trofeo,

(1) El invierno de 1854 á 55 lo pasé en Roma, en donde fueron más gratos los recuerdos de los solaces literarios á que aquí se alude.

(2) En el arco de Tito, sobre la Via Sacra, está esculpido el candelabro de Jerusalem, que trajo dicho Emperador como trofeo cuando volvió triunfante de la conquista de aquella ciudad.

Mas testimonio de alta profecía
Padron eterno de venganza santa,
Que el César ignoraba y que cumplia?
Y hoy huella tu dintel con libre planta
La inerme y pura grey del Nazareno,
Y en tu clave triunfal su Cruz levanta.
Todo es eterno allí. Fresco y ameno
Áun está el valle do legisla Numa,
Y verde el monte do se acampa Breno:
Áun baña el Tíber de albicante espuma
De Tarquino la bóveda, y la puente
De Horacio y Milvio su cristal abruma:
Allí con ademan digno y valiente,
La clámide en el hombro, el rostro enjuto,
La estatua de Pompeyo (1) alza la frente:
Ante su pié implacable el absoluto
Dictador espiró, cuando le inmola
El héroe parricida Marco Bruto...
Antigua es la ambicion; no plaga sola
De nuestra edad; la ingratitud bastarda
Es humana dolencia y no española.
¿Por qué pues á sus tiros se acobarda
Mi pobre corazon, cuando anhelante
En ver los patrios alminares tarda?
Mas ¿qué nuevo prodigio está delante,
Y la ciudad y el mundo enseñorea
Con mole insigne y cúpula gigante (2),
Donde alumbrado por la luz febea,
Cual si mostrara el celestial camino,
El suplicio del Gólgota campea?

(1) Está en el Palazzo Spada.
(2) San Pedro en el Vaticano.

Él es ¿y quién lo ignora? aquel divino
Portento del saber, donde agotaron
Su genio Miguel Ángel y el de Urbino.
En su umbral las rodillas inclinaron
Los fuertes de este mundo, y en su piedra
Las puertas del infierno se estrellaron.
Un simple pescador, á quien arredra
La tormenta de un lago, con fe sólo
Tanto en denuedo y en doctrina medra,
Que con rayo mejor que el délfio Apolo
El trono de los Césares derrumba,
Y hace la luz hasta el confin del polo.
No empero siempre su sagrada tumba
El pórfido cubrió; que en su recinto
La guardó soterránea catacumba (1).
Venid; que el suelo, de la sangre tinto
De mártires, en calles funerales
Nos muestra el arenario laberinto.
Sus entreabiertas urnas sepulcrales,
La mal pintada cripta, el ara augusta,
Todo nos dice: «Confiad, mortales.»
Huyendo aquí de proscripcion injusta,
Por siglos nuestros padres ejercieron
Sacros misterios, con piedad robusta.
Más clara luz entre las tumbas vieron
Que el mundo que de víctimas las llena,
Y paz en cambio y libertad le dieron.
Aflojóse más tarde la cadena,
Y en su repuesto hogar pia matrona
Á la Iglesia acogió, pobre y serena.

(1) Las catacumbas eran el sitio donde en tiempo de la persecucion de los emperadores se escondian los cristianos para celebrar su culto, hasta que algunas piadosas matronas romanas dedicaron oratorios en sus casas particulares.

Y cuando el triunfo su verdad abona,
La Basílica, al tráfico erigida (1),
El culto admite y el altar corona.
En vano la barbarie desprendida
Del alto Septentrion desciende al llano;
Que Dios le opone impenetrable egida,
Y so la mole sepulcral de Adriano
El sucesor de Pedro á ver alcanza
El Ángel tutelar del Vaticano.
Reviva pues la muerta confianza;
Que no hay aquí infortunio sin ejemplo,
Ni hay afliccion aquí sin esperanza.
Mas ¡ ay, cuán rezagado me contemplo
Del rumbo que llevais, cual si en la via
Orando me durmiese en sacro templo!
Despierto al fin; las huellas que seguia
Quiero tomar; mas ya por la montaña
Traspone vuestra alegre romería;
Y tanto allí la ruta áspera, extraña
Se torna, que no llegan al Parnaso
Más que los genios ínclitos de España.
Si lo huella Breton con fácil paso,
Es porque en el cenit no adora á Febo,
Ni la espalda le vuelve en el ocaso.
Luz sin eclipse á colegir me atrevo
Que le guia á hostigar en su camino
Al vicio, antiguo siempre y siempre nuevo.
Ni obedeceis vosotros al destino
Cuando en el Pindo afianzais la huella,
Vega, Hartzenbusch, Rosell, Guerra y Cervino;

(1) Las basílicas, que fueron erigidas para *bolsas* ó *reales* casas de contratacion, se consagraron al culto católico en tiempo de Constantino.

Que el estro inspirador es cual la estrella
Cierta, pero fugaz, que al Mago guia
Á adorar otra luz eterna y bella.
La luz del Sumo Bien, del sol que ardia
Ántes que el sol, y que en Belen colora
El Alba inmaculada de María.
Ay! vuelva el tiempo, celestial Señora,
En que resuene en métricos loores
Mi patrio hogar á tu divina aurora.
Y elevaré, postrado á tus favores,
El incienso del canto, y por ofrenda
La mirra te daré de mis dolores.
Y en vez del oro de heredada hacienda,
Mermada en el poder, lealtad sin liga,
Acrisolada en la civil contienda.
Don grato al Hijo tuyo, que investiga
De la humana conciencia el hondo abismo,
Y sabe que en mi pecho no se abriga
El sórdido interes del egoismo.



París 10 de Marzo 1856.

AL EXCMO. SR.

DON MARIANO ROCA DE TOGORES,

Marqués de Molins,

Epístola (1).

Yo, el redactor del memorial de márras,
Que turron te pidió para el Parnaso
Al compas de zambombas y chicharras,
No imitaré al político payaso
Que adora en el cenit al astro nuevo,
Y la espalda le vuelve en el ocaso.

(1) Para la completa inteligencia de la composicion titulada RECUERDOS DEL EXPATRIADO, que antecede, me ha parecido necesario insertar aquí la EPÍSTOLA á que alude. Los ilustres escritores que la firman, y otros muchos que se reunian semanalmente en mi casa, honraban con su presencia y con sus versos todos los años mi colacion de Noche Buena. Estas reuniones, que llegaron á adquirir fama y encanto de verdaderas justas literarias, interrumpidas por las vicisitudes políticas de 1854, son las que noblemente recuerdan los adjuntos tercetos, en términos tan honrosos para mí como para los hidalgos varones que los suscriben.
Yo, que no sé aborrecer ni áun á mis perseguidores, no puedo dar á mis amigos otra recompensa que la sinceridad de mis sentimientos y la publicidad de sus obras.

Nunca sé yo olvidar, aunque un relevo
Brusco le bote desde el Tajo al Istro,
Al caro amigo con quien cómo y bebo.
Aunque hogaño le falte el suministro,
¿Cómo al amigo negará *memorias*
El que hizo *memoriales* al Ministro?
Si otros te dan crueles dimisorias,
Aún te quedan amigos verdaderos,
Y más en los reveses que en las glorias;
Y aunque hoy su colacion reduzca á peros,
De amarte, como siempre, á todo trance
Da fe Manuel Breton de los Herreros.

Es, amigo y señor, crítico lance
Que tenga que escribiros en tercetos
Quien suda, como yo, con un romance.
Por el prójimo torpe nada inquietos
El travieso Breton y el pulcro Guerra,
Forma tal adoptaron indiscretos.
Fórmula epistolar ingrata y perra,
Que embarazando á la amistad la pluma,
Su expresion franca del papel destierra.
Tercetice en buen hora quien presuma
Llevar el metro, de su ingenio al soplo,
Cual ábrego en el mar lleva la espuma.
La rima triple con trabajo acoplo:
Más fácil instrumento necesita
Diestra que manejó mazo y escoplo (1).
Á vos pues y á la amable Marquesita
Quisiera yo decir que por entrambos
La gratitud el corazon me agita.

(1) Aunque lo regular es manejar el escoplo con la mano izquierda, tal vez se atasca de modo que obliga á sacarlo con la derecha.

Pero esto no en ruidosos ditirambos,
Que pudieran salir con desiguales
Piés, quizá paralíticos ó zambos,
Sino en prosa comun, ó ya en triviales,
No sin embargo viles, redondillas,
De la verdad intérpretes leales.
Con frases tan caseras y sencillas
No va el terceto bien, ni yo á mi gusto
Recorro sus incómodas casillas.
Mas pues en tono yá dulce y robusto
Queda por otro amigo consignado
De nuestro afecto igual el voto justo,
Remítome á Breton, Marqués amado,
Con el deseo que tenaz me aqueja
De veros en Madrid, Cármen al lado.
Y el lugar á Rosell con esto deja
Vuestro invariable Juan Bautista Eugenio
Hartzenbuch y Martinez de Calleja.

¡Quién Argensola fuera, ó quien Celenio,
Para entrar alentado y expedito
En esta lid de gratitud é ingenio!
Yo, Marqués, ni me pongo, ni me quito:
En estimar favores soy muy grande;
En saberlos cantar, un pobre pito.
Acaso en breve su rigor ablande
La suerte, á vuestro bien hoy tan esquiva,
Y á los tuyos y á tí consuelo os mande.
Tú hiciste ya que inolvidable viva
En generosos pechos, de tus dones
El recuerdo feliz que los cautiva;
Y porque á su amistad más te aficiones,
Hoy exhalan, dolidas de tu ausencia,
Sus cítaras por tí flébiles sones.

Y en vítores rompieron de consuno,
Ya de Champaña al líquido ferviente,
Ya al pece raro y al pavon de Juno.
¡Y hoy proscrito ha de ver extraña gente,
Y de la amada patria desterrado
Á quien rigió con gloria su tridente!
Mas ni la envidia ni el rencor del hado,
Aunque la vil calumnia el dardo vibre,
Inflamará tu nombre respetado.
Goza en paz de las márgenes del Tibre,
Donde áun el plectro de Maron resuena,
Donde áun la humanidad respira libre;
Donde asunto será de tu alta vena
La tribu, del imperio vencedora,
Que las sagradas catacumbas llena.
Deme el cielo gozar la feliz hora
En que, de nuevo, al estrechar tu mano,
Salude á la beldad que tu alma adora.
Punto hagamos aquí. Siga Aureliano.
No hay consonancia que á Rosell le cuadre;
Y así firma tan sólo Cayetano.

Si en la eterna ciudad, de cisnes madre,
Al son atiendes de mi plectro rudo,
Plegue á Dios que tu oido no taladre!
Pero ¿cómo parar el labio mudo,
Cuando mi corazon al tuyo liga,
Desde la infancia, de amistad el nudo?
Bien recuerdo que, armados con loriga
De pintado carton, vencimos lides
Juntos en el colegio de Garriga.
Allí de Horacio y del divino Euclides,
Docto luchando en clásica palestra,
La fama ilustras y el ingenio mides.

Un año, ay! fué que, sin mermar tu herencia,
En gozoso festin, uno por uno,
De tus cavas gozaron la excelencia;
Allí tu númen con teson se adiestra
En domar la árdua cumbre del Parnaso,
Y fruto opimo entre las flores muéstra.
Émulo ya de Tirso y Garcilaso,
Ambicionas los ínclitos laureles
Que el mérito y virtud ciñen acaso.
Y triunfador en todo como sueles,
Las áureas costas de la patria mia
Amparas con indómitos bajeles.
Mas, ay! cansóse la fortuna impía,
Y en huracan arrebatada, trunca
Paz, riqueza y poder en solo un dia.
Nunca más fiero desatóse, nunca,
Rayo que hiere á la inocencia y dolo,
Al sacro templo y fétida espelunca.
Arde en siniestra lumbre y tiembla el polo,
Brilla el rayo otra vez, y en tí respeta
Triunfos de la virtud, lauros de Apolo.
¡Quiera Dios que al repúblico y poeta
De nuevo admire el regio Manzanares,
Suspensa al verlo su corriente inquieta!
Y venga la que endulza tus pesares
Y tu alma toda y pensamiento absorbe,
Y en sí junta las gracias á millares.
Oh! que tal llegue á ver, sin que lo estorbe
De su estrella fatal el recio influjo,
AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

Y aunque tarde, allá voy; como el que trujo
(Pasado ya el Domingo de los Ramos)
Las palmas que tu Ílici produjo.

No es olvido; que bien te recordamos,
Caro Marqués, un dia y otro dia,
Y en noche de yantar meros y gamos.
¡Gamos y meros cuando Dios queria,
Y hogaño un besuguillo en pobre salsa;
Que no da más honrosa cesantía!
¡Oh cuán mudado este año se rebalsa
De aquel cincuenta y tres, que en tus salones
Nos brindó la fortuna carifalsa!
Privados de tu lira y tus canciones,
Lejanos de alegría y de sosiego,
Mudas las arpas de inspirados sones,
Callan los vates; pero canta un ciego
Del niño Dios el nacimiento augusto,
Mezclando á su compas himnos de Riego.
Do quier rotas las vallas de lo justo,
Do quier alzada la pasion mezquina,
Do quier acero engendrador de susto.
No vuelvas aún, Marqués; que tanta ruina
No debes presenciar, ni es digno empleo
Del cantor de *María de Molina*.
Pulsa en el Lacio tu laud febeo,
Y libre de terríficos escollos,
Mándanos tu cancion por el correo.
Daráme que yo olvide estos embrollos,
Y más si de ella á colegir atino
Que es feliz tu Marquesa y tus pimpollos.
Será dia en que próspero destino
Á tu patria te vuelva; y entre tanto
Guárdete Dios. JOAQUIN JOSÉ CERVIÑO.

Oportuno en verdad viene ese *tanto*
Á mediar el terceto antecedente,
Pues me convida á principiar con llanto!

Llanto vierten mis ojos hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo dia,
En mi memoria sin cesar presente.
Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna al casto seno,
Todo es verdad! mi esposa me decia.
Todo es verdad!.. Oh Dios! si en ronco trueno
Sonó un dia tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno;
Oh milagro de amor no merecido!
Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó en mi corazon estremecido.
Gusano vil en lodazal inmundo,
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé léjos del mundo...
Á regiones más puras me subieron;
¡Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron!
¿Cuándo será!... Me oprime la tristeza.
El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir y al despertar empieza.
Pídele á Dios Omnipotente y Sumo
Que te guarde á tu Cármen... Ay, amigo!...
Y no le pidas más: el resto es humo.
De tu casta mitad al dulce abrigo
Donde quiera que estés, patria y honores
Y placer y amistad verás contigo.
Ay! para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el dia,
Ni calor el hogar, ni olor las flores.
Hoy viene á acrecentar la pena mia
La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé...; y ella vivia!
Cuán distinto de aquel! Destino vario
Á ti te arroja cabe el turbio Sena;
Á mí en Madrid me amarra solitario!

Mas ay! el bronce místico resuena.
Media noche sonó... Luz desusada
Brota en Belen, y el universo llena.
Triste prole de Adan, ya estás salvada!
El niño Dios que los pecados quita
Nos abre ya la celestial morada.
Oh placer! Allí está! De Dios bendita,
Mi Manuela vestida de hermosura
Entre los puros ángeles habita.
Alma inmortal! De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura!
Sí, Mariano, tu amigo sólo anhela
Sentir en breve el lazo desatado
Que mi cautivo espíritu encarcela;
Y por tanto dolor purificado,
Á mi esposa en la gloria unirme presto...
Y ver que allí tambien á nuestro lado
Te guarda Dios el merecido puesto.

VENTURA DE LA VEGA.



Madrid, Diciembre de 1854.

EPÍSTOLA

Á LAS DAMAS DE HONOR Y MÉRITO,

REMITIÉNDOLES EL LIBRO TITULADO

Las Cuatro Navidades,

en ofrenda á los niños expósitos.

Quicumque ergo humiliaverit se sicut parvulus iste, hic est major in regno Cælorum.

Cualquiera pues que se humillare como este Niño, este es el mayor en el reino de los cielos.

SAN MATEO, Cap. XVIII.

¿Quién pudo allá admitido en los eternos
Consejos de Jehová dar á su estirpe
Explendor y poder? ¿Quién abarcando
El ámbito del mundo, en el principio
Pudo decir: «Un dia venidero
»Aquí mi cuna fijaré; en la nada
»En que me he de crear las formas bellas
»Imprimiré, que Fídias y Canova

»Supieran esculpir; y con las tintas
»Esmaltaré de Apeles y Murillo
»Este vaso mortal; y así labrado
»Lo henchiré con espíritu que logre
»De Homero, y César y Colon la gloria?»
Si nada de esto alcanza, y ni siquiera
En el nativo suelo el pié menudo
Fija el hombre al nacer, ¿de qué se engríe?
¿De qué su vanidad? Quien será tanto
Estólido y procaz que así se jacte
Del sol vivificante que le alumbra,
Del aura salutífera que aspira?
Pues bien, Señoras, vuestra cuna, el vivo
Carmin de vuestros labios, el donaire
Del talle señoril, el fuego puro
Que en vuestros vivos ojos centellea,
No es obra vuestra más que la hermosura
De la luz y el ambiente: ni es la obra
El baldon y orfandad de ese, que obtiene,
Expósito infeliz, vuestros desvelos.
Estos sí; más preciosos que ducales
Carbunclos son el fruto, que espontáneo
Produce el corazon, al dulce influjo
Del Sol de caridad, süave incienso
Del arbol de la Cruz, cuya fragancia
Al trono eterno del Eterno sube.
Míseros desvalidos, algun dia
Revolvereis los afligidos ojos
Al orígen del sér, donde es la fuente
Sagrada á todos de inocencia pura
Y maternal amor, y es á vosotros
Pantano cenagoso de miseria
Y de crímen quizá. «¿Mas cuál naciendo

»Pudimos cometer, que hasta el abrigo,»
Direis, «nos privan del materno abrazo?»
«Allá en los tiempos, ántes que sonase
»Nuestro primer vagido se escuchaban,
»Cual arrullos de tórtolas, deliquios
»De insensata pasion; y juramentos
»De perdurable fe, y ora crüeles
»Con orfandad y oprobio galardonan
»Al fruto de su amor. Mas ¿cuál prodigio,
»Cuál celestial impulso, cuando aquella,
»Que en sus entrañas nos llevó nos priva
»Del licor de sus pechos, y desnudos
»Al invernal rigor nos abandona,
»Hace que el áureo techo, el perfumado
»Salon dejando por nosotros, tomen
»Otras oficio mercantil, y expongan
»En pobre tendecilla (1) su decoro
»Al hervor de la plebe? Allí los paños
»Dó recamó tal vez la régia diestra
»Múrice y oro, las pintadas flores,
»Que al mágico poder de alguna hermosa
»Recibieran el sér, (quizá guardadas
»Á dar noble realce á su cabello
»Y á su turgente pecho) se tornaron
»Mercancía venal: y los que imita
»Del remoto Japón vasos gigantes
»De Sevres el artífice: y las ténues
»Randas, que teje en su brumoso clima

(1) Sabido es que á veces las damas de las sociedades de caridad organizan una especie de mercados ó bazares en que venden ó rifan públicamente objetos regalados y labores hechas por ellas mismas, y algunas prendas dadas por la Reina y los Príncipes; y todo en auxilio de los desgraciados, no sin grave afan y molestia.

»El Belga laborioso, fueron premio
»Dado por suerte á pequeñuela ofrenda.
»Todo homenaje, que á porfía ofrecen
»Á nuestra pobre cuna, ya la Augusta
»Heredera del trono de Fernando;
»Ya la inocente que en sus brazos rie
»Guardada á tanto imperio; ya las damas
»Que de beldad y de grandeza ostentan
»Doble diadema; y ya las que el preclaro
»Vicente de Paul guia, y aguardan
»Á santa Caridad mejor corona:
»¿Por qué tanta crueldad y tal ternura,
»Tal cúmulo de honor y de ignominia?»
Misterio es este que reserva al llanto
De vuestra edad madura la inefable
Y Sacrosanta Fe. Dormid ahora;
Que ni os guardan el sueño los pagados
Aceros, ni os aduerme entre caricias
Temprana adulacion: mas los acentos
Que veces mil la popular tribuna
Hicieron retemblar, y los que fácil
La escena repitiera, y los que invictos
En el foro y la brecha resonaron
De arrullo os sirven: y les hacen coro
Los Cisnes, que del régio Manzanares
Vieron el tardo curso, los nacidos
Cabe el Argenteo Rio y los que inspira
El árabe Genil, ó vió en la cuna
El humilde Cidacos: los que oyera
Ceñido de azahar y verdes palmas
El desangrado Turia: y los que el Bétis
Miró nacer en la ciudad insigne
De los Califas, y escuchó risueño

Al saludar la aguja refulgente
De la Giralda, y cuando da tributo
Al mar cerúleo en la fenicia Gades.
Vates de Iberia, honor, quizá consuelo
De mi patria infeliz, las pobres cunas,
Pobres como ella, permitid que adorne
Con las que al aura de mi hogar criasteis
Rosas del Pindo: que á mayor alteza
Nunca se alzó su aroma. Los que yacen
Semi-vivos allí; que sentenciara
Inverecundo amor á doble muerte,
Y que un honor hipócrita reserva
Á ignominia precoz, son herederos
Del Santo de Israel, de Aquél que solo
Pudo en la eternidad fijar su cuna
Sobre los tronos del pasmado mundo.
¿Cuál otro sino Dios? Y Dios no elige
Nacer á dominar; ni orna su alcázar
Pórfido egipcio; mas en pobre gruta,
En pueblo sojuzgado, en vil pesebre
Dió su primer sollozo, ennobleciendo
La pobreza al nacer; con vida humilde
Exaltó la humildad; y en el suplicio
Del Gólgota eligió muerte afrentosa.
Allí á la vez, sintiendo el abandono
Del Padre Celestial, vió el desamparo
De esos pequeños, y á la Madre suya,
Que no le abandonó, que sufre y ama,
Confió su orfandad. Ella los tiene
Bajo su manto, y cuanto más opresos
Y míseros los vé, más le recuerdan
Al Hijo que perdió, Rey de dolores,
Y los protege más. Oh noble! oh santa

Progenie de dolor! Sí, de aquel punto
Es hidalguía la orfandad, es timbre
De gloria el padecer, el dolor marca
Á los hijos de Dios, lágrimas riegan
El camino del Cielo, y en la tierra
Es *mérito* y *honor* el enjugarlas.



Madrid 1.° de Marzo de 1857.

ODAS.

Á LA REINA

DOÑA MARÍA CRISTINA

EN OCASION DE LA SOLEMNE ENTREGA DE BANDERAS Y ESTANDARTES CON QUE HONRÓ SU REAL MANO AL EJÉRCITO ESPAÑOL, EN EL FAUSTO CUMPLEAÑOS DE SU AMADA HIJA LA SERMA. SEÑORA INFANTA

DOÑA MARÍA ISABEL LUISA.

Tornó, tornó la aurora bienhadada
En que, á gozar la prepotente silla,
Vió nacer de su Reina idolatrada
Progenie bella el pueblo de Castilla.
Ya tornó, y nacarada,
Pinta zafir y púrpura su manto,
Como despunta el luminar del dia,
Teñido el cielo en nieve y amaranto,
En la mañana del Abril frondoso...

Musas de Iberia, celebradla en tanto
Que al son humilde de la lira mia

Repíto vuestro acento jubiloso.
Mas no; que ya en mi seno
Siento del patrio amor hervir la llama.
Callad; que el pecho lleno
De entusiasmo se inflama;
Y el ardiente volcan que dentro cunde,
Derramado en mi canto enardecido
Lo robará al olvido;
Que basta el nombre de Cristina solo
Á que envidie mis cánticos Apolo.

Cristina, la que èl cielo en grato dia
Uniera con Fernando,
Por ella mil venturas prodigando
Á la fiel española monarquía,
La dulce poesía (1),
Repitiendo festiva sus cantares,
Entona con placer tus alabanzas;
Que, en vergonzoso olvido
El ingenio español en pobres lares
Yacia, y protegido
Por ti, bella Cristina, cobra aliento,
Por ti recibe el premio merecido;
Por ti suben felices al Parnaso
Los hijos de Leon y Garcilaso;
Por ti la escena hispana
Un digno templo (2) levantarse mira
Donde se rinda culto á Melpomene,
Que partirá las palmas con su hermana,
Cuando su voz resuene

(1) Alude á la proteccion que S. M. dispensaba á la sazon á varios literatos y poetas, como Quintana, Gallego, Navarrete y otros.
(2) El teatro de la plaza de Oriente.

Al eco grato de armoniosa lira;
Por ti fecunda gira
Corriente blanda en el desierto llano,
Y con su riego bienhechor y puro
El rubicundo grano
Esparcirá seguro
El labrador honrado castellano;
Y por ti sentirán la férrea quilla
Los páramos inmensos de Castilla.

Ni olvidas al guerrero,
Si bien tranquilo guarda descansando
El vengador acero,
Y sólo, el trono excelso rodeando,
En la defensa vela
Del amado Fernando,
Ó á reseña marcial ansioso vuela,
Aguijando al bridon con ruda espuela.
No le olvidas, oh Reina;
Que apénas desde el alto Pirineo
Viste á tus piés las blancas banderolas
Ondear entre las filas españolas,
El ferviente deseo
Sintió tu pecho, entónces dilatado
Á vista de tu imperio ilimitado,
De eternizar con bélica bandera
El dia venturoso
En que el cielo propicio concediera
Á tu adorado Esposo
Dulce fruto de plácido himeneo...
Y alzaste al fin tan próspero trofeo.

Le alzaste, sí; que miro

En los regios salones rodearte
Cien caudillos valientes,
Émulos dignos del bistonio Marte,
Que reciben gozosos de tu mano
Los augustos pendones,
Y al escuchar tu acento soberano,
Juran regir los fuertes escuadrones
Con la noble arrogancia
Que al soberbio tirano
Logró abatir de la agresora Francia.

Mas ¿qué nuevo murmullo estrepitoso,
Qué nuevo grito de placer resuena?
Confusa vocería
Se escucha, y corre ansioso
Alegre pueblo á la espaciosa arena:
Con marcial armonía
Conciertan los sonoros instrumentos;
El bronce mugidor festivo truena,
Y del mantuano alcázar ostentoso
Retiemblan los fortísimos cimientos.

No á tí, tierna Isabel, el estampido
Del tronante cañon (1) imprime susto;
Que naciendo heredastes el robusto
Valor de tu linaje esclarecido.
Tu varonil oido,
Nieta de tantos héroes, se gozaba
Con el fiero ruïdo,

(1) Es una circuntancia notable que S. A. léjos de asustarse con el ruido de las descargas (cosa muy natural en la tierna edad de un año), no hiciese la menor demostracion de sobresalto; ántes bien llorase al apartarla del balcon en que estaba, manifestando así cuán grato le era espectáculo tan imponente.

Y sin temblar miraba
Tu párpado inocente
Cual blando halago el ademan valiente.

Prenda de bendicion! tu gracia pura
¡Cuán gratos, ay! recuerda los afanes
Que costaste al nacer! Esa hermosura
Que el sér te dió, partiendo sus amores
Con Fernando y su pueblo, hoy eterniza
En bordado pendon tantos favores;
Y desde el alto mirador infunde
Su aspecto lisonjero
Esfuerzo noble al español guerrero.

No de otro modo en ademan ardiente
La Reina vencedora de Granada
Se mostraba al ejército valiente;
Y á su vista la hueste denodada
Corre á vencer á la morisca gente
En sus muros altísimos fiada;
Que tanto puede el bravo castellano
Si una augusta beldad arma su mano.

Esa que tremolais, régia bandera,
Os conduzca, campeones, á la gloria,
Y el Dios de las batallas poderoso
Con ella os dé victoria;
Y si Belona fiera
Prueba á turbar el plácido reposo
Que el cielo á nuestra España concediera,
Corred, volad, y el pérfido enemigo
Tiemble, sintiendo en ella su castigo.

Sí; volarán, y vencerán, señora;
Y humilladas las bélicas legiones
Á vista de tu enseña triunfadora,
Rendirán destrozados sus pendones,
Así como á tu vista encantadora
Rinde el pueblo leal sus corazones.

Mas nunca, nunca la discordia impía
Ose manchar con sangre de españoles
La bandera de union y de alegría;
No cruentas victorias
Llore al mirarla el vencedor cansado.
Sólo materno amor dulces memorias
Al jóven esforzado
Recuerde, y paz divina
Ostente al par que el nombre de Cristina.

«Mirad», dirán las madres afanadas
En su apacible hogar á los hijuelos,
Las banderas pacíficas mostrando:
«Esas fueron al viento desplegadas
»Por la feliz esposa de Fernando,
»En honra de aquel dia
»En que plugo á la eterna Providencia
»Con bella descendencia
»Bendecir de Borbon la dinastía.
»La paz de entónces dura;
»No son signo de muerte ni de horrores;
»Sus variados colores
»Recuerdan sólo amor, sólo ternura...,
»Como el iris del ancho firmamento,
»Símbolo de esperanza y de contento.»

Madrid 15 de Octubre de 1831.

AL EXCMO. SR.

D. Marcelino Aragon Azlor Fernandez de Córdoba

CONDE-DUQUE DE LUNA.

¿Qué es, Marcelio, tu noble descendencia
Sin la luz del saber? Como la nave
De gallardetes mil empavesada,
De oro y plata cargada,
Con asiático lujo y opulencia,
Que, falta de timon, poner no sabe
Á do conviene su tajante prora.
Si no le ilustra ciencia bienhechora,
De qué sirve tu claro nacimiento?
Lo que presta al hinchado
Globo subir al trono de la Aurora,
Si luégo, no guiado,
Con ímpetu violento
Errante vaga á la merced del viento.

13

Si entre la noble juventud dichosa,
De los vicios mundanos libertada,
Que sigue la escabrosa,
Difícil y elevada
Senda del templo excelso de Sofía,
Otros ciñen la rama de Minerva,
Y Apolo el lauro que Parnaso cria
Á ti sólo reserva;
Acéptalo contento, y tu corona
Y tus barras de oro
Enlaza con el ramo de Helicona;
Que no desdeña puestos encumbrados
El apolíneo coro,
Ni esquiva sinsabores afanados
Con que á ti la fortuna
Gravó, meciendo tu dorada cuna.

Así pulsaba de Maron la lira
Por climas diferentes
El fecundo Balbuena, y las cabañas
Celebraba, y la ira
Y empresas eminentes
Y del fuerte Bernardo las hazañas:
Solaz precioso que á su genio daba
Miéntras la grey de Cristo apacentaba.

Entre el estruendo de las armas bronco,
Despreciando de Marte los horrores
Y del fiero arcabuz el trueno ronco,
Garcilaso cantaba los pastores;
Y en tanto que de flores
Sus sienes blandamente coronaba,
Digno alumno de Erato y de Belona,

Con valor peleando, entreligaba
El bélico laurel á su corona.
Muere, y le venga Cárlos el Primero
Flébil poeta, impávido guerrero.

De Témis recta la balanza grave
No el canto de Melendez reprimia;
Que en cítara süave
Sus amores decía,
Miéntras la espada de la ley blandia.

Así tú, cuando el pueblo venturoso
Al pié te admire del dosel hispano
Regir en paz el extendido imperio
De uno y otro hemisferio,
Y te digan Mecénas generoso
Las artes elevadas por tu mano,
Y torne al suelo la llorada Astrea,
Y abundancia y union do quier se vea;
Ora sobre el bridon enjaezado,
Con barras y castillos y leones
El arnes primoroso tachonado,
Conduzcas los guerreros escuadrones,
Y en el campo de muertos hacinado
Tremoles de Castilla los pendones,
Dando á tu Soberano la victoria,
Timbre á tu casa y á tu nombre gloria;
Ora seas, cien pueblos visitando,
En el clima frondoso
Do brama el cráter del volcan tronando,
Ó entre la astuta cautelosa gente
Que cubre el cielo de Albïon nubloso;
Ó la que ve del Tíber la corriente;

Como tu padre, cabe el Tajo erguido,
Y en la ciudad del Sena caudaloso
Fué de su Rey prudente delegado (1),
De Príncipes augustos distinguido
Y de gentes extrañas venerado;
Canta, gozando fraternal ventura,
Á tus caros hermanos mil loores,
Y la amistad en que vivais dichosos,
Pensil ameno de odorantes flores,
En donde luce próvida natura
Matices mil y aromas deliciosos.

Las proezas y esfuerzos valerosos
Tal vez osado celebrar intentes.
Registra por do quiera las historias:
Llenas están de glorias
Ganadas por tus nobles ascendientes.
Pregunta de Genil á los verjeles
Regados por la sangre mauritana,
Que los fieros vencidos derramaron.
Ellos vencer intrépidos miraron
Al noble anciano de la cruz de grana,
Y al Alcaide sin par de los Donceles,
Y sobre los moriscos chapiteles
Fijar la enseña de la Cruz vibrando
El brazo del católico Fernando (2).

Pulsa tambien la lira consagrada

(1) El Duque de Villahermosa D. José Azlor fué Embajador ordinario en Portugal, y extraordinario cerca del Rey Cristianísimo Cárlos X.

(2) El Conde-Duque de Luna es por la casa de Villahermosa descendiente de los Reyes de Aragon; así como por su madre Doña María del Cármen Fernandez de Córdova y Pacheco es nieto del Maestre Pacheco y del Alcaide Pacheco, ambos héroes de Granada.

Al Dios de Sabaot, y en el asiento
Del alto firmamento
Tu voz será atendida,
Y de coros angélicos cantada
Y de innúmeros Santos repetida.
  El Querub insolente
¿Quién lanzó á las cavernas infernales?
¿Qué brazo omnipotente
Detuvo los raudales
Del Rojo mar, los suyos libertando?
¿Cuál diestra poderosa
Exaltó á Gedeon? ¿Quién el nefando
Pueblo ardió de Sodoma escandalosa?
¿Quién, al furor de carnicero bando,
Muere clavado en bárbaro suplicio
Por redimir los hijos de la culpa?
¿Qué víctima disculpa
En medio del cruento sacrificio
Al verdugo cruel? ¿Quién permanece
En el ingrato mundo, que tormento
Cada dia le ofrece,
Y una muerte le da cada momento?
Fué, Marcelio, ese Dios que atormentamos
Quien con su voz tan sólo
Crió cuanto miramos
Desde el oriente al abrasado polo.

  Ay amigo! Encendido
En el divino amor, cuando tu vuelo
Levantares erguido
Al estrellado cielo
Desde este abismo de maldad profundo;
Ni respires el aire pestilente

Del infestado mundo,
Y modelo á los vates excelente
Seas, y ornato del parnaso hispano,
Tu gloria será mia;
Que á todos diré ufano:
«Yo le animaba un dia
»Á que en el puesto donde brilla agora
»Pulsara blanda cítara canora.»



Madrid: 1831.

A CONCHA EN SUS DIAS.

CANCION.

¿Oyes, Concha, ese bronce que retumba,
Mal apagado aún, de guerra impía?
Pues de Pirene hasta el confin de España
Lleva el anuncio de tu fausto dia.

Si acaso se engalana la campaña
Al despuntar la aurora,
Cual con velo nupcial con pura nieve,
Es por guardar, señora,
La leve huella de tu planta leve.
Esas fragantes flores,
Por mi mano cortadas,
De escarcha recamadas,
Arrostran los rigores
Del invierno y el ábrego violento,
Por brindarte su aroma
Y recibir el aura de tu aliento.

Mas todo ha de acabar. El sol que asoma
Derretirá la nieve en lluvia fria;
Y apénas á la plácida ribera
Que te miró nacer dirija el dia
La rápida carrera,
Esas flores agora tan preciadas,
Ay! se verán marchitas, deshojadas.

Á su postrer albor nuevo estampido
Con ímpetu violento
Volverá á fulminar bronce sonoro;
Y en el aire, perdido
Se apagará su acento,
Y el de mi lira de oro.

Cancion, dile á la hermosa
Que tus versos inspira,
Que cuanta vana pompa la rodea,
Como esa pobre rosa
La habrá de marchitar la luz febea.

Oculta á nuestros ojos ó patente,
Sola esa luz en el empíreo dura;
Ella sola en sublime movimiento
Se agita mansamente,
Camina, y ni retarda ni apresura
Las horas del pesar y del contento,
Cual la dulce amistad que á mí me encanta,
Eterna, inmensa, bienhechora, santa.



FANTASÍAS.

14

EL INSOMNIO.

FANTASIA NOCTURNA.

A María Teresa.

Siempre fué mi parecer
Que el que es discreto, Don Juan,
Nunca ha de ser más galan
Que con su propia mujer.
LOPE DE VEGA.

I.

Es ya la noche: fatigado el ánimo
Del viaje del vivir descanso toma,
Miéntras retumba con fragor horrísono
La lluvia que del cielo se desploma
Y ruge el aquilon.

Ábrense apénas mis dormidos párpados,
Y al querer penetrar el velo denso

Que el orbe oculta y su silencio lúgubre,
Parece el globo en el vacio inmenso
Un ancho panteon;

Tumba convexa donde ya cadáveres,
Ay! se hacinan los míseros humanos:
Vil pudridero, cuya masa fétida
Corroen implacables los gusanos
De una y otra pasion.

Mas luégo puse los ojos,
Desencajados de espanto,
Sobre tí,
Y ya no vieron enojos,
Y se arrasaron del llanto
Que vertí.
Dulce llanto de tristura,
Lágrimas que el pecho anhela
Cuando en medio de la escura
Larga noche le desvela
Congojoso frenesí.

Sobre mi pecho convulso
Tu bello rostro imprimia
Su calor,
Y así calmaba el impulso
Del corazon, que latia
Con horror.
Ay! tu semblante sereno,
Tus no alteradas facciones
¡Cuál me dicen que tu seno
No atormentan las pasiones
Maldecidas del Señor!

¡Si pudieran los amados
Ver á su bella un momento
Al dormir,
Y con mil besos callados
El aroma de su aliento
Recibir!
¡Si pudieran aplicar
Blanda mano al corazon,
Y sentirlo palpitar,
Y el vigor de su pasion
Por sus vaivenes medir!

¡Si pudieran un instante
Aquellos rasgos en calma
Contemplar;
Que es el dormido semblante
Mudo trasunto, y el alma
Su ejemplar!
Y la idea que medita
Está grabada en la frente,
Y la que el sueño nos quita
Y que luégo bruscamente
Nos sacude al madrugar.

Por eso duerme el guerrero,
Desnudo el brazo y erguida
La cerviz,
Y el cobarde y traicionero
Con la frente guarecida
Del tapiz;
Y por eso se recuesta
En su cama perfumada,
Desceñida, descompuesta,

Y pálida y desgreñada
La impúdente meretriz.

Duerme el avaro encogido,
Cual si abarcara su mano
Gran caudal;
Y durmiendo el desprendido
Las palmas tiende á su hermano
Liberal;
Y aquellos ojos que aterran
Inmobles con torvo ceño,
Jamás los déspotas cierran,
Cual si amagara su sueño
El regicida puñal.

II.

Por eso cuando resuella,
Entre mis brazos dormida,
Mi esposa tranquila y bella,
En su frente no fruncida
La pura virtud descuella.
Tus ojos, mi caro bien,
No pierden, no, su candor
Porque cerrados estén;
Que so las nubes tambien
El sol guarda su fulgor.
Oscurece tu mejilla
La sombra de tus pestañas,

Así como las montañas
De añeja nieve mancilla
El humo de las cabañas.
Si sonríe lisonjero,
Por colmo de mi fortuna,
Tu rostro, lo considero
Muy más puro que la luna
En clara noche de Enero.
¡Oh cuánto engañado amante
Arrostra quizás ahora
Esa lluvia aterradora,
Por ver tan sólo un instante
La falsa beldad que adora;
Y en premio al lecho, que deja,
Húmedo, agitado el seno,
Halla entre la dura reja,
Al breve fulgor del trueno,
Mentido amor, vana queja!
Y por ti ¡cuánto amador
En frio desierto lecho
Se revuelve con furor,
Y con inútil despecho
Envidia, infeliz, mi amor!
Y yo aquí, sin más barrera
Que la del propio deseo,
Cierta mi esperanza veo,
Y la que fué mi primera
Ilusion dulce poseo.
Que áun estaban de placer
Y grata risa entreabiertos
Tus labios de rosicler;
Áun ensayaban inciertos
El postrer beso de ayer.

Beso mágico, hechicero,
Que de amor puro me inflama,
Fuego, cuya santa llama
Vale muy más que el dinero
Y que el poder y la fama.

III.

¿Qué me importa, al espirar,
Que dé mi nombre á los vientos
Trompa de oro,
Si más precio el escuchar
De tus labios soñolientos:
«Yo te adoro?»

Bajo mi yugo tener
Mil naciones prosternadas
Y mil reyes,
Qué me importa? Obedecer
Quiero más á tus miradas
Como leyes.

El remoto Chimborazo
¿Qué me importa, ni el tesoro
Del Perú,
Si yo alcanzo con mi brazo
Todo, todo cuanto adoro,
Que eres tú?

Madrid 1837.

LOS ENSUEÑOS.

FANTASÍA NOCTURNA.

A la Marquesa de Santa Cruz.

> Mas, ay! á una alma del dolor guarida
> Desciende ya propicio.
> Cuanto me quites de mi amarga vida
> Me quitarás de mi inmortal suplicio.
>
> LISTA.

I.

No vengas á ceñir, sueño inclemente,
Mi fatigada sien de nardo y rosas.
¿Qué me sirven tus flores deliciosas,
Que habrá de marchitar el sol de Oriente?
¡Cuánto un dia sus hojas purpurinas
Me prometieron de placer y calma!
Y sólo al despertar clavó en el alma
El duro desengaño sus espinas.
Hoy compasivo en mis pupilas vierte
El grave jugo de letal beleño;

Que no me agrada tu falaz ensueño,
Sino el sopor de la tranquila muerte.
Vuela entre tanto do se agita inquieta
Dama gentil entre cendal y pluma,
Y el velador delirio que la abruma
En tu vuelo fugaz cambia y sujeta.
Dale á probar del encantado aroma
Que embriaga la ardiente fantasía,
Y el porvenir que gozará algun dia
En sus dormidos párpados asoma.
Y si en memoria de reciente pena
Una lágrima surca su mejilla,
Como al rayo del sol púdica brilla
La gota del rocío en la azucena,
Bate las alas, y á su ambiente leve
Pueda beberla ternezuelo infante,
Como en el campo mariposa errante
Liba el capullo que Favonio mueve.
Deja que inesperado hondo sollozo,
Fiera tormenta de llanura inculta,
Labre la seca tez de quien oculta
Bajo heredada pompa el torpe gozo.
Cuando al rayar el dia abandonada,
Del comprado galan, vuelve á su lecho,
Ronca la voz y desceñido el pecho,
Rendida del deleite y no saciada,
Justo será que vengador esgrima
Homicida puñal fantasma airado,
Y sobre su garganta reclinado
Con férrea mano el corazon la oprima.
«¿Qué hiciste, dice, de la antigua gloria?
»Qué del nombre inmortal de tus abuelos?
»Qué del favor de los piadosos cielos?

»Qué del ejemplo de la patria historia?
»Nuestra antigua virtud, nuestra bravura,
»Á Dios, al Rey, á España consagradas,
»¿Son con besos impúdicos pagadas,
»Con torpe abrazo, con sonrisa impura?
»¿Cultiva tu colono el rubio trigo
»Para mercar la infame tercería?
»¿Fué la sangre, que dimos á porfía,
»Para comprar los gustos de tu amigo?
»Ni esperes que el amor te dé consuelo,
»No; que en el mundo sus divinas rosas
»Solamente en las almas generosas
»Pueden brotar con el favor del cielo.
»Tú, en brazos de quien finge que te adora,
»En vano buscarás tiernas delicias;
»Que el precio has de contar de sus caricias;
»Comprada al mismo tiempo y compradora.
»Dios llenará de nauseabunda hartura
»El corazon del vil á quien prefieres,
»Y áun ántes que tu vida, tus placeres
»En el lecho tendrán la sepultura...»
Á quien así en la bóveda sombría
Persigue un eco acusador, constante,
No es mucho que la encuentre vigilante
El rayo abrasador del mediodía.
Mas tú, señora, que á la par de bella
Eres de santa perfeccion modelo,
Delicia de tu esposo y su consuelo,
En proceloso mar fúlgida estrella,
Qué tienes que temer? Duerme segura;
Que no te amagan pérfidos enojos
Cuando se ausenta de tus negros ojos
La viva llama de su lumbre pura.

Duerme; para hacer bien descanso toma,
Miéntras que dura la tiniebla fria;
Y el porvenir que gozarás un dia
Á tus dormidos párpados asoma.

II.

Mira entre sueños crecidos
En virtudes y experiencia
Y en valor,
Esos vástagos queridos,
Sin que olviden su inocencia
Ni tu amor.
No; que por tierno tributo
Sus labios en tu semblante
Han de posar,
Cual perfuma el áureo fruto
La flor cándida y fragante
Del azahar.

Tierna flor! Niña hechicera,
Tu mirada encantadora,
Tu sonrisa
Son de bella primavera,
Al despuntar de la aurora,
Fresca brisa:
Mas guarte; que la hermosura,
El talento, y la nobleza
Y juventud

No valen, si el alma pura
No conserva la riqueza
De la virtud.

¿Qué son mundanos favores
Más que niebla, que del suelo
Se alza y crece,
Y en mil sombras y vapores,
Sin poder llegar al cielo,
Desparece?
Y es la virtud el rocío
Que de la bóveda santa
Se desliza,
Y el cedro antiguo y sombrío
Y la ternezuela planta
Fecundiza.

Por virtud noble y severa
Muy más que por tu donoso
Talle y cara,
Óh cuánta dicha te espera!
¡Cuánto amor un caro esposo
Te prepara!
Por ella logra ventura
La tierna madre á quien amas,
Y más brilla
Su gracejo y hermosura
Entre las próceres damas
De Castilla.

Por ella el que en leve juego
Te acompaña entre jarales
Á triscar,

Entre los obenques luego
Burlará los vendabales
De la mar.
Su pura voz, que argentina
Calma, señora, el tormento
De tu alma,
Dará á la gente marina
Entre las hondas y el viento
Noble calma.

Él á las aguas remotas
Llevará de hispana quilla
La opresion,
Y á izar tornarán las flotas
Las grímpolas de Castilla
Y de Aragon.
Y en los sueltos pabellones
Que en sus veleros bajeles
Penderán,
Á castillos y leones
Se habrán de unir los jaqueles
De Bazán.

Si al hijo del alma mia
Encuentras en tu carrera,
Noble doncel,
Esta pobre poesía
Y esta mi amistad sincera
Premia en él.
Arda en vosotros unido
De puro afecto y de gloria
Fuego santo,
Y el ancho globo medido

Recordad, y la victoria
De Lepanto (1).

Y si intenta la herejía
La fe de nuestros mayores
Corromper,
Nuestros hijos á porfía
Del *Salvador salvadores* (2)
Logren ser.
Aun por eso el tierno niño
En sus primeros conceptos
Junta ya
Las muestras de su cariño
Y los sublimes preceptos
De Jehová.

III.

¡Gloria al Señor, que al niño balbuciente
Sus arcanos revela y su verdad,
Como al lirio del campo floreciente
Reviste de inefable majestad!
¡Gloria al Señor, que en la afligida tierra
Concede al hombre el maternal amor,
Y las dulzuras que en su seno encierra
Deja entre el llanto disfrutar mejor!

(1) El hijo del autor lleva la casa de D. Jorge Juan, el sábio español que midió el grado del meridiano; y el Marqués del Viso desciende de D. Álvaro de Bazan, el héroe de Lepanto.

(2) Lema de la casa de Gondomar.

¡Gloria al Señor, que cumple la promesa
Hecha á los buenos hijos de Judá,
Y larga vida y veneranda huesa
Y amor en premio de su amor les da!
¡Gloria al señor, que en la tiniebla fria
Manda el présago sueño y la quietud,
En donde al justo el porvenir sonría,
Donde aterre al malvado su ataud!
Imágen de la muerte, las cadenas
Quebranta y las coronas del mortal,
Y disipa sus glorias y sus penas,
Y hace el cuitado al venturoso igual.
En sueños las auríferas montañas
Abruman del avaro el corazon,
Y mil sierpes devoran las entrañas
Del que nutre la envidia y la ambicion.
En sueños del volcan la horrenda llama
Persigue al torpe con ardor sin fin,
Y en tu púdica frente se derrama
El soplo del celeste querubin.
Tú pues, señora, de mi voz no dudes:
Duerme y el premio encontrarás del bien:
Quien vela en la virtud, sueña virtudes,
En sueños torna el ángel á su Eden.
Los ojos cierra, angélica señora;
Que les da sombra el árbol de la Cruz:
Duerme, que raya la naciente aurora,
Y tiene envidia de mirar su luz.
En tanto, sueño, imágen elocuente
Del letargo final, plácido ven;
Mas no quieras ceñir ciego, inclemente,
De nardo y rosas mi agitada sien.

1847.

EL CÓRPUS
EN EL HOSPICIO DE LA SALPÉTRIÈRE.

A mi amadísima madre la Condesa de Villaleal.

I.

> Homo quidam fecit cœnam magnam
> . . . .
> Tunc iratus pater familias dixit servo suo: Exi cito in plateas et vicos civitatis, et pauperes ac debiles, et cæcos et claudos introduc huc.
> San Lúcas, cap. xiv.

En la vasta morada
Que junto al Sena, de placeres rico,
Dió el Magno Ludovico (1)
Al sexo débil, á la edad cansada
Y á la razon perdida,
Isla infeliz, que el piélago circunda
Del mundano placer, playa infecunda
Donde yacen sin vida

(1) Luis XIV, fundador del Hospicio de la Salpétrière.

Corazones, que arroja el fausto Sena
Como el alga del mar sobre la arena;
En aquel, pues, misérrimo recinto
Curioso penetré, que no guiado
De santo amor ó sobrehumano instinto.
Misteriosa ciudad de cuyas puertas
Huye toda alegría,
De par en par á la desgracia abiertas,
Donde es el padecer ciudadanía;
Su idioma es el quejido
Que el uso ni adultera ni embellece:
Allí es más denodado el más sufrido,
Y se distingue más quien más padece.
Por la virtud repuesta fortaleza,
Donde se guarda el único tesoro
Que nos lega al nacer naturaleza,
Locura y horfandad, miseria y lloro.
Allí alienta y palpita la memoria,
Y corre amargo llanto
De heridos corazones,
Y está muerto el placer, muerta la gloria,
Sepultado el encanto
De dulces ilusiones:
Bóveda sepulcral son sus salones,
Si el aura vivifica sus jardines.
Mi planta allí perdida
Sintió que hollaba incógnitos confines,
Cual si campo neutral, árido, inerte,
Cruzara entre el dominio de la vida
Y el insondable imperio de la muerte.

Mas ¿qué nuevo espectáculo sacude
Mi arrobado sentido y mi razon,

Y ávida el alma por gozarlo acude
Y enajenado salta el corazon?
  Las anchas puertas de espacioso templo,
Cuando el címbalo manda la señal,
Ábrense, y luégo descender contemplo
De represadas gentes el raudal.
  No llevan estandartes que en el oro
Puedan del cielo reflejar la luz;
Allí, do impera la viudez y el lloro,
Fulgura sólo el astro de la Cruz.
  Mil ancianas tras él en larga hilera
Gozosas mueven el cansado pié;
Que fiel las guia en su mortal carrera
La inextinguible antorcha de la fe.
  Por eso bajo el velo trasparente
No sé cual brilla místico arrebol;
Y es que refleja en su rugosa frente
La eterna aurora del eterno sol.
  En tanto marchan, mesurado y lento
Cántico elevan, del incienso al par,
Que á otra region levanta el pensamiento,
Como el arrullo del tranquilo mar.

  Néctar de vida que sublimas tanto,
Pan que los cielos da,
Dígate el orbe de los orbes: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!
  Él es solo quien *es*. Vedlo mortales:
En muda reverencia,
Tierra y cielo y abismos infernales
De *Él* reciben la esencia.
  De la nada los mundos ha sacado:
Inmensa maravilla!

Y á su imágen por rey de lo creado
Hizo al hombre de arcilla.
  Al hombre, que gusano envanecido
Contra Dios se levanta;
Y no á la nada en que era producido
Lo destronó su planta.
  Ántes forma de siervo revistiendo
Quien los cielos gobierna,
Aplaca, eterna víctima, muriendo,
Á la justicia eterna.
  Y á precaver la ingratitud infanda
De una y otra caida,
Su propio cuerpo que inmolar nos manda
En el pan de la vida.
  Pan ante quien el sol cubre sus galas
De fulgurantes nubes,
Y postrados y envueltos en sus alas
Le adoran los querubes.
  Pan de los fuertes que destierra el llanto,
Vino que gloria da,
Dígate el cielo de los cielos: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!



II.

Por me reges regnant.... Regnum meum non est de hoc mundo.
LA BIBLIA.

Miéntras que así por el palacio inmenso
El séquito de fieles discurria,
Allá el tejido de las nubes denso
Con penetrante rayo
Desgarraba el fulgor del mediodía.
Sus célicos albores
La luz de las antorchas descoloran
De improvisado altar: las gayas flores
En cambio brinda Mayo (1),
Que al Criador con su perfume adoran.
Al par de sus matices
El religioso júbilo atestigua
Larga série de mágicos tapices,
Que á la pintura afrentan:
Resto son de la antigua
Mundana vanidad, en donde alientan,
De lises coronados,
Reyes áun en las telas adulados.
Allí con giro nuevo
Ví al Monarca orgulloso de Versalles
El áureo carro gobernar de Febo:
Con desceñidos talles,
Casi perdido el virginal decoro,
Ensaya lisonjero las livianas
Danzas el bello coro,
No de musas, de viles cortesanas.

(1) Fué dia de *Corpus-Christi* el 22 de Mayo.

Postréme yo de hinojos
Por contener el raudo pensamiento,
Y á la torpe vision cerré los ojos;
En vano empero, el apacible viento,
Que las pintadas telas conmovia,
El aroma, el calor, mi fantasía
Á la vez exaltaban,
Y las nobles figuras animaban.

«Yo soy quien da por leyes su deseo,»
Dijo el Rey, «desde el Etna al Potosí.
»Desparece á mi voz el Pirineo.
»Quién me resiste á mí?
»Nantes, París, el Tibre y el Danubio
»Temen mi brazo, acatarán mi fé,
»Y en las ardientes lavas del Vesubio
»Mis lises plantaré.
»Los Genios todos del nativo Sena
»Afianzan mi gloria y mi quietud,
»Molière y Fenelon, Colbert, Turena
»Alaban mi virtud.
»Y el águila de Meaux, que se remonta
»Sobre las altas cumbres de Judá,
»Cerniéndose por mí dócil y pronta
»La paz de Dios me da.
»Vengo á adorar al Dios de mis estados,
»Al Rey de Reyes que mi frente ungió;
»Haga salva el cañon. Paso, menguados!
»El Estado soy yo.»

Enmedio entónces de la humilde gente,
Que susurraba tímida plegária,
Ví una matrona levantar la frente,

Insegura á la vez y temeraria.
Desdice á su ademan jóven y ardiente
Su faz helada y más que centenaria.
«Y ¿quién (dijo) en su loco frenesí
»Turba el imperio que me toca á mí?
»Tu cetro de oro, tu apolíneo carro,
»Mísero Rey, y tu alta dinastía
»Se quebrarán, como el cocido barro
»Que al alfarero iluso envanecía.
»Yo las leyes escribo y las desgarro,
»Y dura eterna la que á mí me guia:
»Andar, andar, miéntras el bien consigo;
Y el séquito de males va conmigo.
»Yo en el hombre primero condenada
»Y en el Verbo divino redimida,
»Veo la eternidad desde la nada,
»Y voy desde la muerte hácia la vida.
»Pero, en tanto que dura la jornada
»De miserias sin número afligida,
»Delirio es el poder, sueño la ciencia.
»El luto y el error, tal es mi herencia.
»Ando y combato en lucha desigual,
»Y en mi largo camino nunca hallé
»Sino con la esperanza alivio al mal,
»Ni otro sendero al bien sino la fe.
»Estos, pues, su mision providencial
»Cumplen besando el lacerado pié
»Del Dios que por salvarnos se humanó.
»Seguid, seguid: la Humanidad soy yo.»
No más dijo la voz; por la ancha lonja
Las ancianas prosiguen su camino,
Cantando al sumo Dios, que allí previno
Manco el poder y muda la lisonja.

¿Qué son abigarradas colgaduras
De tapizadas calles,
Á quien viste de nieve las alturas
Y de flores los valles?

¿Qué halaga el estallar de huecos bronces,
Que á las aves aterra,
Al que rige el volcan y hace en sus gonces
Estremecer la tierra?

El marcial aparato y continente
De huestes militares
¿Qué son al Dios que con fruncir la frente
Mueve los hondos mares?

Si cual grano de incienso polo á polo
El orbe se abrasara,
¿Qué diera al Sér que con su acento sólo
Otros orbes creara?

El caduco universo, que perece
Como la flor mezquina,
No es holocausto al Dios que permanece
En su esencia divina.

El espíritu eterno, que es el fruto
De Dios y su figura,
Puede sólo ofrecer digno tributo
De amor y de amargura.

De amor, que lleva á la eternal morada
Que el sacro pan encierra;
De amargura, por Dios santificada
Al dejarlo en la tierra.

¡Pan de delicias, que destierra el llanto,
Pan que consuelo da!
Dígate el hijo de miserias: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!

III.

Que el mundo todo es locura.
COMEDIA ANTIGUA.

Llegando á una férrea puerta,
El cortejo sus canciones
Suspendió:
Entrada triste y desierta,
La sola que á sus guiones
No se abrió.
Y suena dentro el rüido
De voces desconcertadas
Y de llanto;
Y mucho más que el gemido
Las horribles carcajadas
Dan espanto.
De un pueblo rico en dolores
Es sin duda aquel recinto
De más luto.
Sí; que en él los moradores
Ni áun alcanzan el instinto,
Dócil bruto.
¡Pobre razon, que armas guerra
Al cielo, y árbitra suma
Te proclamas!
Roto el vaso que te encierra,
¿Por qué al lodo en vil espuma
Te derramas?

La madre en afan prolijo
Allí do quiera demanda
Si alguien vió
Aquel su adorado hijo
Que el furor de guerra infanda
Le robó.
«Ven, grita, mi amor, mi cielo,
»Y en mi pecho te reclina,
»Tierno y fiel;
»Ó dime ¿en cuál otro suelo
»Ornas tu frente divina
»De laurel?»
Áun brinda allí su ternura
Y su volcánico amor
Y su vida
La malograda hermosura
Al villano seductor
Que la olvida;
Y con sus ojos ferales
Ve los impuros placeres,
Las querellas,
Que de su dicha rivales,
Le ofrecen otras mujeres
Muy más bellas.
Allí la burlada esposa,
La hermana prostituida
Á la ambicion,
Lloran la joya preciosa,
Con la libertad perdida
La razon.
Y áun la fe celeste y pura
Que Dios al mortal ha dado
Por clemencia,

Viene á ser, ay desventura!
Del espíritu menguado
La dolencia.
Decidme, Dios que yo adoro,
Juez infalible y testigo
De verdad,
Si al que roba un grano de oro
Guarda infinito castigo
La eternidad;
¿Cuál pena será bastante
Al sacrílego asesino
Que apagó
La llama pura y brillante
Que el soplo tuyo divino
En mí creó?

Pero ya el astro luminar del dia
Del ardiente cenit se va apartando,
Y al par la augusta ceremonia y pia
Hácia el templo desierto va tornando;
Y el címbalo que clama
En compasado son,
Ya místico los llama
Al célico remedio, la oracion.

Convite que destierras el espanto
Del reino de Judá,
Dígante allí los corazones: ¡Santo,
Santo, Santo Jehová!
Ni ¿qué te ofrecerán de su tesoro
Los opulentos reyes,
Comparable al que goza con el lloro
Porque teme tus leyes?

Que si á un rey solamente obedeciera
El admirado mundo,
Y tu mano la fuerza le cediera
Desde el alto al profundo;
Aunque á solo su antojo hiciera el dia,
La tempestad, la calma,
¿Quién la luz de la fe difundiria
En el reino del alma?
¿Quién con riquezas pagará á la viuda
El hijo que ha perdido?
¿Quién suplirá con su poder la ayuda
Del brazo entumecido?
¿Quién servirá, por sabio, de consejo
Á la razon insana?
¿Quién dará al cuerpo desmayado y viejo
La juventud lozana?
Tú, señor, que no premias en tu gloria
Á fieros campeones,
Como al fuerte que logra la victoria
De sus propias pasiones;
Cordero de Israel, del cielo encanto,
Simbólico maná,
Proclamenté los infelices: ¡ Santo,
Santo, Santo Jehová!

IV.

Beati qui lugent, quia ipsi consolabuntur
El Evangelio.

Mas ¿qué nueva vision el alma mia
Con inefable júbilo recrea?
Las bóvedas retumban de armonía,
Junto á las aras el incienso humea,
Prosternase la turba humilde y pia,
Y un sacerdote solo allá campea,
Formando con el pan de eterna luz
El signo sacrosanto de la Cruz.

Súbito entónces de la excelsa altura
Do la nube de incienso penetró,
Junto á cada postrada criatura
El ángel de su guarda descendió;
Y extendiendo su blanca vestidura,
Las ateridas formas envolvió,
Como en la noche del invierno yerto
Cubre la pura nieve el tronco muerto.

Y áun los ángeles doblan la rodilla
Ante el Rey de los cielos soberano,
Y al par tienden al pobre, que se humilla
Cansado y débil, la siniestra mano,
Y con la diestra esparcen, donde brilla
El trono de la Cruz del Dios humano,
Sus lágrimas tornadas en diamantes,
Y sus penas en rosas odorantes.

Y áun más cercanos al Eterno miro
Espíritus celestes inclinados,
Guardando en urnas de inmortal zafiro
La razon de los míseros menguados,
Para que al dar el postrimer suspiro
Lleguen al Sumo Juez inmaculados,
Y una más clara luz torne á su mente,
Y entiendan la verdad allí patente.

Al verlo, mal de mi grado
Sentí mis miembros temblar,
Turbada y casi llorosa
Cubrí en el suelo la faz.
Y escuché dentro del pecho
Como una voz celestial,
Que me dijo: «Huye el asilo
»Que santifica el pesar;
»Ó vuelve, no con los dones
»Que ofrece el mundo procaz,
»Mas con el pecho encendido
»De ferviente caridad.
»Que el Dios que puso su cuna
»En miserable portal,
»Y en infamante suplicio
»Quiso su trono elevar,
»Si bien regó con su sangre
»El valle todo de Adan,
»Para los míseros guarda
»Lo mejor de su heredad.
»Vivir es labrar la tumba,
»Y padecer es sembrar:
»¡Dichoso quien coge el fruto
»Allende la eternidad!»

Dijo; y con el estampido
Que produce el vendabal,
Sentí cerrarse las puertas
De aquella triste ciudad.
Miré, y en letras de fuego
Vi escrito sobre el umbral:
Bienhadados los que lloran,
Porque consuelo tendrán.

Conclusion.

Yo tambien, justo Dios, espero un dia,
Pues no soy á las lágrimas extraño,
En tu reino tener ciudadanía
Y no hallar en la tumba el desengaño.
Allí mi patria está, ya que en la mia
Tropel de ingratitud se alza en mi daño.
Ni sólo al cuerpo enfermo brindas calma,
Sino al que tiene traspasada el alma.



Enghien 8 de Junio de 1856

ROMANCES HISTÓRICOS.

AMBAS Á DOS. (1)

Á LA MEMORIA

DE DON JUAN NICASIO GALLEGO,

Arcediano mayor de Valencia.

I.

Las cañas.

Arde en fiestas y alborozo
La ciudad reina del Turia,
Y sólo gime entre tanto
Aquel á quien se tributan.

(1) En la casa que en la Plaza del Mercado de Valencia posee el Conde de Casal, se ven unas armas, que tienen por tenantes dos doncellas, cuyas cabelleras, cogidas por una sola mano, envuelven el yelmo del escudo, y encima lleva en letras góticas este lema: *Ammas á dos.* La tradicional explicacion de dichas armas es el asunto de esta novela.

Por entre blancos azahares,
Que el fresco ambiente perfuman,
Mil egregios caballeros
Corren parejas y justan.
Y tales brutos cabalgan,
Cubiertos de oro y espuma,
Que pone celos Valencia
Á las playas andaluzas.
Sobre un tordillo rodado,
El Comendador de Cúllar
Ostenta un mote que dice:
«Mi Dios, mis fueros, mi cuna.»
¡Qué bien su genio celoso
En la celeste montura
Muestra, y en el torvo ceño
El Señor de Benejúzar!
Un fiero potro tordillo,
Porque su blason reluzca
Como en las noches de Enero,
Sujeta el Conde de Luna;
Y con los trenques (1) de plata
Y de esmeralda las frutas,
Un bravo alazan aguija
Don Guillermo de Pertusa.
Mas á los viejos guerreros
Fué contraria la fortuna;
Que, como es mujer, al cabo
Á un nuevo galan adula.
Vicen Mercader se llama:
Apena el bozo le apunta;
Que para estrenar el casco
Cortó la guedeja rubia.

(1) Podaderas: estas y unas peras son el blason de los Pertusas.

Lleva en su adarga de gules
Tres pesas de oro muy justas:
Y *Ni res li fall* (1) por mote
Explica nombre y alcurnia.
Y á fe que miente la letra;
Que en que le falta no hay duda
El corazon, pues lo ha dado
Á la heredera de Alcudia;
De tamaña gentileza,
Que se moviera disputa,
Si no tuviera una hermana,
Que Dios hiciera otra alguna.
Hijas son las dos doncellas
Del Comendador de Cúllar,
Hermosas como diamantes,
Y como diamantes duras.
Al verlas los campeones,
Á fuer de imparciales dudan
Á quién elegir de entrambas
Por reina de aquella lucha;
Y en la plaza de palacio
Entapizada tribuna
Levantan, y en ella un trono,
Que cubre dos sillas juntas.
Dividen el reino entónces
Que la belleza sojuzga,
Y subdividióse luégo
Su potestad absoluta
Tanto, que ya sus vasallos
Do quiera encuentran coyundas,

(1) «Nada le falta», lema que con los marcos constituye el blason de la casa de Mercader.

Hallando en sola Valencia
Mil reinas de la hermosura.

Al pasar el vencedor,
Tiende sus mantas la chusma,
Y de la naya vecina
Mil deidades le saludan.
Hasta el corcel orgulloso
Sacude el airon de plumas,
Y vuelve al sol, porque brillen,
Sus doradas herraduras;
Y el polvo que deja en zaga,
Como blanca niebla oculta
Del escuadron envidioso
Las miradas taciturnas.

De hinojos está el mancebo
Donde su amante le juzga,
Y estas sentidas palabras
De trémula voz escucha:
«Vencísteis, el caballero.
»Dios os conceda su ayuda,
»Y como este lauro agora,
»Os dé mayores venturas:
»Vuestra es la prez y la gala...»
La voz se apaga y se anuda;
Mas con los ojos le dice:
«El alma tambien es tuya.»
Mil dulzainas y atabales
Do quiera entónces retumban,
Y los heraldos su nombre
Pregonan con voces rudas.

Francisco Primero en tanto
Cautivo de la hermosura,
Olvida que es cautiverio
Áun el mirador que ocupa;
Y dice al ver aquel lauro,
Que ajenas sienes circunda:
«Diera por él las diademas
»De Milan y Francia juntas.»
Entónces, ay! suspirando,
Con trémula mano busca
En su frente la corona
Y la espada en su cintura.
Un recuerdo de Pavía
Todo su semblante anubla,
Y al balcon vuelve la espalda
Por no descubrir su angustia.



II.

La reliquia.

Apénas hácia los montes
Declina el sol de la tarde,
Y el alto cenit adorna
Con caprichosos celajes,
El cautivo Rey de Francia
Del regio aposento sale,
Porque ver quiere á Valencia
Ántes que á la corte marche.
Cubren con toldos la puente,
Porque del sol le resguarden,
Y en el suelo han deshojado
Limoneros y arrayanes,
Que de mil plantas al choque
Sueltan aromas süaves,
Embalsamando la brisa
Que el Turia lleva en su cauce.
El augusto prisionero
Va pensativo, aunque afable;
Que son en tierra extranjera
Los regocijos pesares.
Y aunque lleva en vez de guardas
Monteros que le acompañen,
Y caballeros le sirven,
Y le diviertén juglares,
No olvida que está cautivo

Y que es su honor el alcaide,
Su palabra la cadena
Y toda España su cárcel.
Con todo, viste brocados
Y trae al pecho collares;
Que si es humilde en las glorias,
Es altivo en los desmanes.
La presea es uno de ellos
Del Santo Miguel Arcángel,
Y el toison de oro es el otro,
Guarnecido de diamantes.
Cien caballeros le cercan
De esclarecido linaje,
Que de las fiestas del dia
Acalorados departen.
Como una selva encantada
Mecen sus plumas al aire,
Y como grupos de estrellas
Resplandecen sus ropajes.
Vicen Mercader ufano,
Por hacer mayor alarde,
El laurel que ha conseguido
En vez de cintillo trae:
Y el Rey dice al repararlo,
Entre afligido y galante:
«Si yo tuviera mi espada,
»No lo ganara tan fácil.»
El Virey, que está á su diestra,
Mira de soslayo al Bayle (1),
Y éste con saña fingida
Se vuelve á ver á los pajes;

(1) Representante del Rey y administrador de su patrimonio en la Corona de Aragon.

Y corteses y advertidos
Para no desconsolarle,
Los toledanos aceros
Recatan en los gabanes (1).

Así el lucido cortejo
Cruza las estrechas calles (2),
Que abigarradas ostentan
Guirnaldas y cortinajes.
Turba crédula y doliente
Se aglomera por tocarle;
Porque diz que el Rey de Francia
Por casta cura los males (3).
¡Oh cómo admiran las damas,
Como envidian los amantes
Del monarca caballero
El majestuoso donaire!
Y cuando alza el rostro pálido,
Y sus negros ojos abre,
De amor dulce y compasivo

(1) La nobleza española estaba animada de los mismos sentimientos (de simpatía), y cuatro de los principales de ella se ofrecieron en rehenes (*hotages*) para procurar la libertad al prisionero Rey. El mismo Virey de Valencia salió para interceder en este sentido con el Emperador. Coleccion de Documentos inéditos de la Historia de Francia, publicados por el Ministerio de Instruccion pública, *Captivité de Francois I, Introduction, página XXXVI.*

(2) El concurso fué tal durante la permanencia del prisionero en Valencia, en Junio de 1525, que Francisco I hubo de concertar para evitarlo una pequeña excursion de placer á un pueblo inmediato, como, entre otros detalles, refiere una carta escrita en Valencia á 28 del mismo mes á la Duquesa de Angouléme, é inserta en la Coleccion de Documentos inéditos, arriba dichos, donde dice: «*Ce jourd'* (*le Roy*) *s'en part de ceste ville pour aller á quatre lieux d'ycy, bién de plesyr, et pour esloigner la presse de ceste ville.*»

(3) Cuantas veces el Rey se presentaba en público, un gran número de enfermos de lamparones (*écrouelles*) le eran presentados para que los tocase, con gran esperanza de ser curados. *Lettres des Ambassadeurs Francais, pág.* 253.

Cuántos corazones laten! (1)
«Perdióle,» dicen, «su arrojo
»Y su traídor Condestable...
»Es infeliz... y es valiente...
»Y es muy galan... Dios le guarde.»

Llega por fin á la Iglesia,
Donde á recibirla salen
Hasta el cancel de la Almóina (2)
Prelado y Capitulares.
Por millones las bujías
Entre las bóvedas arden;
Doquiera el incienso humea,
Campanas y órganos tañen.
Y en tan confusa armonía,
Luceros por todas partes,
Rosas y oro por alfombras,
Y en torno nubes fragantes.
Parece que el Dios del cielo
Condolido de sus males,
En una mansion de gloria
Ha trasformado las naves.

Muy devoto está el Monarca,
De hinojos en los sitiales,
Bajo el ponderoso escudo
Del invicto Rey Don Jaime (3),

(1) La persona del Rey seducia todos los ánimos, y cuantos le veian se interesaban en su libertad y en la paz. (*Ibiden.*)

(2) Llámase así la puerta meridional de la catedral de Valencia, y la voz *almoina* viene del árabe ó de *elemosina*, por ser allí donde se repartian en lo antiguo las *limosnas.*

(3) Se conserva en el altar mayor de la catedral de Valencia.

Y al mirar una custodia,
Que le han dejado delante,
Con espinas muy agudas
Y unas lises por remate,
Hace señal á los suyos
Que breve trecho se aparten,
Y así prorrumpe bañando
Con lágrimas el engarce (1):

«He aquí donde, depuesto el regio manto,
»Prefirió á su diadema las espinas;
»Helas aquí bañadas con el llanto
»De mi abuelo San Luis.
»¡Ah, si cuando, doblada la rodilla,
»Las legabas al suelo valenciano,
»Previeras que los leones de Castilla
»Cortaran esa lis!
»Pero ¿qué son los reinos de este mundo
»Á quien eterno, omnipotente, rige
»El alto cielo, el báratro profundo
»Desde el trono de luz?
»¡Y el hombre, á quien sus crímenes perdona,
»Le da en premio á su inmenso sacrificio
»Esta rama de espinas por corona,
»Y por solio una cruz!»

Álzase el Rey más sereno,
Y más consolado parte,
Porque es un bálsamo el lloro

(1) Un ramo de espinas de la Corona del Salvador, traida á París desde Tierra Santa, y que entre otras magníficas reliquias que conserva el tesoro de Valencia, fué donado por San Luis, Rey de Francia, á Don Jaime I de Aragon.

Que se vierte en los altares;
  Mas cuando el digno Arzobispo,
Porque sus pecados lave,
El agua santa le ofrece
En los sagrados umbrales,
  Entre las nubes de incienso
Dos bellezas celestiales
Aparecen: son las mismas,
Son las reinas del combate.
  Francisco por obsequiarlas
Se quita veloz el guante,
Y busca las lindas manos
Dentro á la pila de jaspe;
  Mas luégo Doña María
Los ojos vuelve á otra parte,
Y de Mercader recibe
Un agua que al Rey abrase.
  Más cortés ó ménos fiera
La menor, Doña Violante,
Va á tocar la régia mano
Con una cruz de azabache.
  El Rey la cabeza vuelve,
Y porque su accion no extrañen,
Hace una cruz con los dedos
Sobre su toison de esmalte.
  Los ciegos que hay en la plaza
Tan sólo por obsequiarle,
Cantan al son de sus tiples
De pífanos y atabales,
  Con voces de vino tintas
Aquel antiguo romance:
«Mala la hubisteis, franceses,
»En esa de Roncesvalles.»

III.

El Sarao.

Es una mansion brillante
Que el oro y la plata adornan,
Donde mil luces sustentan
Duros cristales de roca;
Donde al mirar los matices
De las moriscas alfombras,
Las mismas flores corridas
Ocultaran sus corolas.
Al son de las dulces flautas
Y de las marciales trompas,
Para el baile se apercibe
La juventud bullicioso.
El Comendador de Cúllar
Bien haya, pues lo ocasiona
Y presta cielo en que brillen
Las valencianas auroras.
No empero con sus albores
El buen anciano se asombra;
Que tiene soles por hijas
Para eclipsarlas á todas.

De pronto en la sala de armas

Se ve resplandor de antorchas,
Y desde la puerta gritan:
«El Rey de Francia, señoras.»
El Comendador le sirve,
Y para aumentar la pompa,
Cinco de sus paniaguados
Se han agregado á la escolta.
Los canosos escuderos
Con libreas de oro y rojas,
Las cortinas de damasco
Con agrio crujir arrollan,
Miéntras que los pajecillos,
Gente descreida y loca,
La llama de los blandones
Aproximan á las borlas.
¡Cuán ufano el caballero,
Como un joyero sus joyas,
Al huésped monarca ostenta
Sus cuadros y sus panóplias!

«En esas tablas,» le dice,
»Mi estirpe rica y devota
»Me legó de sus patronos
»La venerable memoria.
»Del Rey moro de Valencia,
»Mi abuelo, es esa marlota;
»Y esa cruz de un Padre Santo,
»Muy mi deudo por lo Borja.
»Del amante de Teruel,
»Que por lo Garcés me toca,
»Es aquel recio montante,
»Este espaldar y esa gola.
»De Ausias March, el gran poeta,

»Aquella ferrada cota,
»Esa de Rugier de Lauria,
»De Jaime Febrer esotra.
»Esas armas de Moncada,
»Más arriba de Cardona,
»De Belvis, de Fullalguer,
»De Carroz, de Rocamora...»
«Y añadid,» le dijo el Rey,
»Mis lises y mi cruz roja;
»Que tambien soy vuestro primo
»Por lo Beltran de Tolosa.»

Y en esto se entra á la sala,
Y el razonamiento corta;
Que si estima los blasones,
Más le placen las hermosas.
Recorre pues el estrado,
Y con afable lisonja
Á todo galan admira
Y á toda bella enamora;
Que galante al par que docto,
Fácil explicarse logra,
Ya en la lengua de Petrarca,
Ya en el provenzal idioma.

Salvillas de plata en tanto
Pobladas con áureas copas,
Do quiera al concurso ofrecen
Hipocras dulce y aloja,
Miéntras las anchas bandejas
En sus filigranas moras
Sustentan los leves panes
Que vió en sus hornos Mallorca.

Pero á la señal del baile :
Ya las cuadrillas se aprontan,
Dejando la cabecera
Que al Rey Francisco le toca.

Y delante á unos sitiales
Para buscar compañera
Dice: «La más hechicera
»No me cumple distinguir;
»Que habiendo en Valencia iguales
»Dos reinas de la hermosura,
»Todo pecho noble jura
»Á entrambas á dos servir.

»Yo vi en las verdes colinas
»Que el patrio Charenta riega,
»Beldades que en la refriega
»Me vencieron del amor.
»Vi las frescas transalpinas,
»Y las blancas alemanas,
»Y morenas sicilianas
»Con su garbo encantador.

»Yo vi en la Francia que lloro
»Mil bellezas muy donosas,
»Y las que entre nieve y rosas
»Produce el gélido Rhin.
»Y miré las tranzas de oro
»De las hijas de Bretaña,
»Y las que me envidia España
»Junto al navarro confin.

»Mas sólo en vuestros semblantes,

»Bellas hijas de Valencia,
»Mostró Dios su omnipotencia,
»Y juntar quiso á la vez,
»En vivos ojos radiantes
»Mirada lánguida y pura,
»Y entre nevada blancura
»Ardorosa morbidez.

»Venid, y en baile ligero
»Que yo estreche vuestra mano,
»Y mi cetro soberano
»Á vuestras plantas caerá.
»Cautivo tengo mi acero;
»Que lo he perdido en Pavía;
»Pero el alma, que áun es mia,
»Vuestra cautiva será.»

En un veneciano espejo,
Que dos dragones soportan,
Desde el extremo distante
Vicen Mercader lo nota.
Y lanzando una mirada
Que fiel el cristal redobla,
De la constante María
La voluntad aprisiona.
Mudo lenguaje de amantes
Que los profanos ignoran,
Y que bien claro le dice
Qúe de este modo responda:

«Guardad, el buen caballero,
»Guardad, el poeta Rey,
»Para dama más cumplida

»Vuestro amor y vuestra fe;
»Que á la que es honrada y pobre
»Escuchar no le está bien,
»Sin que empañen sus oidos,
»Vuestras palabras de miel.
»Bien sé que sois esforzado;
»Que sois galan, bien se ve;
»Sois monarca de un gran pueblo;
»Me haceis en hablar merced;
»Bien sé que vuestros favores
»Codiciarán más de cien,
»Y áun ¿quién sabe si yo misma
»Los admitiera tal vez?
»Mas habré de desdeñarlos;
»Que sois sobrado cortés,
»Y yo mucho para dama
»Y poco para mujer.»

El Rey se vuelve confuso
Á Violante, que á su vez
Le dice, encendido el rostro
Y con sonrisa cruel:

«Lo que mi hermana desecha
»No siempre he de recoger,
»Siquiera con dos coronas
»Lleveis ornada la sien;
»Y aunque sé que sois monarca,
»Me basta que sois frances,
»Y no he de dar yo la mano
»Al contrario de mi Rey.
»Enjugad vuestros collares
»Y ese toison componed,

»Señor; que de agua bendita
»Áun mojado lo teneis:
»Y me acuerdo lo que hicisteis
»No ha mucho al pié del cancel;
»Para servicio muy poco,
»Y mucho para desden.»

Francisco Primero entónces
De despecho se sonroja,
Y dice: «Siempre va junto
»El desden con la derrota.»
El Comendador lo ha visto,
Y con dos miradas torvas.
Llama á sus hijas aparte
En una repuesta alcoba;
Y sin mirar los curiosos
Que á la vidriera se agolpan,
De esta manera les dice
Con voz iracunda y ronca:

«¡Oh, bien hayan las doncellas
»De tanta prez y valía,
»Que porque las dicen bellas,
»Juzgan que la cortesía
»No tiene imperio sobre ellas!
»Vuestros desdenes noté,
»Y vuestro injusto rigor
»Mal de mi grado escuché;
»Y á fe de Comendador,
»Que de ello me avergoncé.
»Á grosera ingratitud
»No es disculpa la belleza,
»El talento y juventud;

»Porque daña la aspereza
»Aun á la misma virtud.
»Belleza es don otorgado;
»Mas la dulzura y agrado
»Es de las hermosas ley.
»Si no respetais al Rey,
»Consolad al desgraciado.
»Porque no he sentido, no,
»Que un monarca desprecieis;
»Que de reyes vengo yo;
»Sólo que no repareis
»Que es mi huésped, me enojó.
»¿Adónde va vuestro intento,
»Si sois rosas peregrinas,
»Que brillais por un momento,
»Y á todos clavais espinas,
»Y á ninguno dais contento?
»Dónde hubísteis la crianza?;
»Que extraño la que teneis.
»Nada á alegraros alcanza,
»Con nadie os place la danza...,
»Sino con quien vos sabeis...
»Pues de tanto remilgar
»Ya me he llegado á cansar,
»Y os prometo, vive Dios,
»Que agora habeis de bailar
»De este modo *ambas á dos.*»

Y arrancando del tocado
Las flores y las piochas,
Por el cabello las prende
Y hácia la sala se torna.
Mas tarde llega, por cierto;

Que fingiendo una congoja,
El Rey se volvió á Palacio,
Y ya por la esquina dobla.
Y es fama tambien que dijo
Al subir en su carroza:
«Mal hace quien por consuelo
»Á los placeres se arroja;
»Que es una mar el deleite;
»Y el columpio de sus olas
»Adormece al venturoso
»Y al desventurado ahoga.
»Quien sirve de horrible ejemplo,
»Guay que no sirva de mofa!;
»Que todo puede en el mundo
»Perderse, ménos la honra.»

Conclusion.

Hoy se ve esa aventura peregrina
En marmóreo blason que el vulgo extraña;
Y tan sólo una lápida (1) mezquina
Alzó Valencia á la inmortal hazaña
Que costó un Rey á la nacion vecina.
Sí, que en un tiempo nuestra pobre España
Vió sin asombro prisioneros Reyes (2)
Y á cuanto alumbra el sol impuso leyes.

(1) Esta lápida, de poco más de un pié cuadrado, existia en la casa que hace esquina á la calle de Caballeros y plaza de la Seo de Valencia, y fué de allí arrancada por los amotinados de 1840. Decia textualmente:

SÆVA UNIONIS—RABIE SEDATA—SUB CAROLO ET—GALLIS
AFLICTIS—EORUM-QUE REGE CAPTO—H. SAL MDXXIIII—HIERO PEREZ
A CLEMENTIS INS—TAURABAT.

(2) Sabido es que en Pavía cayeron prisioneros dos Reyes, el de Francia y el de Navarra.

ENRIQUE DE TRASTAMARA

EN BAÑERAS.—1367.

Al Excmo. Sr. D. Angel de Saavedra,

DUQUE DE RIVAS.

Que siempre han sido los hombres
Miseria, opresion, orgullo.
EL MISMO.

Cenando está en Rocamora,
Alcázar del Langüedoc,
Enrique de Trastamara
Con muchos de su faccion.
Allí están los dos Guzmanes,
Don Íñigo de Albornoz,
El Prior de Calatrava,
Tello y Alfonso Giron;
Catalanes y franceses
No faltan, y entre la flor

De aventureros, Claquin
Es el que lleva la voz.
Como que ha muy pocos dias
Que de Castilla volvió,
Cuenta, y no acaba, crueldades
Del castellano Neron.
«No hay,» dice, «para Don Pedro
»Seguros vida ni honor;
»Que es su ley el apetito
»Y es el deleite su Dios.
»No hay valladar á sus gustos,
»Ni barrera á su furor
»Desque trata á la Padilla
»Y al Rey moro alanceó.
»Á Don Tello, á Don Fadrique,
»Y á la infelice Leonor,
»Ha seguido ya en la tumba
»Doña Blanca de Borbon.»
»Quién? La Reina? Por San Fiacre,»
Dijo el Sir de Vidalós,
Apurando al paso un cuenco
Del agrillo de Medoc;
«Por cada cabello suyo
»Que el tirano profanó,
»Me ha de pagar su cabeza
»Más de un leonés infanzon.»
«Cuide el furioso Rolando,»
Dijo Íñigo de Albornoz,
»Que no son todas merinas
»Las cabezas de Leon.
»Demás, que si ya no venga
»Desafuero tan atroz,
»Bien prueba Cárlos de Francia

»Que es paciente más que Job.»—
—«No es tarde,» el frances responde.
—«Ya,» replica el español,
»Allá en la torre de Lóndres (1)
»Le ha quedado ocupacion.»
No parara aquí el debate,
Si sentado entre los dos
El Prior de Calatrava
No los trajera á razon.
Y volviéndose á Beltran,
«¿Áun no se levantan hoy,»
Pregunta, «contra Don Pedro
»Ciudades y villas?—No;
»Que aunque palacios y claustros
»Atropella su pasion,
»Dice el pueblo: Ancha Castilla!
»Á un Rey malo, otro peor.
»Pero en cambio los Prelados
»Lanzan ya su excomunion,
»Las órdenes se sublevan,
»Y los Ric-homes de pró
»En sus castillos aguardan
»Que se brinde la ocasion
»De sacudir la coyunda
»De ese tirano feroz.»
Y vuelto hácia Don Enrique,
Que áun está callado:—«Y vos,»
Dice, «¿cuándo libertais
»Á España de ese baldon?

(1) Juan *el Bueno*, de Francia, hecho prisionero por el Príncipe Negro en la batalla de Maupertius ó Poitiers, fué conducido primero á Burdeos, y luégo á Lóndres, donde el Rey de Inglaterra lo hizo encerrar en la Torre, hasta que se firmó el tratado de Brétigny.

»¿Cuándo entramos por la tierra
»Estos valientes y yo,
»Y allá en la bella Giralda
»Alzamos vuestro pendon?»
«Cuando el que en Nájera antaño
»Tus escuadras arrolló,»
Dijo Enrique, «no halle en Francia
»Y en Navarra proteccion.»
—«Pues si hasta entónces se espera,
»Largo vá el plazo, señor;
»Que yo á mi paso por Tarbes
»Encontré al Conde de Fox
»Y á muchos nobles Barones
»De Saintonge y Perigord,
»Que han ido á hacer al de Gáles
»Homenage y sumision.» (1)
En esto llegó un trotero
Envuelto en polvo y sudor;
Que ha dejado en el rastrillo
Reventado su bridon.
Puso la rodilla en tierra,
Á Enrique una carta dió;
Y al leerla el Conde, se hizo
Gran silencio en derredor.
Conoció el Prior al paje
Por la librea y blason,
Y en ajena miés de amores
Entrando astuto la hoz,

(1) En virtud del tratado de Brétigny, el Bigorre fué entregado por el senescal Baron de Bazilhac al Príncipe Negro, el cual vino á Tárbes con su mujer, con el Conde de Armagnac y el Vizconde d'Abret, y recibió allí el homenage de Gaston Febo, Conde de Foix, y de muchos Barones del Poitou, la Saintonge, l'Agenois, le Périgord, etc., que, á su pesar, hubieron de cumplir el vergonzoso tratado de 8 de Mayo de 1360.

Quedito afirma que el pliego,
Cual Vénus, madre de amor,
Viene saliendo del baño
Á hacer á todos lesion.
—«Porque está,» dice erudito,
»La bella Inés de Monfort
»En las Termas de *Balnaria*,
»Que el Gran César ilustró» (1).
En esto al creciente impulso
De súbita convulsion,
Oscila el papel, á Enrique
El rostro se demudó,
Y fruncido el sobrecejo,
Y arrebatado el color,
Dijo, volcando al alzarse
Su sitial de encina y boj:
«Esto es ya sobrado insulto,
»Quien lo sufra es un felon!
»Españoles ó franceses,
»Cual nobles juzgadlo vos.
»Una dama, cuya honra
»Está más limpia que el sol,
»Huérfana, jóven, hermosa,
»Que es el título mejor,
»Doliente además, procura
»En las ondas de Fulón (2)
»Á sus pálidas mejillas
»Tornar el fresco arrebol.

(1) Áun se llama *Campo de César* un sitio junto al lugar de *Juillan*, ántes Vicus Julianus. En Cauteretz existe un baño de construccion romana, ó sea *piscina emboredada*, ántes alumbrada por dos claraboyas ovaladas. Contínuamente se hallan en Bañeras (ántes Balnaria) inscripciones votivas de los romanos: he aquí una: *Marti-Invicto-Caio-Minicius-Potitus-V.SLM.*

(2) Llámase así una de las fuentes termales de Bañeras de Bigor.

»Mas no bien á la ancha alberca
»Que el tibio raudal llenó
»Confía sus bellas formas,
»Se oye una impúdica voz;
»Y en mengua de la hidalguía,
»Y en agravio del pudor,
»Unas torpes barraganas
»Hacen súbita invasion.
»En vano cual blanco cisne
»De aquellas sierpes huyó;
»Que al estampar en las gradas
»De mármol su pié veloz,
»Como quebrados cristales
»Salta el agua en derredor,
»Haciendo en su áureo cabello
»Nacarado tornasol.
»Al fin huye, pero ¿dónde,
»Si hasta su propia mansion
»Procaz tumulto insolente
»La litera persiguió!
»Á un mal fraile, que es allí
»De tal rebaño pastor,
»Dió la queja, y de él guiada
»Al Lugarteniente, un Lord,
»Que entre bríndis al de Gáles
»Riyendo le contestó...
»Aquí falta, caballeros,
»Á mi garganta valor;
»Y aunque es, no lo niego, letra
»De Doña Inés de Monfort,
»Se niegan á ver mis ojos
»La verdad del deshonor.»—
Alargó entónces la carta

Al viejo Alfonso Giron,
»Que, lo demas reservado,
Estas palabras leyó:
—«Dijo el inglés que era viérnes,
»Y que por esa razon,
»La manceba de un bastardo
»Con sus iguales se halló (1).»
Cual agua helada vertida
En inflamado crisol
Causa súbito el estrago
De volcánica explosion,
Á esas fatales palabras
Rompe la sala en furor.
—«Muera!,» gritan: «esa ofensa
»Es de nacion á nacion.»
Todos se exaltan; alguno
Quiere atacar al de Fox,
Y no falta un albigense
Que jure que en el complot
Del baño, entraron los frailes
Del Órden predicador,
Y quiere no dejar de ellos
Más que la torre en padron.
Ya no quedaba en la mesa
Jarro, escudilla ni bol,
Cuando subido en su escaño
Beltran de este modo habló:
—«Si en la paz de Brètigny
»Echa Cárlos el borron

(1) En la Provenza y en Borgoña les estaba (á los judíos) prohibida la entrada de los baños públicos, excepto el viérnes, dia de Vénus, en que estaban abiertos para las prostitutas y los bufones ó juglares *(baladins)*.

Michaud, *Histoire des Croisades. Tom. II*, *page* 598.

»De dar al Príncipe Negro
»Desde el Bidasoa al Lot,
»No le autoriza á que insulte
»Á nuestro jefe; y por Dios
»Que hemos de vengar su afrenta
»Ántes de salir el sol.
»Entremos por los estados
»Del inglés; que en mi opinion,
»En esto no falto al Rey,
»Sino ayudo á mi señor.
»Ea!, de un golpe en España
»Acabemos la cuestion,
»Los ingleses por Don Pedro,
»Y por Don Enrique yo;
»Que si arde en fuego Castilla
»Y se ahoga en sangre Leon,
»Yo no les impongo Rey,
»Sino ayudo á mi señor.»
Todos aplauden, el hierro
En uno y otro farol
Esgrimen, y en las tinieblas
Y entre el vino y el hedor
De teas mal encendidas,
Semeja la aclamacion
De Enrique la carcajada
Que da el precito Astharot.
Los Ric-homes españoles
Callaron; no por temor,
Mas porque torpes venganzas
Ahogó en su pecho la voz.
Patria mia; desde entónces
Palenque abierto al rencor
De la turbulenta Francia,

Y la sagaz Albion,
¿Qué has hecho del oro y sangre
Que en cinco siglos corrió
Desde Nájera hasta Almansa,
De Trafalgar al Ferrol?
En tanto ya apercibido
En el coso el escuadron,
—«Sus!,» dice Enrique, «á caballo:
»El que me ame, venga en pos.
»Cerremos con los ingleses,
»Su insulto venguemos. Oh!
»No quede piedra con piedra
»En Bañeras de Bigor.
»Y, yo Rey, ántes de un año
»Ni en Castilla ni en Leon,
»Libre de pagaros feudo
»Dejaré campo ni troj,
»Aunque por daros mercedes
»Me quede sin tierras yo,
»Y con sangre de mi hermano
»Haya de sellar el don.»
Y asi fué (1); que áun ahora mismo

(1) La lucha entre Don Pedro, Rey de Castilla, y Enrique, Conde de Trastamara, su hermano natural, llamaba á la sazon á España multitud de caballeros ingleses y franceses, que corrian á alistarse, los unos bajo las banderas del Príncipe Negro, defensor de Don Pedro; los otros bajo las del valeroso Beltran Du Guesclin, que sostenia la pretension de Enrique. Esta lucha acabó felizmente por librar á Francia de los destrozos de las escuadras ó mesnadas *(grandes compagnies)* que pasaron á España: el Bigor habia tenido mucho que sufrir con sus depredaciones á pesar de los grandes esfuerzos hechos para rechazarlas. Vencido el de Trastamara en la batalla de Nájera, en donde cayó Du Guesclin prisionero, tuvo aquel que buscar un asilo en los estados de su aliado el Rey de Francia: Cárlos V le dió el castillo de Rocamora *(Roquemaure)* en Langüedoc para que residiese. En él, ardiendo Enrique en deseos de vengarse del descalabro que le habian causado las armas del Príncipe Negro, reune algunos restos de las tales escuadras, y hace con buen éxito, en los dominios del inglés, diversas excursiones: cae de repente

Cuando retumba el reloj
En la torre de Bañeras,
Retumba un triste clamor.
Áun del asaltado alcázar
Queda un negro torreon (1),
Y el resto del vaticinio
Junto á Montiel se cumplió (2).

sobre el Bigor, llega de improviso delante de Bañeras, quema el convento de los Dominicos, escala la plaza durante la noche, y se hace dueño de ella: la poblacion fué saqueada y pasados á cuchillo los habitantes. La Princesa de Gáles, Regente de los dominios de su marido, durante su ausencia, se quejó al Rey de Francia, el cual prohibió á Don Enrique pasar adelante en sus excursiones. El Príncipe castellano dejó á Bañeras el año siguiente para probar de nuevo la fortuna de la guerra contra su hermano: el éxito coronó su esperanza. Enrique llegó al trono de Castilla. *Davezac de Macaye, Ensayos históricos sobre Bigor.*

(1) La torre del reloj existente hoy, es el único resto del antiguo convento de *(Jacobins)* Dominicos, siendo aún del tiempo de Enrique. Áun existe hoy un torreon y parte del antiguo castillo del tiempo de este Romance: está situado en la Rue du Boulevard Montolivet, esquina á la Place de Venise.

(2) En aquella memorable llanura fué asesinado el Rey Don Pedro por su hermano, ayudando á éste, como es sabido, el Condestable frances Beltran Claquin.



Bañeras, 2 de Julio de 1852.

EL NACIMIENTO DE ENRIQUE IV

EN PAU.

Al Excmo. Sr. D. Enrique de Saavedra,

MARQUÉS DE AUÑON.

Dulce consuelo de la edad presente,
Grato presagio de la edad futura.
EL MISMO.

Romance histórico (1).

Donde marca el Pirineo
Las aragonesas lindes,
Dilatando ya por Francia
Sus eternales raíces,
Un ancho valle se extiende,
Cuya sonrisa apacible
Recuerda la hermosa vega
Que ostenta Generalife.

(1) Véase la obra *Le Chateau de Pau*, del distinguido jurisconsulto y erudito Mr. Bascle de Lagréze.

El raudal que lo atraviesa,
Quebrado en brazos multiples,
Fecunda por el oriente
Los bearneses jardines,
Cuyos feudales palacios
Por las colinas se engríen,
Alzando en torres de plata
Sus agujas de amatiste,
Y en albicantes cascadas
Entre las marmóreas sirtes,
De Gelos y Juranzon
Riega los viñedos pingües;
Y luégo en un solo cauce
Al ocaso se dirige,
Por dar al parque de robles
Verde zócalo de mimbres;
Ó por sujetarse al yugo
Que el recio puente le imprime
Junto al soberano alcázar
Que en la comarca preside.
Éste asienta en la robusta
Escarpa su planta firme,
Y cuatro almenas coronan
La muralla que lo ciñe.
Una más recia se aparta,
Y entre todas se distingue,
Cual la torre de la Vela
Entre alminares cegríes.
Noble coloso, que lleva
Dignamente el nombre insigne
Del Vizconde Gaston Febo,
Sol en verdad de su estirpe.
Él, levantando ese alcázar,

Con un foso lo divide
De la ciudad, en su tiempo
Pobre, turbulenta y libre.
  Mas ya olvidados por dicha
Esos alardes hostiles,
El Monarca de Navarra
Nuevas fábricas erige.
  Los valladares y cavas
Vuelve en amenos pensiles;
Alza entre almena y almena
Salones y camarines
  Que su majestad ostenten,
Y la memoria disipen
Que áun en su mente á deshora
Alzan Pamplona y Olite.
  Torna en balcon la muralla,
Donde hortensias y alelíes
Cultiva su Margarita
Para los doctos festines;
  Y las jambas y artesones,
Reposteros y tapices
Trazados por el diseño
Del gran Leonardo de Vinci,
  Con las estancias del Luvre
Sin desventaja compiten;
Que si Francisco es bizarro,
Su cuñado por despique
  Tanta riqueza acumula
En cincelados pupitres,
En cofres de ébano y plata,
En copas de oro y rubíes,
  Que no faltan maliciosos
Que por muy seguro afirmen

Que es para hacer un legado
Á la dama con quien vive.
Y áun cuentan que una cadena
De Benvenuto Celini,
Que siempre el Rey lleva al cuello,
Oculta entre dos esfinges
La llave del cofrecillo
Que, entre pebetes de almizcle,
Guarda el fatal testamento
Que la donacion confirme.
Y no son voces que el vulgo
Adopta procaz ó finge;
La misma Princesa Juana
Anda recelosa y triste.
Más de una vez á su padre
El bello collar le pide,
Disfrazando sus recelos
Con antojos mujeriles.
Pregunta, y no le responden;
Acaricia, y se le rien;
Y ella sigue recelosa,
Y el cofre sigue invisible.
Mas como una hermosa al cabo
Áun á los peñascos rinde,
Un dia, abriendo la caja,
El Rey de este modo dice:
«Cuando el fruto de tu vientre
»En mis brazos acaricie,
»Todo cuanto aquí se encierra
»Será tuyo, á fe de Enrique.
»Mas, cuenta con lo que digo,
»No me llores y me chilles,
»Y salga un rapaz al mundo

»Lloronzuelo y con melindres (1).
»Así pues, dame palabra
»Que cuando el dolor te aguije,
»Cantarás en bearnes
»Una cancion á la Vírgen:
»Y cuenta que al punto venga
»El buen Cotin á advertirme;
»Que al que ha de regir mi cetro
»Quiero al encuentro salirle.»

. . . .

No trece veces Apolo
Sus tardos caballos rige,
Que al influjo de Diciembre
Sacuden nevadas crines,
Y ya en el cenit Lucina
Su argénteo carro dirige,
Y esparce benigno influjo
Con su majestad sublime,
Cuando la Princesa Juana
Á la dueña que la asiste
Manda que á Cotin despida,
Y á su padre el Rey avise.
Éste, saltando del lecho,
Apresurado se viste;
Pero no bien la Princesa
Desde su alcoba percibe
En el caracol torcido
Recrujir los borceguíes,
Cuando con voz quebrantada
No sé si canta ó si gime:
«Ayudadme en esta hora,
»De la Puente Santa Vírgen.»

(1) *Pleureux* ni *rechigné*, dice la Crónica contemporánea.

El Rey, al entrar, conoce
La cancion, y ella prosigue.

«Vírgen Santa de la Puente (1),
»Ayudadme en esta hora.
»Mi Señora,
»Sed á mí ruego clemente.
»Rogad vos al Dios del Cielo
»Que tras mi dolor prolijo
»Me dé un hijo
»Que calme pronto mi anhelo.
»Todo en el mundo os implora,
»Hasta en el monte eminente.
»Vírgen del Puente,
»Ayudadme en esta hora.»

Sí la ayudó; que ya es madre,
Ya ve las formas sutiles
De un tierno infante, y su rostro
Bañan lágrimas fèlices.
Divino llanto, que adorna
De nuestra vida el orígen,
Como el celeste rocío
Cuando la aurora sonríe.

(1) Hé aquí la cancion textual:
Noustè Dame deū cap d'eū poun
Adjudat-me á d'aqueste ore;
Prégats aū Diū deū ceū
Que'm boulhe bié deliura leū;
Qué mon frut qué orte dehore;
D'ū maynat que'm hassie lou doun;
Tout dinqu'aū haūt deūs monts l'implore:
Noustè Dame deū cap d'eū poun
Adjudat-me á d'aqueste ore.

El Rey y Cotin entónces
Entran con sendos cojines,
Con el áureo cofrecillo
Y el collar de las esfinges.
Y el Rey pone en la garganta,
Blanca cual de hermoso cisne,
De la Infanta la cadena,
Y de esta manera dice:
«Este tesoro es ya tuyo;
»Que á buen precio le adquiriste,
»Y esta joya es solo mia.
»Quién habrá que me la quite?»
Cubre al niño en su herreruelo,
Entusiasta lo bendice;
Y ansiando probar al punto
Sus instintos varoniles
Con la cáustica semilla,
Cuyo hedor y nombre viles
Á la gente cortesana
Escandaliza y aflige,
Y cuyo vigor y gusto
Ama el pueblo, le constriñe
Los tiernos menudos labios,
Donde deja que destilen
De su copa nielada
Unas gotas carmesíes
Del néctar que se produce
De Juranzon en las vides;
Y cuando al rudo contacto
Ledo el Infante sonríe,
En los brazos lo levanta,
Hácia el balcon se dirige,
Al pueblo se lo presenta,

«Es bearnes crudo y firme,»
Exclama, y todos responden:
«Viva Enrique, viva Enrique!»
Vive, sí, vástago tierno,
Hoy acaso imperceptible
Como tu estado, que apénas
Va del Adúr hasta el Nive.
Tiempo vendrá que ese tronco
Á los franceses delfines
Dé sombra, y el Rhin y el Sena
Su planta besen humildes.
Padre y vencedor del pueblo
Que á un tiempo heredas y rindes
Serás, hasta que á deshora
Traidor puñal te asesine.
Y ¿qué dirás de ese pueblo,
Cuando, rompiendo los diques
De la lealtad, hunde el trono,
Corre de crímen en crímen,
Borra del celeste escudo
Las no marchitadas lises,
Y rasga el pendon sin tacha
Y en régia sangre lo tiñe?
¿Qué dirás, si ebrios de estrago,
No satisfechos los tigres,
Demandan para la hoguera
Áun la cuna en que naciste? (1)

(1) Durante la dominacion de la Convencion francesa, algunos terroristas, bajo pretexto de destruir los recuerdos de la tiranía, declararon una guerra bárbara á los monumentos históricos de Francia. Era de temer que la cuna de Enrique IV, formada por una concha ó caparazon de tortuga, llegase á ser su presa. Mr. de Beauregard poseia á la sazon en Pau un gabinete de historia natural; en él habia una concha de tortuga muy semejante á la que se conservaba en el castillo. Imaginó, pues, sustituir la una á la otra. El conserje Lamaignére tuvo el valor de ha-

¿Qué dirás, cuando tus nietos
La hospitalidad mendiguen
Proscritos, desheredados,
En extranjeros países?
  Desheredados...; no empero
Del trono que dió Felipe
Á tus régios descendientes
En la patria de los Cides;
  Que aunque ingratos algun dia
Su misma prosapía olviden,
De Isabel y Berenguela
Queriendo arrancar los timbres;
  El pueblo salva sus leyes,
Alza su escudo, y felice
Tu nieta Isabel gobierna
Los españoles confines,
  Desde el alto Pirineo
Hasta las playas muslimes,
Y del mar de Magallanes
Á las columnas de Alcídes.
  Gócelo prósperos años
Y los Monarcas la envidien,
Caro Auñon, y en nuestra España
Mil generaciones miren
  La dicha que Dios concede
Á la nacion que bendice:
Reyes justos y temidos,
Pueblos dichosos y libres.

cerse cómplice en este piadoso fraude, que se realizó en la noche del 30 de Abril de 1793. Á la mañana siguiente los jacobinos quemaban públicamente un pedazo de carey vulgar, creyendo reducir á cenizas las reliquias de un Rey.

Mr. Bascle de Lagrèze. LE CHATEAU DE PAU.

Pau 27 de Junio de 1852.

LA TOMA DEL HÁBITO

DE CALATRAVA.

A la Señorita Doña Cármen de Aguirre Solarte.

Si fuisteis prometido á otra Órden ántes que á esta, porque en tal caso no podeis ser recibido en nuestra Órden; y puesto que vos lo negásedes y encubriésedes, sabiéndose y demandándolo, os entregarán y darán.

Definiciones de Calatrava.

Verdad es que mis mayores
Vistieron la cruz de Alfama,
Cuando con sangre compraron
Los verjeles de la Daya.
Verdad es que desde entónces
Adornan sus rojas aspas,
Si no la casa en que vivo,
El sepulcro que me aguarda.
Verdad es que son mis deudos
Los Borjas y los Zangladas,

Nobilísimos Maestres
De aquella milicia sacra;
  Y que cuando el Rey Don Pedro
Con la hueste castellana
Quiso asaltar de Montesa
Las mal guarnidas murallas,
  Un soldado de mi sangre
Le forzó á volver la cara;
Y por cierto que corrieron
Jinetes de Calatrava.
  Todo es verdad, y con todo
Te pido, Señor, la gracia,
Que esta insignia allí vencida,
Me des por timbre y por gala.
  No porque yo á tus Maestres
Envidie la estirpe y fama,
Ni el valor de sus conquistas,
Ni el tesoro de sus arcas.
  No les tengo por más nobles;
Que no ceden en prosapia
Á Girones y Pachecos
Los Cardonas y Moncadas.
  Ni les envidio el denuedo;
Que, por San Jorge, aventajan
Valencia y Murcia rendidas
Á Córdoba y á Granada.
  Y aunque sobre henchidas trojes
Encomiende Calatrava,
En los campos de Montesa
Crece la poma dorada,
  El puro azahar se respira,
Y, conquistados del Ásia,
El fresco grano y la seda

Se alimentan en sus aguas.
No se temen ni se envidian
Estas Órdenes hermanas:
Entrambas son españolas,
Hijas del Cister son ambas.
Y si hoy te pido de hinojos
La cruz de las cuatro espadas,
Cubre el corazon con ella,
Y escucha en breve la causa.
Allá en el mar de Lepanto,
Siguiendo al caudillo de Austria
Vencedor ya, fuí vencido
De una cautiva cristiana,
Tan discreta como bella
Y tan bella como ingrata;
Que si recuerdan su nombre
Los pensiles de la Alhambra,
Al cabo es flor que entre el hielo
De la indómita Cantabria
Tuvo su orígen, nacida
En la oscura Gran Bretaña;
Y que primero de abrirse
Al vivo sol de mi patria,
Del frio y túrbido Sena
Probó las mudables aguas.
El traje heleno vestia,
Porque en ella se juntaran
Toda la pompa de Oriente,
Todo el donaire de España.
En el bonete rosado
Con los recamos de plata,
Como naciente capullo
Que cubre en Abril la escarcha,

Larga borla descendia
Sobre su ebúrnea garganta,
Cual torrente cristalino
Sobre la nieve del Átlas;
Y de su pudor emblema,
Al diestro lado asomaba
Una rosa, medrosilla
De ver hermosura tanta;
Y dos trenzas se desploman
Sobre la nevada espalda
Negras, ay! como mis celos,
Largas como mi esperanza.
Las telas de cachemira
Su esbelta cintura abarcan,
Como el rosal de Borneo
Ciñe la soberbia palma;
Y el albor de su vestido,
Y el rosado de su falda,
Y el velo como la nube
Que desciende á la montaña,
En medio de aquel estruendo
Me recuerdan, ay! mi patria,
Cuando Dios rie á sus valles
Al despuntar la mañana.
La Fe, la Patria, el Amor!
Triple incendio que levanta
En mi corazon llagado
El rayo de su mirada.
Sí; porque es modesta y pura
Cual nuestra Fe sacrosanta;
Penetrante, viva, ardiente,
Como el sol de nuestra España;
Mirada que amor inspira,

Que la voluntad quebranta,
Que es, para decirlo todo,
Vivo reflejo de su alma.
  Un año habrá que la sirvo
Con tan pertinaz constancia,
Que al cabo, al cabo confiesa
Que debe estarme obligada.
  Un dia, para probarlo,
Me mostró esa cruz de grana;
Ménos roja que sus labios,
Y por su mano pintada.
  Y áun recuerdo que me dijo:
«Buen caballero, tomadla
»Cual memoria de un afecto
»Que amor no inquieta ni mancha.
  »Esta insignia que prefiero
»De las Órdenes hermanas,
»Es de vuestro afecto emblema
»Por lo noble y por lo santa.»
  Por ende, yo te demando,
Buen Comendador, la gracia
Que la pongas en mi pecho,
Puesto que sabes la causa.
  Haz que me calcen la espuela
Y que me ciñan la espada,
Y que el hábito me vistan
Que habrá de ser mi mortaja.
  Y así latirá contento
Mi corazon, pues alcanza
El llevar hasta en la tumba
La memoria de mi amada.



21 de Febrero de 1849.

ROMANCES DESCRIPTIVOS.

PARA EL ALBUM DE ROSAURA

en que habian escrito muchos que luego en la guerra civil fueron enemigos.

Por necio quizá me tienes,
Rosaura, porque mi lengua,
Siendo tu donaire tanto,
Á celebrarlo no acierta.
Cuando tributo le rinden
Las cítaras halagüeñas,
Y los discretos pinceles
Digno homenage le prestan,.
Bien se puede llamar necio
Quien dentro el pecho no sienta
Codicia de los laureles
Que con tu mano dispensas.
Yo la sentí, arrebatado
Á su mágica influencia;
Quise escribir, y este libro
Heló mi sangre en las venas.

Mil veces ante mis ojos
Vi sus páginas abiertas,
Y otras mil veces el llanto
Borró, señora, las letras.
Pues bien; que con él se tracen!;
Que, puesto que eres discreta,
Quien con lágrimas escribe
Á tu corazon se acerca.
Lágrimas, perlas del alma!
Yo no trocara una de ellas
Por cien sonrisas falaces,
Por mil carcajadas necias.
Tambien yo reí, señora,
Y en la frondosa ribera
Que el Tajo baña orgulloso
Dije alegres cantinelas.
Pasaron como sus ondas,
Y tornarán cuando aquellas
Desde el fiero mar de Atlante
Hácia Castilla se vuelvan.
Que entónces digno palenque
Fué de la noble contienda
El album de las hermosas,
Y fué premio su indulgencia.
Hoy en los campos de España
Ruge mortífera guerra,
Y el laurel que en ellos crece,
Con propia sangre se riega.
El músico enamorado,
Que, por ver tu gentileza,
En leves danzas un dia
Hizo resonar su avena,
Hoy en los Cántabros montes

Pesada lanza blandea,
Y el llanto de cien matronas
En cada golpe acrecienta.
El que rival de esa dicha
Dulces versos escribiera,
Por conseguir de tu mano
Pura y fragante violeta,
Hoy á su amigo iracundo
Busca en las filas opuestas,
Y del lauro ensangrentado
Envidia la recompensa.
Ay! el que diga canciones
En medio á tantas miserias,
Neron será, que cantaba
Mirando á Roma en pavesas.
Lo ves? Al vate afligido
Ningun canto le consuela;
Que al pulsar trémulo el arpa,
Saltan gimiendo las cuerdas.

Silencio pues hasta el dia
Que tras la horrible tormenta
Brille en el cielo sereno
Clara y pacífica estrella.
Entónces diré tus gracias,
Ya que adorarlas no pueda,
Y haré de amistad alarde,
Si amor me concede treguas.
Diré el hechizo divino
Que puso naturaleza
En tus palabras, que en vano
Encontrarán resistencia.

Diré el sublime talento
Que en tus ojos centellea,
Y al ver tu nombre en mis versos
Me envidiarán los poetas.
Mas deja, Rosaura, en tanto
Que se mitiguen mis penas,
Y el silencio cicatrice
Tantas heridas abiertas.



El paseo una mañana de Navidad.

A CARMEN.

REDONDILLAS.

Tan bella como la flor
Del alba á la luz temprana,
Te vi, hermosa, una mañana
En el templo del Señor.
Y dentro el pecho sentí
Tu voz que al Eterno sube,
Y como fragante nube
Llegar al cielo la vi.
En alas de su oracion,
Oh Dios! mi plegaria envío.
No desdeñeis por ser mio
El voto del corazon.
Años de grato vivir
Le conceda tu bondad,

Y que logre mi amistad
Verla dichosa, y morir.
  Qué es el morir? No, Señor!
Fuera criminal locura
Perecer la criatura
Cuando nace el Criador.
  Vivamos, y arredro penas
Hasta que vengan los Magos;
Que hay muchos dias aciagos
Y contadas Noche-Buenas.
  Por eso Madrid juiciosa
En Navidad se engalana;
Que se precia de cristiana...
Y mucho más de golosa.
  Cada provincia la adula
Con un opíparo don;
Que es ya toda la nacion
Tributaria de su gula.
  El cielo mismo le envía,
Por combinacion extraña,
El aire de la montaña
Con el sol de Andalucía.
  Aire que en tu manto lidia
Por ver tu bella cintura,
Sol, cuya lumbre más pura
La de tus ojos envidia.
  Mas di: ¿qué busca impaciente
Tu penetrante mirada
Allá en la muestra elevada
De ese reloj (1) trasparente?
  ¿Qué nos importa saber

(1) El del Buen Suceso, cuya muestra de cristal, alumbrada interiormente por la luz del gas, habia saltado á impulso de las heladas.

El momento en que vivimos?
Déjalo; que harto sentimos
Si es de dolor ó placer.
  Y juro en Dios y en conciencia
Aquí á tu lado, señora,
Que está apuntando la hora
Más feliz de mi existencia.
  Mas ¿qué destino fatal,
Reloj, qué furiosa mano
Ha quebrado tan temprano
Tu nacarado cristal?
  Mas, ay! tu fortuna ingrata
Harto mi pecho adivina;
Que la luz que te ilumina
Es la propia que te mata.
  Ántes humilde y oscuro
Inciertas horas corrias;
Más ignorado vivias,
Pero tambien más seguro.
  Luégo por una mirada
Que vió tu primer albor,
Tanto ha crecido tu ardor,
Que te acercas á la nada.
  Y en breve en eterno olvido,
Léjos del fuego que adoras,
Ya no contarás las horas
Quebrado y ennegrecido.
  Qué vale tu elevacion?
Qué vale el sagrado templo?
Ay! sirve al ménos de ejemplo
Á algun ciego corazon,
  Y sepa que cual tu esfera
Salta el cristal de la vida,

Cuando á su llama escondida
Se opone el hielo por fuera.
  Romántica, segun veo,
Se va tornando mi musa:
Esta vez su ardor excusa,
Y sigamos el paseo;
  Que á riesgo de ver airado,
Cármen, tu rostro severo,
Pasar á tu lado quiero
La revista del mercado.
  Severo dije: es verdad;
Ni se arrepiente mi lengua;
Que en la belleza no es mengua
La noble severidad.
  No quita el negro al cabello,
Ni á los ojos la viveza,
Ni el donaire y gentileza
Á la cintura y al cuello.
  ¿Es por dicha ménos linda,
Ménos hechicera acaso,
En los cánticos del Tasso,
Porque es severa, Clorinda?
  Ni pienses que es rapto aquel
De fantástica locura;
Que así son en la Escritura
Judit, Débora y Raquel;
  Y el inspirado color
Del divino Miguel Ángel
Pintó severo al Arcángel
Junto al solio del Señor;
  Y así el Apéles de Urbino
La alma beldad comprendia,
Y dió un semblante á María

Severo al par que divino;
  Y, en fin, para entre los dos,
Si esto te causa inquietud,
Aunque es así la virtud,
Y es severo el mismo Dios,
  El remedio es muy casero:
Haz que tu labio sonría,
Y no ha de haber, Cármen mia,
Semblante más placentero.
  Mas no tengas de ello prisa
En calle tan bullanguera;
Que tanto atrevido hortera
No merece tu sonrisa.
  Con esta insolente raza
Ten, señora, el labio parco;
Que á bien que ya por el arco
Vamos entrando en la Plaza.
  Oh qué cuadro tan parlero!
Qué sol, qué bulla, qué gloria!
Bien haya amén la memoria
Del buen Felipe Tercero.
  Su retrato colosal
El inmenso espacio mide,
Y parece que preside
En un bélico arsenal.
  Á su pié en lanzas sujetas
Le dan adorno y decoro,
En vez de adargas del moro,
Las pintadas panderetas.
  Vieras allí por memoria
De la antigua monarquía
Cuando el sol no se ponia
Á la castellana gloria,

Con la canela de Oriente
De Málaga el fruto opimo,
Y el arábigo racimo
Con la piña de Occidente.
Dejo la enumeracion
De lo que allí se reune,
Porque me temo que ayune
El resto de la nacion.
Hay más que en Extremadura
Embuchados y jamones,
Más naranjas y limones
Que en el Júcar y el Segura,
Más corderos que en Castilla,
Más mantequillas que en Soria,
Más jaleas que en Vitoria,
Más olivas que en Sevilla,
Más dulzura que en amar,
Más turron que en pretender,
Melones que en Añover,
Y besugos que en el mar.
No entremos en los portales;
Que me dan lástima y miedo
De la indigesta Toledo
Las águilas imperiales,
Y tanto necio galan
Con más azúcar que seso;
Los unos de carne y hueso,
Los otros de mazapan.
Mas Toledo, ni Madrid,
Ni Córdoba, ni Valencia,
En la bizcochuna ciencia
Llegan á Valladolid.
Con chistes, á lo que infiero,

Está allí el huevo mezclado;
Fresco, dulce, sonrosado,
Y, sobre todo, ligero.
  Pero hagamos cortesía
Á este amigo de Jijona,
Ya que no por su persona,
Por su noble mercancía.
  Quién no venera el turron?
¿Quién tributo no le paga,
Cuando es la dicha y la plaga
De nuestra heróica nacion?
  Mágico dulce, salud!
Á tu oculto magnetismo
Ni resiste el patriotismo
Ni se esconde la virtud.
  Sí, la virtud; que es hoy dia
Cuanto miramos venal,
Y viene á ser cada cual
Mercader y mercancía.
  Sacan á torpe mercado
El militar su valor,
Su palabra el orador,
Sus canas el magistrado.
  Y áun (perdona que me aflija)
Yo he visto, Cármen, vender
El marido á su mujer,
Y el padre mismo á su hija.
  Qué horror! ¿Dónde está la fama
Del español caballero?
¿Del que impuso al mundo entero
Su Dios, su Rey y su dama?
  Hoy, muerta ya su piedad,
Sin más Dios que su codicia,

Comercia con la justicia,
Trafica con la lealtad.
Y ni gloria, ni poder
Satisface su ambicion,
Y reclama un galardon
Por cumplir con su deber.
Ántes por mero decoro
Lidiaban en el torneo;
Hoy pretenden un empleo
Áun en las astas del toro.
¿Te acuerdas, Cármen, la fiera
Terror del claro Jarama,
Que aquí escarba, ruge, brama,
Y parte en veloz carrera?
Aquí Romero (1) feliz
Revuelve el tordo bridon,
Y rompe el frágil arpon
En la sangrienta cerviz.
Y, al desplomarse á sus piés
Aquel monstruo jarameño,
Se alza el pueblo madrileño,
Y aplaude el huésped frances.
Yo, cuando la suerte ví,
Dentro del absorto pecho
Un envidioso despecho
Por única vez sentí.
Y no envidié su valor,
Ni el aplauso popular;
Que no es mucho el pelear

(1) D. N. Romero, que como caballero en plaza quebró rejoncillo en la Plaza Mayor de Madrid en las fiestas Reales que se hicieron cuando las bodas de Isabel II y la Infanta: verificólo con general aplauso, mereciendo además que lós Duques de Aumale y Montpensier le hicieran un regalo.

En quien tiene pundonor.
  Mas, ay! que en la multitud
Algun corazon habria
Bello cual yo lo fingia,
Y yo envidié su inquietud.
  Á este misterioso bien
Mi existencia he consagrado,
Y por él solo he luchado
En este sitio tambien.
  Aquí en la noche tremenda (1)
Tambien mi voz se escuchaba
Miéntras en torno bramaba
La fratricida contienda.
  No por ciego frenesí
En la lucha me ingeria,
Mas por decir algun dia:
«He sido digno de tí.»
  No pasemos adelante;
Que ya mi musa indiscreta
Se olvida de lo poeta
Y va á dar en lo galante.
  Cármen, no tengas pesar;
Que es tan puro mi deseo...
Que... Es tarde, acabe el paseo
Y vámonos á almorzar.

(1) En la asonada de la noche del 26 de Marzo de 1848, siendo yo Ministro de Marina, llevé dos compañías á la Plaza Mayor para arrojar á los revoltosos que la ocupaban.



Madrid 21 de Diciembre de 1848.

EL RACIMO DE DÁTILES.

Á CÁRMEN.

ROMANCE.

Sultana hermosa y gentil,
Honor y prez de mi patria;
La del cabello atezado,
La de la frente de plata.
Realidad de mis ensueños,
Porvenir de mi esperanza,
Ocasion de mi martirio,
Placer único del alma;
La que con aleves ojos
Y el dardo de su mirada
Tiene heridos más cegríes
Que Santiago y Calatrava.
La que el sentido embravece,
Y el corazon acobarda,
Y da suelta á los deseos
Y cautiverio á las almas:

Un llagado de tus tiros
La paz que perdió te manda,
Y en prendas de su cariño
Esos frutos de una palma,
Que cual tu cintura esbelta
Y cual su fe solitaria,
Presta su apacible sombra
Al umbral de mi cabaña.
Trajo quizá su semilla
Ardiente huracan de Arabia,
Y creció como mi afecto,
Combatida y olvidada.
Ni nunca el poder humano
Logró dirigir sus ramas;
Que es libre, como quien piensa,
Constante, como quien ama,
Sublime como el ingenio,
Verde como la esperanza,
Como la verdad severa,
Y cual tú misma gallarda.
Tal vez á su pié robusto
Humilde jazmin se enlaza;
Mas del cedro enaltecido
Con noble orgullo se aparta.
Y sólo su amor concede
Á otra palmera lejana,
Sin que estorben sus caricias
Ni el tiempo ni la distancia;
Que apénas la primavera
Con flores el campo esmalta,
Férvidos besos la envía
Del cefirillo en las alas.
Y con dorados racimos

La erguida frente engalana,
Modelo de los ausentes,
Alto ejemplo de las almas.
  Sobre su tronco flexible
Y sus ramos de esmeralda
Rugen en vano los vientos,
Los siglos pasan y pasan;
  Que ella en medio del espacio
Mece las sonoras ramas,
Cual tus manos en el clave
Siguen la santa plegária.
  Y como tú á la lisonja,
Al trueno que la amenaza
Ensordece, y contra el rayo
Más altiva se levanta.
  Salud, Reina del desierto,
Bella imágen de mi amada.
Bendita mil veces seas,
Bendito Alá que te guarda,
  Por galardon al martirio,
Por tributo á las hazañas,
Por emblema á la pureza,
Por holocausto á las aras.
  Él enseña tus labores,
Ó por consuelo ó por gala,
Al cautivo laborioso,
Á la inocente serrana.
  Él niega tu noble tronco
Á las codiciosas arcas,
Á la nave aventurera
Y á las fratricidas lanzas.
  Él conserva tu cogollo,
Que, cual dorada guirnalda,

Lleva el fruto de topacios
Que yo rindo á mi Sultana.
Recíbelo tú, señora,
En prenda de mi constancia;
Pero sufre que te diga
Que esa misteriosa planta
Que el hombre nunca sujeta,
Que el cedro nunca aventaja,
Que el rayo nunca intimida...
Un breve hielo la mata.
. . . .
. . . .
. . . .
Ah! nunca, nunca se entibie
El fuego que nos abrasa;
Con él llegue nuestro afecto
Hasta el Sér de quien dimana;
Hasta Dios, que da á tu frente,
Cármen, la sublime gracia
Que á la nieve en las alturas,
Que en el desierto á la palma.
Admite benigna en tanto
El pobre fruto, que guarda,
Tambien como tú severo,
El Ángel de mi esperanza.
Y las doradas almendras
De tu aliento perfumadas,
Que entre el coral de tus labios
Infunden celos al ámbar,
Vuélveme, porque las siembre
De Rocamora en las granjas,
Donde serán algun dia
Emblema de mi constancia.

Allí al par de nuestros hijos
Crecerán las tiernas plantas,
Y cuando luégo mi frente
Coronen las níveas canas,
Gentil, lozano, frondoso,
Se alzará un bosque de palmas,
Que lleve á mis descendientes
El nombre de mi Sultana.



20 de Marzo de 1849.

EN EL ALBUM DE VIRGINIA,

Á QUIEN NO CONOCIA

más que por la fama de sus virtudes.

Ese sol, rey de los astros,
Vida y ornato del orbe,
Virginia, no todos aman,
Porque no todos conocen.
Tal vez el ciego infelice,
Que gime en eterna noche,
Se finge para adorarlo
Quiméricas ilusiones.
La memoria de sus gustos
Su pecho ansioso recorre:
Ora al aroma de incienso,
Ora al aura de las flores,
Ora al zumbido del trueno,
Ora á los mágicos sones

De la inmensa catarata
Que se derrumba en los montes
Lo compara, allá en su mente
Juntando ideas discordes.
«Es la luz el armonía?
»Son aromas los colores?
»Ver ¿es tocar desde léjos?
»¿Ó dan los objetos voces
»Y está escondido en la vista
»Un eco que les responde?»
Dice; mas cuando los rayos
Bañan sus mustias facciones
De tibia luz, su ignorancia
Y su impotencia le absorben.
Siente el benéfico influjo
Que dentro sus venas corre,
Y bendice á Dios, que es solo
Óculto sol de los hombres.
Yo así, pues nunca te he visto,
No canto tus perfecciones:
Bella te presumo, y siento
De tu virtud los favores,
Consagrándola rendido
Tributo digno, aunque pobre,
En estos versos, que humildes
Ante tus plantas se ponen.



RECUERDOS DE SALAMANCA. (1)

ROMANCE I.

El hospedaje en el campo.

A la Excma. Sra Condesa viuda del Montijo.

Dejemos los viejos muros
Que besa el plácido Tórmes,
Y el Zurguen, á quien Melendez
Consagró tiernas canciones.
Templos insignes, que alzaron
Al saber nuestros mayores,
De injusta y bárbara guerra
Son hoy escombros informes.

(1) Los hechos á que este romance se refière, así como los dos siguientes, se verificaron en una expedicion que para visitar sus posesiones hicieron la Condesa viuda del Montijo y su hija la Condesa de Teba, en que yo las acompañé.

Huyamos de aquí, Señora;
Que entre esos rudos montones
Áun se siente emponzoñado
El aliento de la Corte.
Venid: si el hombre destruye
Esas gigantescas moles,
Que ayer levantó orgulloso
Para eternizar su nombre,
No quita el verde del prado
Ni el azul del horizonte,
Ni muda el arte sublime
De canoros ruiseñores;
Ni el aroma del tomillo
Su infanda ciencia corrompe,
Ni el amor puro y leal
De campestres corazones.
Cuánto es verdad! ¡Cuánta dicha
En esta mansion se esconde!
¡Cuál la anuncia en sus paredes
Ese ordenado desórden!
En dos cuadros adornados
De tomillo y ababoles,
Mal pintadas, bien queridas,
La Vírgen Madre de amores,
Y la Reina que del trono
De castillos y leones
Rayos de lealtad infunde
Á los pechos españoles,
Presiden la estancia: en torno
Recias sillas, altos cofres,
Y tarimas que hacen blandas
Los desmotados vellones.
Junto al antiguo escritorio

De marfil, ébano y bronce,
Bruñidas con el trabajo
Yacen las rejas enormes,
  El caramillo, consuelo
De los primeros amores,
Y junto al lecho nupcial
El Salvador de los hombres.
  Allí la cuna, y no léjos
Los amarillos blandones,
Que arderán cuando su dueño
Casi en el sepulcro toque.
  Á su luz verá tranquilo
De la eternidad el borde,
Dejando á sus netezuelos
Su bendicion y su nombre.
  Entre las corvas estevas
Las aijadas y las hoces,
Pende el certero arcabuz,
Terror del vecino bosque,
  Y el torcido polvorin
Con tan pulidos recortes,
Que la misma filigrana
Envidiara sus primores.
  Vieras en él del novillo
Cuya es la materia innoble
De aquella labor, grabada
La imágen y el fiero porte;
  Entre un lazo indisoluble,
Dulce símbolo de amores,
De una sola flecha heridos
Dos ardientes corazones:
  Y el jabalí perseguido
Por los podencos veloces,

Y el halcon que se desploma
Herido del fiero golpe;
  Y al cabo en feudal escudo
Los mal trazados blasones
De Fonsecas y Acevedos
Con la corona de Conde:
  Cerrando, en fin, la espiral
De las moriscas labores,
El artífice discreto
Ha cincelado este mote:
  «Por el dueño á quien yo sirva
»Y por la bella que adore,
»Ni hay fiesta que no celebre,
»Ni peligro que no arrostre.»
  Mas ya en la estancia vecina
Para ti el huésped compone
Manjar, como su cariño,
Sano, limpio, franco y pobre.
  Da principio el áurea poma,
Que el apetito dispone,
Y de Valencia recuerda
Las encantadas regiones.
  Tambien en su ardiente playa
Ese blanco arroz se coge
Entre lagunas, que forma
La codicia de los hombres.
  Por eso ven envidiosas
Sus zagalas los colores
Que en sus mejillas ostentan
Las serranas de estos montes.
  ¿Quién del hidalgo puchero
Podrá celebrar las dotes,
Si en él solo nos legaron

Su imágen los ricos-homes?
  Tranquilo en su hogar, sencillo,
Sin séquito que le estorbe,
Sin especies extranjeras,
Que su inocencia inficionen;
  Constante todos los dias
Cualquier desmayo socorre,
Y en la solemne ocasion,
Espléndido, rico y noble.
  Luégo al jamon suculento,
Que el olfato reconoce,
Bueno es que salva le hagamos
Con esta copa de aloque.
  El dorado corderillo,
Que ayer triscó por el bosque,
Se presenta por tributo
De los sencillos pastores.
  Perdices en escabeche,
Perfumados salpicones,
Y de una brava novilla
Las manos en almodrote.
  De tierna y fresca lechuga
Cogollos para los postres,
Y bizcochos que envidiaran
Valladolid y Monforte.
  Más blanca en fin que la nieve
Que Béjar guarda en sus montes,
Fresca nata, pura leche,
Y requeson con arrope.
  Terminada la comida,
Delante el huésped paróse,
Y de esta manera dijo
En mesuradas razones:

«Señora, vuestra grandeza
»Perdone esta cortedad
»Que le brinda mi pobreza,
»Y disculpe mi llaneza
»Con mi buena voluntad.
»Ni el oro en mi mesa brilla,
»Ni pulida filigrana;
»Que no es menester vajilla
»Habiendo paz, buena gana,
»Y blanco pan de Castilla.
»Ni me cumple el alabar
»Estos manjares villanos:
»Diré que por vos honrar
»Los han hecho con sus manos
»Las más bellas del lugar.
»Cabe más ponderacion?
»Aunque os dé tributo justo
»Cuanto hay noble en la nacion,
»¿Goza entónces vuestro gusto
»Como agora el corazon?
»En vuestra heredad nací,
»La riego con mis sudores,
»Y mis hijos ven en mí
»Lo que yo en mi padre vi,
»El amor á mis señores.
»De estos ricachos de ahora
»No espero bien, sino daño;
»Que siempre temo, señora,
»Que me empobrezca en un año
»Quien se enriquece en un hora.
»Y arguyo de buena fe,
»Puesto que soy labrador,
»Y siempre un amo tendré,

»Que quien siempre dueño fué
»Sabrá ya serlo mejor.
»Vuestros mayores lanzaron
»Al moro allende la sierra
»Con sangre que derramaron:
»Justo es que cobren de tierra
»Que á tanta costa compraron.
»Esto tengo yo aprendido;
»Mas me duele, vive Dios,
»Que á seis dueños he servido,
»Y á ninguno he conocido
»Como hoy os conozco á vos.
»¿Qué hacen, señora, decid
»En el palacio del Rey,
»Que así olvidan á su grey?
»¿Hay, por ventura, en Madrid
»Corazones de esta ley?»

Calló: por su faz rugosa
Corrió una lágrima entónces,
Y en tu mano respetada
Sus labios trémulos pone.
No comprendí yo las frases
Que enternecida respondes;
Que cuando los ojos hablan,
Es el corazon quien oye.
Salud, altos pensamientos,
Restos de tiempos mejores,
Ocultos en estos campos,
Olvidados en la corte.
Así del héroe famoso
Enmohecido el estoque,

Yace montaraz cuchillo
Lo que fué gloria del orbe.
¿En dónde están de Castilla
Los robustos infanzones?
¿Cuál tierra labran ahora
Sandoval y Bracamonte?
¿Do está de Haro y Maldonado
La labor? ¿En dónde, en dónde,
Los héroes en Villalar
Vencidos ó vencedores?
Un tiempo fué, cuando rotos
Los flamencos escuadrones,
El Duque de Alba, el dechado
De los tercios españoles,
Viendo el correr de los trillos
Y el tañer de los albogues,
Olvidó el son de las trompas
Y el rodar de los cañones,
Y mansamente sentado
Cabe las henchidas trojes,
Contaba sus propios hechos
Á sus propios labradores.
Su heróico ardor les infunde,
Y en su admiracion recoge
Para servir á su patria
Brio nuevo y fuerza doble.
¡Mal haya, mal haya el dia
En que necias ambiciones
Cargaron á nuestros padres
De los áulicos honores!
Ay! no con llaves doradas,
Ni con ricos uniformes,
Su honor y fuerza compraron

Nuestros egregios varones.
No es una flor la nobleza,
Que en el pensil de la corte
Cede á cualquier airecillo,
Y al rayo del sol se esconde;
Mas, arraigado en la tierra,
Añoso, copudo roble,
Que lanzas cria en sus ramas
Sacudidas por el norte.
Hoy los Grandes, de costumbres
Extrañas imitadores,
Á su vez desconocidos
Del pueblo que desconocen,
Atados al viejo yugo
Que los Reyes les imponen,
Sufren de envidiosa plebe
El nivelador azote.
Sus! despertad; que ya es hora.
Venid, y quizás entónces
Los que en palacio os desprecian,
En las cabañas os honren.
Allí la envidia os persigue,
Aquí el amor os acoge;
Allí cual siervos os tratan,
Aquí os proclaman señores.
Sí, que esos viejos castillos
No son infames padrones,
Ni los hicieron esclavos,
Ni los vendieron traidores.
Ganados son por valientes,
Que aclamaron en sus torres
Religion santa en sus cruces,
Libertad en sus pendones.

¡Honor á ti que, adunando
En tu persona conformes
El encanto de tus prendas
Y la prez de tu renombre;
Tan labradora en el campo,
Como dama en los salones,
Madre del colono humilde,
Modelo del alto prócer,
No hay arte que no comprendas,
No hay empresa que no logres,
Ni albedrío que no rindas
Ni voluntad que no dobles!
Por eso cuando te ausentas,
Tras de tu caballo corren
Las zagalas, y con llanto
Arrojan al paso flores.
«Bien vayas, noble señora,
»Donde como aquí te adoren;
»La Madre de Dios te guie;
»Bendiga el cielo tu prole.»
En tanto los montaraces
Por el collado trasponen,
Y tú, por cubrir tu llanto,
Alzas en fin el galope;
Que es fuerza tambien que veas
Las almenas de otras torres,
Ántes que en los hondos valles
Tienda su manto la noche.



ROMANCE II.

La Cabalgata.

A la Excma. Sra. Doña Eugenia de Guzman,

CONDESA DE TEBA. (1)

En una hermosa floresta,
Donde con sombra perenne
Impenetrables encinas
Cubren la alfombra de césped;
Por gozar el aura pura
Y dar tregua á los corceles,
Paso á paso van llegando
Los cortesanos jinetes.
Al insólito bullicio
Dejan el pasto los bueyes,

(1) Hoy Emperatriz de los franceses. Más de un extraño presentimiento de tan elevado destino se puede hallar en este romance, impreso ya en 1845.

Y de rama en rama vuela
El pintado martinete.
  En vano, Eugenia, procuras
Alcanzar sus giros breves,
Y suelta al corcel la brida,
El aire rápida hiendes;
  Que él sigue tus movimientos;
Corres, huye; paras, vuelve;
Ora al cielo se levanta,
Ora á la grama desciende.
  Del fiero arcabuz se burla
En los copudos almeces,
Y á su dulce compañera
Del crudo peligro advierte.
  Ah! perdónalos, señora,
Por el amor que se tienen,
Y por salva de alegría
Lanza, lanza el rayo ardiente.
  Tiempo vendrá, que empleado
Contra la cobarde liebre,
Los cazadores del bosque
Por su deidad te veneren;
  Mas hora no, que cubierta
Con el leonado bonete
La cerviz, envuelto el rostro
En sus lambrequines verdes;
  Al cinto la roja banda,
Y puesto al hombro el mosquete,
Audaz guerrero te juzgan
Y tu noble arrojo temen;
  Y cuando acaso lascivo
El cefirillo insolente
Quiere libar de tu boca

Los purpurinos claveles,.
Y muestra el áuréo cabello
Sobre tu rostro de nieve,
Y del velo entre las nubes
Tus dos luceros celestes,
Los pastores y zagalas
En mil preguntas se pierden,
Y cuanto la vista ignora
El cuitado pecho siente.
«Dinos, gentil criatura,
»Que así enamoras y vences,
»Que cuando el sentido encantas
»Llagas el alma, quién eres?
»Cual tú, pintan las leyendas
»Á las *hijas de los Reyes*,
»Y cual tú, los campeones
»Que en Tierra Santa florecen.
»¿Ó eres más bien linda maga,
»Y ocultas bajo los pliegues
»Del manto encantada silla
»Que por los aires te lleve?»
Paras, y leda sonríes,
Y la amiga mano tiendes
Á la turba, que admirada
La verdad en fin comprende.
Sólo en el *reino de amor*
Ciña diadema tu frente.
Tus miradas son tus armas:
Quién las vió de mejor temple?
Son tus años juveniles
Tus encantados jaeces;
Ni ¿para qué más hechizos
Que no contar diez y nueve?

En tanto por la espesura,
Que vela el sol de Occidente,
Acuden los aldeanos
Á saludar á su huésped.
Los festivos muchachuelos
Con listones diferentes
Mil trenzas abigarradas
En ligeras danzas tejen;
Ó ya esgrimiendo los tirsos,
En vez de agudos floretes,
Recuerdan confusas zambras
De Cegríes y Gomeles,
Miéntras al son de atabales
Cantan discretos motetes,
Por daros la bienvenida
En sentidos parabienes.
Ay! tienen las dulces flautas
Un sonido tierno y flébil,
Que el espíritu recoge
Y el alma toda conmueve.
Son cual la vaga memoria
De nuestra edad inocente,
Melancólica y süave
Entre mundanos placeres.
Compara el fulgor del alba
Y del prado el fresco ambiente
Con la luz de los festines
Y el humo de los banquetes.
Verás cómo grita el alma
Libre, feliz, elocuente:
Quién, oh campo, no te adora?
Quién, corte, no te aborrece?
Mas ¿cuál murmullo se mezcla

Á los pintados rabeles?
Son de un cercano arroyuelo
Los cristales trasparentes.
Quejoso de su destino,
Tan mal su grado desciende,
Que en cada flor de su orilla
El tardo paso detiene.
Enamorado del valle,
«¡Feliz,» dice, «una y mil veces
»Quien nunca deja la sombra
»De los paternos laureles!
»¡Feliz el raudal sonoro
»De la cristalina fuente
»Que en aquella piedra nace
»Y en estas arenas muere!
»Yo, cuitado, no soy libre
»De pararme ó de volverme;
»Que en la creacion mi cauce
»Inclinó el Omnipotente.»
Arroyo, ¿quién en el mundo
Es árbitro de su suerte,
Si es el raudal de la vida
Tan inclinada pendiente,
Que sin tregua en los dolores,
Sin descanso en los placeres,
Desde la cuna al sepulcro
Corre, corre, corre siempre,
Sin que nadie le consulte
Lo que mañana sucede,
Hasta que en el ponto inmenso
De la eternidad se pierde!
Así tú del claro Tórmes
Te inclinas á la corriente,

Y luégo al Duero te arrojas,
Y luégo en el mar pereces.
Yo al ménos sé que tus linfas
Corren al mar de Occidente.
¿Quién sabe al mar donde corre
Eugenia con paso alegre?
Mas ya el antiguo castillo
Por el ejido aparece
Ostentando entre celajes
Sus calados chapiteles.
En su abierta galería,
Que los pilares sostienen,
Deja su huella el arado
En vez del pesado ariete.
Las profundas anchas cavas
Son pastoriles albergues;
Nidos son las aspilleras
De palomas inocentes.
El ferrado alto rastrillo
Se torna humilde pesebre,
Y en la propia sala de armas
El tranquilo hogar se enciende.
Así quien jóven un dia
Cortés, galan, impaciente,
Fué envidia de sus rivales
Y de sus bellas juguete,
Hoy, del tiempo aleccionado,
Cultiva doradas mieses,
Y de la edad que ha perdido
Avergonzado se duele.
Crudo efecto de los años!
¿Quién á tu impulso no cede,
Si su condicion trastornas

Aun á las mismas paredes?
Mas ya la pálida luna
Por el firmamento asciende,
Y en los cansados mortales
Su letal influjo vierte.
Tiempo es que paren las danzas,
Tiempo es que los juegos cesen,
Y que á Morfeo brindemos
Con tibia espumosa leche.
Á su influjo en lecho blando,
Que la lealtad te previene,
Tú, que del pasado ries,
Bella Eugenia, duerme, duerme.
Que los sueños placenteros
Coronen tus puras *sienes*,
Y un porvenir te descubran
Tan *fausto* como el presente.
Sí; que á tu edad, bella niña,
Suspensa el alma, entre muelles
Esperanzas se columpia
Y entre ilusiones se mece.
Así en el bosque nativo
El zagalillo se aduerme
Al columpio de las ramas,
Al murmullo de las fuentes.
¡Ay de aquel que desvelado
Por hondas penas aleves,
Sólo fia su reposo
Á los brazos de la muerte!



Tejado 21 de Mayo de 1845.

ROMANCE III.

La nube.

A LEOCADIA.

Deja, Leocadia, tu lecho;
Que ya en el Oriente luce
Del astro puro del dia
La generadora lumbre.
Luzca tu rostro sin velo
Como la aurora sin nube.
¡Oh cuán placentera el alba
En las bóvedas azules,
Mostrando su faz de rosas
Por el horizonte sube!
Así al despertar, Leocadia,
Tus mejillas se traslucen
Entre los nevados pliegues
De los mal rizados tules.

Ven, hermosa. ¿Por qué tardas,
Y en la enojosa costumbre
Del cortesano atavío
Tan bellas horas consumes?
Qué vale filtrada esencia?
¿Qué vale dorado estuche,
Comparado con las ondas
Que en el verde prado surgen?
¿Qué es el cristal de Venecia,
Ni los aromas de Túnez,
Ni el marmóreo pavimento,
Ni la morisca techumbre,
Con el raudal que se escapa,
Con el aura que difunde
Del romero ya florido
El balsámico perfume?
Ven, que para ti se extiende
El pabellon de esa nube.
Ven; que en el bosque te espera
La pintada muchedumbre
De canoras avecillas,
Que por los aires discurre.
Ven, y de su amor aprende,
Y que ellas tu voz escuchen,
Y serás de Filomena
Alumna, modelo y númen.
Ya te aguarda entre las ramas
De los verdes acebuches,
Y el aljófar del rocío
Sobre las flores sacude.
Con ellas gentil guirnalda
Enlaza á tus negros bucles,
Tan fresca, que tus mejillas

Ni la envidien, ni la ofusquen.
  Á la par de su rocio,
De su aroma y dé su lustre,
¿Qué son las perlas de Conde
Ni los carbuncos dé Duque?
  Ni ¿qué ciencia puede darles
El tornasol de sus luces,
Cuando ya en el mundo reinen
Las frias nieblas de Octubre?
  Goza del tiempo sereno,
Leocadia, ántes que se anuble;
Goza el dia afortunado,
Que nunca dos veces luce.
    Ven; pasemos el rastrojo
    Á la sombra de la nube.
  ¿No escuchas los ojeadores
Que la colina circuyen,
Templando sus voces roncas
Con el jugo de las ubres?
  Yo sé un puesto tan guardado
De espinos y almoradujes,
Que áun el mismo cefirillo
Dudo yo si lo descubre.
  Quédate en él, y apercibe
Tus armas; pero no dudes
Que es donde llegan tus ojos
El ardiente plomo inútil.
  En vano impones silencio;
Que, ya que mi voz no sufres,
Diré tu nombre á los troncos
De los blancos abedules,
    Que alzan sus erguidas copas
    Hasta la entoldada nube.

Mas ya entre aquellos jarales
La liebre acosada bulle;
Llega al claro, pára, mira,
Y arranca de nuevo impune.
Impune no; que ya estallan
Dos certeros arcabuces;
Y de dos golpes herida
La cuitadilla sucumbe.
Infeliz! sólo en tu daño
El pérfido amor reune
El impulso de dos almas
Que quizá nunca se junten.
Así á la vez se derrumban
De las apeninas cumbres
Contra una pobre cabaña
Dos corpulentos aludes.
Así del valle y la sierra
Se juntan cárdenas nubes.
Su oscuridad pavorosa
Por la ancha bóveda cunde;
Ya crecen, ya se adelantan,
Del Ábrego al recio empuje,
Cual si á nosotros lanzase
Desde los montes astures
Su caliginoso aliento
El maldecido querube.
Más cerca el trueno se escucha,
El zagal próvido acude,
Y al silbo agudo llamadas
Las cabras ligeras huyen.
Una gota y otra gota
Desciende. Como palustre
Caña, el roble sacudido

Por los vendabales cruje;
Y tú en tanto en la floresta
Triscando miras la nube.
Las cataratas del cielo
Rompen; los prados se cubren
Con albicante granizo
Como de mortaja lúgubre.
Nunca el relámpago brilla
Sin que ya el trueno retumbe
Y el rayo infeste los aires
Con su volcánico azufre.
Ven, Leocadia, bajo el olmo
Miéntras que pasa la nube.
Los arroyos son torrentes,
No hay raudal que no se enturbie,
Ni encina que no se humille,
Ni valle que no se inunde.
¿Y tú cantas entre tanto
Que el Euro y el Noto rugen,
Y al huracan te abandonas
Como al ponto frágil buque,
Ensayando leves danzas
Al ronco son de la nube!
Tardabas, cuando la Aurora
Te ofrecia sus perfumes,
Y hora al granizo te entregas
Que tu pura faz percute.
¡Necio orgullo de los hombres
Que la santa paz rehuye,
Y arrostrando la tormenta
De valeroso presume!
Yo en la aurora de la vida
Tambien esperanzas dulces

Como efímera guirnalda
En torno á mi frente puse.
  Áun no del todo marchita,
Incauto mancebo impúber,
Pagué al mundanal orgullo
Fatigante servidumbre.
  Yo tambien domé los fuegos
De corceles andaluces,
Y en el sanguinoso circo
Probé la suerte voluble;
  Y miéntras recia borrasca
Dentro de mi pecho tuve,
Cantaba en la corva lira
Con plácida mansedumbre.
  Hoy ya rendido, anegado
En llanto, al sol de virtudes
Me vuelvo; porque mi rostro
Con su santa luz enjugue.
  Leocadia, estas breves horas
Son de la vida resúmen;
Para el placer nadie es cauto;
Para el dolor nadie inmune.
  Se deslizan los instantes
Cual granizo que se funde,
Y al par la hermosura arrolla
Y la arrogancia destruye.
  Despierta; que no á los dias
Meses y años se acumulen,
Y eches ménos estas horas
Que en ocio inerte consumes.
  Goza del tiempo sereno,
Leocadia, ántes que se anuble;
Goza el dia afortunado,

Que nunca dos veces luce.
Ya el íris de paz ostenta
Su nacarada vislumbre,
Y el sol tremola en los cielos
Sus estandartes de gules;
Y ya por el éter puro
Los ténues vapores huyen.
¿Quién sabe si mi memoria
Se disipe cual la *nube*!



EN UN ALBUM.

QUINTILLAS.

Si yo fuera trovador,
Si yo tuviera una lira,
Si ese genio creador
Que á los poetas inspira
Me hubiera dado el Señor;
Si yo pudiera legar
En mis cantares seguros
Mil nombres que celebrar
Á pueblos que han de llegar
Allá en los siglos futuros;
Tu gentileza cantara
Y tu donoso atractivo,
Y el mundo que me envidiara
Tu cantor me proclamara,
Puesto que no tu cautivo.
Y así recompensa pura
Tuviera; que la memoria
En pos de la tumba oscura

Vale ménos que la gloria
De celebrar tu hermosura.
   Por retratar lucharia
De tus ojos la viveza:
Que los anima, diria,
La luz que naturaleza
Dió al tostado mediodia.
   Y de mi mente cansada
Fuera dulce galardon,
Más que la fama anhelada,
El verte honrar mi cancion
Con halagüeña mirada.
   Y tranquilo y satisfecho
De poner mi nombre aquí,
No con necio frenesí,
Por imprimirlo en tu pecho
Diera la paz que perdí.
   Fama por fama tornar
Bien puedes al trovador;
Mas ¡guay si se atreve á amar!;
Porque en premio de su amor
El tuyo no le has de dar.



1837.

EL LAGO DE ENGHIEN.

A mi hijo Mariano.

> O mon fils, ame heureuse
> O lac de pureté
> . . . .
> . . . .
> Lac que le ciel parfume
> Le monde est une mer,
> Son souffle est plein de brume,
> Un peu de son écume
> Rendrait ton flot amer.
>
> V. Hugo.

Pues tú tambien, vida mia,
Me pides con tierno halago
Para ti una poesía,
Héla aquí; que darte en pago
Con ella el alma querria.
Y para que su impresion
Ni el tiempo ni los enojos
Borren de tu corazon,
Lo que ahora miran tus ojos
Te pintará mi cancion.

¿Ves esa tranquila ria
Sin regolfo ni corriente,
Que en tu lenguaje inocente
Apellidas mar tambien?
Yo lo estimo, vida mia,
Porque imita tu existencia,
Breve mar de la inocencia,
El bello lago de Enghien.

¡Cuán apacible, bien mio,
Ante tus plantas se extiende!
¡Cómo la vista comprende
Del uno al otro confin!
No hay en su fondo bagio,
No hay escollo en su ribera;
Que es su costa placentera
Un jardin y otro jardin.

Así festivo y contento
De un juego á otro juego en calma
Se mece tu pensamiento,
Ni hay en el fondo de tu alma
Oculto remordimiento.

Le surcan en vez de armadas
Ánades de tal belleza,
Que retratan tu pureza
En su fulgente candor.
¡Cuál te siguen confiadas!
Dales el pan, mi Mariano,
Y será tu tierna mano
Instrumento del Señor.

De Dios, que da aroma al nardo,
Y da á las aves blancura,
Y presta inocencia pura
Á tu sonrisa infantil.
Por eso el cisne gallardo
Tras del pasto por que anhela
Traza la rizada estela
Desde el aislado pensil.

Así más puro alimento
Tu infantil curiosidad
Demanda á cada momento,
Y es quien te instruye instrumento
De Dios, suprema verdad.

Allí en vez de fortaleza,
De muelles y torreones,
Cabañas y pabellones
Se ostentan en derredor.
Y al mirar la gentileza
De tu linda navecilla,
Otros niños de la orilla
Te mandan besos de amor.

Justo es, mi bien, que respondas,
Ya que hacen señal con malvas:
Devuélveles tú por salvas
Ramos de rosa y clavel.
Allí no tienen las ondas
Espuma, ni fuerza el noto,
Ni lleva aguja el piloto,
Ni tiene quilla el vajel.

Así miéntras pobre niño
Navegues por dulces mares,
Donde quiera que arribares
Encontrará tu cariño
Los amigos á millares.

Gótica ojiva al ocaso
Domina la playa toda;
Pero es lujo de la moda,
No señal de esclavitud.
Y aunque gruesa almena acaso
Allende oculta el ramaje,
No es torre del homenaje,
Sino fuente de salud.

Piélago aquel siempre amigo
Que el aura riza y perfuma,
Golfo gentil que mi pluma
Quiere en vano retratar;
Mejor le pinto, si digo
Que eres tú, niño hechicero,
El más digno marinero
De aquel encantado mar.

Voga, pues; tus años son
La nave, mar tu inocencia,
No ha menester el patron,
Ni el lastre de la experiencia,
Ni el faro de la razon.



15 de Junio de 1856.

ROMANCES JOCOSOS.

LOS INCONVENIENTES DE LA POESÍA.

A Fernando.

ROMANCE BURLESCO.

Versos, Fernando! Estás loco?
Tú versos? Haya tal tema!
Versos tú? ¡Por vida mia,
Que has perdido la cabeza!
Tú, que no eres maldiciente,
Pedante, ni mala lengua,
¿Quieres pasar en el dia
Sin más ni más por poeta?
Mas ya, querido, lo entiendo;
La gloria acaso te ciega,
Y quieres cojer el lauro
Que el alto Pindo sustenta.
Pues escucha en confianza
Los trabajos que te esperan,
Y si, á pesar de ellos, sigues,
Bien!, allá te las avengas.

Pasarás tres malas noches
Chamuscándote las cejas,
Por componer, supongamos,
Media docena de endechas.
Concluiste: lindamente!
Al momento las presentas,
Por ver si el público justo
Las aplaude ó las tolera.
Y luégo querrá copiarlas
Uno de esos que te cercan,
Parásitos por oficio,
Aduladores, postemas.
Las añadirá al cuaderno
Donde junta la cosecha
De coplillas insolentes.
Y de adivinajas necias,
En pésima ortografía,
En incomprensible letra,
Añadiendo mil erratas
Que ni tú dices, ni sueñas:
Las leerá á sus amigotes
Entre vasos de cerveza,
No sé si para elogiarlas
Ó si para escarnecerlas.
El uno grita riyendo:
«Qué necedad! Qué simpleza!
»En donde está Victor Hugo,
»Callen todos los poetas.»
—«Pues ya se ve,» clama el otro
Apurando la botella!
»Si Fernando sólo ha visto
»Á Garcilaso y á Herrera,
»Cómo ha de escribir?; ni ¿cómo

»Puede decir cosa buena?
»Si no concurre á los bailes,
»Ni va al café, ni corteja,
»Ni habla frances, ni murmura,
»Ni del gran Dumas se acuerda,
»Cuanto invente será rancio,
»Del tiempo de Don Fruela.»
—«Vaya, calla,» dice el otro,
»Calla por Dios, y no leas;»
Y luégo de un manotazo
Da con tus versos en tierra.
«Vale más aquello de...»
Y se levanta y espeta
Con desapacible tono
Un retazo de tragedia.
Empero Don Bonifacio,
Que de crítico se precia,
Los guardará en el bolsillo;
Y no porque los entienda;
Mas por llevarlos de noche
Á casa de Doña Tecla,
Y dar en la tal tertulia
Pruebas de su inteligencia.
Y los llevó con efecto.
Fernando, por Dios paciencia,
Pues temo que no te baste
Toda la de Job entera.
Ya monta los anteojos,
Al candelero se acerca,
Ya saca el papel, ay triste!,
Ya la lectura comienza.
No sabré contar, amigo,
Ni están sujetos á cuenta,

Los defectos que aparecen
En la salmodia funesta.
Ni acentuacion, ni armonía,
Ni sentido, ni cadencia,
Ni aquello es verso, ni prosa,
Ni nada que lo parezca,
En tanto las señoritas
Con sus amantes la pelan;
Que del general silencio
Solícitos se aprovechan.
Don Cleofas mira los cuadros,
Don Cirilo se pasea,
Doña Patricia murmura
Y Doña Blanca bosteza,
Y el jugador Don Tiburcio
De tu inspiracion reniega,
Porque un solo con estuches
Se lo dejaron en puesta.
Pero el lector furibundo
Sigue leyéndote á ciegas,
Aquí tropiezo, allá caigo,
Hasta rematar la fiesta.
Aunque ninguno ha escuchado
Tus malogradas endechas,
No juzgues tú que por eso
Te librarás de la felpa.
Como no muerdes á nadie,
Te criticarán las feas,
Y como no las adulas,
No agradarás á las bellas.
Otros mil inconvenientes
Las Musas consigo llevan,
Que yo los conozco tarde

Por mi malhadada estrella.
Tendrás que hacer mil versillos
Por Pascua y Carnestolendas,
Bríndis, charadas, enigmas,
Pésames y enhorabuenas.
Petra, la septuagenaria,
Con cuidado te encomienda
Que celebres sus natales,
Y que no la llames vieja.
Rita, que con su canticio
Á los ratones ahuyenta,
Pretende que le traduzcas
Un duo de la *Straniera*.
Ana, viuda cinco veces,
Se quiere casar la sexta,
Y reclama epitalamio
Como si fuera doncella.
De cuantas obras insulsas
Ó maldicientes, ó necias,
En ese pueblo salieren,
Te colgarán la venera.
Cuando tengas un amigo
Querrá, locura funesta!
Que, aunque tú no la conozcas,
Celebres su Dulcinea.
Á la tuya (si en el mundo
Hay quien ame á los poetas)
Aunque escribas más que Lope,
No la verás satisfecha.
Versos cuando vaya al campo,
Versos querrá cuando vuelva,
Versos á los celos, versos
Á las dudas, á las quejas,

Á su amorosa mirada,
Á su sonrisa halagüeña,
Al espléndido banquete,
Á la campestre merienda,
Al llanto, al baile, á los baños,
Al desden, á la terneza;
Versos si pare la gata;
Versos si el loro pelecha.
Fernando, de tantos males
Saco yo por consecuencia,
Que dejes arrepentido
Esa temeraria empresa.
Y, más cauto en adelante,
Evites á buena cuenta
Cual tentacion de Patillas
El soplo de las Pimpleas;
Y si de escribir el flujo
En algun caso te aprieta,
Te pongas á pendolista
Ó á traductor de novelas.



1830.

AL SEÑOR DON MANUEL BRETON

DE LOS HERREROS.

ROMANCE.

Ya, Breton, que llega el tiempo
En que los soles de Junio
Atestan de cortesanos
Las góndolas y faluchos;
Nube de insectos que extiende
Con su instinto vagabundo
De la corruptora corte
El pestilencial influjo;
Porque, cual dijiste antaño,
Es tan versátil el gusto,
Que nadie está bien hoy dia
Allí en donde Dios le puso (1).
Habré yo, mal que me pese,
De seguir tambien el rumbo,

(1) Versos de una epístola de Breton contra la manía de viajar.

No sin rendir á tu esposa
Ántes de amistad el culto.
De amistad...; gloria no puede
Brindar el canto importuno
Á la que al moderno Lope
Da con su cariño impulso.
La diré cual es mi afecto
Sencillo, constante y puro,
Desque la ví en los altares
Uncida contigo al yugo...
Pero no; que estoy de prisa
Cerrando cofres y bultos,
Y á propósito de uncidos,
Lo están al coche los mulos.
Adios; que pasan la lista.
En mi nicho me encapullo,
Miéntras arriba en la vaca
Se aperciben los trabucos.
Ya el zagal con mano airada
Restaña el látigo agudo.
Adios, Breton, agur, corte...!
Ea, Norma..., arre, Nabuco...!
Mas si *Me voy de Madrid* (1)
Y de las *Marcelas* (2) huyo,
No han de veranear conmigo
Don Estéban, Don Abundio (3)
Ni Macaria, ni Balbino (4)
Ni áun el célebre Don Frutos (5);
Que en los lugares pequeños

(1) Comedia de Breton.
(2) *La Marcela.*
(3) Personajes de *Á Madrid me vuelvo*
(4) *Medidas extraordinarias.*
(5) De *El Pelo de la dehesa*: todas comedias de Breton.

Ó me embrutezco ó me aburro;
Y aunque viajando de noche
No ganamos para sustos (1),
Del primer tiron me planto
De Zaragoza en los muros.
¡Salud, ciudad invencible,
Á quien da el Ebro tributo,
Acatando de María
El templo de mármol duro,
Y salve á ti, Virgen Santa,
De España norte y escudo;
Númen de Reyes y pueblos,
Libertadora del mundo!
Tú del buen Íñigo Arista
Armastes el pecho rudo;
Tú inspirastes á Lanuza,
Y obra fué del brazo tuyo
Que aquel tirano arrogante,
Que férrea cadena impuso
Desde el Nilo al Berezina
Y desde el Tajo al Danubio,
Tropezando en los escombros
De Numancia y de Sagunto,
Viera en tu Pilar deshecho
El coloso de su orgullo.
Entónces cabe tus aras
Pobre soldado (2) y oscuro
El que hoy reina en nuestra escena
La tímida huella puso,
Y bien que en su noble pecho
Hirviera el estro fecundo,

(1) Comedia de Breton.
(2) Sucesos biográficos de Breton.

Ni osó de la corva lira
Pulsar los dulces preludios.
Mas no estará el ancho Coso
De otra heróica sangre enjuto,
Cuando ese tímido jóven
Será ya gigante adulto.
En fulgores de su ingenio
Sabrá convertir el humo,
Y entre las teas civiles
Resplandecerán sus triunfos.
Su genio, festivo siempre,
Tambien llorará, y es justo;
Que no hay penas en el pecho
Cuando en el rostro no hay luto (1).
Sí, Breton; y aunque tiranos
Te aprisionen de consuno
El arte, el metro, la rima,
Tú quiebras jovial sus nudos;
Bien como allá en el Moncayo
Torrente caudal, robusto,
Cuanto más áspera márgen
Le sale á estorbar el curso,
Más potente se derrumba,
Más adorna los arbustos
Con diamantes que atestiguan
De sus cascadas el lujo.
Mas ya que de agua se trata,
Sigo mi viaje, y al uso,
El canal de Pignatelli
En plácida noche subo.
Luégo en los valles navarros
Veré los dorados surcos

(1) De la comedia *Muérete y verás*.

Y de *Pascual* y *Fermina* (1)
El apacible tugurio.
Y cuando el leon su guedeja
Tienda en las mieses de Julio,
Allá en las cántabras playas
Contaré los haces rubios,
Ó bogando mansamente
Por el dormido Neptuno,
Oiré de tu *Batelera* (2)
Los sazonados discursos.
Luégo en el ancho entrepuente
Del ígneo bajel trisulco,
De Pelayo y Jovellanos
Estaré en la patria surto.
¡Salud, astures montañas,
De la libertad refugio,
Ya contra el déspota alarbe,
Ya contra el privado iluso!
¡Plegue al cielo que el tesoro,
Grato á Vulcano y á Pluto,
Que vuestros antros encierran
Lleve en sus alas Mercurio!
En tanto veré á *Toribio* (3),
Que sin *andarse en repulgos*,
Tiene ya con su *Lorenza*
De Pelayos un diluvio.
Y adios; que del Santo Apóstol
Quiero adorar el sepulcro,
Y dar á los ferrolenses
De mi gratitud tributo.

(1) Personajes de *Pascual y Carranza*.
(2) *La Batelera de Pasajes*, comedia de Breton.
(3) *El qué dirán y el qué se me da á mí*, comedia de Breton.

Allí su callosa diestra
Me ofrece el obrero adusto,
Porque de sudor bañado
Dar pan á sus hijos pudo (1).
Calafates, y aun marinos,
Hallar por allí presumo,
Mejores que los que aquénde
Siguen del favor el rumbo.
Acá se están al socaire
Los que ántes himnos y duos
Me cantaban. «Sin tu esfuerzo
»Criaran los diques juncos,»
Decian: «No es ser Ministro
»Sinónimo de ser buzo:
»Por ti nuestros arsenales
»Miran ya seis buques juntos.
»Por ti, vuelve nuestra enseña
»Á los mares de Acapulco (2);
»Sin ti, los héroes de Cuba
»Aún estuvieran inultos;
»Y quizás fuera la Habana
»Tan de España como el Cuzco,
»Y Lopez diera á los Yankis
»Sus ingénios y sus puros (3);
»Que, á no temer los piratas
»De tus bajeles el tufo,
»Chuparan como langostas
»De la dulce caña el jugo.

(1) Alude á las muchas construcciones de buques, obras hidráulicas y establecimiento de fábricas emprendidas durante su ministerio.

(2) Alude al viaje al rededor del mundo hecho por la fragata *Ferrolana*.

(3) La expedicion contra Cuba de D. Narciso Lopez, combatida con buques que, á despecho de muchos, mandó coustruir el autor.

»El Dato rapaz viniera
»Á hacer á Manila insultos (1);
»Que los pancos no se apresan
»Con canoas de bejuco;
»Y aun el Vicario de Cristo
»Pidiera en vano recursos
»Al pabellon que en Lepanto
»Libró á la Europa del turco.» (2)
Así hablaban, y añadian
Que Colbert, Cromwell y Julio
Alberoni, y Ensenada,
Y Patiño y otros muchos,
Bien que en la náutica legos
Dieron á la armada impulso,
Tornando en cetro del orbe
El tridente de Neptuno.
Pues bien, los que así pensaban
Hora esquivan mi saludo,
Y me tachan de profano
Y llaman mi celo absurdo,
Probando, Breton amigo,
Lo que ya probó *Don Rufo*,
Que por mar como por tierra
Todo es farsa en este mundo (3).
Mas no por eso presumas
Que mis errores disculpo.
Falible soy, y en mí mismo
Llevo mi *enemigo oculto* (4).

(1) La batalla de Balanguingui y otras semejantes, ganadas en las Filipinas, merced al aumento de nuestra escuadra en aquellos mares.

(2) La expedicion á Italia en defensa de Pio IX, llevada á cabo sin auxilio de buques extraños.

(3) Comedia de Breton.

(4) Idem.

Pero si en cualquiera parte
Con sus arrebatos lucho,
Y ni á sus tiros me escondo,
Ni de sus combates huyo;
Porque él y tus personajes
Y los calores de Julio
Donde haya humana flaqueza
Los he de encontrar de juro;
Digo que vuelvo á mi casa,
Aunque sin pasar por Búrgos;
Que allí está *Don Celedonio* (1),
Y á su hospedaje renuncio.
En posta *Á Madrid me vuelvo* (2),
Á abrazar á mis tertulios,
Y á descifrar á tu esposa
Este romanzon difuso.

(1) Personaje de la comedia de Breton *Una noche en Búrgos ó la Hospitalidad.*
(2) Comedia de Breton.



Junio de 1852.

AGUINALDO POÉTICO.

REDONDILLAS.

Pues amarga la verdad,
Quede para el Viérnes Santo;
Dulces mentiras en tanto
Requiere la Navidad.
Y en paga, voto á Reinaldos,
De tu queso del Cebrero,
Unos versos darte quiero
Flor y nata de aguinaldos.
Mas para dar mejor traza
Á mi ofrenda de ese modo,
Paréceme que ante todo
Reconozcamos la plaza.
Ello, hay aprestos guerreros
Por todos los callejones;
Por éste los salchichones,
Por esotro los morteros;
Y por dar á los reales

Del enemigo cuidado,
En Santa Cruz avanzado
Un centenar de atabales.
  Y en fin, entre municiones
Que la España nos envía,
El batallon de pavía
Y los galos por legiones.
  Mas paso á las golosinas;
Que no ha de amar tu hermosura
Á quien venga con pavura
Y se trate con gallinas.
  Allí hay tortas de Moron
Y bizcochos de Monforte,
Y, cual favores de Corte,
Vanas roscas de Aragon,
  Y duro calabazate,
Y tiernos panes de boda...
Mas ya pasaron de moda
Los frailes y el chocolate.
  En cas de un moro rehacio
Que aguarda á ver el Mesías,
Vi entre lindas chucherías
Dátiles como el topacio,
  Secos higos de Corfú,
Leves pasas de Corinto,
Y de clavo y terebinto
Aromático alajú.
  Mas, por vida de mi abuelo,
Mal año para Mahoma!
¿No me convida á que coma
Laura tocino del cielo?
  La boca se me hace miel;
Mas di: ¿no parece mal

Juntar mi afecto leal
Con manjares del infiel?
  Buen provecho hagan al moro
Sus dátiles tunecíes;
Que granadas de rubíes
Yo tengo, y naranjas de oro,
  Y arregladas con primor
Que envidiara la colmena,
Uvas como la azucena
De trasparente color;
  Tarros de miel hasta el tope,
Y otra en el albo panal,
Y cual nítido cristal
Nueva conserva de arrope;
  Leche de blancura tanta
De las Navas del Marqués,
Que sin mentir digo que es
Comparable á tu garganta.
  No temas la indigestion;
Que hay apio allí ternezuelo,
Y cual témpanos de hielo
Claros gajos de acitron.
  Mas no me atrevo en rigor
Á mandarte dulce alguno;
Que harto moscon importuno
Te zumba ya en derredor.
  Demas que si dadivoso
En dulces me despilfarro,
Temo pasar de bizarro
Y dar en empalagoso.
  Ni te han de hacer más gentil
Todas las frutas de España,
Todo el azúcar de caña,

Todo el oro del Brasil.
  Darte piñas del Perú
Y rosas fuera gran lujo;
Mas Diciembre no produjo
Rosa alguna sino tú.
  Para templar el acíbar
De tus desdenes, señora,
Pretendí ofrecerte ahora
Unos tarrillos de almíbar;
  Pero dije cuando vi
Tus rizos, linda ocurrencia!
No aderezan en Valencia
Cabellos de ángel así.
  Ni te brindo la granada
De la ribera del Júcar,
Al vigor de rojo azúcar
Por mil partes desgajada;
  Que si á risa te provoca
El ver mi pobre tributo,
Tendrá vergüenza mi fruto
De competir con tu boca.
  Que no te alabo confieso
Tus ojos que el alma hieren;
Que en Pascua solo se quieren
Buenos ojos en el queso.
  Y no comparo su luz
Con astros del firmamento,
Porque hay tanto nacimiento
Desastrado en Santa Cruz,
  Que temo que á mis halagos
Sobrado crédito den,
Y los cuelguen en Belen
Sobre los tres Reyes Magos;

Pero en cambio en redondillas
Te mandaré miel hiblea,
Que hace papel de jalea,
Y sorianas mantequillas;
Y más gordo que un capon,
(Perdona que así lo alabe)
Un ave fénix, que es ave
Con que se hace colacion.
Y áun la acompañe tal vez
Puro néctar de Aretusa;
Que no se alegra mi musa
Con el rancio de Jerez;
Y para darte un galan
Que no pierda luégo el seso,
Uno á Toledo ex-profeso
Encargué de mazapan.
Colmando en fin mi agasajo
Van, por nueces y avellanas,
Coplas que por casquivanas
Te servirán de cascajo,
Y un melífluo corazon
Que de ser firme blasona,
Porque de encargo en Jijona
Me lo han hecho de turron.
Que si amarga la verdad,
Quede para el Viérnes Santo:
Vengan mentiras en tanto
Por dulces de Navidad.



Madrid 24 de Diciembre de 1840.

ROMANCE Á CIERTA CORTESANA

que me mandó de regalo un perrillo de bronce para sujetar mis papeles.

Recibí, señora mia,
Por regalo vuestro un can.
No quise decir un perro,
Porque no os parezca mal.
¿Tan ciego juzgais mi amor,
Que ya en santa caridad
Le dais de limosna un gozque
Que le ayude á mendigar?
Es cierto que le cegaron
Los rayos de esa beldad,
Digno castigo, aunque largo,
Para crímen tan fugaz.
De entónces anda en tinieblas,
Pero atinado, pues da
Más palos que resbalones
Y más risa que pesar.

Ajustó al viejo escarmiento
Por lazarillo el rapaz,
Y, calle del Desengaño,
Se desgañita á cantar.
Pues si á mi amor no le sirve,
¿Qué hará ese pobre animal
En cas de un poeta andante
Sin ganados ni heredad?
Tal vez viste en Helicona
Un alígero alazan,
Paciendo grama y claveles
En su ribera feraz;
Pero no verás podencos
Abrevarse en su cristal,
Porque el mirto y los laureles
No dan *supréme de volaille.*
Su solo esquilmo son versos,
Fruto entre pasa y agraz,
De algun raton erudito
Apetitoso manjar.
El raton es para el gato
Soberbio ojeo cerval,
Y el gato para el poeta
Hojaldre de Navidad.
No se envanezca el prosista;
Que si él es hijo de Adan,
Comerá, mal que le pese,
Gato por liebre, y áun más.
Diz que la raza canina
Desde el Eden terrenal
Comunicó á los poetas
Hambre y rabia contumaz;
Y como, andando los tiempos,

Los ven en el muladar
Del mundo buscar los trapos
De la pobre humanidad,
  Con que fabrican papeles
Que estima el vulgo mordaz,
Como traperos de vicios
Los persigue en ronco ahullar.
  Mas pues vos quereis, señora,
Que haga yo con todos paz,
Venga en buen hora el legado
De esa perruna hermandad.
  Venga el lebrel, aunque tenga
Las entrañas de metal,
Que yo le estimo y le quiero
Porque *bien quiero á Beltran.*
  Mas decid cómo se llama;
Que no lo reza el collar,
Ni responde á nombre alguno,
Y aunque le cuadre el de leal,
  El dar nombres de personas
Fuera gentil impiedad,
Y yo sé que de él se precia
Más de un rendido galan.
  Decidme á más qué he de darle
Para comer y cenar;
Que avezado á vuestros dulces,
Se hará de bronce á mi pan.
  Él no podrá hincar el diente
Á Terencio y Juvenal,
Y darme yo propio á perros
Fuera suicida crueldad.
  Y aunque bien pudiera echarle,
Como cordilla letal,

Juramentos y esperanzas
Que se van maniendo ya;
Sospecho que es perro viejo,
Que no hay tus tus, y quizás
Me diga: «Con ese hueso
»Á otro cachorro, arre allá!»
Me pedis que lo conserve
Por su gran fidelidad:
Lo de perro y lo de fiel
No sé cómo conciliar.
Perro llaman en mi tierra
Al que adora el Alcoran;
Lo fidelísimo dicen
Sólo al Rey de Portugal.
Para guardar vuestras cartas
Decís que me servirá.
¿Son del Averno, que buscan
Un cerbero por guardian?
Bien entiendo que recatan
Más de un tormento infernal,
Un áspid en cada letra,
En cada línea un dogal.
Cubiertas de eterno hielo
Nutren eterno volcan;
Hijas son de la mentira,
Madres de llanto y pesar.
Decis que amais este llanto
Porque á mi me place; ya...!
«Pero en cojera de perro...»
Concluidme vos el refran,
Pues yo concluyo el romance;
Que á la luna no hay ladrar,
Y porque quien mucho ladra

No muerde mucho. Además,
  Tener perro es tener asma,
Ser perro, ser musulman,
Dar un perro es villanía,
Y darse á perros crueldad.
  Otro cante perrerías;
Que no me quiero aperrear,
Ni á ser perro de hortelano
Me inclina mi voluntad.
  No os remito afecto alguno
Por tenerlo catarral
En la cama en que os escribo.
Hoy once. Agur y mandad.



LAS CHARADAS EN ACCION.

REDONDILLAS.

¿Preguntas, Justina amada,
En fe de que eres curiosa,
Qué prodigio ó quisicosa
Viene á ser una charada:
Item; porque mi razon
Más se aturda y se complique,
Quieres tambien que te explique
Las charadas en accion.
Es ella una voz formada
Con su sentido cabal:
Yo conozco algun mortal
Que no puede ser charada.
Amén de eso, pésia al diablo!
Hecho trozos y partido,
Ha de hacer tambien sentido
El maldecido vocablo.
Que ello ha de ser de manera

Que tengan, y este es el arte,
Un sentido cada parte
Y otro la palabra entera.
De modo que, bien mirada
Su condicion desigual,
Conozco alguna mortal
Que es una pura charada.
Un ejemplo te pondré
Para que me entiendas luégo,
Porque el amor y este juego
Requieren muy buena fe.
Mi primera el arte empieza
Y el abecedario funda,
Y se encuentra mi segunda
En todo pan con corteza.
No hay pues para qué te diga
Mi charada de otro modo,
Viniendo tú á ser mi todo
Con dulce nombre de *a-miga.*
Pues ya que hemos definido
Tan bien el punto á mi ver,
Que mejor lo ha de entender
Que el sabio, el agradecido,
Sabrás, mi bella Justina,
Que el juego á más se dispone
Con un bando que propone
Y otro bando que adivina.
Y la razon es muy llana:
Así se guarda el secreto,
Y se goza por completo
La libertad cortesana.
Y áun su reflexion moral
Se puede de ello inferir;

Que en el mundo hace reir
Por su turno cada cual.
Y aunque mezclados y errantes
Anden siervos y señores,
Todos son espectadores
Á su vez y comediantes.
Pues, sus! al arma, partidos!
Cada cual mire á su juego.
Por mi parte, me segrego
Del bando de los maridos;
Que yo descifro mejor
Los arcanos de las bellas,
Cuando en cambio pueden ellas
Descifrar el de mi amor.
No te enfades: tu galan
Á ninguna habla al oido,
Hasta que está convenido
El bien concertado plan.
Hecha entre ellas la eleccion,
Y la charada propuesta,
Es lo mejor de la fiesta
El llevarla á ejecucion;
Que es al cabo un entremes
Cada parte del vocablo,
Y hacen un vivo retablo
Del todo junto despues.
Mas ¿quién lo puede acertar?
¿Quién su sentido penetra,
Si hacen por sola una letra
La cena de Baltasar?
Por una sílaba un dia
Se armó un juego de pelota,
Y por yo no sé cuál nota

Se tocó una sinfonía.
 Así la jarana dura
Enterita una velada,
Y se saca á la colada
La fábula y la escritura.
 Mas como no están á mano
Ni la púrpura sidonia,
Ni el oro de Babilonia,
Ni el ancho circo romano,
 Es de ver la sarracina,
El rebato y confusion
Que hay del guarnes al salon,
Del *boudoir* á la cocina.
 Frenos, cortinas, felpudos,
Chales, vasos, cintas, velas,
Puñales, blondas, espuelas,
Pucheros, cascos, escudos,
 Todo sirve de trofeo;
No hay en la casa rincon
Que en esta fiera invasion
Se liberte del saqueo.
 Y junta ya buena dósis
De ropaje y de embolismo,
Ni Dante, ni Ovidio mismo
Sueña tal metamorfósis.
 Vieras de Otelo la furia
Con puñal albacetano,
Con *paletó* á Coriolano,
Y con rizos á Veturia.
 Subido en un velador,
Que no se estremece al peso,
Un cupidillo travieso
Nos está incitando á amor.

Entre lindos bucles de oro
Luce la ebúrnea garganta,
Y como incienso á su planta
Sube abrasado un *te adoro*;
Y aunque su gracia y su sal
Le puede servir de arpon,
Lleva por dardo un baston
De teniente general.
¿Qué es ver de Vénus ciprina
El mirar ardiente y bello?
Bajo del nevado cuello...
Mal haya la muselina!
Ni del brazo albo y desnudo
Pasará mi descripcion;
Que una nube de crespon
La cubre hasta el pié menudo.
Por mi fe, que de las aguas
La alegre diosa hechicera
No se sabe que trujera
Calcetas, ligas y enaguas;
Y áun así la áurica poma
Del frigio pastor requiere,
Y Páris cede; que infiere
Lo demas por lo que asoma.
Quede lo profano aquí;
Que la Biblia entra en la sala,
Y con varas de Bengala
El fulgor del Sinaí.
¡Si vieras al fiero Amán,
Que á nadie humilla su frente,
Llevar del diestro á un paciente
Entre jaco y sacristan...!
¡No es bueno que en vez de enojos

Su sonrisa considero!
¡Por vida del Rey Asuero,
Que me enamoran sus ojos!
¿Qué mucho, si es Isabel,
Que los bigotes del persa
Se ha tiznado ¡haya perversa!
Sobre el labio de clavel?
Hay abuso más notorio?
Mas no te asustes, espera;
Que ni en paz dejan siquiera
Las almas del purgatorio.
Allí entre llamas respira
Una sin duda endiosada,
Aunque enciende su mirada
Un infierno en quien la mira.
En el mundano confin
Nunca estampaste tu huella;
Que eres sin duda, alma bella,
El alma de un serafin.
Por eso sin funeral,
Misa, responso ó novena,
Yo sé que saldrás de pena
Por todo este Carnaval.
Mas di, ¿tu razon entiende
Lo que de aquí se colige?
¿Cómo, si quien lo dirige
Dudo yo si lo comprende?
Pero hay bullas, confusiones,
Tinieblas, zambra, chillidos,
Purgatorio de maridos,
Y gloria de corazones;
Y de esto sólo se trata;
Todo lo demas es ménos,

Todos los juegos son buenos
Para rendir á una ingrata.
  Esto se alaba por sí,
No es menester alaballo;
Solo una falta le hallo;
El que tú no estés allí.
  Confieso que más sencillo
Este juego en ocasiones,
Renueva las creaciones
De Velazquez y Murillo;
  Que otras puede la amistad
Compensar á la riqueza,
Como suple la belleza
Áun á la misma verdad;
  Que hermanadas la pintura,
La historia, y la poesía,
Dan vuelo á la fantasía
Y más brillo á la hermosura;
  Y en estas veces contadas
La tal diversion alabo;
Mas vienen á ser al cabo
Excepcion de las charadas.
  Trapos, gestos, confusion,
Poca luz, mucha cortina;
Esto es en suma, Justina,
Una charada en accion.



Madrid Enero de 1842.

LETRILLAS

Y POEMAS LIJEROS.

IMPROVISACION

en un banquete patriótico dado en París en celebridad

DEL CONVENIO DE VERGARA.

Seis años hemos llorado,
Seis, de guerra fratricida:
Ay! cuánta sangre vertida!
Cuánto valor malogrado!
Que en otro tiempo mejor
España, sin tanta mengua,
Llevó su Dios y su lengua
Desde el Polo al Ecuador.
Sí; porque estaban en él
Unidos los castellanos;
Porque eran todos hermanos,
Súbditos de otra Isabel.
Mas si con furor violento,
Por saciar codicia extraña,

Pueblan los hijos de España
Uno y otro campamento;
  Cuando el clarin llamará
Á fratricida pelea,
Habrá quien vencido sea,
Pero quien triunfe no habrá.
  No; que da menguado honor
Laurel que regado ha sido
Con la sangre del vencido,
Y el llanto del vencedor;
  Y los dias que vendrán,
De gloria dichos acaso,
Áun ántes que en el ocaso,
En el olvido caerán.
  Que en la civil disension
No pertenece la gloria
Al dia de la victoria,
Sino al dia de la union.
  Vedlo en fin amanecer
En los campos de Vergara,
Y á su ansiada lumbre clara
Alzad himnos de placer.
  Las altas copas llenad;
Cual la espuma del licor
Desvanézcase el rencor
Y quede dulce hermandad;
  Y al grito que en la nacion
Por todas partes resuena,
Responda un eco en el Sena:
«España, Isabel, Union!»



París 23 de Setiembre de 1839.

MADRIGAL.

EL 31 DE DICIEMBRE DE 1851.

À mi amigo D. Heriberto García de Quevedo.

Se deshace nuestra vida
Como esa blanca nevada,
Á la mañana formada,
Y á la tarde derretida.
Hoy la que en el monte cuaja
Sirve á dos años rivales;
Al que viene, de pañales;
Al que se va, de mortaja.
Los dos con la misma priesa
Van tras la propia fortuna;
El viejo hácia nuestra cuna,
Y el niño hácia nuestro huesa.
¡Ay, alma, y os dan á vos
Como presente importuno

Memoria el cincuenta y uno,
Anhelo el cincuenta y dos!
Decidme, ¿qué os satisface,
Si no hay presente, y se infiere
Que es nada el año que muere,
Y nada el año que nace!



ADIOS DE LA JUVENTUD.

MADRIGAL.

A mi amigo Don Eugenio Ochoa.

Bella, cual rosa temprana,
Pura, cual luna de Enero,
Radiante, como el lucero
Que precede á la mañana,
Fugaz, rápida, lozana,
Cual la corza en el otero,
Cuanto más pararte quiero,
Más vuelas rauda y liviana.
Bella Hurí, te ofrezco en don
Oro, alegría y salud:
Pára; templa mi afliccion.
Eres quizá la virtud?
—No tal.—Eres mi ilusion?
—Adios: soy tu juventud.

1851.

LE ROCHE QUI PLEURE

EN FONTAINEBLEU.

A mi amigo el Conde de Guindulain.

MADRIGAL.

Pobre roca, el cielo impío
Niega á tu gélida frente
Claro espejo trasparente
Y alto penacho sombrío;
No puedes mandar un rio
Por tributario á la mar;
Mas ay! áun puede envidiar
Tu mezquina condicion
Quien, de roca el corazon,
Ni logra el bien de llorar.



LA EUCARISTÍA,

A mi respetado maestro Don Alberto Lista.

HIMNO SAGRADO.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

Desciende del cielo
De amor inflamado,
En pan trasformado,
Al gran Sinaí;
Y cúbrese el suelo
De gozo sincero
Al ver al cordero
Que inmola Leví.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,

Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

No fué su morada,
No fué pasajera,
Ni huyóse ligera,
Ni toda ascendió;
Que en pan trasformada
Su bella figura,
Su amor, su dulzura,
Con ella nos dió.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.

La sangre preciosa,
La fuente de vida,
No toda extinguida
Dejó la crueldad.
Gustad cuán sabrosa
Se muestra en el vino,
Y al néctar divino
Los lábios llegad.

Cantemos, amadas,
Al pan de la vida,
Al vino fragante,
Que vírgenes cria.



1832.

LA CAMELIA BLANCA.

A mi condiscípulo Espronceda.

LETRILLA.

Pobre camelia extranjera
Que en tu dorada clausura
Te quejas de la hermosura
Que te tiene prisionera.
¿Dónde fuera
Tu capullo nacarado,
Si se viese abandonado
De los tiempos al rigor?
Pobre flor! pobre flor!

Quizás te tiene envidiosa
El aroma del clavel,
Y el aura que en el verjel
Respira libre la rosa;
Más dichosa
Piensas que adorna el cercado

El acre flor del granado
Con su encendido color.
Pobre flor! pobre flor!

Esa rosa purpurina,
Que envidia el fúlgido sol,
Bajo su claro arrebol
Encubre pérfida espina:
Tan vecina
La torpe oruga se sienta,
Que el puro cáliz afrenta
Con su diente roedor.
Pobre flor! pobre flor!

De tu vástago lozano
Y tus hojas de esmeralda,
Como de bella guirnalda
Cuida solícita mano;
Más temprano
Te brinda la primavera
De tu linda jardinera
El aliento seductor.
Pobre flor! pobre flor!

Ella es cual tú delicada,
Quizá cual tú caprichosa,
Más que tú blanca y donosa,
Y como tú desgraciada;
La cuitada,
Cuando en verte se recrea,
Tambien como tú desea
La libertad y el amor.
Pobre flor! pobre flor!

¡Guay, que en torno con espanto
El Euro y Noto se agitan,
Y á su soplo se marchitan
El laurel y el amaranto!
Tú entre tanto
Que vuelve el tiempo sereno,
Goza del mórbido seno
El envidiado calor.
Pobre flor! pobre flor!

Mas quédate, flor, allí;
No pruebes, por compasion,
De mi herido corazon
El convulso frenesí.
Ay de mí!
Aunque su tormento callo,
Te lanzarán de tu tallo
Sus latidos de dolor.
Pobre flor! pobre flor!

Y entónces marchita y sola
Tu noble frente se humilla,
Tu tez se torna amarilla,
Y bárbaro pié viola
Tu corola.
Pobre camelia extranjera!
Más vale ser prisionera
Que no víctima de amor.
Pobre flor! pobre flor!



LA FLOR DEL GRANADO.

A MI AMIGO CAMPOAMÓR.

LETRILLA.

Roja flor, ven á mi pecho,
Pues nuestra suerte es igual;
Vivir entre las espinas,
Morir en la soledad.

Cuando ya el campo agostado
El fuego del sol refleja,
Y el trillo en las parvas deja
El labrador fatigado;
Allá el silvestre granado
Su encendida rosa cria,
Como la pasion tardía
De nuestra madura edad,
Crecida entre las espinas,
Nutrida en la soledad.

No mece su pobre rama
Del aura el aliento frio,
Ni el aljófar del rocío
Su puro manto recama;
Mas el Ábrego, que brama
Desde las playas remotas,
Y las abrasadas gotas
Que anuncian la tempestad,
Silbando entre las espinas,
Rugiendo en la soledad.

Así en vez de alegre canto
Lanzo yo ronco suspiro,
Y pasar los años miro
De mi juventud en tanto;
Y tal vez escaso llanto
Mi seco labio devora,
Que cual agua abrasadora
Arrojada del volcan
Torna en carbon las espinas
Y el verjel en soledad.

Á tu púrpura preciosa
Nadie le paga tributo;
Que anuncias amargo fruto
Y la estacion rigorosa.
Y aunque esperas ambiciosa
Coronar tu pensamiento,
Ágria fruta de escarmiento
De tu cáliz brotará,
Entre espinas engendrada
Y crecida en soledad.

Seco polvo y blanquecino
Te sirve ya de mortaja,
Cuando el huracan desgaja
Tu capullo purpurino;
Y si al raudo torbellino
Te entrega la dura suerte,
Ni una sola flor tu muerte
Compasiva llorará.
Morir te cumple entre espinas
Cual viviste en soledad.

Y es fama que virtud tanta
Concederte al cielo plugo,
Que de tu raiz al jugo
La fiera ténia se espanta:
Por eso bajo tu planta
Abrirán tu sepultura,
Y de tu antigua verdura
Ni memoria quedará.
Pobre flor! muere olvidada
Cual viviste en soledad.

Pobre flor! si yo pudiera,
En el album de una hermosa
Como en tumba suntüosa
Tus pétalos extendiera
Y este epitafio pusiera:
«Así yacen las mezquinas
»Pasiones de tarda edad,
»Que cual flores purpurinas
»Crecen entre las espinas,
»Mueren en la soledad.»



A LAURA.

LETRILLA.

No apagues arrepentida
El fuego, apénas naciente,
Que prendieron en tu mente
Las pimpleas y el amor;
Que será, Laura querida,
Como tu semblante bello
El prodigioso destello
De tu genio creador.

Así cuando nacarada
Nace la risueña aurora
Y las montañas colora
De topacio y rosicler,
No le niega avergonzada
Un rayo de luz al mundo,
Ni se torna al mar profundo
En pos del amanecer.

Vendrá el dia venturoso
En que tu lira templada,
Que ora pulsas sonrojada,
Los vates celebrarán:
Los escucharé gozoso,
Y por dulce simpatía,
En las cuerdas de la mia
Sus cantares sonarán.

Ay! desgraciado el amante
Que no cede á blanda lira,
Ni enajenado suspira
Al eco de una cancion;
Que no gozará un instante
De balsámica tristeza,
Ni amansará la fiereza
De su indómita pasion.

Y cuando en aleve olvido
El amor de hora trocares,
Sólo mis crudos pesares
Tus versos endulzarán.
En ellos veré esculpido
Tu olvidado juramento,
Y tiernas aquel momento
Mis lágrimas correrán.



EL INCENDIO. (1)

A la Excma. Sra. Duquesa de Alba,

CONDESA DEL MONTIJO.

LETRILLA.

Fuego! yo ví en mi diestra
Prenderse viva llama,
Y en torno se derrama
Flamígero licor.
Y al súbito reflejo
De nube blanquecina
La estancia se ilumina
Con pálido fulgor.

(1) Dirigiendo yo unas charadas en accion en una tertulia, el 18 de Enero de 1845, por un descuido se me inflamó en las manos una barra de fósforo, y de la repentina combustion que produjo hubiera sido víctima, si la persona á quien estos versos se dirigen no se hubiera precipitado á mí y ahogado las llamas, envolviendo, áun á despecho mio, mis brazos en un chal con que estaba ceñida.

¡Oh cuán tremenda lucha,
Cuántos esfuerzos vanos
Por rasgar en mis manos
La abrasadora piel!
Así quizá destroza
Sus miembros el precito,
Huyendo dèl delito
La memoria cruel.

¡Guay, bella, que esa llama
No respeta la tuya!
Ay! guarda, no destruya
Tu porvenir de amor:
Bien poco sacrifica
Á la voraz hoguera,
Quien como yo, no espera
Ni gozo ni dolor.

Quien peregrino y solo
Vaga con rumbo incierto,
Cual faro ve del puerto
La llama sepulcral.
Por eso yo su lumbre
Miré con alegría;
Porque en su luz veia
El término á mi mal.

¡Feliz, si en vez de tumba
Que el mármol eterniza,
Un poco de ceniza
Os recuerda mi fin!;
Como, tras larga noche,
Leve pavesa queda

De la antorcha que leda
Iluminó el festin.

Y una lágrima entónces
Como en memoria brilla
En la triste mejilla
De pálida beldad.
Y dice: «Fuí dichosa
»Cuando lució esa estrella;
»Paróme muy más bella
»Su leve claridad.»

Callas, y en las tinieblas
Sonríe tu semblante,
Como la faz radiante
Del puro querubin;
Y corres, luchas, vences,
Y el incendio sofocas
En las plègadas tocas
Del indio cachemir.

Y cubren á tu ejemplo
Mil manos nacaradas
Mis manos abrasadas,
De cándido algodon.
Así tal vez la risa
Hipócrita reboza
La llaga que destroza
Ardiendo el corazon.

¡Cuán bello en vuestros ojos
Santo valor destella!
En vosotras ¡cuán bella

Parece la virtud!
Mas si apagais piadosas
La llama primitiva,
Otra encendeis más viva
De eterna gratitud.

¡Ojalá que su influjo
Conozcan las hermosas,
Cuyas manos piadosas
Destejen el cendal!
Que más vive su lumbre
Que la que el cielo ostenta;
Que el alma la alimenta,
Y el alma es inmortal.



EL VELONERO.

CANCION ANDALUZA.

I.

Soy andaluz de Lusena;
Que bien lo dice el bombacho;
Que las modas del gabacho
No pasan Sierra Morena.
Qué tierra tan buena!
Botin cordobes,
Y en el marceyes
Broche de laton.
Tin-tin-tilon.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velon?

II.

Todito el mundo he rodao
Con obra de caliá,

Y su mucha utiliá
En toas partes he probao.
Lo mismo es pesao
Aquí que en Madril
Tener mi candil,
Cuando otros... Chiton!
Tin-tin-tilon.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velon?

III.

En toas partes mi tintero
Escribe güenas falorias,
Y alumbran mis palmatorias
Farzaz en el mundo entero:
Si está en candelero
No me importa quién,
Le dicen amén
En toica nacion...
Tin-tin-tilon.
¿Quién compra, quién vende,
Quién trueca un velon?

IV.

Con mi velon noche y dia
Se ve muy bien todo el año,
Que es el mundo un desengaño,
Y el amor una manía...
Compren á porfía,
Porque no ven más
Con la luz del gas

París y London.
Tin-tin-tilon.
¿Quién compra, quién vende,
Quien trueca un velon?

Conclusion.

Yo me vuelvo á mi Lusena,
Á comprar con lo ganao
Un jaco tordo rodao
Y la sal de una morena,
Que m'haga la cena
Con premiso el cura.
Juy! que es la ventura
De mi corazon,
Tin-tin-tilin,
Que con un soplito
Me apague el candil,
Tin-tin-tilon;
Que de una mirada
Encienda un velon.



EL ANDALUZ EN PARÍS.

A mi amigo D. Tomás Rodriguez Rubi.

CANCION.

I.

Esta es la Jauja increible,
Este es el París de Francia,
Donde nada hay imposible
Como se tenga abundancia
De *monis*.
Se hacen sin mucho trabajo
Estudios particulares,
Cruzando arriba y abajo
Sólo por los olivares
De París.

II.

Con mi gallarda persona
He dado al punto flechazo
Á más de una señorona,

Que se me coje del brazo
San fason;
Mas sin meterse en hondura,
Desde luégo se adivina
Que su garbo y hermosura
Es no más que *crinolina*
Du coton.

III.

Ántes de entrar al teatro,
Le pasan á osté revista
Tres señorones ó cuatro,
Y luégo una vieja lista,
S'il vu plé,
Me empaqueta en un embudo,
Que aquí le dicen bañera,
Donde veo... Ay lo que sudo!
Y el drama que yo quisiera
No se ve.

IV.

Pues en la iglesia (no es risa)
Se paga por la luneta;
Que áun aquí cuesta la misa
Desportillar la peseta.
Ransé vu;
Que allí viene un personaje
Que ni á Dios quita el sombrero;
Y con perdon del plumaje,
Es no más que el pertiguero
El tal *Monsú*.

V.

Los *restoranes* se sabe
Que son cafeses de España;
Mas dan por limon jarabe,
Y en vez de una buena caña,
Chacolí.
Con piñones hacen leche,
Hacen café con almortas,
Y porque toó s'aproveche,
Hacen con el gato... tortas.
Bien, mersí!

Conclusion.

Ay Jerez! por tu belleza
Ansiosa el alma suspira;
Que si allí hay ménos grandeza,
Tampoco hay tanta mentira.
Si se halla todo en París
Con *monis*,
El que busca la verdá
Comprán pa.



EL RÁBANO POR LAS HOJAS.

Á MI AMIGO DON VENTURA DE LA VEGA,

CONSILIARIO DEL LICEO.

LETRILLA IMPROVISADA (1).

¡Cuántos gozos y congojas,
Cuánto deleite y pesar
Trajo, quien trajo el tomar
El rábano por las hojas!

Porque una bella en el Prado
Te mira por coqueteo,
Andas luégo muy soplado
Presumiendo un devaneo,
Y dices que tu deseo
Sin remedio ha de escuchar;
Ó que si nó, la sonrojas.

(1) En las sesiones semanales del Liceo se sacaban á la suerte temas para composiciones ligeras, que se hacian en un breve espacio, y leidas y juzgadas por un tribunal de damas, obtenia de ellas el autor premiado un ramo de flores. En este caso estuvo la presente composicion.

Mira, Fabio; eso es tomar
El rábano por las hojas.

Si porque admite Belisa
Clavel de rojo color
Con apacible sonrisa,
Juzgas tú que arde de amor,
Y porque luégo mejor
Usa el de color de miel
Te afliges y te acongojas;
Ella tomará el clavel,
Tú *el rábano por las hojas.*

Tras de una farsa maldita
La turba de aduladores
«*El autor* !» se desgañita;
«Que salga de bastidores!»
Y él viene entre dos actores
Á recibir la ovacion
Digna de Lope y de Rojas.
Sí; porque toma el simplon
El rábano por las hojas.

Vega (1), si en lluviosa noche,
Porque está mala la niña,
Ó por no gastar en coche,
(Que de todo hay en la viña),
Ó porque el papá no riña
Dejamos de ir al Liceo,
Y tú te afoscas y enojas;
Mira que tomas, lo veo,
El rábano por las hojas.

(1) Presidente de la seccion dramática del Liceo.

Si porque me pone en lista
Entre autores la *Gaceta*,
Ó la *Española Revista*,
Ó porque hago una cuarteta,
Ya me tengo por poeta
Y sabio de tomo y lomo,
Y no envidio á los Rïojas;
Ay! es sin duda que tomo
El rábano por las hojas.

Porque saca de esa arquilla
El bueno de Colomer (1)
El tema de esa letrilla,
Pienso yo que la he de hacer;
Y áun la intenté componer
Con coplas de pié quebrado,
Que en mí tal vez fueron cojas.
Vaya! sin duda he tomado
El rábano por las hojas.

Mas dejad en su ilusion,
Hermosas, á cada cual;
Dejad que coja un boton
De ese místico rosal,
Que harto cubre por mi mal
Espinas, llantos, dolores
Bajo sus corolas rojas.
Tome yo por vos las flores
Y *el rábano por las hojas.*

(1) Secretario del Liceo.



1841.

LA LLUVIA.

A mi amigo Don Juan Eugenio Hartzenbusch.

LETRILLA.

> Que llueve Dios para todos
> Hasta los ciegos lo ven:
> Pero verdad es tambien
> Que llueve de varios modos(1).

Cuando allá en la primavera
Del cefirillo en las alas
Viene á embellecer las galas
De la esmaltada pradera;
Y entre flores carmesíes
Sus bellas gotas radiantes
Semejan ricos diamantes
En piochas de rubíes,
Es la lluvia encantadora
Para el feliz amador,
Que adorna con esa flor
El pecho de la que adora;
Pero tambien, segun creo,

(1) Tema dado en el Liceo para un romance ó letrilla.

Será una plaga tremenda
Si le moja la merienda
Y si le encharca el paseo;
Luego veo,
Que, *aunque llueve para todos,*
Llueve Dios por varios modos.

Cuando en el cálido estío
Viene á abrevar el ganado
Será al pastor sofocado
Como bíblico rocío;
Y la molinera inquieta,
Que ve con frente mohina
No dar un polvo de harina
La desecada rodeta,
Aguarda algun chaparron
En cuanto asoma una nube,
Y mira el rio que sube
Cual celeste bendicion.
En cambio el pobre labriego
Que ve malograr su trilla,
Teme cada nubecilla
Como una manga de fuego;
Conque luego,
Aunque llueve para todos,
Llueve Dios por varias modos.

Llega el otoño, y deshecho
En gozo ese labrador,
Ve la lluvia con amor,
Que va esponjando el barbecho;
Y del buen año seguro
Por las bien granadas nueces,

Ya tan claras ve sus creces
Cuanto el nublo más oscuro.
   Ni importa ese opaco cielo
Á quien al par de su bella
Trasiega de la botella
Las primicias del majuelo;
   Pero al que en vieja morada
Ve las goteras llorar,
Pardiez que le da pesar
La lluvia que al otro agrada.
Ahí es nada!
Que *aunque llueve para todos,*
Llueve Dios por varios modos.

   Y en invierno!... Allá á las nueve
Despierto en lecho mullido,
Y sólo por el rüido
Me doy á entender que llueve.
   ¡Cuánto el ánimo recrea
Corriendo por el cristal
Ese celeste raudal...
Visto de la chimenea!
   Y en fin, entrada la noche,
Arrostrando canalones
En los blandos almohadones
Del ultramontano coche,
   Llego hasta aquí... cuando veo
Una infeliz desvalida
Tender la mano aterida
En el umbral del Liceo.
Ay! yo creo
Que le habeis mostrado todos
Que llueve Dios de mil modos.

ALICANTE.

A Don Manuel Breton de los Herreros.

LETRILLA.

Sepades, señor Breton,
Que de Poniente á Levante
Es sin disputa Alicante
La millor terra del mon (1).

Miéntras que á vos embozado
Por las mañanas de Enero
Á la orilla del brasero
Os da un dolor de costado,
Yo me voy desabrochado
Desde el Muelle al Malecon;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Sólo en pasas, por estrenas,
Gastais vos un Potosí,

(1) Adagio alicantino.

Miéntras abundan aquí
Racimos como azucenas,
Y venden por dos seisenas (1)
El porrat (2) de San Anton;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Vos ponderais la dulzura
De las hijas de la villa:
Buen provecho su mantilla
Os haga y su empopadura;
Que si yo busco ternura,
Le clavo el diente al turron;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Su donaire no descreo,
Mas niego su primacía;
Y áun os juro por Talía
Que si vierais lo que veo
Desde este sitio en que leo (3),
Que mudarais de opinion;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Ni es mucho, ni yo lo dudo,
Que la gente cortesana
Tenga la lengua liviana
Y el entendimiento agudo;

(1) Moneda de tres cuartos, ya recogida.
(2) En Valencia pequeña feria.
(3) La Sociedad del Liceo alicantino.

Pero aquí áun el sordo-mudo (1)
Despunta por socarron;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Miéntras vos sudais lo tinto
Empotrado en la luneta,
Yo al compas de la retreta
Bajo el verde terebinto
Estoy oyendo el requinto,
Sin ver tanto farolon!
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

¡Vos en remojo, y no es cuento,
En una sarten de estaño,
Miéntras tengo el mar por baño
Y por toldo el firmamento,
Y áun á veces represento
La fábula de Acteon!...
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Bailes! Vayan noramala!
¿Qué es el ver en una hora
Al son de dulzaina mora
Juntarse tanta zagala,
Y tornar un barrio sala,
Y danzar (2) en procesion?

(1) Un infeliz sordo-mudo, conocidísimo en aquella ciudad por su industrioso modo de vivir, y casi por su gracia en explicarse.

(2) Las danzas populares, en que toman parte centenares de parejas como en fila.

Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Espectáculo gentil
Vuestro circo representa,
Y es su diversion cruenta
Digna de plebe servil:
Aquí de plaza y toril
Hace cualquier callejon (1);
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

¿Llega el pez vivito aún
Á Madrid desde Bilbao?
Denme arroz con bacalao
Y ancha torta con atun,
Y del aloque (2) comun
Añadan medio porron;
¡Y nieguen que es Alicante
La millor terra del mon!

¿No veis en el breve espacio
Que el mar cierra y las montañas (3),
En vez de humildes cabañas
Tanto soberbio palacio?
¿Y de perlas y topacio
Las uvas de promision?
Pues negad que es Alicante
La millor terra del mon.

(1) Los toros que corren por las calles atados de una maroma.

(2) Clase de vino áspero y tinto.

(3) La huerta de Alicante, célebre por el cultivo de la uva y por la magnificencia de sus casas de campo.

Junto al nopal de Occidente
Se alza la palma lozana,
Y en la estacion más temprana
Ni áun el almendro imprudente
De dar su flor se arrepiente
Al soplo del Aquilon;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Nunca el mar á esta ribera
Niega sù plácida brisa,
Ni su apacible sonrisa
Esconde la primavera;
Un naufragio pareciera
Fabulosa tradicion;
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Mas como en fin la marea
Dentro del puerto importuna,
Áun recuerdo la tribuna
Y la pública Asamblea;
Pero disipa esta idea
Un trago de fondellon (1);
Que es sin disputa Alicante
La millor terra del mon.

Hoy que, mísero trofeo
De robustos aquilones,
Miro tornarse en baldones
Los ensueños del deseo,
Hallo aquí en nuestro Liceo

(1) Vino generoso y dulce.

Fraternal consolacion.
Salud, salud, Alicante,
Mi puerto de salvacion!

Salud! Si arreciado zumba
El vendabal enemigo,
Tu me darás un abrigo
Junto á la paterna tumba;
Y al ménos cuando sucumba
En la comun disension,
Reposarán mis cenizas
Donde está mi corazon.

Y sabed, en fin, Breton,
Que hasta el postrimer instante
Será para mí Alicante
La millor terra del mon.



Liceo de Alicante.-14 de Abril de 1841.

LAMENTOS DE UN POETASTRO.

A Larra.

DECIMAS ESDRÚJULAS.

Reniego del signo acérrimo
Que la manía frenética
Me inspiró de la poética
En este siglo misérrimo.
En él lo bueno y pulquérrimo
Es anómalo y ridículo;
En él quien tierno versículo
Forja con gala retórica,
Si no manduca en teórica,
No llenará su ventrículo.

En tiempo ménos mecánico
Agradó la hiel satírica,
Y una dulce trova lírica
Amor encendió volcánico.
Las bellas del suelo hispánico
Huyen ya del vate erótico,

Ó como género exótico
Miran sus versos impávidas;
Porque solo buscan ávidas
Algun aderezo gótico.

Ó si ternezas irónicas
Le lanza alguna en el diálogo,
Por añadirle al catálogo
De sus víctimas platónicas,
Con risas luégo sardónicas
En concilio poco ascético,
Dejando el aire patético,
Le corta una buena túnica,
Y diz que es ella la única
Que le da númen poético.

¿Qué presta quedarse inválido
Por calentarse el encéfalo,
Si cualquier rico bucéfalo
Come mejor y más cálido?
Que cuando el invierno escuálido
Tiende su mortaja frígida,
El ricacho, Santa Brígida!
Calienta el repleto esófago,
Miéntras próximo al sarcófago
Te pone la suerte rígida.

Mejor que aplausos versátiles
De estúpida gente atónita,
Aprovecha tener mónita
Para manejar los dátiles (1);

(1) Dedos en lenguaje picaresco.

Pasan las glorias volátiles,
Ya literaria, ya bélica;
Y en esta esfera infracélica
No se abriga ningun músculo
Con el manto del crepúsculo
Ni con el fuego de Angélica.

Desde hoy pues mi musa incrédula
Se resuelve por lo sólido,
Aunque declarado estólido
Sea por pública cédula.
Quiero en fin nutrir la médula
Con método babilónico;
Que es mejor vivir diatónico
Pletórico y apoplético,
Que morirse de poético
En siglo tan macarrónico.



Á UNA SEÑORA

que me regaló una pluma de oro.

No se remonta el águila altanera,
Señora, hasta el etéreo firmamento
Con plumas de oro: en la region del viento
Lastre fatal su pesadumbre fuera.
El metal, que á tu rubia cabellera
Envidioso prestara su ornamento,
Mal de mi acalorado pensamiento
Podrá seguir la rápida carrera.
Así pues, á quien busca en agria espuma
Ó en las hondas cavernas su renombre
Con codicioso afan, dale esa pluma:
Dame una á mí sin gavilanes de oro,
Mas con hechizo tal, que al ver tu nombre,
Escriba por sí misma «yo te adoro.»



París, 1839.

Á LAURA,

pidiendo limosna para las religiosas desatendidas por el gobierno revolucionario.

Yo vi, Laura, tu imágen peregrina
Sobre raudo bridon tajar el viento,
Y vió en ti mi entusiasta pensamiento
Del cantor de Salem vaga heroina.
Luégo admiré tu voz, tu purpurina
Mejilla, tu preclaro entendimiento,
Y en él me recordaba el escarmiento
Circe gentil ó seductora Alcina.
Mas hoy, que á mendigar míseros dones
Desde el umbral sagrado tu hechicera
Mano tiendes á duros corazones,
Bendigo tu beldad cual medianera
Entre el ciego furor de las pasiones
Y la santa virtud, pobre y austera.



1841.

ISABEL PRIMERA Y CRISTINA (1).

La Primera Isabel trueca en rodelas
Esas galas que envidian las matronas;
En recios cables y manchadas lonas
Sus brinquiños, joyeles y escarcelas.
Hienden la vírgen mar sus rotas velas,
Y al arribar de las opuestas zonas,
Reportan á Castilla más coronas
Que surgieron del puerto carabelas.
Tú, que armaste, Cristina, los guerreros
Por tu mano tambien, ¡cuánta más gloria
Mereces á los siglos venideros!
Que no es tanto en los fastos de la historia
Quien su yugo llevó de polo á polo,
Como quien hace libre á un pueblo solo.

(1) Leido en el teatro del Príncipe en una funcion á beneficio del armamento de 100,000 hombres decretado en 1836, en el cual la Reina Cristina equipó á sus expensas el Regimiento á que se dió el nombre de *Cazadores de la Reina Gobernadora*.



EN UN ALBUM

DE S. M. LA REINA

recien declarada mayor de edad á los 14 años

Recuerdan dos Alfonsos de Castilla
Las Navas y el Saládo á los infieles;
Fernando y Jaime dan á sus corceles
Las flores de Valencia y de Sevilla.
Lanza Isabel á la africana orilla
El pueblo de Cegríes y Gomeles,
Y en dos mundos recoge los laureles
Mano que no blandió marcial cuchilla.
Hoy al solio de un pueblo levantada,
Tierna Princesa, sin temor asciende;
Que si el cetro no es como pesada
Segur, ni azote que á la patria ofende,
Basta á regirlo mano delicada,
Y la mano de Dios, que al Rey defiende.



EL GAVE (1) DE ORTHÉZ EN BEÁRNE.

Este, que se abre entre peñascos franca
Senda, es el Gave que á Pirene deja,
Y corre á Orthéz á recordar la queja
De la vendida Reina Doña Blanca (2).
Á su orilla en el túmulo se arranca
Iracundo Cienfuegos (3) la guedeja,
Y echa ménos el Tórmes, que refleja
Los muros de la docta Salamanca.
Inexorable rio, tu bravura
Lleva al Adur y al piélago á porfía
El délfico laurel, la rosa pura.
Así el saber y la belleza envía
Víctimas á la propia sepultura
En su torrente audaz la tiranía.

(1) Gave, nombre vasco ó bearnes que se da á las ramblas, torrentes, arroyos.
(2) Hermana del Príncipe de Viana, entregada por su ambicioso padre Juan II de Aragon á su hermana Doña Leonor, Vizcondesa del Bearne, que la envenenó en Orthéz.
(3) Cienfuegos murió en Orthéz, á donde fué llevado en rehenes.



Pau 1852.

Á UNA SEÑORA

de sobrado severo aspecto.

Bella como la flor que Mayo cria,
Como del alba el fúlgido lucero,
Cual nueva luna de nevado Enero,
Cual limpia aurora de sereno dia,
Deja, Laura, que plácido sonría
Á los tuyos el labio lisonjero,
Y ostente en tu semblante placentero
Del puro corazon pura alegría.
Tal vez como la lluvia del estío
La juventud es bella cuando gime;
Mas no abrevies el curso de los años;
Que obra es del tiempo el ademan sombrío.
Él la arruga en la frente nos imprime,
Cual sella el corazon con desengaños.



1848.

MI DESTINO.

Campo estéril, mortífera laguna
Me vió nacer, y la yermada arena
Présago iluminaba de mi pena
Fúnebre rayo de sangrienta luna.
Trueno de muerte me arrulló en la cuna,
Cuando Castilla, al sacudir la ajena,
Forjaba ya la bárbara cadena
Que dió al Corso tirano la fortuna.
Mi primer tierno involuntario llanto
Unióse al llanto de la patria mia,
Y mis ojos lloraron su quebranto.
De entónces miran en la luz del dia
Lúgubre antorcha de dolor y espanto,
Y amo á mi patria, y lloro su agonía.



1842.

EL DISIMULO.

Yo callaré, señora, mi tormento,
Pues tú lo quieres y la suerte mia,
Como suele ocultar nube sombría
El rayo aterrador del firmamento.
Tambien con ondas que desriza el viento
Y con terso cristal la mar bravía
Sabe cubrir tal vez la roca impía,
De míseros pilotos escarmiento.
Esta pasion así, que me maltrata,
Tan velada ha de estar, que la descreas
Tú misma, y áun te burles de mi suerte;
Hasta que llegue el dia, hermosa ingrata,
Que el rayo escuches y el naufragio veas,
Y te arranque una lágrima mi muerte.



1847.

Á CRISTO CRUCIFICADO.

Adónde está, Señor, tu poderío?
¿Ese brazo, que el mundo ha fabricado,
De clavo ignominioso traspasado
Pende cruento del madero impío?
¿Tanto alcanza él ingrato desvarío
Del hombre, que á tu lívido costado
El hierro vibra impune y obcecado?
No eres ya Rey de Reyes, Jesus mio?
Pues lanza, en fin, tu cólera, y segura
Fulmine el rayo que al malvado aterra,
Y caiga la soberbia criatura.
Mas no; que léjos de nefanda guerra
Das en la cruz de amor y de dulzura
Leccion á los Monarcas de la tierra.



1847.

Á UN CRUCIFIJO

de quien hay la piadosa tradicion de que habló á San Francisco de Borja.

Señor, oye mi voz! Yace rendida
Cual tronco inerte en el dorado lecho
La dulce amiga, cuyo noble pecho
De fiera ingratitud sufre la herida.
¿Qué le valió los años de su vida
Mejores arrastrar so el áureo techo,
Si de tanta lealtad siente á despecho
La paz del alma y la salud perdida?
Hoy que hácia ti, Señor, vuelve los ojos,
Báñalos tú de penitente llanto;
Cese tanta orfandad, tantos enojos;
Y como diste á su ascendiente Santo
Voces divinas de tus labios rojos,
Vuelve la voz á la que amamos tanto.



Á MADEMOISELLE RACHEL,

célebre actriz, restauradora del teatro clásico frances en ocasion de recitar algunas escenas en una tertulia española.

SONETO IMPROVISADO.

Á tu inspirada voz, bella sirena,
Que atormenta á la vez y encanta el alma,
Torna á brotar la envejecida palma
Que á Corneille y á Racine negara el Sena.
Vuela París á la olvidada escena,
Y al perder, escuchándote, su calma,
El lauro que adornó la sien de Talma
Ciñe á tu frente de esperanzas llena.
Hoy que te admiran los que en otra cuna
Saludaron la luz del firmamento,
No te sea mi cántiga importuna.
Oye á lo ménos mi extranjcro acento;
Ya que cual tú no alcanzo la fortuna
De inspirarte con él mi sentimiento.



París 1838.

OBRAS DRAMÁTICAS.

JUICIO CRÍTICO

DE

DOÑA MARÍA DE MOLINA,

drama original en cinco actos

POR

DON MARIANO ROCA DE TOGORES,

PUBLICADO EN EL NÚMERO 84 DE EL PORVENIR, CORRESPONDIENTE AL DIA 28 DE JULIO DE 1837.

Hay tres momentos solemnes en la vida del poeta: el momento en que elige su asunto, el momento en que pone fin á su obra, y el momento en que el público la juzga. Estos tres momentos constituyen un terrible drama, un drama silencioso, un drama sin diálogo, un drama sin espectadores, un drama en que el poeta es el único actor y la palpitante víctima. Pobre poeta! Tú rasgas el velo de todos los infortunios, y nadie ve tus infortunios; nadie ve la angustiosa incertidumbre que oprime tu corazon, y á la

vista del drama que arrojas á la escena, palpitan de incertidumbre todos los corazones. El genio no tiene hermanos: por eso no encuentras tú ni una mano hermana, ni una voz amiga. Pero no desmayes; que si Dios ha hecho para nosotros la amistad, ha hecho para tu nombre la gloria.

Si pudiéramos mirar la frente del poeta en el momento en que elige su asunto, tendiendo una mirada creadora por el espacio y los siglos; en el momento de la incubacion solitaria, cuando ve pasar delante de sí las sombras de los que vivieron en las pasadas edades, sombras á que ha de dar cuerpo despues, arrojándolas palpitantes á la escena; quizas podríamos leer en su frente el asunto del drama que bosqueja en su inspirada fantasía.

Porque ¿cómo no habíamos de leer en su frente si pasaban delante de sus ojos vírgenes coronadas de azucenas ó espectros perseguidos por verdugos? ¿Cómo no habíamos de leer en su frente si embargaba sus sentidos el perfume de la inocencia, ó si los tenía suspensos y como petrificados el espectáculo del crímen? ¿Cómo no habíamos de leer en ella si su rica imaginacion se espaciaba por pensiles tapizados de verduras, ó si sus ojos se reposaban, inmóviles en sus órbitas, sobre campos de desolacion y de muerte, nunca vestidos de luz ni tapizados de flores?

Los poetas, ántes de escribir sus dramas en el papel, los escriben en su fisonomía; y si escriben mu-

chos, y si todos pertenecen á un género, la fisonomía de los poetas llega á ser un verdadero drama. Ved ahí porque soy perdido por la fisonomía de los poetas.

Si no voy errado en mi opinion, el poeta cuyo drama voy á examinar ahora, cuando concibió su asunto, debió sentir animada su fisonomía con una luz serena y apacible. Ved aquí el asunto de su drama.

Estamos á fines del siglo XIII. Dividida España entónces, como el resto de la Europa, en parcialidades y bandos, ardia al soplo de locas rivalidades y de discordias civiles. Las costumbres eran rudas, porque la civilizacion áun no habia aparecido en el horizonte de los pueblos; los sentimientos estaban pervertidos por inextinguibles odios; los crímenes más horribles, las más inauditas venganzas, bastaban apénas para satisfacer los más inauditos rencores. Si una sociedad bárbara es al mismo tiempo corrompida, si una sociedad pobre es al mismo tiempo fastuosa, si para destrozar su seno se abrigan en él los gérmenes combinados de la disolucion y la anarquía, entónces esa sociedad ofrecerá el espectáculo de todos los infortunios, el espectáculo de todos los crímenes y el espectáculo de todas las miserias. Pues todos esos síntomas de muerte se habian desenvuelto entónces en la mayor parte de las provincias de España, henchidas de crímenes y de horrores.

Y sin embargo, no penseis que los ojos del poeta

van á reposarse con un bárbaro placer en ese vastísimo caos; no penseis que van á tenderse por ese lago de sangre; no penseis que, perdiéndose sus ojos en la noche de los tiempos, va á pedir que comparezcan en su presencia los monstruos que los mancharon, obedientes á su inspiracion y á los sones de su lira. Sus ojos buscan una mujer, y su lira canta á esa mujer que han encontrado sus ojos.

Esa mujer es una Reina, y esa Reina es más grande, más noble que su siglo. Viuda de Don Sancho el Bravo, y Regente durante la menor edad de su hijo Fernando IV, se mira contrastada por los parciales del Infante Don Juan, que es pretendiente al trono de Castilla, por el Infante Don Pedro de Aragon, cautivo de su hermosura y devastador de sus estados, y por el Infante Don Enrique, que no teniendo títulos para aspirar al trono, vende su proteccion al que le asegure el poder de hecho con la regencia que ambiciona.

Los cortesanos se agrupan al rededor de los usurpadores, y declarándose en secreto sus parciales, militan debajo de sus alzadas banderas.

Doña María de Molina convoca las Córtes para Valladolid, con el objeto de afirmar el cetro de la dominacion en sus manos, y asegurar la corona de sus mayores en las augustas sienes de su hijo.

En la víspera del dia en que han de reunirse en Córtes los procuradores del Reino, se hace la procla-

macion del Rey y penetran en la ciudad, con credenciales de embajadores de los Reyes de Portugal y de Aragon, Don Pedro de Aragon y el Pretendiente, que no son de nadie conocidos. El Infante Don Enrique llega poco despues, y dándose principio al drama, comienza tambien la lucha de todos los intereses encontrados.

El Pretendiente tiene en su abono el brazo pronto á herir de los conspiradores: la Reina, desamparada y sola, en medio de los cortesanos que la venden, tiene en su abono á su pueblo en la tierra, y á su Dios en el cielo.

El poeta no ha delineado más que tres fisonomías y tres grandes caracteres: el de Doña María, el del Infante Don Enrique, y el de Alfonso Martinez, tejedor de Segovia y procurador por su tierra. Las fisonomías de los demas están ligeramente bosquejadas. No es nuestro ánimo acusar por esta razon al señor Roca de Togores; ántes bien le alabamos por su sobriedad en arrojar sobre su cuadro figuras gigantescas, que dividirian el interes, y romperian la sencilla y majestuosa unidad de un drama bien concebido.

Todos los conspiradores quedan eclipsados delante del Infante Don Enrique, que los dirige y disciplina con la sagacidad de su vasta inteligencia.

Todos los parciales de la Regente quedan eclipsados delante de Alfonso, que subleva ó aplaca con su

voz franca, noble, ruda á un tiempo y altiva, las masas populares.

Entre el hombre del pueblo y el jefe de la conspiracion, entre Alfonso y Enrique fluctúa la cuna de Fernando, y se levanta sublime la majestuosa fisonomía de la madre y de la Reina.

Pero dónde está la mujer? ¿Dónde está esa frágil criatura que derrama el néctar de los dioses sobre el campo de la vida? ¿Dónde su naturaleza delicada, expuesta bajo un cielo inclemente al viento del infortunio? ¿Dónde su flaco corazon, devorado por una llama misteriosa? ¿Dónde su voz suave y virginal que llena los espacios de armonía? ¿Por qué no está sobre su seno de nieve el velo púdico y flotante?

En este drama no hay mujer: ved ahí el defecto de este drama, ó por mejor decir, el defecto de su asunto; porque ¿cómo convertir en mujer á Doña María de Molina, ese hombre de Estado, esa soberbia amazona? Y no siendo ella mujer, ¿qué mujer no quedaria eclipsada en su presencia?

El señor Roca de Togores, conociendo con un admirable instinto, que tiene de comun con todos los grandes poetas, que era imposible hacer dramático el carácter eminentemente épico de Doña María de Molina, no pugnó por rebajarle, y se abstuvo, dando así muestras de su sagacidad, de arrojar sobre la escena otra mujer, que hubiera sido eclipsada.

No pudiendo encarnar el amor en el seno de una

mujer, le encarnó en el corazon de un hombre; pero ese amor es tan ideal y tan puro, que hubiera podido esconderse apacible é ignorado en el seno de una vírgen.

Don Diego Lopez de Haro ama á la Reina; pero sus ojos no reflejaron jamás la llama interior que sin saberlo él mismo le devora; jamás el pensamiento de una demasía vino á turbar la serenidad apacible de su frente, porque en su corazon viven juntos el amor y la inocencia. En su carácter, por otro lado varonil, hay algo de la timidez y de la inocente virginidad de las vestales, como si el poeta hubiera querido protestar contra las escandalosas orgías en las que bacantes frenéticas pasan delante de nosotros con la impudencia en la frente y con el tirso en la mano.

En cuanto á la accion, se desenvuelve principalmente en tres magníficas escenas.

El Infante Don Enrique, que dirige á los conspiradores y que aconseja á Doña María, quiere deshacerse, para apoderarse del mando, de Doña María y de los conspiradores: un judío, médico de su casa, y á quien turba sin cesar el espectáculo de su nacion errante, le sirve de instrumento; porque, á los ojos del fanático doctor, hasta los delitos son agradables á la divinidad, cuando sirven para poner un término á la vida de los crueles verdugos de su dispersada grey. Don Enrique le habia encargado por medio de una carta la confeccion de un veneno que debian be-

ber en una misma copa la Reina, el Infante de Aragon y el Pretendiente. Copiarémos aquí una gran parte de esta magnífica escena.

D. ENRIQ. Hora recuerdo, Tubal (1):
Quemaste mi carta?
TUBAL. Sí;
Al punto que la leí.
Me teneis miedo?
D. ENRIQ. No tal;
Sólo me causa zozobra
Tu peligro. Preguntaba
Sólo...
TUBAL. Cuanto ella indicaba
Está ya puesto por obra.
Las yerbas cociendo están,
Y, aunque con alguna prisa,
Ántes que salga de misa
La Reina, no faltarán.
D. ENRIQ. Por eso con tal premura
Un amigo la notó
En secreto, y me obligó
Á escribir tanta locura.
Mas lo quieren mis amigos...

Más adelante le encarga Don Enrique el secreto de esta manera:

D. ENRIQ. . . . .
Pero tu reserva invoco;
Que el callar importa mucho.

(1) Este es el nombre del judío.

TUBAL. Señor, soy en ello ducho.
D. ENRIQ. Mas con Don Pedro hace poco
Anduvistes algo necio
Y sobrado en el decir.
TUBAL. Un precio tiene el oir,
Y el callar tiene otro precio.
D. ENRIQ. ¡Que nunca se ha de ver harto
Tu vil afan por el oro,
Cuando todo mi tesoro
Siempre contigo reparto!
TUBAL. Y al que ofrece un reino entero
Á quien más le satisfaga,
¿Pensais, señor, que se paga
Con un poco de dinero?
¿Acaso un leve monton
De vil metal es bastante
Á quien ve su tribu errante
Y proscrita su nacion?
¿Ni por dar digno aposento
Á secreto tan preñado,
Será un alquiler sobrado
Una talega ni ciento?
D. ENRIQ. Si por interes no calla
Tu calumniadora lengua,
Tengo, sin sufrir tal mengua,
Verdugos con que atajalla.
TUBAL. ¡Yo calumniador?
D. ENRIQ. Sí tal.
TUBAL. ¡Á mi lengua cortapisa?
Me dais, pobre Infante, risa.
D. ENRIQ. ¡Yo á tí?
TUBAL. Sí; vos á Tubal.
D. ENRIQ. Si acaso alguna impostura

Te atrevieras á fingir...
TUBAL. Lo que yo puedo decir
Tu cabeza lo asegura.
D. ENRIQ. No; tus palabras blasfemas
Cansarán á Dios, hebreo.

Y más adelante:

Tu acusacion, baladí,
Dónde encontrará testigo?
TUBAL. (*Sacando una carta.*)
Yo lo llevaré conmigo.
D. ENRIQ. Mi carta!
TUBAL. Tu carta; sí.

La lee, y despues de haberla leido, continúa:

Anciano, la autoridad
Se ha escapado de tus manos;
Que ya nos hacen hermanos
Los vínculos de maldad.
Hijo tú del santo Rey,
Á un judio estás sujeto,
Y el premio de su secreto
Es el triunfo de su ley.
Prométeme...
D. ENRIQ. Sabes ya
Que será tuyo mi imperio.
TUBAL. De su injusto cautiverio
Salga el pueblo de Judá:
Desde hoy más, pueda vivir
En sus propias poblaciones,
Y honores y distinciones
Ó comprar ó recibir.
D. ENRIQ. Yo te juro por mi fe...

TUBAL. Y cuál fe es la tuya, impío?
Que si yo soy un judío,
Lo que eres tú no lo sé.

Los aplausos cubrieron aquí la voz de los actores, y esos merecidos aplausos debieron resonar deliciosamente en los oidos del venturoso poeta. Es difícil, muy difícil hacer tanto; cuasi imposible hacer más. Ese cristiano incrédulo delante de ese judío creyente, esa alma de lodo en presencia de esa alma fanatizada, ese profundo desprecio en la boca del siervo y del proscripto, y ese ignominioso abatimiento en la frente del Infante y del señor, forman un todo magnífico, un cuadro grandioso y un espectáculo sublime.

El Infante Don Enrique, que sin abandonar nunca los hilos de la conspiracion, sigue acariciando su idea favorita de deshacerse de todos, con motivo de honrar á los vencedores en una justa celebrada aquel dia, convida á los justadores y á la Reina á un festin que ha preparado en su casa.

El pueblo presencia el festin desde una elevada galería; la Reina le preside; el Pretendiente y el Infante de Aragon asisten á él en calidad de embajadores; una banda de músicos recrea los oidos de tan ilustres convidados. Al concluirse el banquete, Don Enrique, teniendo en su mano una riquísima copa, maravillosamente cincelada, se la ofrece á la Reina Doña María para que brinde á la paz con los emba-

jadores, y la guarde como testimonio de la lealtad del que la ofrece. La copa fatal pasa de las manos del asesino á las de la víctima; pero cuando va á tocar con los labios su ponzoña, la Reina piensa en el valor de la alhaja y en la miseria del pueblo para subvenir á las necesidades del Estado; piensa que ha enajenado las joyas que resplandecian en su frente, y que vendiendo la que acaba de adquirir, consumaria dignamente su sublime sacrificio. Esto piensa, y lo consuma. La copa será del mejor postor. Pero no habiendo ofrecido los cortesanos el precio de su riqueza, Doña María exclama:

REINA. No hay mejor postor?
Bebo, pues.

Pero al llevar la copa á sus labios, Alfonso se precipita desde la galería á la sala del festin, y dice:

ALFONSO. Si un mercader
Puede aquí poner su tanto,
Yo por tan preciosa prenda
Tres mil doblas adelanto,
Y de arruinar no me espanto
En honra vuestra mi hacienda;
Que áun hay dentro de esta casa
Gente de tan buena ley...
PUEBLO. Bravo!
ALFONSO. Que le pondrá tasa,
Para servir á su Rey,
Al moreno pan que amasa.

REINA. Ya lo veis: más beneficio
Que Alfonso, nadie me ofrece;
Y por tan noble servicio
Mayor gratitud merece
Si le cuesta un sacrificio.
La copa luégo tomad
En acto de posesion;
Que el premiar vuestra lealtad,
Á más de mi obligacion,
Es tambien mi voluntad.
Y esta union celebrar quiero
Del pueblo con la corona,
Y que por ella primero
Brindeis vos que mi persona.
(*Le da la copa.*)
ALFONSO. ¡Yo que ni soy caballero?...
REINA. Justo es en vos preceder
Á aquellos que aventajais.
D. ENRIQ. (*Á Alfonso.*)
Tranquilo podeis beber.
D. PEDRO. (*Á la Reina.*)
Si vos se lo tolerais,
Nadie se puede correr.
ALFONSO. Para humildes cortesanos
Guardad ese cumplimiento;
Que no quieren los villanos
Ni el vino del Sacramento
Si viene de vuestras manos.
Compré por razon sencilla
La copa, no lo que encierra,
Para que sepa Castilla
Que á ningun noble se humilla
Un tejedor de mi tierra;
Porque sepa el Pretendiente

Que producirá más oro
Un hilo de la Regente,
Que puede darle el tesoro
De su fanática gente;
Y porque, en fin, si engañar
Quiere al pueblo algun traidor,
Sepa que la puede errar
Y se expone á derramar
Su sangre como el licor.
(Lo vierte.)

Una mano de fierro se retira en este instante de nuestros oprimidos corazones; una brisa suave seca con soplo apacible el angustioso sudor de nuestras pálidas frentes. Porque ¿quién pudo mirar sin estremecimiento y pavor volando de mano en mano aquella pérfida copa? ¿Quién pudo mirar sin estremecimiento y pavor la inminencia del peligro y la serenidad de las víctimas? Nada hay para mí más desolante que el espectáculo de una víctima que cae, y ántes de caer sonríe; la naturaleza se subleva y combate contra un infortunio sabido. Pero ¿cómo sublevarse, cómo combatir contra el pérfido huésped que se desliza ignorado?

El poeta que sabe penetrar tan hondamente en los senos del corazon, que acelera ó retrasa con la vibracion de su canto sus mudables pulsaciones, el poeta que de tal modo subyuga los espíritus y fascina á las masas con su ardiente fantasía, es acreedor á la gloria.

Cuando el fatal licor hubo salpicado el pavimento, comenzó á eclipsarse la estrella de Don Enrique.

La conspiracion debia estallar aquella noche: imprudencias del Infante de Aragon, que para más obligar á la Reina la advirtió del peligro que corria, la hicieron sabedora del secreto que la reveló de todo punto despues el Infante Don Enrique, encareciéndola la actividad que sigilosamente desplegaba para sorprender en el momento de la insurreccion á todos los conjurados. Estos, que ignoraban su perfidia, se reunen en la iglesia de las Huelgas, y son en el acto sorprendidos. La Reina encarga á Don Enrique su prision y su custodia, hasta que los juzgue un tribunal y los castigue la ley.

Todas las esperanzas de Don Enrique se habian desvanecido como el humo desde que se vió obligado, para salvarse á sí propio, á entregar á la merced de la Reina á todos los conspiradores. Entónces dirigió sus ojos hácia el pueblo, retirándolos de la oscura prision en que yacian.

Los procuradores del Reino iban á reunirse en Córtes: le era preciso ganar á los procuradores del Reino. Alfonso gozaba entre ellos de gran reputacion: le era preciso ganarle. La sagacidad con que el astuto cortesano acaricia y lisonjea al sencillo procurador por Segovia, el disimulo con que se insinúa en su desapercibido corazon aquella fascinadora serpiente que le estrecha con sus nudos, y el carácter

noble y honrado de su víctima, que desconcierta sus bien concebidos planes, forman un todo tan armonioso, de tal manera resplandece en los contrastes la maravillosa verdad de estos dos opuestos caracteres, que no puedo resistirme al deseo de trascribir aquí algunos trozos de este admirable diálogo.

ALFONSO. Y áun hay más: vuestra ambicion,
Cuando un blanco se propone,
Ante cualquier instrumento
Se humilla, y en eso es torpe;
Que ni podeis dar abuelos
Al que no ha nacido noble,
Ni su genio y su valor
Os puede dar ningun hombre.
D. ENRIQ. No tan deleznables premios
Diera yo á los servidores
Del pueblo, si gobernara.
Y alguno que tú conoces
Puede elevar en un punto
Su fortuna y sus honores
Tanto, que lo soliciten
Por deudo esos ricos hombres,
Y que el Rey le llame primo,
Y que la plebe le adore,
Y que sobre ochenta villas
Mezca el aire sus pendones...
Ya me entendeis, Don Alfonso.
ALFONSO. Alfonso sólo es mi nombre
Y el de mi padre y abuelo,
Segovianos tejedores,
Que sin conocer el Don

Tuvieron celestes dones:
Paz, libertad, alegria
Sin envidias ni rencores,
Y... En fin, señor, os entiendo,
Y os digo que errais el golpe.

D. ENRIQ. Vos mereceis...

ALFONSO. Contemplad
Que soy honrado, aunque pobre,
Y aunque no tengo ni quiero
Corona de seis florones,
Ni escudo con grifos de oro,
Tengo un corazon de bronce
Que ni lo doma el acero
Ni la plata lo corrompe,
Y una conciencia tan recta,
Que no hay fuerza que la doble;
Que veintiun años me ha dado
Guzmán el Bueno lecciones,
Y he comido de su pan
Y he manejado su estoque.

D. ENRIQ. Eso recuerdas?

ALFONSO. Y cómo!
Áun en los altos torreones
De la mano de Guzmán
Le miro caer; áun oyen
Mis oidos el murmullo
Que alzan nuestros campeones
En torno...; áun miro á Don Juan
Que risueño lo recoge,
Y...

D. ENRIQ. Te enterneces, Alfonso?

ALFONSO. Ay!

D. ENRIQ. Suspiras?

ALFONSO. Aquel golpe
Robó su vida, y mi gozo
Para siempre. Era tan jóven!...
¡Era el amigo, el hermano
Del hijo mio! Sí; entónces,
Entónces sentí su muerte,
Me vi ya solo en el orbe,
Y se desgarró mi herida
Como si con furia doble
De nuevo en ella clavaran
Aquel puñal...
D. ENRIQ. (*Mostrándosele.*)
Lo conoces?

Es de advertir, ántes de pasar adelante, que un hijo de Alfonso habia sido víctima de una horrible represalia del Infante Don Juan, y que Don Enrique en el acto anterior le habia quitado de las manos el puñal que ahora presentaba á Alfonso para excitarle á la venganza. Tomándole Alfonso en sus manos dice:

ALFONSO. . . . .
. . . .
. . . . Nadie
Ha de gozar cual yo goce
Cuando el brazo de la ley
La infame garganta corte
De tu dueño, de Don Juan...
D. ENRIQ. Quizá su filo se embote.
ALFONSO. ¿Qué dices?
D. ENRIQ. Quizás el oro...

¿Quieres vengarte? En la torre
Donde está preso, esta llave
Te dará entrada, y yo logre
Tu amistad en recompensa.
ALFONSO. ¡Infante! ¿Qué me propones?

Un vértigo se apodera entónces de su frente: su combatido corazon puede resistir apénas al incendio.

ALFONSO. . . . . Venganza! venganza!
D. ENRIQ. La ocasion es esta. Corre.
Véngate, oh padre!
ALFONSO. Ay de mí!
Él no tiene hijos!...
(*Arroja la espada y la llave, y huye.*)

Don Enrique quiso vencer su virtud, quiso ligarle á él con los vínculos del crímen. Alfonso maldijo esa profana union y esos lazos sacrílegos: la serpiente fué vencida por el hombre. Todo es verdad, todo es pasion, todo es poesía en esta magnífica escena.

Pero el Infante no sucumbe. Sus ojos se dirigen otra vez hácia los conspiradores; una órden con su sello previene al alcaide que los guarda que deje libre el paso al de Aragon. Don Pedro es justador en la paz y lidiador en los combates. Al salir de la torre que le guarda, es un leon que va derecho á su presa cuando se lanza de su antro. Por la desapercibida ciudad se levanta un sordo gemido, un confuso clamoreo: los procuradores del Reino que acababan de

reunirse, se dispersan para combatir. ¿Quién bastaria á contar las aceleradas pulsaciones del corazon de la madre y de la Reina? Alfonso lleva en sus brazos al Rey niño; el pueblo le sigue y le aclama; combate y vence.

ALFONSO. (*Llevando al Rey en sus brazos.*)
Viva el Rey!
REINA. Este es el Rey de Castilla!

Los ocho versos que siguen no pertenecen al drama.

Tal es la obra del señor Roca de Togores. Entre las sombras que oscurecen los siglos de barbarie, ha divisado la incierta fisonomía de un pueblo que empieza á ser un poder, y la fisonomía varonil de una Reina que alcanza la talla de los héroes. Por un admirable instinto de poeta, ha elegido un asunto que, perteneciendo á lo pasado, pertenece tambien á lo presente. Tambien reina en España en nuestros dias una huérfana, cuya cuna se mece en las turbulentas olas de mares irritados; tambien silban sobre esa cuna providencial las serpientes; tambien una mujer, cuyo nombre vivirá puro, grande y glorioso en la historia, preside con cetro de oro á la consumacion de nuestros altos destinos; tambien los vándalos la maldicen, y los pueblos la victorean; tambien, en fin, triunfará; y dado al aire su pendon, vivirán los

españoles, bajo su pacífico reinado, dias de paz y de bonanza, dias apacibles y serenos.

En cuanto al poeta, sólo diré que ha sabido concebir toda la dignidad de su asunto; que ha tenido nuestros palpitantes corazones en su mano, y que ha robado al cielo los sublimes acentos de su lira.

Diré más; diré que es acreedor á que la crítica tome nota de las imperfecciones escapadas de su pluma.

Obedeciendo, sin advertirlo ciertamente, á la inevitable impresion del aire que respira y de la atmósfera que le rodea, ha dado una tinta de un bastardo filosofismo á los personajes de su drama: yo no puedo comprender qué significado tienen en el siglo XIII las palabras *libertad* y *tiranía*; me es imposible encontrar en esas oscuras edades de la España pueblos que fueran libres, Reyes que fueran filósofos ó tiranos. Yo no encuentro sino villas, que cuando son débiles doblan la cerviz ante sus orgullosos señores; y cuando son fuertes, piden y conquistan franquicias y privilegios locales. En cuanto á los Reyes, concibo muy bien que se entregasen á bárbaras violencias; pero no concibo cómo siendo efímero su poder, y contrastado su imperio por insolentes vasallos, pudieron ni áun concebir el pensamiento de sistematizar sus violencias, para que se transformasen en *tiranía*. Yo no concibo, en fin, sin una unidad social, pueblos libres; y sin unidad política, Reyes tiranos.

La idea abstracta de la libertad desde que naufragó en el naufragio de Roma, no vivificó el alma del mundo, sino cuando la civilizacion tendió sobre la Europa sus alas, y la iluminó con sus resplandecientes albores.

Ese nombre mágico electriza siempre al pueblo, y le electrizó en este drama sin duda; pero sea permitido á mi amistad decir al señor Roca de Togores que los hombres que valen lo que él vale, no piden coronas, las conquistan; no mendigan aplausos, los arrancan.

JUAN DONOSO CORTÉS.

DOÑA MARÍA DE MOLINA,

drama en cinco actos.

PERSONAS.

Doña María de Molina, Reina regente.
La Abadesa del Convento de las Huelgas.
Don Juan, Infante de Castilla, Pretendiente.
Don Pedro, Infante de Aragon.
Don Enrique, el senador, Infante de Castilla.
Don Diego Lopez de Haro, Señor de Vizcaya.
Don Nuño de Lara, Rico-home.
Don Íñigo de Benavides, idem.
Don Tello de Covarrubias, idem.
El Arzobispo de Toledo, Don Gonzalo II de Cudiel, Cardenal.
Fray Don Pedro, Abad de Sahagun.
Alfonso Martinez, Procurador.
Juan Godinez, idem.
Garcés, Rey de armas.
Sancho, hombre del pueblo.
Fernando, idem.
Fortun, asesino.
Lope, idem.
Tubal, médico hebreo.
El Alférez.
Dos Heraldos.
El Rey niño Fernando IV, Prelados, Ricos-homes, Procuradores, Caballeros cristianos y moros, Escuderos, Reyes de armas, Cantores, Danzantes, Religiosos y gente del pueblo.

La escena en Valladolid, por San Juan de 1296.

ACTO PRIMERO.

LA PROCLAMACION.

El teatro representa el Campo de la Verdad (1) en Valladolid. Bajo unas tiendas que hay á la derecha, caballeros cristianos y moros juegan á los dados; en el centro Alfonso Martinez habla con algunos escuderos y reyes de armas; á la izquierda un corro de gente del pueblo bebe alegremente; en el fondo dos desconocidos pasean con la celada puesta.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO. SANCHO. ALFONSO. GARCÉS. DON NUÑO. DON JUAN. DON PEDRO. CABALLEROS. PUEBLO.

FERN. Ya que triunfamos un dia,
Ea! no quede una gota:
Muchachos, ruede la bota,
Y ¡viva Doña María!
SANCHO. Y ¡viva Alfonso Martinez,
Nuestro buen procurador!
ALFONSO. Otra Regente mejor
No se ha visto.
SANCHO. Juan Godinez,

(1) Segun Antolinez, éste era el sitio en donde se celebraban los duelos y torneos, haciendo el mismo autor, en su historia M. S. de Valladolid, la narracion de una fiesta de esta especie, acaecida en el reinado de Don Alonso XI.

Cuando conozca tu ardid (1),
Se ha de colgar como Júdas.

FERN. No viene, si no la ayudas,
La Reina á Valladolid.

GARCÉS. Y mucho en ello perdiera.
¡Qué es ver á tanto garzon,
Del Rey la proclamacion
Festejar en la carrera!
Tellos, Laras, Carvajales,
Y otros muchos infanzones
Cuyos nobles escusones
No envidian armas reales,
Y el mismo moro Gazul
Y Benzaide y Aliatar
Corren cañas por ganar
El regio liston azul (2).

(1) «Por este mismo respeto se juntaron de todo el Reino Córtes en Valladolid, en que los nobles se mostraron tan de parte de Don Enrique, que aunque el Rey y la Reina acudieron para hallarse presentes, no les dieron entrada en la villa hasta ya tarde.» (*Mariana*, lib. 15, cap. 1.°)

Se supone en el drama que la Reina consiguió esto por un ardid igual al de que se valió para entrar en Segovia; esto es, del influjo de un hombre del pueblo, llamado Diego Gil, segun asegura la *Crónica de Fernando IV*, cap. 1.°, en los términos siguientes:

«Y por que sabía (la Reina) que en la ciudad de Segovia, ántes desto, el Infante Don Juan hiciera algunas hablas con homes de la villa á grande daño del Rey, ordenó de llegar ay por lo asegurar, y fuése para Cuéllar, y desque ay llegó dijéronle que si quisiese probar de ir á Segovia, que non acogerian ay en la villa al Rey, nin á ella, y ella envió allá homes ciertos que pugnasen de lo saber, y entónces habia ay dos homes buenos que eran cabeza de ambos los bandos. El uno habia nombre Dia Sanchez, y el otro Diego Gil. Este Dia Sanchez oviera siempre precio, que fuera siempre ayo del Infante Don Juan, y el Diego Gil tenía con la Reina y siempre tenía ay voz del Rey; mas non podia tanto en la ciudad como el otro.»

Este Diego Gil es el mismo que el autor ha creido conveniente presentar con el nombre de Alfonso Martinez, así como á su rival con el de Juan Godinez.

(2) Las armas de Molina son, segun Argote y el historiador de la casa de Lara, «una rueda de molino de plata sobre campo azul.» No es, pues, arbitrario el supo-

ALFONSO. ¡Qué es el mirar, ¡oh placer!
Las Córtes entre nosotros,
Y no por mí, por vosotros,
Los fueros restablecer
De la hollada Monarquía!
¡Qué es ver un Rey en la cuna
Deber toda su fortuna
Á su pueblo! Y ¿qué diria
De nuestra ciudad la fama,
Si escuchara desdeñosa
Á un Rey niño y una hermosa
Viuda, que á sus puertas llama!
Y por qué? Porque un ricacho,
Del Pretendiente devoto,
Quiere sofocar mi voto,
Llamándonos *populacho*.
¡Por mi patron San Millan,
Que su merced, como yo,
Veintiun años no sirvió
Al buen Alfonso Guzmán! (1)

ner que era de este color la banda con que la Reina premiaba al vencedor del torneo.

(1) Guzmán el Bueno, héroe de Tarifa, es el único hombre quizá que presenta la historia de aquellos tiempos dotado de virtudes. Y estas tan grandes, que hasta cierto punto descansan en su bello carácter los ojos del curioso que recorre en las Crónicas los hediondos personajes de aquella era.

Presentar, sin embargo, dignamente á este coloso en el teatro, sobre ser obra difícil á un principiante, hubiera sido arriesgada, porque él solo hubiera eclipsado á todos los otros personajes dramáticos, y hubiera atraido sobre sí, si estaba bien retratado, el interes y la admiracion del público, y sobre el autor, si estaba pintado con imperfeccion, el desprecio y la censura de los inteligentes.

En este caso, pues, he querido introducir en el drama un personaje ideal, que no siendo de la elevada clase de Guzmán, pero participando de sus principios, y colocado hasta cierto punto en las mismas circunstancias, pudiera arrojar sobre el cuadro un reflejo del sol de Tarifa. Supóngole para esto escudero suyo, criado á su lado por espacio de 21 años, y devorado como él de un amor acendrado á su patria y de una pena terrible por la pérdida de su hijo.

Él es rico y caballero:
Por eso tanto blasona:
Y á mí ninguno me abona,
Que fuí sólo un escudero;
Mas cuando á Guzmán servía,
Tanto su espada bruñí,
Que presumo que adquirí
La fuerza que la regía.
Él cuenta allá mil hazañas:
Abuelos, barras de oro;
Mas no perdió contra el moro
Al hijo de sus entrañas.
¿Contra el moro! Digo mal:
Contra la hueste traidora
Del mismo Infante que agora
Aspira al mando real.
El lauro que te adornó
De Tarifa en la ribera,
Una represalia fiera,
Hijo del alma! segó.
Allí yo le vi caer
En el campo de Don Juan,
Y al hijo del gran Guzmán
En la muerte preceder.
Perdió un hijo mi señor,

Sin embargo, para que no apareciese copia, sino más bien imitacion de aquel gran modelo, he supuesto que Alfonso Martinez no inmoló á su hijo por su propia mano, sino que lo perdió en represalias, cosa harto comun en aquel tiempo, y que su ardor patrio no era tan puro como el de su patrono, sino excitado por el deseo de la venganza, y algun tanto por la envidia á las clases privilegiadas, y por el rencor de partido.

Nada creería haber hecho si no ligaba este personaje, totalmente creado, con la historia que me he propuesto seguir escrupulosamente, y para este fin he supuesto que era el mismo hombre del pueblo de quien la Crónica dice se valió la Reina para entrar en Segovia, como ya he referido en otra nota.

Y yo lo perdí lo mismo:
Si no fué igual mi heroismo,
Fuélo al ménos mi dolor.
Por San Millan!... Mas no quiero
Renovar mi padecer:
Olvide ya el mercader
Las penas del escudero.

SANCHO. (*Cogiendo de la mano á Garcés y á Alfonso.*)
Vosotros, que la intrincada
Ciencia sabeis del blason,
¿De cúyo linaje son
Esos dos de la celada?

GARCÉS. Aventureros noveles
Que probarán el torneo,
Pienso yo, porque no veo
En sus escudos cuarteles.

FERN. Á juzgar por sus lorigas,
Ricos sin duda serán.

SANCHO. Muy mala espina me dan.

D. JUAN. (*Aparte á Don Pedro.*)
Miran.

SANCHO. Con nadie hacen migas.

GARCÉS. Llevan dos rojas coronas
En su adarga por divisa.

D. JUAN. (*Aparte á Don Pedro dirigiéndose al juego de dados.*)
Miran más. Vamos aprisa.

D. PEDRO. (*Aparte á Don Juan.*)
Si temes, por qué ambicionas?

SANCHO. ¿Y otro gallardo doncel
De bello talle, buen porte...

ALFONSO. Que vino há poco á la corte?

GARCÉS. ¿Lleva en su adarga un cuartel
Y allí pintado un volcan?

Por mote...

SANCHO. No sé yo tanto!
Pero no parece santo
Segun se muestra galan,
Franco, bravo tirador
De venablos.

ALFONSO. Está claro.
Es Don Diego Lopez de Haro (1),
Que llaman el justador.
Con el Rey su señoría
Tuvo gran desavenencia;
Mas con su tino y prudencia
Le calmó Doña María;
Que, cual señor de Vizcaya,
Nos diera allá mucha guerra;

(1) «Diego Lopez de Haro por la parte de Navarra entró con gran furia en aquella provincia (Vizcaya), y se apoderó de todos los pueblos de ella, parte por fuerza, parte por voluntad, fuera de Balmaseda y Orduña... ca le pesaba en el alma le encargasen (á Don Enrique) el gobierno del Reino... Don Diego de Haro, por la buena industria de la Reina, se reconcilió con el Rey: hiciéronle merced del estado de Don Juan de Lara, que se pasara á los aragoneses, para que le tuviese juntamente con el señorío de Vizcaya. Destos principios y por esta forma granjearon otros muchos grandes, en particular Don Juan Alfonso de Haro, con hacelle merced de los Cameros, estado que pretendia él serle debido.» (Mariana, libro 15, cap. 1.°)

En este solo interlocutor se descubren las calidades de tres distintos personajes, á saber:

Don Diego de Haro, hijo de Don Lope y 19.° señor de Vizcaya, que murió en Aragon muy jóven y sin sucesion, poco ántes que Don Sancho el Bravo, y fué sobrino de la Reina.

Don Diego Lopez de Haro, tio del anterior, y casado, hermano de Don Lope, 20.° señor de Vizcaya y sucesor de su sobrino, que fué el que se rebeló contra Don Enrique, y fué indultado por la Reina.

Y últimamente, Don Juan Alfonso de Haro, tambien indultado por ésta, á quien dió el señorío de los Cameros.

Precisado el autor, para dar colorido y variedad á su cuadro, á pintar en él un personaje de la especie del sentimental Haro, ha creido conveniente atribuirle las calidades de tres del mismo nombre: otros serán los jueces que fallen sobre la legitimidad de este modo de proceder.

Que es muy querido en su tierra.

FERN. Como que es tan bueno, vaya!...

D. PEDRO. (*Jugando.*)
El cuatro. Perdí, pardiez!
Pues torno á ponerlo al uno.

D. NUÑO. Dale! que estais importuno.

D. JUAN. (*Á Don Pedro.*)
Prudencia.

D. PEDRO. Tercera vez.—
Ese dado no es de ley (1).
Juro á Dios que tiene plomo.

D. NUÑO. Vos teneis más. Pero ¿cómo,
Siendo Cuarto nuestro Rey,
El cuatro no ha de ganar?

D. PEDRO. ¿Tantas veces!

D. JUAN. Por qué no?

D. PEDRO. Y qué hicieras tú?

D. JUAN. Quién? yo?
Paciencia y vuelta á jugar;
Que el triunfo jamás es caro
Con el ayuda de Dios.

SANCHO. Mucho será que estos dos...

ALFONSO. Volviendo á Don Diego de Haro,
Es de la Reina sobrino (1).

SANCHO. Pues ya.

ALFONSO. En la muerte del Rey

(1) Ordenamiento de las tafurerías.—LEY 2.ª—«É el que metiere ó jugare con dados plomados nin desvenados, que peche por la primera vez todo aquello que ganare doblado á su dueño, é costas é misiones si las ficiere demandando lo suyo, é sinnon oviere de qué pechar esto, que le den treinta azotes por la primera vez, y por la segunda cincuenta azotes, é por la tercera que le azoten por la villa con los dados colgados al pescuezo, é échenlo fuera de la villa por malo é por engañador.»

(1) El citado Don Diego de Haro era hijo de Don Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, y de Doña Juana de Molina, hermana de padre de Doña María.

Juntó en Vizcaya su grey,
Y contra Castilla vino;
Mas en la funcion primera
Nuestro prisionero fué;
Y sin su tia, á mi fe
Que cual rebelde muriera.
Desde entónces su lealtad
Y su gratitud pregona;
Que no ansiaba la corona,
Sino...

SANCHO. Qué?

ALFONSO. La libertad;
Y en vano la pone dique
Con Don Juan mancomunado,
Ese viejo excomulgado,
Ese traidor Don Enrique;
Que no lo podrá lograr.

SANCHO. Digo! qué otro zorro viejo!
Yo apostara mi pellejo
Á que tiene familiar.

FERN. ¿Qué más diablo quieres tú
Que llevar siempre consigo
Un hebreo, un enemigo
Más malo que Belcebú?

ALFONSO. Tal vez será su doctor...

SANCHO. Su médico? Guarda, Pablo!
De quien es médico el diablo,
Quién será el enterrador?

ALFONSO. Mas la ciencia peregrina
De curar, sólo ellos saben.

FERN. En la frente me la claven:
Sé yo mejor medicina.
Con las uñas del tejon

No tengo miedo al mal de ojo,
Ni á la sarna y fuego rojo
Con el pan de San Anton.
Quien á San Dionisio reza
Ó lleva su escapulario,
No ha menester electuario
Para el dolor de cabeza.
Una oracion que yo sé,
Y aprendí de una gitana,
Me cura de la terciana
Y de...
(*Bebe y remeda á un borracho.*)
Ya me entiendes, eh?
Allá los Padres Benitos
Un buen emplasto me dieron:
«Hermano, tome, dijeron,
«Esto para los ahitos.»
Si tienes mujer morena
Y... eh?

SANCHO. Ya.

FERN. Á San Márcos ayuna.
Si el ser padre te importuna,
Rézale á la Magdalena.
Todo se cura.

SANCHO. Está visto.

FERN. Mas judío! No, señor.
Ántes muerto que dotor
De los que ataron á Cristo.

SANCHO. Mas guarda, que hácia este lado
Viene ya la comitiva.

VOCES. (*Dentro.*)
Viva la Regente!

OTRAS. (*Dentro tambien.*)

Viva!

FERN. Lleguémonos al tablado.

ESCENA II.

DICHOS. EL ALFÉREZ. LOS HERALDOS. *Gran número de gente del* PUEBLO *y* CABALLEROS, *músicas y danzas. Colócanse todos al rededor del tabladillo que hay en medio del campo, adonde suben los Reyes de armas y el Alférez mayor. Los danzantes bailan miéntras se canta un himno*

CORO.
Vítor, vítor!, que al aire tremola
Otra vez el morado pendon,
Noble signo de gloria española,
Dulce emblema de paz y de union.

(Música marcial; los caballeros la acompañan golpeando los cubiletes de los dados, los ciudadanos chocando unas con otras las copas que tienen en la mano.)

UNA VOZ.
Á su aspecto mil tercios guerreros
Se alzarán en la invicta Castilla,
Y el Infante que á España mancilla
Temblará de mostrarse en la lid.
¿Quién contrasta sus fuertes aceros,
Si la patria en su ayuda los llama?
Si una hermosa sus pechos inflama,
Quién resiste á los hijos del Cid?

CORO.
Vítor, vítor! etc.

OTRA VOZ.
Tiemble, tiemble á su vista el perjuro
Que insensato cadenas ostenta;
Que jamás una mano sangrienta
Manchará de Pelayo el paves.
Cuando caiga el fortísimo muro

De Mayorga en pedazos deshecho,
Cada libre resguarda en su pecho
Otro alcázar más firme despues.

UN HERALDO. Oid.

OTRO. Escuchad.

ALFÉREZ (*Agitando el pendon*).
Real, real, real! Este pendon levanta Castilla por Don Fernando Cuarto, á quien Dios prospere largos y felices años.

PUEBLO. Viva.

CORO. *Vítor, vítor! etc.*

(Los que están en el tablado bajan, y acompañados de gran parte del pueblo se dirigen por un lado con tropel y vocería, que, así como la música, se va perdiendo en la distancia. Sancho y Fernando reparan en los dos desconocidos, que siguen la proclamacion.)

FERN. Sancho, ya se van.

SANCHO. Los dos.

FERN. Reparaste?

SANCHO. Qué mal gesto!

FERN. Cien maravedís apuesto...
—No han gritado.

SANCHO. Tendrán tos.

FERN. Pues, por maña que se den,
Ellos han de vitorear
Á la Reina, ó reventar.
Vente conmigo.

SANCHO. Hombre...

FERN. Ven.

(Vanse.)

ALFONSO (*Mirando á un lado*).
No os dije que era Su Alteza?

GARCÉS. La conocísteis mejor.
ALFONSO. Sí; cuando no su esplendor,
La distingue su belleza.
GARCÉS. Adónde irá?
ALFONSO. Á la Abadía (1)
Á vísperas se dirige.
GARCÉS. Es verdad: así lo exige
La ceremonia del dia.
En el altar del Señor
Bendecirán la corona,
Y luégo...
UNO. Hermosa matrona!
OTROS. Vamos á verla mejor.
(*Movimiento.*)
GARCÉS Y mañana el soberano
Allí se coronará.
UNO. Silencio, que llega ya.
TODOS. Vamos á besar su mano.

ESCENA III.

DICHOS. LA REINA. EL ABAD DE SAHAGUN. HARO *y demás* CABALLEROS *que salen del palacio. Acompañan á la Reina los* DONCELES *y* GUARDAS: *la preceden* HERALDOS *y* REPOSTEROS, *que llevan las coronas en unos azafates. Los cortesanos procuran detener al pueblo, que se dirige entusiasmado á ella.*

REINA. No; dejadlos llegar: entre mi pueblo,
Cual tierna madre entre sus hijos caros,

(1) La que hoy es catedral de Valladolid no fué erigida tal hasta mil y quinientos y tantos, en el reinado de Felipe II, y se llamó en lo antiguo colegial ó abadía, asi como tuvo el nombre de villa la poblacion que el citado Rey llamó ciudad. Por lo demas, es inútil decir que la proclamacion y demas ceremonias que se presentan ó á que se alude en este drama, son históricas.

Ni el soberano fausto me envanece,
Ni temo el golpe de alevoso brazo (1).

ALFONSO. ¡Bien haya quien se olvida de la pompa,
De esa pompa, señora, que compraron
Nuestros Reyes con oro y con cadenas!
Ni tiene que temer quien es amado.

HARO. Y quién lo es más que tú? Mira; ese pueblo
Opreso, mas no vil, por largos años
Gimió sin esperanza; pero al verte
Subir al trono de Don Sancho el Bravo
Desde clima extranjero, ya en su pecho
La sintió renacer, y enajenado,
Ídolo te aclamó de los leales.
De entónces, ah! tu protectora mano
Cuántos bienes sembró! Por vez primera
Resonó, pronunciada de tus labios,
La voz de la clemencia en el alcázar... (2)

(1) No extrañará el afan que muestra la Reina por adquirirse popularidad, quien sepa que «toda su atencion fué recurrir al arte y elocuencia para convencer á los reinos, que tenía congregados, en la fidelidad y homenaje del Rey su hijo, y militar luégo con los brazos de todos contra sus enemigos. Púsoles por delante lo que hicieran por su abuelo San Fernando, el bien que trajo á todos aquella fidelidad, la prosperidad de los Estados en tan gloriosa union, la igual suerte en que se hallaban con el Rey si le defendiesen igualmente, la obligacion que tenian por haberle reconocido Rey, los perjuicios del Reino si le desamparaban, el ejemplo que darian al mundo, el borron de su fama si degeneraban, la propia utilidad en los bienes que ella les franquearia, guardándoles sus fueros, y haciéndoles otras nuevas mercedes... y fué oyendo á cada diputado de por sí, despachando sus causas con tanta benignidad y agrado, que robaba los corazones.» (*Florez*, Reinas Católicas, tomo 2.°)

(2) Harto acreditan el carácter elemente de nuestra heroína los rasgos siguientes que, entre otros mil, refiere la Crónica de Fernando IV, en su capítulo primero. «É por consejo de Martin Gil de Aguilera, á quien la Reina escapara de muerte non habia dos meses...» «Ca si por la Reina Doña María non fuera, que lo estorbó muchas veces, lo (á Don Juan Alfonso de Alburquerque) mandara matar el Rey Don Sancho, é la Reina sacólo de la prision.» Posteriormente el mismo Pretendiente Don Juan y los suyos le debieron, con el perdon, no sólo la vida, sino los honores y riquezas que habian perdido.

ALFONSO. Y al oirla los déspotas temblaron.
ABAD. Mas hoy que ya descansa en mejor vida
Nuestro buen Rey, y, niño el proclamado,
Debe llevar, con el favor divino,
El cetro que heredó de San Fernando,
La Iglesia del Señor te felicita.
Yo, su siervo y ministro, yo, prelado,
Aunque indigno, del santo monasterio
Y alcázar de Sahagun, la voz levanto
Para añadir con júbilo sincero
Mi humilde voto al general aplauso.
Sí; ya es tiempo, señora, que descanses
De tanto afan. Descarga los cuidados
De la diadema en Dios, y ni te cuides
Si allá el Infante revoltoso bando
Guia, aislado sin duda, ni te importe
Si el vulgo á las hablillas inclinado
Mira con malos ojos tu gobierno,
Porque tal vez recuerda con espanto
De Berenguela el tiempo borrascoso
Y de Urraca el impúdico reinado.
Esos festivos vivas...
ALFONSO. Esos vivas
No por cumplir un uso cortesano
Saludan á otro Rey, pero proclaman
La libertad en su feliz reinado.
REINA. Haro, Alfonso, no más. Vuestros acentos
Confunden á María, bien que gratos
Suenan en mis oidos; nunca, nunca
La mentida lisonja soportaron.
ALFONSO. Ni la fingió mi labio.
HARO. Mas la franca
La desnuda verdad tiene un encanto!...

REINA. Yo venero la voz del Rey de reyes
Que resuena en la boca del anciano,
Del anciano cual tú, por sus virtudes
El padre de su pueblo apellidado.

ALFONSO. Yo...

REINA. Bendigo la mano omipotente
Que guia oculta mis inciertos pasos
Por la senda del bien. La Providencia
Vela sobre Castilla: sin su amparo,
Qué hiciera una mujer? Ella sin duda
Trajo en mi apoyo á Alfonso, el denodado
Émulo de Guzmán, que vió á su hijo
Morir tambien en los altares patrios.

ALFONSO. Reina, por San Millan! si pude entónces,
Más infeliz, ó más dichoso acaso
Que mil valientes que mi suerte ansiaban,
No igualar á Guzmán, sino imitarlo,
Fué menor el esfuerzo, igual el golpe.
Mas ¿quién habrá que tras de tantos años
De guerra y tiranía, no perdiese
La esposa, el padre, el hijo ó el hermano?
¿Quién habrá que no mire con su sangre
El pabellon glorioso mancillado
De la española libertad? ¿Quién puede
Llamarse hoy libre, sin que ayer esclavo
Gimiese en la mazmorra, ó mendigase
Acerbo pan en climas apartados? (1)
Á enjugar tantas lágrimas, señora,
Los cielos compasivos te llamaron.

(1) Alfonso alude en este pasaje á la continua emigracion que expulsaba en aquellos tiempos á muchos esforzados varones de las córtes cristianas. Sabido es que el mismo Guzmán el Bueno estuvo al servicio de los africanos, y que esto era tan frecuente y comun, que hubo una ley para determinar el modo y forma en que los nobles debian emigrar.

REINA. Empresa grata á un pecho generoso!
ALFONSO. Sí; mas árdua tambien. El vil tirano,
El Infante Don Juan, el asesino
Del hijo de Guzmán, al de Don Sancho
Disputa el cetro, hipócrita y cobarde,
Por la hueste frenética arrastrado.
Rey se titula de Leon, enciende
La discordia civil (mengua es contarlo),
Pone sitio á Mayorga, y protegido (1)

(1) Creo conveniente, ántes de pasar adelante, copiar con alguna extension un pasaje de la Crónica, cuya difusion dispensarán sin duda mis lectores en gracia del gran número de situaciones dramáticas que autoriza.

«En el mes de Abril que comenzó en el segundo año del reinado de este Rey Don Fernando, que fué en la era de 1334 años, y andaba el año de la nascencia de N. S. J. C. en 1296, movió de Aragon Don Alfonso, fijo del Infante Don Fernando, y el Infante Don Pedro, hijo del Rey Don Pedro de Aragon, hermano del Rey Don Jaimes, y Don Rimon de Urrea, y Don Pero Cornel, y todos los ricos homes y caballeros del reino de Aragon, y eran más de mil caballeros por todos, y entraron por la tierra haciendo muy gran guerra, robando, quemando y estragando cuanto hallaban. Y pasaron por San Estéban de Gormaz, á do era el Infante Don Enrique, y habló con el Infante Don Pedro de Aragon, y partiéronse dende: y entraron por la tierra y atravesaron todo hasta Vastanes, y allí saliéronlos á recibir el Infante Don Juan y Don Juan Nuñez, y en que todos fueron ayuntados, movieron todos dende y viniéronse para la ciudad de Leon, y despues que ay llegaron, enviaron luégo al otro dia á decir á los ciudadanos de la ciudad de cómo el Reino de Leon era del Infante Don Juan, y quo lo tomasen por Rey y por señor del reino de Leon, y porque eran de habla todos los más ricos homes de la villa, y los más honrados y mejores personas del reino de Leon, señaladamente Gonzales Gutierrez Osorio, dijeron que lo acordarian con él, y despues que entraron todos en su acuerdo dijeron aquellos que lo querian hacer, y que así lo habian hallado por derecho, y luégo los acogieron dentro de la villa, y el Infante Don Juan llamóse Rey de los reinos de Leon y de Galicia y de Sevilla, y moraron ay todos ocho dias, y salieron de allí todos: fuéronse para Sant Sahagun, que no estaba cercada, y entraron todos dentro de la villa, y llamaron ay á Don Alonso, hijo del Infante Don Fernando, Rey de todos los reinos de Castilla y de Toledo y de Córdoba y de Murcia y de Jaen, y ordenaron de salirse dende, y de se ir para Búrgos, y que la cercasen y la tomasen, y la entregasen á Don Alonso, hijo del Infante Don Fernando. Y luégo que este acuerdo ovieron tomado, arrepintióse el Infante Don Juan de la ida de Búrgos, porque dejaba la tierra de Leon desamparada, é rogaba á todos que llegasen con él á Mayorga, que era cinco leguas de Sant Sahagun, y que la tomarian en cuatro dias, y dende irian todos para Búrgos; y oviéronlo de

Por otro Infante de Aragon...

ABAD. Si tanto
Dijera quien no fuese el buen Alfonso,
Juzgáranle tal vez interesado

hacer así, y supo este acuerdo la noble Reina Doña María, que era en Valladolid con el Rey Don Fernando, su hijo, y envió ay que se metiesen en la villa de Mayorga á dos ricos homes, al uno decian Diego Ramirez de Cifuentes, y al otro García Hernandez de Villamayor, y á otra gente mucha con ellos: y metiéronse en la villa ántes que la hueste ay llegase: y luégo que llegó la hueste cercaron la villa toda á la redonda muy fuertemente, y toviéronla cercada los meses de Mayo y Junio y Julio y la mitad de Agosto, y tan bien la defendieron los que estaban dentro, y otrosí los moradores de la villa de Mayorga, que lo habian á corazon, que la non pudieron tomar; y ellos estando en esta cerca tomaron las villas de Villagarcía y de Tordesillas y de Medina de Rioseco y La Mota y Villafañla, y en cuanto esta villa de Mayorga estuvo cercada, la noble Reina Doña María envió por el Infante Don Enrique y por Don Diego y por Don Nuño Gonzalez y por Don Juan Alonso de Haro y por todos los ricos homes y caballeros y vasallos del Rey Don Fernando, su hijo, y por todos los concejos de las Estremaduras, y el Infante Don Enrique llegó á la villa de Valladolid ántes que ninguno de los otros ay llegasen, y en llegando á la villa, de camino fué luégo á ver á la Reina Doña María, que posaba en el alcázar, y la Reina estaba en la capilla oyendo misa, y díjole de cómo el Rey de Aragon y el Rey de Portugal y el Rey de Granada y el Infante Don Juan y Don Alfonso y Don Juan Nuñez, y todos los más ricos homes de la tierra venian á hacer guerra al Rey Don Fernando, su hijo, y que viesen con qué guisa estaba su hacienda: lo uno porque él era mozo pequeño, y lo otro que ella era dueña, y lo otro que él era viejo cansado; ca bien entendia él que tomarian el reino: mas que para esto, si ella quisiese, bien habria manera cómo lo podria todo hacer, y que reinase el Rey Don Fernando, su hijo, si ella quisiese. Y la Reina Doña María respondió que entendia muy bien cuanto él decia, que todos estos eran contra el Rey su hijo; mas que sabia Dios que rescibia el Rey su hijo y ella muy grande tuerto del Rey de Aragon como del Rey de Portugal y como de los más de los Reinos, porque ellos con gran tuerto eran contra el Rey Don Fernando, su hijo; que habia ella de la merced de Dios que él le ayudaria á que ella pudiese hacer por lo heredar, y porque él reinase que todo lo haria; y el Infante Don Enrique que todo lo decia muy bien, y que la razon era ésta, que ella era mujer manceba, y que el Infante Don Pedro de Aragon se avenia á su casamiento de ella, y que si ella se casase con este Infante Don Pedro, que luégo él haria tornar á todos los aragoneses que habian entrado con Don Alonso acá en la tierra; y que le aconsejaba que lo hiciese, que en las otras tierras cuando las Reinas fincaban mancebas viudas, así como ella era, que se casaban; y dióle en esto ejemplo de muchas, y decia que debia ella hacer esto, y ál quien quier que pudiese, porque reinase el Rey Don Fernando, su hijo; y la noble Reina Doña María respondió que se mara-

En divulgar los *triunfos* del Infante,
Ó *tímido* quizá de contrastarlos.

ALFONSO. Y si tanto dijera quien no fuese
Un viejo, un monje, sin cansar mi labio
Le probara quizás que quien desprecia
(Mas desprecia en la corte, en el estrado)
Al enemigo que sañudo tala
Á sangre y fuego los leoneses campos,
Ese solo es cobarde; y quien oculta
Los riesgos porque así medren á salvo,
Ese es traidor.

REINA. Protege sus designios,
Y, aunque inocente, al revoltoso bando
Sirve quien prepondera su pujanza.

ALFONSO. Señora, perdonad si yo, criado
Debajo de la malla y del almete,
Tan cómoda política no alcanzo.
Sostengo la verdad con mis palabras

villaba muy mucho del cómo él habló en aquella manera con ella, habiendo el deudo que habia con ella, y que non habia él porque le dar ejemplo de las Reinas que hacian mal, ca tomaria ella ejemplo de las que hacian bien, y hicieran bien, que fueron muchas señaladas de su linaje, y que fincaron con sus hijos pequeños que les ayudara Dios: é dijo que si ella fuese cierta que por hacer ella maldad, habria el Rey Don Fernando, su hijo, los reinos sin contienda, y áun que le haria cobrar otros tantos reinos como los que dejara el Rey Don Sancho, su padre, que ella non lo haria, y que ántes queria con bondad fincar con lo que Dios quisiese, que non con aquello que él le cometia, con grande poder ni con ninguna otra honra que ser pudiese; y que fiaba de la merced de Dios que con mantener bondad ayudaria ella á reinar á su hijo el Rey Don Fernando, que non con el consejo que le daba. É cuando el Infante Don Enrique esto oyó fué muy despagado de ella. . .

. . . .

Llególe mandado (al Rey Don Dionis de Portugal) de como habian dejado (los aragoneses) la cerca de Mayorga, y que muriera ay el Infante Don Pedro de Aragon, su cuñado, y Don Rimon de Urrea y Don Rimon de Urgel y otros ricos homes y caballeros aragoneses y catalanes y navarros que vinieran ay, y que tan gran fué la mortandad que cayó en ellos todos, y otrosí tan grande fué la dolencia, que fué muy grande además, y entendian todos los que lo sabian que fuera gran juicio de Dios sobre ellos.» (*Crónica de Fernando IV*, cap. 3.°)

Y mis palabras con mi propio brazo.
ABAD. Sí; pero la verdad crece y se abulta
En boca de la plebe: torpe engaño
Quizá la desfigura; no lo dudes,
Es prudencia que ignore el vulgo incauto
Áun la misma verdad.
ALFONSO. Y ¿cómo puede,
Si sus males ignora, remediarlos?
Por San Millan! ya es tiempo que distinga
Quién son sus protectores, sus contrarios;
Que no sólo en los campos de Mayorga
Rey se titula un Príncipe engañado,
Sino que en la ciudad, en sus hogares,
En el templo, quizás en el palacio,
Mil hipócritas hay que le protegen,
Miéntras son por la Reina asalariados (1).
REINA. Y ¿qué me importa, Alfonso, qué me importa
Que los déspotas juntos en mi daño
Acaudillen las huestes homicidas?
Mil ejércitos supo el africano
Contra España lanzar: sólo en un punto
Pocos valientes, pocos, conservaron
Su libertad, su Religion, sus leyes;

(1) No es extraño que este procurador desconfiase cuando la Crónica dice: «Cuando tornaron con la respuesta (el maestre de Calatrava Don Rodrigo, ayo del Rey, y Pero Diaz de Castañeda y Juan Fernandez de Limia), cuidando la Reina Doña María que le venian con algun sosiego, ellos mismos le aconsejaron que se fuese y llevasen al Rey Don Fernando para Castilla; si no, que ellos habrian de tener la carrera que los otros (los rebeldes) tendrian.» Tampoco es rara la aversion que Alfonso muestra al clero, y el amor á sus fueros, pues la citada Crónica en el mismo capítulo primero añade: «Y otrosí pidiéronle (los procuradores á la Reina) que los otorgase sus fueros y otras peticiones muchas, y este dia non quisieron que los Arzobispos nin Obispos nin maestres fuesen en esto: y ellos (es decir, los procuradores) enviaron á decir á la Reina Doña María que los enviase de su casa, es si ay los tenía, non vernian ay en ninguna guisa; y que luégo se irian para sus tierras.

Mas de tan dulces nombres concitados,
Se alzaron en Gijon, y desde entónces
Tanto lidiaron y vencieron tanto,
Que ya tremola en el hercúleo estrecho
La vencedora cruz de Don Pelayo.

HARO. Y ¿fiar puedes á tan larga lucha
La suerte de tu pueblo? No: sobrado,
Sobrado ya con sangre de sus hijos
Regó Castilla sus desiertos llanos.
Ni fies porque nazca más brioso
Entre despojos bélicos el lauro;
Que si extranjera sangre lo fomenta,
Lo marchita la sangre del hermano.

REINA. Bien lo conozco...

ESCENA IV.

DICHOS. DON JUAN *y* DON PEDRO, *que salen por la derecha, defendiéndose de* SANCHO, FERNANDO *y otra parte del* PUEBLO.

D. PEDRO. (*Dentro.*)
Traicion!

SANCHO. Detengan luégo al espía.

D. PEDRO. (*Dentro.*)
Favor al Rey de Aragon!

D. JUAN. Ay de mi!

REINA. Qué vocería!

HARO. Corramos: perdidos son.
(*Desnuda la espada, y se pone de parte de los que se retiran.*)

REINA. (*Poniéndose en medio.*)
Ea, guardad el acero,
Y el motivo sepa yo.

D. JUAN. (*Á los piés de la Reina.*)
Señora...

REINA. Decid... Mas no,
Porque ni saberlo quiero,
Ya que tanto me ofendió.

ALFONSO. Ni es propio de castellanos
Teñir de sangre sus manos
En el general contento.

D. PEDRO. Digna empresa de villanos!
Contra dos solos un ciento!

HARO. Ese pueblo respetad,
Ya que no le habeis temido.

ABAD. Reina, su ardor disculpad.

FERN. (*Aparte á Sancho.*)
Ya intercede el viejo abad.

D. PEDRO. Y ¿quién hubiera creido
Que en la corte de una dama,
Dé la clemente María,
Un pueblo, que fiel se llama,
Con sangre festejaría
Al mismo Rey que proclama?

HARO. No hiciera mucho en temblar
Quien perturba el regocijo
De un pueblo libre.

SANCHO. Bien dijo.

REINA. Tranquilos podeis estar
En tierra donde yo rijo;
Que es aquí prenda segura
Mi nombre de paz y amor.

D. PEDRO (*Aparte*).
Qué bella?

D. JUAN (*Besándola la mano*).
Nuestro Señor

Con la celestial ventura
Os pague tanto favor.

D. PEDRO. Alzad. Tras esa acogida
De una plebe violenta,
¿Cómo pues quien representa
Un Monarca, ante una erguida
Mujer se postra? Qué afrenta!

HARO. Que no merece, concedo,
La pública hostilidad
Quien tiene tanta humildad
Y tan escaso denuedo.
Pero tambien en verdad
Es muy ménos acreedor
Al soberano favor
Quien hermosura y virtud
Atropella en el furor
De su ciega ingratitud.

D. PEDRO (*Amenazándole*).
Caballero...

PUEBLO. Muera! muera!

D. JUAN (*Á Don Pedro*).
Por Dios!...

REINA (*Á Haro*).
Baste ya.

HARO. Señora...

REINA. Sabed pues que, como quiera
Que ántes su conducta fuera,
Son mis huéspedes ahora.

ALFONSO. Si una empresa criminal
Á Valladolid los trajo,
Presto acaba un tribunal,
Dos mandobles y un buen tajo,
Con la chusma desleal;

Mas si infelices, los guia
Aquí su mala ventura,
¿Cuál otro título habria
Más digno de la ternura
De la gran Doña María?

D. PEDRO. Ni la justicia tememos,
Ni gracia alguna pedimos.

D. JUAN. Señora, nobles nacimos,
Y áun más que lo merecemos
Favor del cielo tuvimos.
El Monarca portugues (1)
Y Don Jaime de Aragon,
Por su comun interes,
Nos mandan á vuestros piés
Con alta y grave mision.
Y acabados de llegar,
Contemplábamos el gozo
De la fiesta popular,
Cuando...

D. PEDRO. Un indiscreto mozo
Nos quiso, oh mengua! forzar
Á dar vivas á tu nombre.

(1) «Á la noble Reina Doña María, estando librando todas estas cosas (las peticiones de las Córtes) vinieron ay dos caballeros del Reino de Portugal, de parte del Rey Don Dionis de Portugal, y trajeron una carta suya, que era hecha en esta guisa: Al Rey de Castilla y de Leon, y á los ricos homes y á los perlados, y á las órdenes y á los pueblos de mí Don Dionis, por la gracia de Dios Rey de Portugal y del Algarve, sabed: que yo envio á vos con mio mandado á estos caballeros; creedles de lo que vos dijeran de mi parte.» (*Crónica de Fernando IV*, cap. 1.°)

«Estando la Reina Doña María en Cuéllar con el Rey Don Fernando su hijo, llegó á su corte un caballero de Aragon, con el cual le envió á desafiar por la causa de la pretension de Don Alonso (de la Cerda), hijo del Infante Don Fernando.» (*Zurita*, *Anales de Aragon*, lib. 5, cap. 20.)

«El Rey Don Dionis de Portugal le favorecia (á Don Juan), y estaba declarado por su parte tanto, que á tiempo que se hacian las Córtes en Valladolid envió por sus reyes de armas á demandar la guerra á Castilla.» (*Mariana*, lib. 15, cap. 1.°)

D. JUAN. Y aunque el corazon lo apruebe...
D. PEDRO. Á personas de la plebe
Un caballero rico hombre
Jamás humillarse debe.
ALFONSO (*A Fernando*).
Ahí es un grano de anís!
Buena la hicisteis, amigo!
REINA. Si es cierto lo que decís,
Hace muy mal Don Dionís
En unirse á mi enemigo;
Que gran esperanza fundo
En la paz del lusitano,
Miéntras con rencor insano
Envía Jaime Segundo
Contra mí su propio hermano.
Empero, de cualquier modo,
Con el alma y vida siento
Vuestro mal recibimiento.
D. JUAN. Muy luégo se olvida todo
Junto á vos.
REINA. Digno aposento,
Nuño de Lara, aprestad.
(*Vase Lara.*)
Y obsequiadlos vos, Abad,
Porque sean acogidos
Cual merecen y atendidos.
Seguros en ello estad;
Que son mis palabras fieles,
Y en vuestros nuevos cuarteles
No por dos veces al sol
Vereis dorar los verjeles
Del territorio español,
Cuando las Córtes unidas

Oirán vuestras embajadas.
ABAD. Las haciendas y las vidas
À vos sola están fiadas.
ALFONSO. Fiadas, mas no vendidas.
REINA. Bien lo sé.
ABAD. Cuenta severa
Sólo ante Dios os espera.
REINA. Débenla al pueblo los Reyes,
Y en acatar esas leyes
Me honro de ser la primera.
Así por mi voz llamados
Sus dignos procuradores
Por las ciudades nombrados
Llegan ya, con los prelados
Y ricos hombres mejores
De antiguo y noble solar.
Hoy mismo debe llegar
Don Enrique.
D. JUAN (*Aparte*).
Don Enrique!
FERN. Mala víbora le pique!
ALFONSO. Muy poco debeis fiar...
REINA. Es de mi Fernando tio,
Y si en su cariño no,
En su experiencia confio.
Entre tanto, pueblo mio,
Espera; que espero yo.
ABAD. Esperad en Dios, hermanos.
REINA. Sí, tan sólo de sus manos
Viene el poder y la ciencia;
Pero él guarda la inocencia
Y confunde á los tiranos.
Vamos pues al templo ahora,

Y doblemos la rodilla
Ante su altar: quizás brilla
Tras larga noche la aurora
De paz y union en Castilla.
Y porque memoria tal
Se grabe en el corazon,
Y aprenda el pueblo leal
Que si estimo su opinion,
No codicio su caudal,
Y que no le pago, no,
Su amor con inútil risa;
Desde hoy le relevo yo
Del impuesto de la sisa (1)
Que Don Sancho estableció.

VOCES. Viva la Reina!

REINA. (*Á Don Pedro, que se va.*)
Tened.
Á vos sólo una merced
Quiero pediros.

D. PEDRO. ¡Á mí,
Que podeis mandarme!

REINA. Sí.
La diestra, amigo, tended
Á vuestro libertador.
Cese ya todo rencor:
(*Á Haro.*)
Sobrino, de vos lo espero;
Que mal puede un caballero
No disculpar el valor.

(1) «La Reina mandó luégo franquear la gente de cierta imposicion puesta sobre los mantenimientos, que los españoles llaman sisa; la cual imposicion fué harta parte para la mala satisfaccion y disgusto que todos tenian contra su marido el Rey Don Sancho.» (*Mariana*, lib. 15, cap. 1.°)

Y tierna y noble amistad
De que tengais me holgaré.

HARO. (*Besándole la mano.*)
Cuanto mandes cumpliré.

D. PEDRO. (*Aparte.*)
Haya más rara beldad!

REINA. (*Dirigiéndose al Abad, que está hablando con Don Juan.*)
Así Fray Don Pedro ve
Cómo á Dios tengo presente
En mis obras.

ABAD. Es prudente
Quien procede así, señora;
Que no sabemos la hora,
Ni sirve la erguida frente
Contra la huesa.

REINA. Entre tanto
Cumplamos el rito santo,
Y mientra el himno retumba,
Veré, señor, sin espanto
Cerca del solio la tumba.
Allí en la noche callada
La corona velaré,
Y ante la Vírgen sagrada
Por la patria idolatrada
Y por mi hijo rogaré.
(*Vanse la Reina y los suyos.*)

ESCENA V.

HARO. DON JUAN. DON PEDRO. EL ABAD.

HARO. ¿Qué mágico poder omnipotente

Ejerze en mí su voz, que aprisionado
El corazon se siente?
Inútil fuera resistir un punto
Á tan suprema ley; naturaleza
Á mi pecho no ha dado
El ruego desoir de la belleza.
Hé aquí mi mano.
(*La presenta á Don Pedro.*)

D. PEDRO. Me la das ardiendo.

HARO. Estrechadla, señor, y entre las vuestras
Amistad para siempre prometamos.
María quiere: indisolubles nudos
Sean mis brazos, y la propia suerte
Jurémonos seguir.

D. PEDRO. (*Con furor reconcentrado.*)
Hasta la muerte.
(*Vase Haro.*)

ESCENA VI.

DON PEDRO. DON JUAN. EL ABAD.

D. PEDRO. Infeliz jóven! Qué lenguaraz! qué vano!

ABAD. (*Á Don Juan.*) Dejad, señor, que os abrace, y el gozo de veros tan de cerca acallará el susto de miraros en tanto peligro.

D. JUAN. Mucho temí del violento carácter de Don Pedro (1).

(1) Poco se sabe de este personaje. Abarca dice hablando de Mayorga en sus *Anales de Aragon*, parte segunda, cap. 3.°: «De la cual parte fué herido el Infante Don Pedro de Aragon, y llevado á Tordehumos, murió á 30 de Agosto de 1296: grande y merecido dolor de todos; y le aumentaron poco despues las muertes de dos grandes capitanes y amigos íntimos del Infante, Don Jimeno de Urrea y Don Ramon de Anglesola.»

De este silencio me he valido para pintar á mi talante en D. Pedro cual caballero

D. PEDRO. Y de qué no temes tú?

ABAD. (*Á Don Juan.*) Mas vos, señor, á quien está reservada la corona de nuestros Reyes, ¿cómo así os arriesgais llevando en vuestra persona y en vuestro nombre mismo el peligro de perderlo todo siendo descubierto?

D. JUAN. Seguro estaba de no ser conocido despues de tantos años. Ausente de España desde que en Tarifa puse sitio á Alfonso Perez de Guzmán, sería difícil que en la corte de María recordara persona alguna mis facciones, ignorándose mi venida; mucho más cuando ni áun en aquella ocasion me mostré nunca á los sitiados.

D. PEDRO. Sí; ninguno de ellos le vió la cara, sino el malogrado hijo de Guzmán, ni nunca conoció más enemigo acero que el de aquel héroe cuando con su cuchilla segó la garganta de su desdichado hijo. Miradle; áun le lleva en el cinto.

ABAD. El amor que Don Juan profesa á sus vasallos le impide arriesgar una persona en quien se fundan tantas esperanzas.

D. PEDRO. Yo tengo mucho amor á los mios, soy heredero del Reino de Aragon, harto conocido de muchos castellanos que han peleado conmigo en Mayorga; y con todo, vedme aquí desafiando su ira.

ABAD. De elogiar fuera sin duda, invicto Príncipe, vuestro

aragones, orgulloso, tenaz, duro, celoso de la gloria y del amor ajeno, envidioso de los triunfos de Castilla, y más montaraz que cortesano. Le he hecho señor de Rivagorza, estado que solian dar los Reyes de Aragon á sus hijos y hermanos; he aprovechado el tiempo que los historiadores suponen entre su enfermedad y su muerte y la ausencia en que estuvo de su ejército; y en lugar de hacerle ir á Tordehumos, donde murió, le he hecho venir á Valladolid, para que recayese en él el interes dramático que nunca pudiera ponerse en cabeza de Don Juan, sin dejar pendiente la accion, pues éste no murió.

denuedo cuando estuvierais al frente de los vuestros; pero aquí, defendido sólo por la generosidad de tantos contrarios, la prudencia es la mejor virtud, el disimulo prenda segura de la victoria.

D. PEDRO. Fácil es encomiar el valor léjos del riesgo, y no tan gustoso el combatir la brecha como fiar en el vencimiento.

D. JUAN. El mismo riesgo hay aquí que en el campo; pero deben ser diferentes los medios de arrostrarlo y de vencerlo. Cuando no valió el denuedo en el asedio, ¿quereis que perjudique en la corte?

ABAD. Cómo! Será posible?...

D. JUAN. Sí, amigo: vanas fueron todas nuestras tentativas. Los elevados muros de la villa caen al impulso de nuestras máquinas; pero el esfuerzo de los ciudadanos no decae jamás. El plan que os dije, no lo dudeis, y el auxilio de Dios es el solo remedio, la esperanza única.

D. PEDRO. Mezquina condicion de los cobardes, rehuir la pelea, y si tal vez conjuran, no osar llevar el brazo donde pusieron la codicia.

D. JUAN. Y ¿quién duda, amigo, que tú eres el alma de esta empresa? Si tú faltaras, su perdicion era segura. ¿Quién duda que de ti solo pende su éxito ó su ruina? Pero ¿me negarás alguna parte en ella?...

D. PEDRO. Sí; tú eres el gusano que roerá el cuerpo que yo derribe.

D. JUAN. Luego es toda tuya.

D. PEDRO. No; la audacia de acometerla, el valor de acabarla mio sólo: la vileza de concebirla, la ignominia de heredarla, únicamente tuya.

ABAD. Por piedad, señor. No es esta la ocasion de echarse en cara las faltas, de disputarse los despojos de una

victoria no conseguida: no es tiempo de reconvenir, sino de obrar; y así como es el mismo nuestro interes, la misma debe ser nuestra conducta.

D. PEDRO. No, una y mil veces no. Si humillado mi orgullo por los castellanos, si perdidos delante de los muros de una de sus villas los mejores soldados de toda mi nacion, vengo á buscar en otra parte mis adversarios, no me guia el vil interes, ni el temor de no vencerlos en el campo, no, sino el deseo de destrozarlos, el placer de vengar á mis amigos, el ansia de inmolarles mil y mil víctimas, la gloria imponderable de herir en la frente á ese soberbio leon de Castilla, que amenaza devorar toda España.

ABAD. Pues bien; no se pierda tan brioso arrebato. Nuestros fieles surgirán por todas partes á una sola voz. En el séquito mismo de la Reina he conseguido introducir nuestros parciales. Pero Diaz de Castañeda, Lope Rodriguez, Hernan Ruiz de Saldaña, Ruy Gil de Villalobos, Hernan Rodriguez de Castro (1), otros mil esperan con ansia la señal: importa más que nada darla ántes que lleguen á reunirse las Córtes: entónces todo sería inútil.

D. JUAN. Es forzoso, ya que la suerte nos depara su venida, esperar á Don Enrique.

ABAD. Inconstante, voluble, es poco digno de nuestra confianza (2).

(1) «Otrosí eran con ellos (los pretendientes) para los ayudar á acabar esto, el Rey Don Dionis de Portugal y el Rey Don Jaimes de Aragon y el Rey de Granada, y los ricos homes de la tierra que eran con ellos son estos: Pero Diaz de Castañeda, Lope Rodriguez, Ruy Gil de Villalobos, Hernan Ruiz de Saldaña, Don Hernan Rodriguez de Castro, y otros muchos que no son aquí escriptos.» (*Crónica de Fernando IV*, cap. 1.°)

(2) «El Infante Don Enrique de Castilla, hermano del abuelo del Rey Don Fernando, como habia estado preso por tantos años en Italia, y no habia pensado en

D. JUAN. No importa; estoy seguro de él.

D. PEDRO. Tu padre Alfonso el Sabio, hermano de Don Enrique, decia asimismo que estaba seguro de él, miéntras le vendia á su hijo el Príncipe Don Sancho el Bravo. Tambien éste estaba seguro de él, entre tanto que era víctima de su traicion. Musulmanes y castellanos estaban seguros de él; y no por eso dejaron de ser juguete de su perfidia en España y África; en Italia, en fin, los Güelfos y Gibelinos, seguros tambien de él, le contaron sucesivamente en el número de sus parciales, y despues en el de sus traidores (1).

ABAD. Excomulgado por siete Pontífices en el largo espacio de diez y nueve años, no puede atraer á su partido sino la ira del Señor (2).

D. JUAN. Vamos, mirad que no os sienta bien ese lenguaje á vos, que lo estais igualmente (3).

la oscuridad de la cárcel sino mohinas, siendo de suyo inquietísimo, se movia contra todos á todas aguas y vientos, y molia ahora, como dicen, de represa: él no era bueno sino para hacer mal; y le hizo grande en Castilla con las quejas y pretensiones de la tutoría, aunque á un mismo tiempo era malo para ambas partes.» (Abarca, *Anales de Aragon*, parte 2.ª, cap. 3.º)

(1) Es excusado advertir que todos estos hechos son históricos, y basta, para probarlo, consultar el artículo «Don Enrique» puesto por Mondéjar en el índice de las *Memorias de Don Alonso el Sabio*.

(2) «Lo que no puede tener duda es, permaneció descomulgado todo el tiempo que rigieron la Iglesia los Pontífices Gregorio X, sucesor de Clemente (que fué el que lo anatematizó en Bitervo el Juéves Santo de 1268), Inocencio V, Adriano V, Juan XXI, Nicolás III y Martino II, hasta que habiendo entrado á gobernar la cátedra de San Pedro Honorio IV á 25 de Abril de 1285, el siguiente de 1286 á 10 de Noviembre le concedió la absolucion por el Breve siguiente dirigido al Cardenal Gerardo Blanco, Obispo sabinense y legado de la Sede Apostólica, despues de haber permanecido 19 años separado del gremio de la Iglesia.» (*Memorias de Don Alonso el Sabio*, lib. 8, cap. 6.)

(3) «Á 7 de Enero de 1295 se presentaron aquí (en Sahagun) los visitadores (que lo eran, por parte del Papa San Pedro Celestino, Don Fernando de Cobarruvias, Obispo de Búrgos, el prior de Dominicos de Leon y el maestre escuela de la misma ciudad); pero el abad Don Pedro, hecho cargo de su comision, les dijo que no po-

ABAD. Sí; pero yo lo estoy por las intrigas del clero, que protege á la Reina, y mi censura no es aún pública.

D. JUAN. Ni conviene que se sepa. En cuanto á Don Enrique, él sirve más cumplidamente que nadie á mi causa. Él, fingido tribuno (1), alucina, extravía al pueblo, que le idolatra, y con sus excesos acrece cada dia el número de mis partidarios.

ABAD. Empero, señor, comienza ya á ser conocido; Alfonso Martinez y su bando le detestan, y no por eso os estiman.

D. JUAN. Quién? el escudero de Alfonso Perez de Guzmán? Ese nunca pudiera ser de mi bandería; que aunque jamás me vió, perdió un hijo en represalias sobre Tarifa.

ABAD. Pues ese es el que hace poco, en compañía del jóven Don Diego de Haro, os salvó la vida.

D. JUAN. En gran riesgo estuve.

D. PEDRO. Miserable!

ABAD. Ved que ya la noche se acerca, y las gentes comienzan á salir del templo. Retirémonos.

dia admitir su visita, porque aquellas letras del Papa eran subrepticias. Con todo, insistian los visitadores en evacuar su comision (de reformar el monasterio *in capite et in membris*, y castigar los delitos que merecieran castigo); pero el abad nunca quiso consentir; por lo que los comisarios lo excomulgaron á él y á sus secuaces, que eran casi todos los monjes, fijaron las censuras en la villa, y se retiraron.» (*Historia de Sahagun*, lib. 4.°, cap. 9, part. 9.)

(1) La *Crónica*, tantas veces mencionada, cap. 1.°, dice:

«Y luégo que llegó á la ciudad de Búrgos, habló con ellos (los del pueblo) en esta manera, y díjoles de cómo él se dolia del estado de la tierra por non estar en la manera que debia, y que su voluntad era que tornase á la manera que fuera en tiempo del Rey su padre Don Fernando, y que á esto les ayudaria él, y que se ternia con ellos; y ellos respondiéronle que lo harian en esto como lo hicieron los otros Reinos; y con esta respuesta se fué Don Enrique andando predicando por toda la tierra: así que todos los convirtió á la su parte, teniendo las gentes que sería así.» (*Crónica de Fernando IV*, cap. 1.°)

D. JUAN. (*Al Abad.*) Podremos ver á Don Enrique?

ABAD. Esta noche debe llegar..., y en mi aposento...

D. PEDRO. Sí; vamos.

ABAD. En Dios confio.



ACTO SEGUNDO.

DON ENRIQUE.

El teatro representa un claustro inmediato á la iglesia, comunicándose con ella y con la calle: en los pilares de los arcos se ven colgados los trófeos de los caballeros que han de entrar en el torneo; en el de Don Juan se distingue la adarga negra, y encima unas coronas encarnadas con este lema: CÉSAR Ó NADA. *En el de Haro se ve la adarga con un volcan encendido; el mote dice:* SU FUEGO ES UN ARCANO. *En la de Don Pedro un caballo saltando una barrera, y por lema:* NO HAY ESTORBOS QUE ME ARREDREN.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO. HARO. *Algunos* CABALLEROS *que pasean á lo léjos.*

D. PEDRO. Eso es cierto?
HARO. Cierto.
D. PEDRO. Y cómo?
HARO. Sí, amigo; no lo dudeis.
Cuando la pasada injuria
Olvide vuestra altivez,
Cual yo venero á la Reina
Vos mismo la adoraréis;
Que no es dado á sus encantos
Hallar helada esquivez.

Y á sus divinos favores
Quién se muestra ingrato? quién?

D. PEDRO. Inflamado hablais, Don Diego;
Y áun amoroso.

HARO. No á fe;
Mas si la debo la vida,
Como vos se la debeis,
Mal pudiera ser ingrato
Quien favorecido fué.

D. PEDRO. ¿Fuisteis acaso enemigo
De la Reina vos?

HARO. No bien
Hubo muerto el Rey Don Sancho,
Con cuya amistad me honré,
Y el senador Don Enrique
En nombre del niño Rey
Quiso gozár encubierto
Del castellano dosel,
Cuando en los cántabros montes
Mi esforzada gente alcé;
Que ni sufren á tiranos
Caballeros de honra y prez,
Ni consiente usurpadores
Quien hace gala de fiel.
Justa fué nuestra demanda,
Puesto que sin dicha fué;
Que dió la funcion primera
Con mi ejército al traves;
Y allí muriera cautivo
Y deshonrado tambien,
Si la gran Doña María
No hiciera, como quien es,
Excepcion de su justicia

Y de su clemencia ley.
Volvióme lo confiscado
En Cameros y Alcocer,
Y porque el don no amargara,
Honor y vida con él;
Que á quien hidalgo naciera
Sabe siempre, siempre, á hiel
Lo que perdió de justicia
Recobrarlo por merced.
Así pues, fuera, Gurrea,
Tan villano como infiel
Á tan notables favores
Ingrato corresponder.
Por eso sirvo á la Reina,
Si no fino, tan cortés,
Que la vida que me ha dado
Le quisiera devolver.

D. PEDRO. Y por gratitud; no es cierto?
Rara gratitud, pardiez,
Es la vuestra.

HARO. Mas con todo
Nunca otro afecto probé.

D. PEDRO. Y el amor?

HARO. No le conozco.

D. PEDRO. Pero él existe, y magüer
Que os precieis de caballero,
Sois hombre al fin y doncel.

HARO. Su virtud lo hiciera inútil.

D. PEDRO. Pero el ansia de obtener
Los favores de María
¿No ha acompañado tal vez
Á esa gratitud sincera
Que á vuestra Reina teneis?

HARO. No, Gurrea, yo os lo juro
Por el puro rosicler
De sus labios. ¿Qué más gloria,
Ni qué mayor interés,
Que entrar resuelto en el campo
Por ella, en fiero corcel,
Y llevar de sus colores
Muy garifo el palafren,
Su cimera en el penacho,
Y su lema en el paves,
Y abatir en el palenque
Cien caballeros y cien,
Por recibir de su mano
El envidiado laurel?

D. PEDRO. Ó bien la revuelta arena
Mal de su grado morder,
Y la cimera, y las plumas,
Y la adarga y el jaez,
Mirar cubiertos de polvo
Y hollados en el tropel?

HARO. Entónces con más justicia,
Y con más gozo tambien,
Pues que la vida le debo,
La deuda satisfaré;
Que para un corazon noble
Esta gratitud es ley;
Y no de otro modo siento
Que como vos sentiréis.

D. PEDRO. (*Algun tanto turbado.*)
Yo?

HARO. Sí

D. PEDRO. Quizá... Mas los celos...
Di, ¿su tósigo cruel

No han destilado en tu pecho?
¿Pudiérasla acaso ver
Tranquilo en ajenos brazos?...

HARO. Ah! ¿quién sabe...

D. PEDRO. ¿Jurar fe
Á otro esposo?

HARO. Por Santiago!...
Piedad, Gurrea, tened,
Y un arcano que yo ignoro,
Que yo tiemblo, no indagueis.
¿Cómo he de poder amarla,
Si aún amòr no pronuncié?

D. PEDRO. Quizás de un rival los celos,
Ó de una hermosa el desden,
Un corazon precipitan
Donde amor no puso el pié.
Así en medio de los mares
El no vencido batel
Donde el fiero mar del Adria
Cruza el valiente Rugier,
Y hace besar á los vientos
El pendon aragones,
Por dar caza á una barquilla
Sobre las costas de Argel,
Y vencer en lo velero
Á un bergantin genoves,
Se halla en medio de las ondas,
Roto y perdido el garcés,
Sin puerto á donde acogerse,
Sin escollo que temer.

HARO. Y ¿qué importa un amor mudo,
Y áun despreciado tambien,
Encubierto, sofocado,

Sin dolor y sin placer,
Que existe como en la cuna
Vive un infante tal vez,
Sin esperanza en mañana,
Y sin recuerdo de ayer?

D. PEDRO. Luego la Reina ¿no sabe....

HARO. Lo que yo propio no sé.

D. PEDRO. Mas la dijisteis...

HARO. Yo? Nunca.
(*Mirando como si vinieran.*)
Y si por ventura...,

D. PEDRO. (*Impaciente.*)
Y pues?

HARO. Á presumirlo llegara...

D. PEDRO. No la volveréis á ver;
No es cierto?

HARO. Yo os lo prometo.

D. PEDRO. Haceis en ello muy bien.
Basta ya. Alguno se acerca.
(*Mirando.*
El recien llegado... Él es.

HARO. Don Enrique? No he de verle.
Quedad con Dios.

D. PEDRO. Id con él.
(*Vase Haro.*)

ESCENA II.

DON PEDRO. DON ENRIQUE. TUBAL.

D. ENRIQ. ¿Cómo! aún no ha salido la Reina de la iglesia?

D. PEDRO. No debe ya durar largo tiempo la ceremonia.

TUBAL. Pues por mucho que rece, todos los Santos de su

Cristo no la librarán de la ira del Dios de Judá.

D. PEDRO. No, amigos: es necesario dejar ya ese proyecto. Ahora mismo acabo de hablar con Haro; el pobre mancebo cumple tan sencillamente el mandato de la Reina, que me cree más amigo suyo que su propio hermano; y así me tiene por un Gurrea, como él se precia de llamarse Haro.

D. ENRIQ. Y bien, estais satisfecho? no hay nada?...

D. PEDRO. Nada por parte de María.

D. ENRIQ. Mucho me huelgo en ello: nunca creí otra cosa; además, el proyecto de Don Juan es muy arriesgado; su éxito podria exponeros...

D. PEDRO. Sí, exponernos.

D. ENRIQ. Pues, eso digo: y luégo, ¿á qué manchar con la sangre de un niño...

TUBAL. Á cuya sombra es más fácil ejercer el imperio.

D. ENRIQ. Mucho ciega la ambicion á Don Juan.

TUBAL. Di más bien que le abre los ojos. Muerto el niño Rey y sus hermanos, la corona es suya por herencia; la Reina poco le importa; cada cual mira por lo que mira, y el médico que está seguro de heredar á un poderoso, no da las yerbas á su camarero.

D. ENRIQ. Áun por eso, doctor, yo no te dejo un solo cornado en mi testamento.

TUBAL. Mi amor á vos me interesa más que ninguna otra cosa en vuestra conservacion.

D. PEDRO. El Pretendiente tiene tanta ambicion como miedo, y tanto miedo como...

TUBAL. Como miedo; que esto ya no hay con qué compararlo.

D. ENRIQ. Es además justo que, pues vos llevais la mayor parte en el combate, lleveis tambien la mejor en la victoria.

D. PEDRO. Hacedme dueño de María, y nada me importa lo demás. La potestad real será toda vuestra.

D. ENRIQ. Yo no la ambiciono; pero á tan poco precio, no fuera difícil comprarla.

TUBAL. Esaú vendió todo su patrimonio por un plato de lentejas.

D. ENRIQ. Miro con hastío el proyecto de Don Juan, porque me repugnan los delitos.

TUBAL. Sobre todo... cuando son inútiles.

D. ENRIQ. Por otra parte, el bando de la Regente crece por momentos; Guzmán el Bueno ha puesto á su favor toda la Andalucía, y desde que su escudero Alfonso Martinez consiguió abrirla las puertas de Segovia, que algunos amigos mios, poco prudentes, tenian cerradas, los parciales de la Reina se aumentan tambien en Castilla. Elegido ahora ese villano para procurador de su ciudad, y con crédito entre sus compañeros, las próximas Córtes...

TUBAL. Serian de todo punto adversas.

D. ENRIQ. No digo yo tanto; pero es cierto que no consentirian mi regencia, ni lo que es más, vuestro enlace con la Reina.

TUBAL. Y áun por eso conviene evitarlas.

D. PEDRO. Ó destruirlas. Puede más el brazo de un soldado que los pulmones de todos los procuradores del mundo.

D. ENRIQ. Ese es un medio reprensible, y aunque el valor es laudable, primero...

D. PEDRO. Ya os entiendo: vos procuraréis ahora inclinar el ánimo de la Reina, como si ninguna amistad tuvierais conmigo: no es cierto? Y quizá para que no conozcan que llegasteis hace tiempo, y no recelen dónde habeis pasado la noche, venis aún con las

espuelas calzadas y con el polvo del camino. Mucho os tengo que agradecer.

D. ENRIQ. No tal. No por el disimulo vengo en este traje, sino por el ansia de procurar lo mejor; el bien público...

D. PEDRO. Y si la Reina no accediese?

TUBAL. En ese caso, sobrados medios tiene mi señor para lograr su voluntad. Pintaria á la Regente como peligrosa la reunion de las Córtes, y el pueblo, que le mira como su más ardiente defensor, fácilmente se dejaria alucinar: palabras vacías, acusaciones supuestas, y en último recurso... Dejadlo á su cargo.

D. ENRIQ. Tú me retratas con unos colores... Interpretas, amigo, mis palabras... Y Don Pedro, que no sabe...

D. PEDRO. Sé quien sois hace mucho tiempo, y os tengo por el hombre más hábil de nuestra España.

D. ENRIQ. Haceis más honor del que se merece á mi escaso talento.

D. PEDRO. Le hago justicia.

D. ENRIQ. Cuidado, que los caballeros se adelantan á tomar sus armas para llevarlas á bendecir á la iglesia.

D. PEDRO. Quedad con Dios: la Reina no debe tardar, y no conviene que nos halle juntos. El poder soberano será el premio de vuestros servicios.

ESCENA III.

DON ENRIQUE. TUBAL. *Los* CABALLEROS *salen de la iglesia, descuelgan sus armas de los pilares, y vuelven al punto de donde vinieron, y con ellos* DON PEDRO.

TUBAL. Y en verdad fuera indiscreto
Tanto á Don Juan proteger.

D. ENRIQ. Y mucho más podrá ser

El no guardar el secreto.
Hora recuerdo : Tubal,
Quemaste mi carta?

TUBAL. Sí;
Al punto que la leí.
Me teneis miedo?

D. ENRIQ. No tal;
Sólo me causa zozobra
Tu peligro; preguntaba
Sólo...

TUBAL. Cuanto ella indicaba
Está ya puesto por obra.
Las yerbas cociendo están,
Y, aunque con alguna prisa,
Ántes que salga de misa
La Reina, no faltarán.

D. ENRIQ. Por eso con tal premura
Un amigo la notó
En secreto, y me obligó
Á escribir tanta locura.
Mas lo quieren mis amigos...

TUBAL. No es de dilatar el plazo
De acabar de un jicarazo
Con todos sus enemigos;
Que el proyecto del Infante
Sin duda nos exponia.

D. ENRIQ. Sí : quizás Doña María
Pudiera quedar triunfante.

TUBAL. Y aunque así no sucediera,
Qué vais, señor, á ganar?
¿Vais un niño á destronar
Para que reine una fiera?
Don Juan ni áun la estimacion

Que vuestra experiencia obtiene...
D. ENRIQ. Ciertamente: me conviene
Proteger al de Aragon.
TUBAL. Tantas mudanzas! Os juro
Que no entiendo... Y el festin?
D. ENRIQ. Dejémòslo para el fin:
Este plan es más seguro.
Don Pedro, allá embriagado
En amante frenesí,
Dejará sin duda en mí
Todo el reino abandonado.
TUBAL. ¿Y si óbstinada María
No le admite por esposo?
D. ENRIQ. Es Don Pedro muy brioso,
Y tal vez no sufriria...
Voy á hablarla, y si resiste...
TUBAL. Muy terca la Reina es.
D. ENRIQ. Yo te avisaré despues
Y...
TUBAL. Haré lo que me dijiste.
D. ENRIQ. Lo que más nos interesa
Es al niño conservar
Para en su nombre reinar.
TUBAL. Vengan, señor, á la mesa
Uno y otro pretendiente
Con la Reina, y ¡por Judá
Que el licor les sentará
De Don Enrique *el Regente*!
D. ENRIQ. Me amas mucho!
TUBAL. Agradecido...
D. ENRIQ. Importa no descuidarse;
Que si llegan á juntarse
Las Córtes, todo es perdido.

TUBAL. Ántes el poder supremo
En vuestra mano estará.

D. ENRIQ. Y quizás acertará
Don Juan en último extremo.
Pero tu reserva invoco;
Que el callar importa mucho.

TUBAL. Señor, soy en ello ducho.

D. ENRIQ. Mas con Don Pedro hace poco
Anduvistes algo necio
Y sobrado en el decir.

TUBAL. Un precio tiene el oir,
Y el callar tiene otro precio.

D. ENRIQ. ¡Que nunca se ha de ver harto
Tu vil afan por el oro,
Cuando todo mi tesoro
Siempre contigo reparto!

TUBAL. Y al que ofrece un reino entero
Á quien más le satisfaga,
¿Pensais, señor, que se paga
Con un poco de dinero?
¿Acaso un leve monton
De vil metal es bastante
Á quien ve su tribu errante
Y proscrita su nacion?
¿Ni por dar digno aposento
Á secreto tan preñado,
Será un alquiler sobrado
Una talega ni ciento?

D. ENRIQ. Si por interes no calla
Tu calumniadora lengua,
Tengo, sin sufrir tal mengua,
Verdugos con que atajalla.

TUBAL. ¡Yo calumniador?

D. ENRIQ. Sí tal.

TUBAL. ¡Á mi lengua cortapisa?
Me dais, pobre Infante, risa.

D. ENRIQ. ¡Yo á tí?

TUBAL. Sí; vos á Tubal.

D. ENRIQ. Si acaso alguna impostura
Te atrevieras á fingir...

TUBAL. Lo que yo puedo decir
Tu cabeza lo asegura.

D. ENRIQ. No; tus palabras blasfemas
Cansarán á Dios, hebreo.

TUBAL. Algun buen cristiano veo
Que sufre siete anatemas,
Y peina canas, pardiez.

D. ENRIQ. Esto ya es mucho sufrir.
Á la justicia he de ir.

TUBAL. Ay de ti si hallas un juez!

D. ENRIQ. Tu acusacion baladí
Dónde encontrará testigo?

TUBAL. (*Sacando una carta.*)
Yo lo llevaré conmigo.

D. ENRIQ. Mi carta!

TUBAL. Tu carta; sí.
(*Lee.*)
«Una insensata mujer
»Y dos mancebos, Tubal,
»Pueden el peso real
»Malamente sostener.
»Cuando hoy lleguen á comer
»Prepárales un licor,
»Y logre por tu favor
»Castilla lo que merece.
»Sabes ya como agradece

»Don Enrique el Senador.»
—Anciano, la autoridad
Se ha escapado de tus manos;
Que ya nos hacen hermanos
Los vínculos de maldad.
Hijo tú del santo Rey,
Á un judio estás sujeto,
Y el premio de su secreto
Es el triunfo de su ley.
Prométeme...

D. ENRIQ. Sabes ya
Que será tuyo mi imperio.

TUBAL. De su injusto cautiverio
Salga el pueblo de Judá:
Desde hoy más, pueda vivir
En sus propias poblaciones,
Y honores y distinciones
Ó comprar ó recibir.

D. ENRIQ. Yo te juro por mi fe...

TUBAL. Y cuál fe es la tuya, impío?
Que si yo soy un judío,
Lo que eres tú no lo sé.

D. ENRIQ. Por mi vida... te prometo...
Calla... Adios... La Reina viene...

TUBAL. Sabes ya cuál precio tiene,
Don Enrique, mi secreto.
(*Vase.*)

ESCENA IV.

LA REINA. DON ENRIQUE. *La* REINA *sale del templo, y haciendo señal á la comitiva, queda sola con el Infante* (1).

D. ENRIQ. (*Corriendo á los piés de María.*)
Señora!...
REINA. (*Levantándole.*)
Caro amigo!
No; á mis brazos, que ya lo deseaba.
D. ENRIQ. El cielo me es testigo,
Do quiera que moraba,
Do quiera por mi Reina preguntaba;
Y llegado á la corte, polvoroso,
Sin dar tregua á mi afan, corro á tus plantas.
REINA. Y ¡cuántas veces, Don Enrique, cuántas,
En medio al enojoso
Cargo de la diadema, al noble anciano,
Á mi amigo mejor buscaba en vano!
D. ENRIQ. Ay! ¡ojalá, señora, que pudiera
Este caduco y moribundo viejo
Con esa breve vida que le espera
Asegurar tu silla,
Cediendo en pro de la infeliz Castilla
El solo bien que tiene, su consejo!
REINA. Pues que! ¿será que siempre desgraciado
Mi pueblo habrá de ser? Tras tantas penas,
Será que en vano rompa sus cadenas?
D. ENRIQ. No basta...
REINA. ¿Por ventura
De mí se queja?

(1) Esta escena está casi textualmente copiada de Mariana.

D. ENRIQ. No.
REINA. ¿Cuál don bastante
Pudiera darle?
D. ENRIQ. Paz.
REINA. Mayor cordura
Fuera tal vez al desleal Infante
Que, rebeldes pendones levantando,
Piensa usurpar el trono á mi Fernando,
Y guerra á muerte y destruccion procura;
Mayor cordura, digo, y más prudente
Fuera de tanto crímen disuadille.
¿Por qué los que motejan
El ardor de mis huestes, afectando
Santo amor á la paz puro y clemente,
Por qué, di, no aconsejan
Al temerario bando
Que el suelo castellano no mancille?
¿Que al tierno descendiente de sus Reyes
Las armas rinda y la cerviz humille?
Obedezca mi voz, guarde las leyes,
Deponga el ciego Infante su insolencia
Y el fratricida acero;
Y entónces á la voz de mi clemencia
Se abrazarán en paz los castellanos,
Y si enemigos son, serán hermanos.
D. ENRIQ. Inútil anhelar. ¿Qué vale, oh Reina,
La muda ley y la razon helada
Contra el sordo volcan de las pasiones,
Cuando España, en tu daño conjurada,
Levanta por do quiera los pendones
De infanda rebelion?
REINA. La fiel Castilla
No me abandonará.

D. ENRIQ. Pero entre tanto
De tres Reyes, señora, el ciego encono
Conspira contra tí, villas, ciudades
Se rebelan do quier, muchos prelados
Al grito aterrador de la conciencia
Proclaman á Don Juan.

REINA. Dios es más justo
Que esos ministros: con su brazo augusto
Protege de mi hijo la inocencia.

D. ENRIQ. Infelice mujer! Sabes acaso?...
Madre desventurada!

REINA. Qué?

D. ENRIQ. Mi lengua
Jamás te causará tamaña herida.

REINA. Decid, lo sé; que al hijo de mi vida
Del solio derribar de sus mayores
Intentan; que á su influjo seducida
Una turba me cerca de traidores.

D. ENRIQ. (*Aparte.*)
Sabrá?...

REINA. Sé mucho más: que la locura
De su infame ambicion los ciega tanto,
Que al que defiende mi derecho santo,
Pueblo invencible, dividir procura.
Mas no lo logrará.

D. ENRIQ. Mi fe sincera...

REINA. La conozco, señor; conozco á un tiempo
Que de ese pueblo noble el heroismo,
Si bien defiende al hijo de sus Reyes,
Defiende al par sus sacrosantas leyes;
Que trono y libertades son lo mismo.
Por eso triunfarán: ni gime esclavo
De un vil usurpador un pueblo entero,

Ni sucumbe á Don Juan el heredero,
El hijo, el sucesor de Sancho el Bravo.

D. ENRIQ. Muy bien, señora; gózome de veros
Tan animosa.

REINA. No; pero resuelta
Á vencer ó morir.

D. ENRIQ. Aun á la muerte
Tal vez añade horror el tremebundo
Rayo de Roma.

REINA. ¿Acaso su anatema
Nos amenaza ya?

D. ENRIQ. Martino Cuarto (1)
Contra tu pueblo todo lo fulmina.

REINA. Por qué?

D. ENRIQ. Mal dispensado el parentesco
Entre Don Sancho y vos..., nulo el enlace...

REINA. Acabad, Don Enrique.

D. ENRIQ. Á vuestros hijos...

REINA. No os detengais; que con sereno pecho
Os escucho, señor.

(1) Toda esta sucesion traia consigo un vicio en la raiz por haberse hecho el casamiento sin dispensa del parentesco que mediaba en los Reyes y estaba en grado de segundo con tercero, siendo los abuelos de Doña María bisabuelos de Don Sancho.

Don Alfonso IX de Leon.
Doña Berenguela la Grande.

San Fernando.	El Infante Don Alfonso de Molina.
Don Alfonso el Sabio.	Doña María.
Don Sancho.	

El Papa Martino IV amonestó á Don Sancho, en Breve dado á 13 de Enero de 1283, sobre que se apartase de la parienta; pero la Reina Doña María, conociendo lo que importaba no dar armas al enemigo, insistió con todo empeño en sacar la legitimacion del Pontífice, y enviando embajadores á Roma con limosna de diez mil marcos, ó cinco mil libras de plata, la concedió Bonifacio VIII en 13 de Setiembre de 1301. (Florez, *Reinas Católicas*, tomo 2.º)

D. ENRIQ. Llama bastardos...,
Ilegítimo el Rey..., nulo el derecho...
(*Pausa.*)
Temeis?

REINA. ¡Yo! sólo á Dios, y en él confío
Que á su Vicario á la merced no deje
Del mundano interes de extraños Reyes (1).
Entanto al hijo mio
El trono guardo que le dan las leyes.

D. ENRIQ. Porque tu brio y noble independencia,
Princesa ilustre, á todos animara,
Te diera media vida: mi conciencia
No entónces transaccion te aconsejara...

REINA. Explicad...

D. ENRIQ. Sí; ¿qué vale tu denuedo
Si de Mayorga en los ruinosos muros
Comienza el torpe miedo?
¿Si aterrados del hórrido anatema
Los que ántes contrastaban más seguros
Al enemigo bando,
Del fiero aragones huyen temblando?
Y ¿qué ejército, oh Reina, á tanta cuita
Podremos oponer? ¿Un pobre anciano
Que ni alzar puede el defensor escudo
En su trémula mano?
¿Un huérfano infeliz que balbuciente
Ni el nombre sabe aún de su contrario?
Y una débil mujer? Y aunque do quiera
Mil guerreros se alzaran, ¿do el erario,
Do está, que tanta lucha mantuviera?

(1) Toda esta detencion acaeció porque el Rey de Francia queria que casase Don Sancho con una hermana suya, y *ponia óbices en Roma á la concesion de la tal dispensa.*

REINA. Hoy mismo...

D. ENRIQ. Qué?

REINA. Las Córtes...

D. ENRIQ. Desgraciada!

Así te arrastran esperanzas locas,
Y cuando casi al precipicio tocas,
Aún estás vanamente confiada?
¿Tu salvacion esperas ¡qué locura!
De unos pocos electos de la plebe?
Nunca el pueblo se atreve
Á sacudir el yugo del tirano;
Empero el cetro arrebatar procura
Si lo mira llevar en débil mano.
Pues qué! ¿te has olvidado por ventura
Que en esta ciudad misma, y diez y nueve
Abriles no han corrido,
Fué el Sabio Rey Alfonso destronado (1)
Por tu esposo Don Sancho, y por más mengua
En esas mismas Córtes declarado
Incapaz de reinar?

REINA. Deten la lengua,

(1) «Desque ahí (en Valladolid) fueron ayuntados con él (Infante Don Sancho) todos los de la tierra y los ricos homes que andaban fuera, acordaron todos que se llamase Rey el Infante Don Sancho, é que le diesen todos el poder de la tierra, y esto fué en Abril del año de 1282.» (*Crónica de Alfonso el Sabio*, cap. 74, y *Memorias del Rey Don Alonso el Sabio*, lib. 6, cap. 9.) «Y en aquellas Córtes, sin preceder citacion ni ser convencido el Rey Don Alonso por proceso, fué declarado que de allí adelante no administrase justicia, y le fuesen quitados los castillos y fortalezas, y que no se le acudiese con las rentas de sus Reinos, ni fuese acogido en villa ó castillo. Demas de esto, cuanto pudo instó el Infante por sí y sus ministros que le intitulasen Rey de Castilla y Leon y de la Andalucía, y se propuso y trató que tomase título de Rey; pero contradijeron algunos, y fueron de comun acuerdo que rigiese los Reinos y tuviese la justicia y gobierno de ellos, y le fuesen entregadas todas las fortalezas y todas las rentas reales; y así fué declarado por sentencia que dió el Infante Don Manuel en nombre de los caballeros y hijos-dalgo de Castilla.» (Zurita, *Anales de Aragon*, lib. 4, cap. 5.)

Y ya que ni el respeto de tus Reyes,
Ni el temor á ese pueblo generoso
Que calumnias así, ni de tu hermano
El amor te detiene, sé piadoso,
Sé á lo ménos hidalgo, y de una dama,
De una madre infeliz respeta el duelo.

D. ENRIQ. Perdona... Tu virtud veo y adoro;
Pero tu situacion..., tanta indigencia...

REINA. Soy pobre, no es verdad? me falta el oro;
Y esto sólo autoriza la insolencia?
Sin dinero en las arcas del tesoro,
¿No puede haber justicia en mi derecho,
Brio en mi corazon, fuego en mi pecho?
Pues bien, áun sin los fútiles honores
Que me dan estos vanos oropeles
(*Quitándose los adornos.*)
Yo enfrenaré, señor, mis detractores.
Ni he menester preseas y joyeles
Para encontrar do quiera defensores
Miéntras respiren españoles fieles;
Y ¡ojalá que tambien de esta manera
Mi propio corazon darles pudiera!
(*Arrancándose la joya que lleva al pecho.*)

D. ENRIQ. (*Rehusando tomar las alhajas.*)
Señora, no.

REINA. Tomad.

D. ENRIQ. Nunca.

REINA. Pues cómo!...

D. ENRIQ. Lo que á vos engrandece, á mí me humilla.

REINA. Lo manda vuestro Rey.

D. ENRIQ. Así las tomo.

REINA. Id, pues, y que os entregue la vajilla
Con esas prendas Lara el mayordomo,

Y remediad con todo á mi Castilla;
Que estimo yo de suelo tan bizarro,
Mejor que de oro, platos de su barro (1).

D. ENRIQ. Dejad, oh Reina! que la augusta mano
Que así atiende á sus pueblos, respetuoso
Pueda besar. Mas, ay! tan sobre humano
Esfuerzo, tan sublime beneficio,
De qué sirve? Tal vez más provechoso
Sería un ménos árduo sacrificio.

REINA. Cómo?

D. ENRIQ. No lo dudeis.

REINA. Decidlo presto.

D. ENRIQ. Escuchad. Ya mirais en cuán tremenda
Extremidad el cielo nos ha puesto.
Pues bien, salvar la patria y la corona,
El trono afianzar de vuestro hijo,
La paz de vuestro pueblo y vuestra vida
Podeis vos sola.

REINA. ¡Yo!

D. ENRIQ. Sin tan prolijo
Afan.

REINA. Y cómo?

D. ENRIQ. Una palabra breve...,
Una no más y miraréis cumplida
Vuestra ánsia, y realizarse de repente
Cuanto hoy anhela la española gente.

REINA. Acabad.

D. ENRIQ. Entre tantos adversarios,

(1) «Y manteniendo la guerra largo tiempo sin gravar á los pueblos, pues para ello se valia de empréstitos tomados de buena fe, y yo sé de uno en que el obispo de Astorga Don Martin, notario mayor del Reino de Leon, le prestó cuatro mil y ochocientos torneses gruesos en el año 1298. Cuando esto no alcanzaba, recurria á sus joyas y vajilla, habiendo lance de comer en cazuelas de barro por haberse deshecho de su plata en beneficio público.» (Florez, *Reinas Católicas*, tomo 2.°)

Que hoy el trono combaten á porfía,
Uno sólo es temible; uno, uno sólo
En medio de los Príncipes contrarios,
Cual vos entre las bellas de Castilla,
Por su valor, por su denuedo brilla.
De Pedro de Aragon hablarte quiero,
Hermano de aquel Rey y fiel trasunto
De su abuelo inmortal Jaime Primero;
Jóven bello y discreto todo junto,
Y tan bravo doncel y tan guerrero,
Que es vana toda fuerza á su enemigo.

REINA. Y ¿qué he de hacer?

D. ENRIQ. Hacerle vuestro amigo.

REINA. Y cuál medio?

D. ENRIQ. Tu mano.

REINA. Ah! basta ya, señor. Fuera tal mengua!
Que sufriros ya tanto es vergonzoso.
Yo entregar mi Castilla á un vil tirano!
No quiero paz á precio tan costoso.

D. ENRIQ. Fuera buen Rey Don Pedro y buen marido,
Y padre de tus hijos amoroso,
Y protector del reino, y protegido
De extranjeros monarcas; que otras reinas,
Por guardar á sus hijos las coronas,
Una vez y otra vez fueron al templo
Con la pompa nupcial.

REINA. ¿Extraño ejemplo
Á qué citar de débiles matronas
En la patria de Sancha y Berenguela?
¿Quereis tal vez que al hijo de mi vida
Sujete al férreo yugo del Infante,
Y que ese bando infame y homicida
Que las murallas de Mayorga asuela,

Sin sabernos vencer, quede triunfante,
Y el daño del leal goce altanero
Cargándole de bárbaras cadenas?
Nunca; más bien al filo de su acero
Perderé yo la sangre de mis venas.

D. ENRIQ. (*Turbado.*)
Por piedad conteneos... Gente viene...,
Y vuestra agitacion...

REINA. Seguid, amigo.

D. ENRIQ. Pudieran sospechar...

REINA. Eso es prudente;
Porque si ha de quedarse sin castigo,
Mejor es ocultar audacia tanta.

D. ENRIQ. Ya llega.

REINA. Es la cuadrilla justadora
Que sin duda á este sitio se adelanta,
Buen Consejero, á demandarme jueces.

D. ENRIQ. (*Con sobresalto.*)
Jueces?

REINA. Sí, para el bélico festejo.

D. ENRIQ. (*Aparte.*)
Respiro.

REINA. Es ya la hora.

D. ENRIQ. ¿Á mi consejo
Esta respuesta dais?

REINA. Sí, sí mil veces.
Primero el rayo mi cerviz confunda
Que la doble cobarde á su coyunda.

ESCENA V.

DICHOS, *y todos los* CABALLEROS *que vienen armados ya para entrar en torneo:* *los* REYES DE ARMAS, *que los preceden, se arrodillan delante de la Reina.*

REINA. Levantad.
GARCÉS. Señora...
REINA. Decid ya, Garcés.
GARCÉS. Aquestos que miras, que son campeones,
De allende llamados al son de pregones,
Á fuer de hijos-dalgo te besan los piés.
Pendientes se vieron tres dias y tres
De sendos pilares sus nobles escudos,
Y bien que á reproches fincaron desnudos,
Al fin de seis dias sin mancha los ves.
Ya el digno prelado que impera en Sahagun
Curó de librallos de caso infelice,
Y allá en los altares sus armas bendice,
Que de humo de incienso trascienden aún.
No falta ya plazo ni rito ningun
Que no se cumpliese, y así su deseo
Por Reina te aclama de todo el torneo:
Que reines dos veces es voto comun.
Tú pues á quien presta virtud y blason
Del Rey bienhadado la cuna divina,
Á quien da renombre la invicta Molina
Y acatan humildes Castilla y Leon,
Da vénia que empiecen como es de razon
La liza solemne que están esperando,
Y allí tanta gloria darán á Fernando
Como es la esperanza de nuestra nacion.

REINA. Me es grato, infanzones, del noble doncel,
Del buen caballero, del firme adalid,
Premiar las hazañas que en bélica lid
Ganó sujetando fogoso corcel.
Y honor será mio so regio dosel
La frente del bravo tal vez enjugar,
Y el su polvoroso cabello adornar
Con verde corona de fresco laurel.
Por eso al más fuerte feliz campeon
Que en todo el torneo consiga la prez,
(Y vos, Don Enrique, sereis de ello juez
Con nuño de Lara y Alfonso Giron)
Pondré sobre el pecho celeste liston;
Que si es premio escaso de regia matrona,
Tambien á sus ojos corteses lo abona
El ser obra mia y el ser galardon.
Costumbre fué antigua tambien celebrar
Tras justas y zambras soberbio festin (1),
Y en él al invicto primer paladin
Los Príncipes mismos cedelle lugar;
Empero no puede tal dicha gozar
La pobre viuda que reina en Castilla,

(1) Todas las circunstancias que tienen relacion con estas dos fiestas están trasladadas exactamente de las relaciones que de otras semejantes hacen los antiguos libros de caballería, y las crónicas de la edad media. Sin citar otros muchos que pudiera, me limito sólo á recordar el *Paso honroso*, en que se dispusieron tiendas para los caballeros, y hubo banquetes despues de cada dia de justa; el recibimiento que Don Álvaro de Luna hizo en Escalona á sus soberanos, en cuya ocasion les regaló en una espléndida cena la preciosa copa de oro y pedrerías que la ciudad de Barcelona le habia donado, y les festejó durante este banquete con danzas y músicas; y últimamente, el torneo dado por Alfonso el XI en Valladolid, en que permanecieron, segun consta de la historia M. S. de aquel monasterio, expuestas las armaduras de los justadores, durante seis dias, en el claustro de San Francisco. ¿Quién no sabe, en fin, el modo y ceremonias con que los caballeros bendecian sus armas y demandaban á los Reyes y Príncipes por medio de farautes la vénia para presentarse en la palestra?

Que hoy mismo ha vendido su plata y vajilla...

D. ENRIQ. (*Dejando de hablar con Tubal.*)
Señora, si acaso quisierais honrar
La humilde morada de un fiel servidor,
Mi casa...

REINA. Agradezco...

D. ENRIQ. Vendreis?

REINA. Quizá el ir
Me fuera imposible.

D. ENRIQ. Sabré prevenir
Festejo á las bellas y lauro...

REINA. Señor,
No puedo.

D. ENRIQ. Es despique?

REINA. No; empero mejor...

D. ENRIQ. Tendré tanta honra?

REINA. Mañana tal vez.

D. ENRIQ. Hoy.

REINA. Terco sois mucho. Amigos, buen juez.
Iremos.

D. ENRIQ. (*Besando á la Reina la mano.*)
Señora!...
(*Vase la Reina con los suyos.*)

TUBAL. (*Á Don Enrique.*)
Ya es nuestra: valor!

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. DON PEDRO. DON JUAN. EL ABAD. ALFONSO. TUBAL.
Algunos GRANDES *y* PUEBLO.

D. ENRIQ. Malograda belleza! ¿cómo es posible conocerte sin

amarte? ¿cómo es posible ver tus prendas y no llorar por tu suerte?

ABAD. Abandonada de la mano de Dios, no hay medio... Infeliz; si ensordece á sus preceptos, qué camino podrá salvarla?

ALFONSO. Los mandatos de Dios no siempre son conformes á los deseos de sus ministros.

D. ENRIQ. Pero cuando estos deseos... Cuando sus consejos se dirigen al bien del pueblo...

ALFONSO. Entónces no los desatiende la Reina.

D. ENRIQ. ¡Ay, honrado Alfonso, y cuánto diera yo porque acertaras!

D. PEDRO. Cómo! será posible!...

D. ENRIQ. Sí, amigos, conviene apercibirnos para contrastar el descontento del pueblo. Ahora mismo acabo de hablar á la Reina, y...

ALFONSO. El pueblo tiene sus procuradores, y una vez reunidas las Córtes, su confianza sólo debe estar cifrada en ellos.

D. ENRIQ. Pues bien, esos mismos procuradores, esas mismas Córtes no tienen otro objeto que imponeros nuevos tributos.

ALFONSO. Todo lo daremos gustosos, si con ello hemos de comprar el exterminio de los traidores.

D. ENRIQ. Ya lo veis; festines y justas... De hoy más no habrá esquilmo en vuestras tierras que no sea diezmado; y ni áun los frutos de vuestro amor quedarán libres de la codicia de... No á otra cosa son llamadas las nuevas Córtes, que á imponer un pecho de doce maravedises sobre cada uno de los hijos que tuviereis, y de seis sobre cada una de las hijas (1). En

(1) »É la Reina, cuando supo cómo Don Enrique andaba haciendo este ayuntamiento en la tierra, tomó ende gran recelo que podria el pleito venir á otro esta-

vano he tratado de disuadir á la Reina. (*Murmullos.*) Pero no os altereis; miéntras yo respire, no me cansaré de defenderos.

ABAD. Sí, amigos, Don Enrique es el único campeon de Dios y del pueblo.

VOCES. Viva Don Enrique!

ALFONSO. Basta ya, impostores. Aún hay otros campeones que os quiten la máscara que os cubre: sí; yo desmiento en nombre del mismo Dios que infamais, del pueblo á quien quereis alucinar, yo desmiento una y mil veces sus calumnias. ¿Quién sois vosotros, que así os llamais intérpretes de Dios y defensores del pueblo? No otra cosa que unos excomulgados, que haceis de la fe un engaño y de la Religion una mercancía. Ni ¿quién os ha dado el derecho de defendernos? ¡á vosotros, cargados de privilegios, á vosotros, amamantados en la tiranía y nutridos con la sangre de los pueblos! Ea, callad; llega ya el desengaño. Compañeros, huyamos de sus venenosas lenguas: si no nos matan, nos desconciertan. Si dijeren verdad, no es este el sitio de escucharla;

do, é sobre esto ovo la Reina su acuerdo con el Arzobispo de Toledo y con los obispos que ay eran, y con Don Rodrigo, maestre de Calatrava, é con los otros maestres de las órdenes de las caballerías, que hiciesen Córtes en Valladolid, y que enviasen á los concejos que enviasen sus personeros de cada lugar; y que fuesen ayuntados el dia de San Juan, y esto hizo porque á una vez concordasen, y en concordia todos tomasen por Rey al Rey Don Fernando su hijo, y que para esto se partian estos ayuntamientos que hacian en toda la comarca. É cuando esto supo Don Enrique, quisiéralo partir con los de la tierra que non viniesen á las Córtes, y non pudo. É desque vió que los non podia partir, metióles miedo, é díjoles que él sabía por cierto que la Reina Dona María traía á Don Diego y á Don Juan Nuñez y á Don Nuño Gonzalez y á todos los otros ricos homes y á todos los maestres consigo, y que los queria echar muy grandes pechos, y que para esto los mandaba ayuntar; y señaladamente les queria echar un pecho demas los otros pechos; que les queria demandar que la mujer que pariese hijo, que pechase al Rey doce maravedís, y que la que pariese hija que pechase seis maravedís.» (*Crónica de Fernando IV*, cap. 1.°)

y si mentira, traidor es quien la pronuncia, infame quien la tolera: á nombre de la patria y del Rey, seguidme. (*Se va, y con él algunos.*)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. DON PEDRO. DON JUAN. EL ABAD. TUBAL *y algunos* CONJURADOS.

D. ENRIQ. Ve en buen hora, hombre imbécil, á quien la cuna priva de conocer la corte, á quien los años no han enseñado á vivir en ella: poco te queda que levantar aquí la voz.

D. PEDRO. Hablaste á María?

D. ENRIQ. Sí.

D. PEDRO. Cede á mis deseos?

D. ENRIQ. No.

D. JUAN. Ya yo lo sabia: ¡necio quien espera!...

D. PEDRO. Miserable de mí!

ABAD. Amigos, ya lo veis: no hay otro medio de conservar nuestro poder: por una parte una extranjera y un niño sujetos al influjo del pueblo; por otra un Rey poderoso, que sabrá enfrenar sus pretensiones, y que os colmará de riquezas. Ya he hablado á cada uno de vosotros en particular; decidíos ahora todos. (*Movimiento.*)

D. JUAN. Esperad; sólo una cosa falta.

D. ENRIQ. Y cuál es?

D. JUAN. Seguridad en tí.

D. ENRIQ. En mí? Desde la infancia cobarde fuiste.

D. JUAN. Y tú inconstante.

D. ENRIQ. Pues bien, si quereis una prueba... (*Va á sacar la corona.*)

TUBAL. (*Aparte á Don Enrique.*) Qué vais á hacer, señor?

D. JUAN. No me prometo yo más fidelidad de vos, que vuestro hermano obtuvo; pudierais vendernos.

D. PEDRO. Ay del que lo intente! Tema, tema la ira, la venganza de Pedro de Aragon.

D. ENRIQ. Ah, señor! por piedad; pueden oiros... Escuchad... (*Suenan clarines.*) Ya comienza el torneo; quizás sospechen... Vamos; en mi casa os espero al acabar el dia. Despues del festin... Vamos.

D. PEDRO. Vamos á vengarnos.

D. JUAN. (*Á Don Enrique.*) No sin estar asegurados de vos.

D. ENRIQ. Si es forzoso..., ántes que el sol se esconda, tal prenda pondré en vuestras manos, que ni yo propio pueda volverme atras, ni nadie desconfiar de mí, ni áun tú, tú mismo, Don Juan.

TODOS. Don Juan, El Rey!

ABAD. Sí, él es; á los que así le llamais, ya no os es dado retroceder.



ACTO TERCERO.

EL BANQUETE.

El teatro representa un salon del palacio de Don Enrique, donde se celebra el festin. Á la izquierda está la mesa, á la que se hallan sentados los caballeros; la Reina ocupa en ella el lugar principal, y tiene á la derecha á Don Diego de Haro, que lleva al pecho la banda azul ganada en el torneo; los demas, colocados como convenga mejor. En el centro del teatro, y algo distante, estará una galería por donde se ve el pueblo; á mano derecha hay una puerta que practicarán los criados que sirven á la mesa, así como Tubal, que dará á todos ellos sus órdenes.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA. DON ENRIQUE. DON JUAN. DON PEDRO. HARO. EL ARZOBISPO. DON NUÑO DE LARA. BENAVIDES. DON TELLO. EL ABAD. TUBAL. ALFONSO. SANCHO. FERNANDO. DAMAS. PRELADOS. CABALLEROS. SIRVIENTES. PUEBLO.

SANCHO. ¡Cuál despierta el apetito
Cuando en esas tazas bulle!
FERN. Sancho, aquel abad maldito
¡Qué buenas presas engulle!
SANCHO. No manda tal San Benito.
D. NUÑO. Muy diestro anduvo Aliatar
En aquel paso de adargas.

D. ENRIQ. Mas, en punto á cabalgar,
Pocos le pueden ganar
Á Don Gonzalo de Vargas.

D. PEDRO. No es mucho si en eso brilla;
Que es natural de Sevilla
Y nieto de Garci-Perez (1).

REINA. Y qué os pareció el Alférez?

HARO. No le hay más bravo en Castilla.
Fué mucha la gentileza
Con que del suelo cogió
Aquella primer cabeza.

D. PEDRO. Y aunque rodó buena pieza...

HARO. Fué porque el potro cayó.

D. NUÑO. Pero con todas pondria
Á bien mandada y resuelta,
Haro, vuestra yegua pia.

HARO. No tiene la Andalucía
Una jaca más revuelta.

ABAD. (*Tomando un plato.*)
Ni de más bellos matices.

FERN. (*Á Sancho.*)
Mira ¡qué par de perdices!

D. PEDRO. Á ella tan sola debió
Sus tres lances más felices
Don Diego de Haro.

HARO. Eso no;
Que aunque es humilde el jinete,
Llevar las riendas procura;
Y aunque es débil mozalvete,
No tanto, que no sujete
Su propia cabalgadura.

PUEBLO. Bien respondido! muy bien!

(1) Uno de los principales conquistadores de Sevilla.

D. PEDRO. (*Irritado.*)
No es buen jinete por cierto...
REINA. (*Interrumpiéndole.*)
Os gusta ese plato?
D. PEDRO. Quien...
REINA. Mudemos ya de cubierto.
TUBAL. Agua?
D. JUAN. (*Tomando la copa de Don Pedro.*)
Sí.
TUBAL. Vino?
D. JUAN. Tambien.
FERN. Aquel es.
SANCHO. Quién? el hebreo? (1)
FERN. Sí.
D. ENRIQ. Ni es duda permitida;
Que la palma del torneo
Fué por Haro merecida
Justamente.
D. PEDRO. (*Con ironía.*)
Ya lo veo.
D. NUÑO. El negarlo es villanía.
¿Quién vió mayores hazañas
Llevar á cabo en un dia?
¿Quién vió con más bizarría
Romper soberbio las cañas?
¿Quién con la indómita fiera
Se arrojó nunca más franco

(1) No es extraño que este personaje ocupase un lugar distinguido en la servidumbre de Don Enrique, y que al mismo tiempo no fuese exteriormente conocido por la Reina ni por otro alguno, pues que hasta las Córtes de Toro, celebradas por Enrique II en el año 1409, no se mandó que: «Otrosí en razon que anden sygnalados los dichos judíos, porque se conoscan entre los cristianos, es servicio de Dios é nuestro, é plácenos que anden sygnnalados de la sinal que Nos acordáremos é les diéremos que trayan.» (*Coleccion de Córtes de los reinos de Castilla y Leon publicada por la Academia de la Historia.*)

Á la rápida carrera?
¿Quién la saeta ligera
Clavó mejor en el blanco?
Trémulo del vientecillo
Se mueve en airon versátil
En vano el áurico anillo,
Como el azufre amarillo,
Y como su olor volátil;
Que Haro tiene la esperanza
De llevarlo por trofeo,
Si por ventura lo alcanza,
Y pone siempre la lanza
Donde pone su deseo.
¿Quién, de su edad maravilla,
Más robustos infanzones
Hizo botar de la silla?
¿Quién dió tal fama á Castilla
Como á sus propios blasones?

D. PEDRO. (*Mirando á la Reina.*)
Ménos que alguna desea;
Que no es bélica pelea
Ese mentiroso lance.

D. NUÑO. Fuiste, Gurrea, á su alcance.

HARO. Pero caiste, Gurrea.

D. PEDRO. (*Irritado.*)
Quizá...

REINA. (*Interrumpiéndole.*)
Si el voto me pides,
Quien me dió mayor contento
De todos los adalides
Fue el anciano Benavides;
Que es muy grande su ardimiento.

BENAV. Mayor es tu cortesía.

REINA. Y ¿á quién dió vueseñoría
El ramillete de flores
Ganado?
BENAV. Señora mia,
Á Doña Leonor de Ozores.
REINA. Bien hicisteis.
BENAV. Pobre halago
Es el de un viejo.
REINA. Ella es fina,
Y estimar debe...
BENAV. Es sobrina
Del Maestre de Santiago (1),
Mi amigo.
REINA. Y muy peregrina.
Y ¿á quién su triunfo brindó
Don Fadrique de Guzmán?
D. ENRIQ. Hanme dicho que lo dió
Á Blanca de Montalban.
REINA. Y yo os digo que acertó;
Que es Blanca discreta y bella,
Y el conseguir por mujer
Á tan apuesta doncella
Consiste mucho en saber
Rendirse para vencella.
D. PEDRO. Y áun por eso un infanzon
Que yo conozco, pardiez!
Guarda para esa ocasion
El envidiado liston
Que ha conseguido esta vez.
HARO. Si hablais conmigo, advertid
Que á nadie rindo mi fama;
Porque no tengo yo dama

(1) Lo era en aquel tiempo Don Juan Ozores.

Ninguna en Valladolid
Que pueda decir me ama.
No hay en la villa balcon
Donde yo pueda colgar
Mi no vencido pendon,
Y á su sombra contemplar
La bella del corazon.
Á quien sin amor se ve.
El triunfar es cosa vana!
Si una sortija gané,
¿En qué mano hoy la pondré
Que pueda estrechar mañana?
Y si el liston que adquirí
Se ve en un pecho prendido,
No podré decir: «allí,
Bajo esa cinta escondido
Late un corazon por mí,»

D. PEDRO. (*Con reconcentrado furor.*)
Bien vuestra pasion celais,
Don Diego, disimulado;
Y si es verdad lo que hablais,
Y sois como aparentais,
Cierto que sois desgraciado.
Compasion, amigo, os tengo.
No amais á dama ninguna?
Ya; no la habrá de tal cuna
Y de tan claro abolengo,
Que merezca esa fortuna.
Pues yo os buscara, señor,
Y de alcurnia bien subida,
Una tal vez que, embebida
En ese vano favor,
Su propia ventura olvida.

HARO. Cuidado con el decir;
Que os cueste caro quizá.
D. PEDRO. Cabalgar no es combatir.
HARO. Ni escarnecer es reir.
D. PEDRO. No rio.
HARO. No?
REIÑA. (*Interrumpiendo.*)
Baste ya,
Y de otra cosa tratemos,
Que harto en esa discurrimos;
Y si de ella no salimos,
De coro la aprenderemos.
HARO. Perdonad si os ofendimos.
REINA. (*Á Don Enrique.*)
Y pues quiere darme gusto,
Enrique, vuestra bondad
Con cánticos de lealtad,
Escucharlos será justo.
D. ENRIQ. Como gusteis.
(*Á los músicos.*)
Empezad.

CANTA EL CORO. *Cantemos al bravo*
Valiente adalid,
Que en pro de las bellas
No teme morir.

UNO. ¡Cuán dulce, cuán santo,
Tras noble querella
De mano tan bella
La palma tomar!
¿Qué ofrece entre tanto
El vil parricida?

La sangre vertida
Con hierros premiar.

CORO. *Cantemos, etc.*

REINA. Agrádame esa cancion;
Que es la letra muy sentida
Y penetra el corazon.
SANCHO. Mal hace quien da la vida
Por un tirano follon.

CANTA UNA. En pro de tiranos
¡Oh mengua, oh desdoro!
De sangre y de lloro
Asaz se vertió.
Dejad, mis hermanos,
Dejad la cuchilla;
Que reina en Castilla
Un ángel de Dios.

CORO. *Cantemos, etc.*

TUBAL. (*Aparte, presentando á Don Enrique una copa de oro.*)
Este es, Infante, el licor.
D. ENRIQ. Basta, amigos, descansad:
Cantásteis con gran primor.
Idos afuera, y brindad
Porque Dios nos dé favor.
(*Se van los músicos por la derecha. Don Enrique se pone en pié.*)
Reina, tal honra me haceis
Siendo mi huéspeda vos,

Que os daria cuanto veis,
Y, si me lo diera Dios,
Áun el trono que teneis.
Mas no pudiendo decir
Cuál es mi agradecimiento,
Señora, os quiero pedir
Que os digneis de recibir
Este corto ofrecimiento.
(*Le presenta la copa.*)

REINA. Sois, Enrique, tan galan
Como fiel.

D. ENRIQ. Don muy escaso...
(*Turbado se sienta.*)

REINA. Qué pensais?

D. ENRIQ. En el afan
Que me costara ese vaso
Allá en tierra de Milan (1).

REINA. De tan léjos ha venido?
Es peregrina esta alhaja!
Y única?

TUBAL. El Papa ha querido
Otra sola que han fundido.

REINA. Eso su valor no baja.

D. ENRIQ. Yo me huelgo de perdella
Viendo que adornos mayores
Le va á dar tu boca bella,
Y en pos los embajadores
Brindar por la paz en ella.

D. JUAN Y D. PEDRO. Nosotros?

REINA. El rehusar

(1) Ya hemos dicho en la nota 2.ª, pág. 383, que Don Enrique estuvo preso en Italia.

Fuera negra ingratitud,
Y á antigua usanza faltar (1).
Así la admito, y brindar
(*La toma.*)
Quiero por vuestra salud.
(*Á Don Enrique.—Va á beber y se detiene.*)
Una duda se me ofrece,
Y remediarla quisiera.

D. ENRIQ. Qué?

REINA. Decidme: ¿no os parece
Que en platos de Talavera
Esta joya desmerece?
Así mejor vendrá á ser,
Cuando la hayan apurado,
Subastalla, y atender
Á la urgencia del Estado,
Si no os da enojo.

D. ENRIQ. Placer
Me dais sólo.

SANCHO. Qué largueza!

ABAD. Viva la Reina!

REINA. (*Al Abad.*)
Veamos.
¿Cuánto dá vuestra grandeza
Por la joya de que hablamos?

ABAD. Es muy corta mi riqueza,
Y con los años postreros
Están mis pueblos desnudos,
Y sin trigo mis graneros;
Mas con todo ha de ofreceros
Mi fe quinientos escudos.

(1) Esta costumbre de regalar una copa preciosa á sus huéspedes se ve practicada desde los tiempos fabulosos.

D. NUÑO. Yo ofrezco diez mil mercales (1)
En vitualla y bastimentos.
D. ENRIQ. Y yo ofrezco mil talentos (1)
Poner en las arcas reales.
BENAVID. Yo pondré mil y doscientos.
D. NUÑO. Y yo pujo mil cornados (1).
ARZOB. Y yo ofrezco hasta dos mil,
Áun cuando están saqueados
Mis templos y profanados
Por la discordia civil;

(1) En una eruditísima Memoria que *sobre el valor de las monedas del Espéculo, Leyes de Partida y Fuero Real*, presentó á la Real Academia de la Historia el señor Don Vicente Argüello, se demuestra cumplidamente que, segun advertencia hecha en 1503 á los contadores de relaciones para recibir en las reales tesorerías las dichas *doblas* antiguas, estas tienen el mismo valor, peso y ley que el maravedí de oro de Don Alfonso X. Siendo, pues, cierto que este maravedí de oro era de ley de 33 y 3|4, de los cuales se sacaban del marco 50 maravedís, su valor respecto de nuestras monedas seria de 60 reales 13 maravedís.

Escudo y talento.

Segun Don Alonso Diaz de Montalvo en los Comentarios al Fuero Real, estas dos monedas fueron iguales entre sí, y tambien á la llamada maravedí de oro chico, cuyo valor era poco más de media dobla, y con respecto á las actuales monedas es de 32 reales 6 1|2 maravedís.

Mercal.

El mercal, moneda así llamada porque era la más usual en los mercados, segun el Fuero, «face 32 pepiones, que son 64 meajas;» y si cada ocho de estas meajas valen un sueldo burgales, claro está que el mercal tendrá ocho sueldos burgaleses, y si se necesitan doce de estos para componer un sueldo bueno, y si cada uno de estos buenos equivale á una peseta de la actual moneda, claro es que un mercal valdrá cerca de 3 reales de la actual moneda.

Moneda nueva.

Sabido es que Don Alfonso X alteró la moneda mandando construir la nueva de burgaleses en vez de la antigua de pepiones, y que Sancho el Bravo cuando se alzó contra su padre la alteró tambien, suprimiendo los maravedises blancos ó de la guerra.

Cornados.

El cornado ó coronado, llamado así porque tenia grabada una corona, vale diez meajas: era de cobre, aunque tenía algo de plata, y en mi juicio, si se ha de calcular por la valuacion del mercal, podria el cornado valer un real poco más ó ménos.

Pero saldré á demandallo
Por las calles y las plazas
Á fuer de vuestro vasallo,
Y ¡ pése á infernales trazas,
Presumo que he de juntallo!
Que no habemos menester
Los ministros del altar
Vana muestra de poder;
Nos basta para triunfar
Solamente el padecer.
Y en el ejemplo me fundo
De aquel pobre pescador,
Que sin oro y sin terror
Clavó en el trono del mundo
La insignia del Redentor.

TUBAL. (*Aparte á Don Enrique.*)
Dad más.

D. ENRIQ. (*Aparte á Tubal.*)
Pueden presumir...

TUBAL. (*Aparte á Don Enrique.*)
Nada importa, si lo prueba.

HARO. Yo ofrezco en moneda nueva
Con mil doblas contribuir,
Por beber en donde beba...

REINA. (*Interrumpiéndole.*)
Si acaso aumenta el valor
El que haya yo de beber,
Vuestra la copa va á ser.

SANCHO. (*Á Alfonso.*)
Sal tú.

REINA. No hay mejor postor?
Bebo pues.
(*Va á beber.*)

ALFONSO. (*Sale precipitado de entre el pueblo.*)
Si un mercader
Puede aquí poner su tanto,
Yo por tan preciosa prenda
Tres mil doblas adelanto,
Y de arruinar no me espanto
En honra vuestra mi hacienda;
Que aún hay dentro de esta casa
Gente de tan buena ley...

PUEBLO. Bravo!

ALFONSO. Que le pondrá tasa,
Para servir á su Rey,
Al moreno pan que amasa.

REINA. Ya lo veis: más beneficio
Que Alfonso, nadie me ofrece;
Y por tan noble servicio
Mayor gratitud merece
Si le cuesta un sacrificio.
(*Á Alfonso.*)
La copa luégo tomad
En acto de posesion;
Que el premiar vuestra lealtad,
Á más de mi obligacion
Es tambien mi voluntad.
Y esta union celebrar quiero
Del pueblo con la corona,
Y que por ella primero
Brindeis vos que mi persona.
(*Le da la copa.*)

ALFONSO. Yo que ni soy caballero?...

REINA. Justo es en vos preceder
Á aquellos que aventajais.

D. ENRIQ. (*Á Alfonso.*)

Tranquilo podeis beber.

D. PEDRO. (*Á la Reina.*)
Si vos se lo tolerais,
(*Con desprecio.*)
Nadie se puede correr.

ALFONSO. Para humildes cortesanos
Guardad ese cumplimiento;
Que no quieren los villanos
Ni el vino del Sacramento
Si viene de vuestras manos.
Compré por razon sencilla
La copa, no lo que encierra,
Para que sepa Castilla
Que á ningun noble se humilla
Un tejedor de mi tierra;
Porque sepa el Pretendiente
Que producirá más oro
Un hilo de la Regente,
Que puede darle el tesoro
De su fanática gente;
Y porque, en fin, si engañar
Quiere al pueblo algun traidor,
Sepa que la puede errar
Y se expone á derramar
Su sangre como el licor.
(*Lo vierte, y da á Sancho la copa.*)

PUEBLO. Bien hecho!

TUBAL. (*Aparte.*)
Nos ha perdido.

D. ENRIQ. (*Aparte.*)
Ya vence Don Juan.

REINA. (*Á Alfonso.*)
¡Pardiez,

Que admiro vuestra honradez!
(*Á Don Enrique yéndose.*)
Queda mi amor complacido
En vuestra casa esta vez.

D. ENRIQ. Señora...

REINA. En sus miradores
Á ver el mayo he de ir
Del gremio de curtidores;
Que habiendo aquí tantas flores,
Inútil es el salir.

(*Vase la Reina por la derecha, servida por Alfonso; con ella todos los Grandes y acompañamiento, ménos el Pueblo, que se retira por la galería.*)

ESCENA II.

DON PEDRO. HARO.

SANCHO. (*Saliendo con la copa.*)
La victoria por el pueblo.

VOCES. Al mayo! al mayo! á la plaza!

D. PEDRO. Don Diego!...

HARO. Quién me ha llamado?

D. PEDRO. Yo.

HARO. Qué me quieres?

D. PEDRO. Aguarda.

HARO. Es necesario?

D. PEDRO. Es urgente.

HARO. Pues di presto.

D. PEDRO. En dos palabras;
Que no quiero por más tiempo
Separarte de tu amada,
Cid novel.

HARO. Tales insultos,
Cuando en mí sólo recaigan,
Sufriré por obediencia
Á la Reina; mas si agravian
Á María, he de probarte
Dónde mi lealtad alcanza.
D. PEDRO. Ni esas lecciones admito,
Ni esos brios me acobardan.
HARO. Tanto peor.
D. PEDRO. En la mesa
Me ha ofendido tu arrogancia.
HARO. Y tu desenfado á mí.
D. PEDRO. Presto se ofende quien ama.
HARO. ¿Y á quién, di, se dirigian,
Cuando de ese amor hablabas,
Tu descompuesto ademan,
Tus arrogantes miradas?
Sabes que hay una belleza,
Tan pura como la llama,
Que al que gira en torno suyo
Del pensamiento en las alas,
Clemente abriga y alumbra
Con divina luz; mas ¡guarda!;
Que al que orgulloso se acerca
Con su viva lumbre mata.
D. PEDRO. Ea pues, vanos discursos
Callen ya y hablen las armas;
Que si tu valor estimo,
Tu locuacidad me cansa.
HARO. Desgraciado! En vano intento
Resguardarte de mi espada;
Que cuanto más la retiro,
Más en tu pecho la clavas.

Quédate á Dios.
(*Queriéndose ir.*)

D. PEDRO. Agradezco
Esa compasion cristiana,
Y otro lance buscar debes,
Don Diego, para emplearla;
Que ora valor necesitas.

HARO. Á los Haros nunca falta.

D. PEDRO. ¿Tan ciego, señor, te ha puesto
Esa cinta mal ganada?...

HARO. ¡Mal?

D. PEDRO. Que ya juzgas con ella
Cubierto el pecho á las lanzas!
Ó, confundiendo por dicha
El torneo y la batalla,
Piensas manejar el hierro
Como manejas las cañas?
Pues bien, sal pronto.

HARO. Gurrea...

D. PEDRO. Esa es tal vez tu desgracia.
Allá en mentirosos juegos,
De ménos valor que maña,
Vencistes á un hidalguillo,
Á un Gurrea; mas te falta
Lidiar con un...

HARO. Con quién dices?

D. PEDRO. Con un... rival que te aguarda.

HARO. Tú mi rival!

D. PEDRO. Sí, Don Diego.

HARO. Tú mi rival! Ah! qué infamia!
Porque forzado me ves
Á poner mi esfuerzo á raya...
¿Tú mi rival! Y con quién?

Dilo presto.

D. PEDRO. Con tu dama.

HARO. No la tengo.

D. PEDRO. En eso mientes.

HARO. Yo mentir!

D. PEDRO. Sí; tú.

HARO. Ya basta.

Ven á sufrir tu castigo.

(Se va á ir con la mano en la espada.)

D. PEDRO. *(Siguiéndole.)*

De tu lengua?

HARO. *(Volviéndose.)*

De mi espada.

(Riñen.)

ESCENA III.

DICHOS. DON ENRIQUE.

D. PEDRO. Ay de ti!

HARO. Defiendeté.

D. ENRIQ. *(Interponiéndose.)*

Qué es aquesto?

D. PEDRO. Viejo, aparta.

D. ENRIQ. Teneos.

HARO. Guarda tu vida.

D. ENRIQ. *(Gritando.)*

Hola!: entrad.

HARO. *(Dejando de reñir.)*

Ya basta.

D. PEDRO. Basta;

Que no quiero hacer estéril

(Mirando á Don Enrique.)

Por un cobarde mi rabia.
D. ENRIQ. Y ¿cómo, señor, te arrojas
Á empresa tan temeraria,
Miéntras el pié de la Reina
Hace inmune mi morada? (1)
D. PEDRO. Allí donde está el agravio
Está tambien la venganza.
HARO. Vamos luégo, y á la Reina
Pidámosla campo (2).
(Da algunos pasos.)
D. ENRIQ. Aguarda;
Que es embajador Gurrea,
Y hasta que dé su embajada
Guarda la ley su persona,
Y condena á quien le ataca (3)
HARO. No me importa.
D. PEDRO. Estás resuelto?
HARO. Á lidiar.
D. PEDRO. Con cuáles armas?
HARO. Con todas.

(1) Sabido es que los templos, palacios y casas en que se hallaban los Reyes, eran antiguamente y áun ahora lugares en donde no se podia prender á los reos, ni usar de las armas, sin cometer un delito *lesæ majestatis*.

(2) Fuero de Don Alonso X. lib. 4.°, tít. 15, ley 6.°—«Qui quier que á otro reptar quisier, débel reptar en esta guisa: fágalo llamar ante el Rey: diga el fecho porque él riepta, et diga que es por ende alevoso, é que ge lo fará decir ó quel matará, et torná fuera del plazo, é si ge lo quisiere probar por testigos, ó por carta, ó por pesquisa del Rey, dígagelo: et el reptado diga que miente, et sil quisiere combatir, dígagelo, et si non quisiere combatir, diga que fará cuanto el Rey mandare.»—LEY 8.°—«Pues que el reptado desmintiere, en su poder es de combatir sobrel riepto ó non, ca el Rey non ha de mandar lidiar por riepto; mas cuando amas las partes sean avenidas en la lid, el Rey les debe poner dia, é darles plazo en que lidien.»

(3) «Si fidalgo á otro fidalgo quiere reptar magüer que no lo haya desafiado ántes, non es por ende alevoso; pero si ge lo ficiere en tregua, es por ende alevoso.» (Id. ley 3.°)

D. PEDRO. Pues no es posible
Tomar pública venganza...
HARO. Sea cierta.
D. PEDRO. Elige sitio,
Y hora desacostumbrada,
Donde quede desmentida
Ó la tuya ó mi arrogancia.
HARO. Cuando quieras.
D. PEDRO. Dilo tú.
HARO. Al comenzar la velada (1)
De San Juan.
D. PEDRO. Dónde?
HARO. En la puerta
Del convento de Bernardas,
Que llaman las Huelgas.
D. ENRIQ. Pero...
HARO. Ten el padrino.
D. ENRIQ. Mejor
Fuera...
HARO. Qué?
D. ENRIQ. Pudieran...
D. PEDRO. Calla.
Gente viene.
HARO. (*Dándole la mano.*)
Hasta las doce.

(1) «Convocó Córtes en Valladolid para San Juan, mirando no sólo á que todos jurasen el homenaje de su hijo, sino á cortar los bullicios que el Infante Don Enrique movia en los concejos. Este procuró impedir aquel Congreso, y ya que no lo pudo conseguir, tiró á malquistar á la Reina con los pueblos, sembrando voces falsas de impuestos intolerables, que llegaron á echar tales raices, que los hizo venir armados y con más número de gente que la acostumbrada.» (Florez, *Reinas Católicas*, tomo 2.°)

Esto explica suficientemente los motivos que he tenido para suponer en este dia la accion del drama: en cuanto á la velada, es una costumbre que ha llegado hasta nosotros, y que por lo generalizada que se halla, no necesita de explicacion.

D. PEDRO. Hasta las doce.

HARO. Sin falta.

(*Vase.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO. DON ENRIQUE. DON JUAN. EL ABAD.

D. ENRIQ. (*Á Don Juan.*) Ya lo oisteis, señor. Funesta eleccion!

D. PEDRO. Funesta..., y por qué?

D. ENRIQ. Á esa hora precisamente nuestros amigos...

D. JUAN. Ah, siempre tu imprudencia, tu arrebatado génio! ¡ Mal haya quien se fia de...

D. PEDRO. De cobardes tal vez: tu valor tiene á ménos el ir asociado al mio.

D. JUAN. Tu temeridad malogrará las mejores empresas.

ABAD. Y las más justas. Dios tiende la mano al humilde y confunde al temerario; la prudencia es su divina luz: con ella triunfa quizá el mediano entendimiento, y si se arroja vanamente el aventajado, casi en todas ocasiones sucumbe.

D. ENRIQ. Ni es bien visto tomarse la justicia por su mano. Ella viene de Dios... y... Dios dijo...: Yo juzgaré á los justos; no es esto? (*El Abad hace un signo afirmativo.*)

D. PEDRO. Dejadme que me admire. Me encontrais con la espada en la mano para castigar á un libertino, y viene á predicarme valor un Don Juan, y religion... Dios mio! religion, quién? Un excomulgado.

D. ENRIQ. Don Pedro, yo no creí...

D. PEDRO. Ah! no. Bien sé que estas palabras en vuestra boca varían de sentido. Decir mi religion en vosotros no

es sino decir mi partido. Mi Dios en vuestros labios no significa otra cosa más que...

ABAD. Ea, pues, dejemos inútiles diferencias. Unámonos, amigos, para vencer. Dios es con nosotros; pues seamos todos con él, sólo con él, y nada más que con él.

D. JUAN. Veneremos su nombre.

D. PEDRO. Sí; explotémosle.

ABAD. Á vos, Don Enrique, el grave cargo y honroso se os ha confiado de salvar al pueblo, y porque á tan importante servicio correspondiera una fianza proporcionada, se os exigió tal prenda, cual ha de ser despues vuestro galardon.

D. ENRIQ. Es cierto.

D. PEDRO. Y la teneis?

D. ENRIQ. Os la traia en este mismo momento: vedla. (*Saca la corona que la Reina le dió en el segundo acto.— Don Pedro la toma.*) Ah! ¡cuánto me costó sustraerla del aposento del mismo Rey!; y áun ahora ¡cuánta vergüenza... Esa prenda, que es un delito en mí, y delito villano, de lesa majestad, repugnante, os asegura...

D. JUAN. Qué?

D. ENRIQ. Que ántes de amanecer, así pondré en vuestras manos al niño Rey, como ahora esa joya, que no ha mucho adornaba las sienes de su propia madre.

D. JUAN. En el templo.

D. ENRIQ. Sí, yo iré, y con Don Pedro al frente entrarémos en palacio por la comunicacion secreta del convento.

D. PEDRO. Y yo veré llorar á mis piés á quien no he podido rendir á mis ruegos.

ABAD. Y Dios tendrá un ángel más apénas amanezca el dia

del glorioso precursor.

D. PEDRO. Pero ¿y mi duelo?

D. JUAN. Dejadlo á mi cuidado. Haro no os disputará la dama mañana al amanecer.

D. PEDRO. Y cómo?...

D. JUAN. Porque ya no habrá ídolo ni adorador.

D. PEDRO. Cobarde, anda tú á meditar los planes para derribar bajamente á tus enemigos; déjame á mí derrocar con gloria á mis rivales.

D. JUAN. Presto me estareis agradecido. Adios. (*Se van.*)

ESCENA V.

DON ENRIQUE. DON PEDRO.

D. PEDRO. Sí, amigo, la idea sola de ver á esa mujer humillada, sin esperanza, sin auxilio humano, me deleita el alma. Ah! ¡qué gozo, contemplarla ante mí, besando mis manos manchadas aún con la sangre de mi rival!

D. ENRIQ. ¿Y no fuera mejor... Moderaos, señor... No fuera más prudente hablarla?

D. PEDRO. Quién? yo! Nunca.

D. ENRIQ. Por qué no? Tal vez consigue el amante más lerdo lo que el más hábil protector... Ella viene.

D. PEDRO. Ah! yo humillarme! Miradla: ¡qué altanera... y qué bella!

D. ENRIQ. Sí: la ocasion es propicia; tal vez se resiste con facilidad á un viejo indiferente, pero no á un jóven enamorado.

D. PEDRO. (*Queriéndose ir.*)
Adios.

D. ENRIQ. (*Deteniéndole.*)

Quedaos pues. Ya llega.
(*Vase.*)

ESCENA VI.

LA REINA. DON PEDRO. ALFONSO.

REINA. (*Á Alfonso.*)
Más gozo que en magníficos banquetes
En esa fiesta popular, sencilla.
Gurrea! vos aquí? ¿tan solo y triste
En medio de la pública alegría!
Os aqueja algun mal? decidlo presto,
Decidlo sin temor. La única dicha
Que del esclavo, que monarca llaman,
El perdurable afan quizá mitiga,
Es el poder tal vez de sus hermanos
Enjugar una lágrima.

D. PEDRO. Las mias
No han corrido jamás. Miradme, oh Reina!
Soy feliz, muy feliz.

ALFONSO. Quizá medita
Algun arcano grave.

D. PEDRO. Tú lo dices.

REINA. Sin duda su mensaje...

D. PEDRO. No.

REINA. Justicia
Será dejarle, pues el mal es suyo,
Y suyo su remedio.

D. PEDRO. Y de vos misma.

REINA. Hablad.

D. PEDRO. Mas de vos sola...
(*La Reina hace una seña á Alfonso, que se retira.*)

ESCENA VII.

LA REINA. DON PEDRO.

REINA. Hablad, Gurrea.
D. PEDRO. Pues bien, ya que tú propia me concitas
Á rasgar este velo, que yo nunca
Osara penetrar, ¿sabes por dicha
Que pende en este punto de mis labios
La paz y la ventura de Castilla?
REINA. Gurrea, qué pronuncias!
D. PEDRO. Y tu amado
Pueblo leal y el hijo de tu vida...
REINA. Acaba por piedad...
D. PEDRO. Todos, señora,
Tu fallo aguardan; pero débil, tibia
Debe ser su esperanza.
REINA. ¿Qué misterio!...
D. PEDRO. Hablaste á Don Enrique?
REINA. Sí.
D. PEDRO. Medita
Sus palabras de union, único medio...
REINA. ¿Es por ventura la coyunda indigna
De Pedro de Aragon?
D. PEDRO. Si; su cariño
Puede salvarte, y á tu reino.
REINA. Impía
Sed de matanza y destruccion y sangre
Siente en su pecho; la sangrienta liza
Es su solo placer: hircana tigre
No es tan feróz.
D. PEDRO. Á tigres esclavizan

Las cadenas de amor emponzoñadas.

REINA. No las conoce.

D. PEDRO. Empero se gloría
De no haber encontrado á sus deseos
Barrera fuerte, ni capaz medida.

REINA. Es verdad que plebeyas hermosuras
Con lágrimas amargas y tardías,
No de su amor, de su apetito infame
Víctimas infelices se lastiman.
Estos sus timbres son; mas no igualmente
Se vence á una matrona de Castilla.

D. PEDRO. Y bien, si ese mismo hombre, si ese monstruo
Que al amor insensible te imaginas,
Y que quizá lo ha sido, agora amante,
Tierno, rendido, de la ajena dicha
Celoso por demas, aquí á tus plantas
Te dijera yo te amo..., qué dirias?

REINA. Bien abogas, Gurrea, por tu Infante;
Tu ardiente celo y tu lealtad me admiran.
Qué le diria yo? Que no le temo,
Aunque estimo su bélica pericia;
Que un acero indomable como el suyo
De tener en mi ayuda me holgaria;
Pero que no he de dar por una espada
La libertad y el trono de Castilla.

D. PEDRO. Ni mucho ménos tu cordial ventura,
Tu gozo, tu placer...

REINA. Sí, sólo estriba
Mi mayor bien en la quietud del alma.

D. PEDRO. La quietud! Y do está, do está escondida?
Quién la conoce, quién? Tú sola, oh Reina!
¡Feliz quien puede en la suprema silla
Descuidada dormir! ¡Feliz quien sueña,

Y sobre el pecho la diadema inclina
Y el corazon, del peso comprimido,
No siente palpitar!

REINA. Calla! ¿Es María
La que tamaña acusacion merece?
Y de quién? santo Dios! Mira teñida
Aún de sangre tu diestra: tú no ha mucho
Por ansia de ese cetro combatias;
Y en tanto yo, cansada de llevarlo,
Lo miraba con tedio. Cuantas dichas
Á los ojos del vulgo encierra el trono,
Entónces, ahora mismo trocaria
Por un hogar tranquilo. ¡Quién me diera
Ver en los verdes campos de Molina
Las aguas serpear del riachuelo
Que arrulló mi niñez! Dichosa orilla,
Yo te saludo en vano. ¡Quién me diese
Tejer la planta que frondosa crias
Con esta mano que las duras riendas
Del áspero gobierno así lastiman!
¡Quién pudiera mirar desde tu márgen
Blanco rebaño en la feraz campiña
Alegre retozar! ¡Feliz sin duda
Mil veces más que yo la pastorcilla
Que allí lo guarda! Sí; nunca entre todos
Hallarán un ingrato sus caricias.

D. PEDRO. Yo lo soy, es verdad; perdona.

REINA. Ingrato!

D. PEDRO. Bien sé que debo á tu piedad la vida;
Pero ay! dame la paz que me robaste,
Y arrójame á la plebe.

REINA. Tú deliras.

D. PEDRO. Sí, yo deliro; mas de amor, ay triste!

De amor que á tu pesar tú propia incitas,
Que en vano bajo el velo se disfraza
De pura gratitud. No la codicia
De un débil trono el corazon deslumbra
De Pedro de Aragon, no. Si por dicha
Le desprecias cual yo; si hace un momento
No me engañabas, ven, ven: otro clima
Nos oculte á los dos; una cabaña
Puedo ofrecerte, aquella donde habita
Mi pechero más pobre; yo le cedo
En cambio mis dominios: ven, María.
Allí só la espesura de los robles
No penetra del sol la llama activa;
Tus ojos sólo inflamarán mi sangre.
Allí tal vez de la encantada sima
Se ven surgir soberbios borbotones
Que gimiendo Mandrágora vomita (1)
Y fuente siempre seca y despreciada
Revienta al fin y el campo esteriliza,
Y á Rivagorza inunda. Así mi pecho
Cerrado siempre á la pasion mezquina
Del femenil amor, agora rompe
Y en torrente por ti se precipita.
Ven... Pero tiemblas...; con tu mano helada
Cubres tu frente pálida, marchita...
Qué! buscas la corona?

REINA. Yo detesto
Más que tú su explendor.

(1) Fuente situada cerca de Benabarre, pueblo de Aragon, y capital del antiguo condado de Rivagorza, la cual nunca lleva agua fuera de las avenidas que suelen ocurrir en tiempos indeterminados, y entónces da primero terribles bramidos por su boca vertical, y despues arroja tanta agua á borbotones, que inunda los valles y destruye las semillas. (Miñano, arts. de estos nombres.)

D. PEDRO. Y serás mia?

REINA. Jamás. Qué osas decir? ¿Dónde te arrastra
Tu insensata pasion? ¿Acaso olvidas
Que te escucha la madre de Fernando,
Que en mí su vida y su diadema estriba?
Y en mí tambien el castellano pueblo
Sus libertades y venturas fia.
Si deberes tan santos olvidase,
Si sucumbiese yo, no fuera digna
De tu amor ni tu nombre, y despreciada
De mi esposo, del mundo, de mí misma,
Muriera de dolor. Por piedad huye;
Otra belleza el holocausto admita
Que es sacrílego en mí, y en los altares
El cielo vuestra union grato bendiga.

D. PEDRO. Y ¿que yo te conceda igual fortuna
Con un rival quizás!

REINA. Ah! Qué osadía!
Basta; que ya no puedo por más tiempo
Sufrir juntas la audacia y la mentira.

D. PEDRO. Pues bien, si ni el temor ni la esperanza
Pueden mover esa alma empedernida,
Incapaz del amor; si ningun hombre
Más felice que yo la tiraniza;
Si un niño para colmo de mi agravio
Es mi solo rival, oye, María.
Estos audaces labios que desprecias,
Pueden de un soplo terminar su vida.

REINA. Está en manos de un pueblo que le adora.

D. PEDRO. Y en las mias tambien.

REINA. La prueba.

D. PEDRO. (*Sacando la corona.*)
Mira.

Quien me entregó esta prenda de Fernando,
Ha de entregarme su cabeza misma.

REINA. *(Dirigiéndose afuera.)*
Hijo mio!... Traidor!

D. PEDRO. *(Dejando la corona sobre la mesa.)*
Piensa y responde
Ántes de un hora á la demanda mia.
Luégo, será ya tarde. Ni medites
Precauciones que inútiles serian.
El triunfo es mio ya: de tus prisiones
Libre estoy como el aire que respiran
Mis labios.

REINA. Ay de mí,
(Se sienta.)

D. PEDRO. Ya lo has oido.
Pueden de un soplo terminar su vida. *(Vase.)*

ESCENA VIII.

LA REINA, *sola, sentada junto á la mesa.*

¡Prenda vil, agora y ántes,
Y siempre cebo á pasiones
Cuando ostenta más traiciones
Que esmeraldas y diamantes,
Y en vanos y en ignorantes
Temor ó envidia despierta!
(Se oyen pasos.)
Sí, corona, cosa es cierta,
Y si has de ser respetada,
Siendo fatal y anhelada,
Debes estar encubierta.
(La cubre con el mantel.)

ESCENA IX.

LA REINA. ALFONSO. DON ENRIQUE.

ALFONSO. Señora...

REINA. Llega, amigo. (*Viendo venir á Don Enrique.*) Don Enrique, en buen hora vengais.

ALFONSO. Decid, ¿qué turbacion...

D. ENRIQ. Lo demudado que salió Gurrea...

REINA. (*Con noble ironía.*) Sí, Gurrea!

D. ENRIQ. Vuestra acalorada conversacion casi se ha oido en todas partes.

ALFONSO. Por ventura os ha hecho la menor ofensa? Hablad, señora, y más rápido que vuestras palabras será el castigo de los atrevidos.

D. ENRIQ. (*Con intencion.*) No, no es posible que haya osado..: ¿Sus deseos os han afligido?

REINA. Por el contrario, amigo; pocos, áun entre aquellos que se precian de más leales, pudieran haberme hecho un favor más singular.

ALFONSO. Eso decís?

REINA. Y tal, que de él pende la salvacion del trono y de la patria.

D. ENRIQ. Será cierto? Explicáos.

REINA. Un secreto...

D. ENRIQ. Un secreto! (*Aparte.*) Oh placer!

REINA. Mas no tan grande que haya menester ocultarlo á mis mejores súbditos.

ALFONSO. Hablad por piedad.

D. ENRIQ. El amor que os profeso, mi socilitud por vuestra dicha...

REINA. Lo creo. Una conjuracion...

D. ENRIQ. Una conjuracion... Mas dónde?

REINA. Cerca, muy cerca de aquí.

D. ENRIQ. Cómo?

REINA. Peligra la vida del Rey.

ALFONSO. Y quién?...

REINA. Uno de mis más íntimos allegados sin duda...

D. ENRIQ. Pero ¿qué pruebas...

REINA. Irrecusables.

D. ENRIQ. Quizá engañosas. Fuera mejor examinarlas.

ALFONSO. No; á nosotros toca sólo el combatirlas. Habló la Reina; basta, Infante. Y quereis pruebas? Yo por mi parte me apresuro á darlas de mi lealtad, y tales y tan grandes, señora, que no podais dudar un solo punto. Quédese en buen hora aquí en este hervor de intrigas cobardes quien pretenda el lucrativo cargo de verdugo de la patria; pero yo, que ansío solo ser víctima con ella, corro al campo. Pocos amigos tengo, oh Reina; pero ellos todos, siguiéndome á la lid, escribirán con su sangre su fidelidad en el lienzo de las tiendas enemigas, miéntras otros en los palacios de los príncipes tratan de borrar con la ajena sus propias maldades. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON ENRIQUE. LA REINA.

REINA. Ya lo veis; dejo alejarse de mí á mi más ardiente defensor, y no es ciertamente porque ignore cuál sea el culpable.

D. ENRIQ. Decidlo.

REINA. Vos.

D. ENRIQ. Pero ¿quién me acusa?

REINA. (*Descubriendo la corona.*) Mirad. Qué decís?

D. ENRIQ. Pienso, señora, que quizá con el mismo precio con que queremos comprar nuestra fama mercamos nuestra deshonra.

REINA. Luego confesais?...

D. ENRIQ. Y por qué no?

REINA. ¿Vos habeis dado esta prenda á Don Pedro de Aragon?

D. ENRIQ. Ciertamente; y tambien al Infante Don Juan.

REINA. Luego él está aquí? Y vos por acreditar vuestra lealtad...

D. ENRIQ. Sí, mi lealtad á vos y á vuestro hijo. Miéntras otros se cansan en vanas declamaciones, yo adquiero por esta alhaja la posesion de un secreto, de un secreto importante; sé los conjurados con quienes cuentan; tomo las precauciones para destruir sus planes, y...

REINA. No os detengais: decid.

D. ENRIQ. Sí; los parciales de Don Juan... Venid, no nos oigan: todo lo sabreis.

REINA. Cuánto os agradezco!... Con que intentan?... Malvados!

D. ENRIQ. Esta misma noche... (*Se van siguiendo la conversacion, y cae el telon.*)

ACTO CUARTO.

LA CONJURACION.

Es de noche. El teatro representa la iglesia antigua de las Huelgas de Valladolid, fundada por Doña María (1); *en medio, y junto á las gradas del altar mayor, está el sepulcro de esta Reina, principiado á hacer, y algunos instrumentos de albañilería y piedras esparcidas por el teatro, como si pertenecieran á la obra. En el fondo se debe descubrir el retablo, cuyo nicho está cubierto por un cuadro, y cuyas mesetas se hallan sin imágen alguna. Á su alrededor varias tribunas del convento; á su izquierda el coro bajo; á su derecha una puertecilla; inmediatos al espectador y á los dos lados del tablado los dos canceles que dan á la calle.*

ESCENA PRIMERA.

FORTUN. LOPE. FORTUN *está sentado*, LOPE *acostado en las piedras de la obra.*

FORTUN. Vamos, despierta. ¡Cuidado que duermes como en un colchon!

(1) «Á Doña María se le debe el convento de las Bernardas de Valladolid, á las cuales dió su alcázar, llamado de las Huelgas, retirándose la Reina á un cuarto que habia reservado en la casa agregada al convento, donde murió. El alcázar de las Huelgas empezó desde luégo á ser monasterio de las Cistercienses, por habérselas quemado el que tenian en 1282, y como de pronto necesitaban casa, aplica-

LOPE. Y ¿qué diablo ha de hacer uno aquí desde que cerraron la iglesia?

FORTUN. Rezar.

LOPE. Buenos rezos te dé Dios. Si no hay á quién! ¿Qué hora es?

FORTUN. Las once han dado hace poco, y ya no pueden tardar.

LOPE. Pues despiértame en llegando.

FORTUN. Hombre, no te acuestes; mira que hace frio.

LOPE. Buenas y gordas! Frio la víspera de San Juan!

FORTUN. Pues yo te aseguro que estoy dando diente con diente.

LOPE. Eso no es de frio; es de miedo.

FORTUN. Todo puede ser. El lugar no es para otra cosa.

LOPE. Qué lugar, si en esta iglesia así, á medio hacer, ni dicen misa, ni hay santos, ni hay maitines, ni... En fin, no se sabe si es iglesia ó no. De otro modo, ¡bonito soy yo para faltar á la cristiandad ni en una pizca!

FORTUN. Sí; pero al cabo, hablemos claros, yo soy tan bueno como tú para dar una puñalada á Cristo vivo; pero con los muertos...

LOPE. Qué diablos! pero si aquí no hay todavía ninguno! No te digo que esto no es sagrado?

FORTUN. Pues ¿y esa sepultura medio abierta?

LOPE. Es la que la Reina ha mandado labrar para sí propia.

FORTUN. Hay gustos que merecen palos. Pues ¿no podia

ron una sala baja del alcázar para Iglesia, donde fué enterrada la misma Reina.» (Florez, *Reinas Católicas*, tomo 2.°)

Este alcázar, segun Antolinez en su historia M. S. de Valladolid, cap. 36, se llamaba de la Magdalena.

La actual iglesia, que segun algunos es obra de Herrera, no fué construida por consiguiente hasta el reinado de Felipe II, y en el año 1600 fué á ella trasladado el sepulcro de nuestra Reina. (Ponz, *Viaje de España*.)

aguardar á morirse para mandarlo despues?

LOPE. Ya; es que como debajo está el enterramiento de la comunidad... Tate! ya tenemos compañía. (*Aparece en la tribuna de la izquierda una religiosa novicia con el velo blanco echado. En una mano lleva una antorcha, con la otra conduce á un caballero armado y cubierto. Sucesivamente van paseando por todas las tribunas del fondo.*) Oiga! y á pares: esto no va malo.

FORTUN. Será alguno de los nuestros.

LOPE. Pues qué, las monjas saben algo?

FORTUN. Puede ser que más que yo y que tú. ¿No ves que anda en el ajo el Abad?

LOPE. Secreto entre mujeres! Malo. Gente viene.

FORTUN. No te lo dije?

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN *y el* ABAD, *que entran por uno de los canceles, en el que se ve á un conjurado, que abre siempre la puerta.*

LOPE. Quién va?

ABAD. Valor, y en Cristo confianza.

FORTUN. Adelante.

ABAD. Hola, amigos! sois vosotros?

LOPE. En cuerpo y alma.

D. JUAN. Y qué tal? se ha dormido?

FORTUN. Ese como un liron; yo ni siquiera he podido pegar los ojos.

LOPE. De miedo; si es un mandria!

D. JUAN. De modo que no te atreverias...

FORTUN. Ménos á dormir con las ánimas, á todo cuanto me mandeis.

D. JUAN. Conoceis á Don Diego de Haro?

LOPE. Yo no.

FORTUN. Ni yo tampoco.

ABAD. En dándoles las señas...

D. JUAN. Mirad, ahora os pondreis en el umbral de esa puerta. En dando las doce, se llegará á vosotros un hombre.

ABAD. No, dos; que Haro llevará su padrino.

D. JUAN. Bien, de cualquier modo: uno de ellos forzosamente será de mediana estatura, delgado, con un liston azul en el pecho, y el penacho del casco del mismo color. Cuando se acerquen, preguntaréis quién va, y si os responden Haro, ó yo soy, ó cosa semejante, sin más ceremonias os echais sobre ellos, y...

FORTUN. Ya, pero son dos; no es eso?

LOPE. Aunque sean doscientos.

ABAD. Entendeis? En diciendo... Pues, á éllos! (*Los conducen al cancel de la puerta, por donde salen.*)

ESCENA III.

EL ABAD. DON JUAN. LA ABADESA, *y* DOS MONJAS *tapadas, una de ellas novicia.*

D. JUAN. Cierto que es prudente,
Pues hay ocasion,
Salir de un contrario
Con un golpe ó dos;
Que tiene Don Diego
Partido y valor,

Y mal nos hiciera
Tan bravo infanzon.
Conque así se acaba
Más pronto y mejor.

ABAD. Se mata á un impío,
Y se sirve á Dios.
(*El Abad tira de una cuerda: suena dentro una campana.*)

D. JUAN. Hermoso sepulcro!
(*Mirando al de la Reina.*)
Casi da pavor
De mirallo sólo.

ABADESA. (*Desde una tribuna.*)
Quién me llama?

ABAD. Yo.
Bajad.

ABADESA. Quién lo ordena?

ABAD. El Abad.

ABADESA. Ya voy.

D. JUAN. Para sí la Reina
Labrarlo mandó,
Y porque lo estrene
Sin sosiego estoy.

ABAD. (*Á Don Juan.*)
Con salvar un alma
Más se sirve á Dios.
(*La Abadesa sale por una puertecilla de junto al altar: dos Monjas la acompañan; la de la derecha es la misma novicia que atravesó las tribunas al principio del acto.*)
Está todo presto?

ABADESA. Sí; pero, señor,
Recibirá enojo

Nuestra Reina.

ABAD. No.

ABADESA. De la santa regla
¿No es una infraccion
Esta?

ABAD. La observancia
No tiene vigor
Hasta que se acabe
El convento, y yo
Os fio que en esto
Servimos á Dios.
(Tomando unos azafates que las Monjas traen.)
Dadme pues la llave.

ABADESA. Cuál? Se me olvidó.
Qué llave?

D. JUAN. Qué llave?
La del corredor
Que guia á palacio.

ABAD. *(Á Don Juan.)*
Moderad la voz.

ABADESA. *(Turbada.)*
La tiene...
(La Monja que está á la derecha saca una llave y la da al Abad.)

ABAD. San Pedro
Te dé el galardon;
Que asi nos ayudas
Y sirves á Dios.
(Acompañándolas á la puerta.)
Id en gracia, hermanas,
Y haced que por hoy,
Pues otros ocupan
La casa de Dios,

En vez de maitines
Se tenga oracion,
Y pedid en ella
Con santo fervor
Que á fin de que libre
Respire Sion,
Nuestra santa empresa
Proteja el Señor.

ESCENA IV.

DON JUAN. EL ABAD. TUBAL.

ABAD. Así celebrar podremos
Nuestra santa ceremonia.
(Cierra con llave y cerrojo la puertecilla por donde se han ido las Monjas.)
D. JUAN. Callad: no vienen?
ABAD. Sí, cierto.
Alguien se acerca.
D. JUAN. Hola!
TUBAL. *(Abriendo uno de los canceles..)*
Hola!
D. JUAN. Tubal?
TUBAL. *(Acercándose.)*
Sí.
D. JUAN. Sois muy exacto.
Y Don Enrique?
ABAD. Ya es hora
De que viniera.
TUBAL. Más tarde.
(Las tres Monjas con la luz llegan á las tribunas: se ve á la novicia acercarse y arrodillarse junto á

una de las rejas; las otras dos atraviesan y dejan á oscuras aquella parte del teatro.)

D. JUAN. Cómo?

TUBAL. Sí, me comisiona
Á deciros que sin él
Pongamos el plan por obra;
Pues si bien falta á la cita,
Ántes de la nueva aurora...

D. JUAN. Inconstante! Ya nos vende.

TUBAL. *(Sacando la corona.)*
No, que de nuevo le abona
Esta prenda.

ABAD. *(Tomándola.)*
Por qué causa?...

TUBAL. Don Pedro con furia loca
Quiso amenazar con ella
Á María, á quien adora.

D. JUAN. Sí, ya presumo...

TUBAL. Por poco
Toda la empresa malogra.

ABAD. Mas ¿cómo está en vuestras manos
De nuevo, Tubal, ahora?

TUBAL. No bien entrada la noche,
Estaba en la sinagoga (1)
Leyendo en los libros santos

(1) El Fuero de Don Alfonso X, lib. 4.°, tít. 2.°, ley 1.° prueba completamente la consideracion que en esta época alcanzaba el culto judáico: dice así: «Defendemos que ningun judío non sea osado de leer libros ningunos que fablen en su ley, é que sean contra ella, para desfacerla, nin de los tener escondidos: et si alguno los oviere ó los fallare, quémelos á la puerta de la sinagoga concieramientre. Otrosí defendemos que non lean ni tengan libros á sabiendas que fablen en nuestra ley que sean contra ella para desfacerla; mas otorgamos que puedan leer é tener todos los libros de su ley; así como les fué dado por Moisés é por los otros profetas.»

Cómo Moisés con fe sola
Al pueblo de Dios cautivo
Dió libertad y dió gloria,
(*El Abad pone la corona en el altar.*)
Cuando luégo de repente
Vino á llamarme mi esposa,
Y en nombre de Don Enrique
Dice que á palacio corra.
Vuelo al punto, y en la sala
Que de embajadores nombran
Le encuentro. Jamás su rostro
Pintó mejor la congoja.
Comenzó á hablar, y extrañando
Sus voces con su zozobra,
Díjele: Do está la Reina?
Guardad, señor, que no os oiga.
«Descuidad, me dijo entónces,
En ese cuarto reposa»;
Y me hizo un horrible gesto
Incomprensible su boca.
Volví, la miré, dormia...
Cuán tranquila! cuán hermosa!
Entónces, pues, Don Enrique
Me refirió la anedocta
De Don Pedro.

D. JUAN. Dila...

TUBAL. ¿Y cómo,
Si entre tanto mi memoria
Al contemplar de la Reina
Dormida las bellas formas,
Recordaba de mis padres
Cien mil acciones heróicas?
Tambien, me dije á mí mismo,

Durmiendo en cama ostentosa
Recibió muerte Holoférnes
De mano de una matrona,
Que por librar á Betulia
Arriesgó su vida y honra.
¿No era mujer Atalía
Como esa infiel española,
Y Reina tambien como ella,
Y muy más que ella donosa?
Pues por salvar á su pueblo
El gran Joyada la inmola...
Y embebido el pensamiento
En mi veneranda historia,
La guarnicion del puñal
Mi mano acaricia... y toma...

D. JUAN. Y el Infante?

TUBAL. Sí; el Infante
Esforzando su voz ronca
Me dijo entónces: «Amigo,
Lleva al Rey esta corona
En prenda de mi constancia
Y en señal de su victoria.»
Y luégo, cual si quisiera
Revelarme alguna cosa
Oculta, bajó de tono...
No más veloz la leona
Al sordo rugir del tigre
De su espelunca se arroja,
Como María en un punto
Acorre desde la alcoba,
Y la comenzada frase
Del trémulo Infante corta.
Yo procuro despedirme

Con mentirosas lisonjas,
Que más crédula que nunca
María escucha y elogia,
Y á cumplir con el mensaje
Vengo, señor.

D. JUAN. En buen hora.
Álguien viene. Como sea
Don Pedro...
(*Amenazando.*)

ABAD. Pues ved que importa
Más que nada el disimulo;
Mirad, señor, que si notan
Falta de union en nosotros,
Nuestro poder se desploma.
Dejad á los de la Reina,
Que en mil bandos se destrozan,
Que pierdan por desunirse
Lo que con unirse logran;
Que cuando todos se abracen
Es cierta nuestra derrota,
Y seguro nuestro triunfo
Miéntras el secreto ignoran,
Y achacan á nuestro esfuerzo
Los frutos de su discordia.

D. JUAN. Callad; ya vienen; son ellos.

ABAD. Union pues, y Dios nos oiga.

ESCENA V.

DICHOS. DON PEDRO *y los* CONJURADOS, *que salen por el cancel.*

D. PEDRO. Tello amigo, cerraste?
Quién es?

ABAD. Valor, y en Cristo confianza.
D. PEDRO. Hola! cuándo llegaste?
D. JUAN. Breve fué su tardanza.
D. PEDRO. Pues más breve ha de ser nuestra venganza.
ABAD. Sí, amigos, cuando os veo
En esa santa cólera inflamados,
Ardiendo en el deseo
De perecer vengados,
Me duelen los momentos malogrados.
¿Será que un solo dia
En inaccion cobarde soportemos
Los hierros de María?
D. TELLO. No, que los romperemos
Hoy mismo, y nuestro rey coronaremos.
D. PEDRO. Ni Dios más plazo otorga
Al golpe vengador de las espadas;
Que en torne de Mayorga
Mis huestes desoladas
Huyen de fiera peste contagiadas.
D. JUAN. Pues qué!...
D. PEDRO. Gimen de Hurrea,
Y el buen Ramon de Urgel armipotente,
Y mil que en la pelea
No doblaron la frente,
Sucumben á la plaga pestilente.
Sí, nobles de Castilla,
Sólo aquí puede daros vuestro brio
La palma ó la cuchilla;
Sólo aquí el fuego impío
Puede apagar con sangre el pecho mio.
ABAD. Modera tu ardimiento.
D. PEDRO. Venganza!...
D. JUAN. La tendrás. Muchos leales

Entre la plebe cuento.

D. PEDRO. Sí?

ABAD. Donde tú señales
Morirán de la Reina los parciales.

D. PEDRO. Oh gozo!

D. JUAN. Oid: ¿qué canto...

(*Se oye.*)

ABAD. Es el pueblo que en torno de la hoguera
Baila, y aguarda en tanto
La verbena primera.

(*Se oyen á lo léjos gritos y carcajadas.*)

D. PEDRO. (*Aparte.*)
Quizá Don Diego de Haro ya me espera.

ABAD. Miéntras que se abandona
Á esos juegos la plebe delirante,
Vosotros la corona
Ganád. Presto el Infante
Don Enrique vendrá.

(*Por una ventana que cae detras de las tribunas se ve el resplandor de las luminarias. La monja que oraba desaparece.*)

D. PEDRO. Pero...

TUBAL. Adelante.

ABAD. (*Sacándola.*)
Esta llave da entrada
Por medio de los claustros del convento
Á la régia morada.

D. PEDRO. Que?...

ABAD. Dad en un momento
Á Dios un alma, al mundo un escarmiento.

D. PEDRO. Callad; no tanta injuria.
Así mi deshonor audaz propones?
Dadle, dadle á mi furia

De rivales garzones
Domar el brio, hendir los corazones,
Y con mis propias manos
Destrozaré, señor, su carne impura;
Empero otros villanos
Asesinos procura
Que hieran una débil hermosura.

TUBAL. De Jezabel precita
En Samaria las gracias admiraron;
Jehú la precipita,
Y sus carros la hollaron,
Y sus perros allí la devoraron.

D. JUAN. En vano, amigo, en vano
Encender el fervor sagrado quieres
En el pecho liviano
Que codicia placeres.

D. PEDRO. Asesino de niños y mujeres,
Responde: esa alma impía
¿Cuál fe, cuál religion, cuál Dios adora,
Si haciendo mercancía
Del hijo por quién llora
Una infeliz comprastes á Zamora? (1)
Tú religion, tú? Calla;
Quizá su horrible rito celebraste,
Y á Dios en la muralla

(1) «Y desque llegó á Zamora el Infante Don Juan, fué á demandar el alcázar de Zamora á una dueña, mujer que era de Gutierre Perez, que era merino mayor del Rey Don Alonso en Galicia, que estaba dentro; y esta dueña era hermana de Pai Gomez Terreño, y la dueña envióle responder que se lo non daria, que lo tenia su marido por el Rey Don Alonso. Y supo el Infante Don Juan cómo esta dueña encaesciera de un hijo non habia más de ocho dias, y que lo criaban en una aldea fuera de la villa, y mandóle tomar, y llególe allí junto á la puerta del castillo, y envió á decir á la dueña que si non le diese el alcázar luégo, que se lo mataria, y ella dióle el alcázar luégo» (*Crónica del Rey Don Alfonso el Sabio*, cap. 74 y sus *Memorias*, libro 6, cap. 6.)

De Tarifa adoraste,
Cuando al niño Guzmán asesinaste.

D. JUAN. (*Á todos.*)
Sufrís?...

D. PEDRO. Traidor!

D. TELLO. (*Al Abad, con sobresalto.*)
Escucha:
Han intentado abrir aquella puerta.
(*La del altar.*)

ABAD. Eso es verdad?

D. TELLO. Y mucha.

D. JUAN. Ay! que miro ya cierta
Mi muerte.

D. PEDRO. Y nuestra empresa descubierta.

D. JUAN. ¿Do nos esconderemos
De la Reina?

ABAD. Valedme, cielo santo!

D. PEDRO. Mas primero miremos...
(*Abre la puertecilla.*)
Nada. Escuchad. El canto
(*Se oye un arpa.*)
Lejano de un laud os turba tanto.
(*Se oye dentro el himno* DOMINE SALVUM FAC REGEM.)

ABAD. Cierto que el himno resuena.
¡Cómo dulcifica el alma
Su loor!

D. JUAN. Ah! cuál disipa mi pena!

ABAD. ¡Cuál torna al pecho la calma
Del Señor!
Humillemos nuestra frente
Ante su trono, temido,
Soberano.

Y que luégo nuestra gente
Salude al varon ungido
Por mi mano.
Que pues da su santa diestra
Cuantas coronas abarca
Todo el mundo,
Quiero yo dar esta muestra
El primero á mi monarca.
(*Se inclina á besarle la mano.*)

D. TELLO. Yo el segundo.
(*Se arrodillan todos, ménos Don Pedro y Tubal.*)

ABAD. Sí; por Dios omnipotente,
Y por la imágen sagrada
Que miramos,
Juremos que ciegamente
Será su voz acatada.

TODOS. Lo juramos.

D. JUAN. Alzad ya. Soy vuestro amigo.
(*Se levantan.*)

ABAD. Que no reina contemplad
Todavía.
Y esta tumba, buen testigo,
Con la diestra sondead,
Está vacía;
Mas quizá dentro de un hora
Será por vosotros llena.
Juraislo!

TODOS. Sí.

ABAD. Dios oiga ese voto agora,
Y á quien lo olvidare en pena
Húndalo aquí.
De vos, Rey Don Juan, espero
Que segun antigua usanza

Juraréis
Que sólo á nos todo fuero,
Privilegios y privanza
Guardaréis.

TUBAL. Que cuanto habeis prometido...

D. JUAN. Mi palabra lo autoriza,
Y es seguro.

D. PEDRO. Que será el pacto cumplido
Que firmasteis en Ariza (1).

D. JUAN. Te lo juro.

D. PEDRO. Mi hermano, el Rey de Aragon,
De Murcia el reino y la villa
Tomará.

D. JUAN. Sea.

D. PEDRO. Y por fuerza ó razon
El de la Cerda en Castilla
Reinará.

D. JUAN. Lo quiero, y darte es justicia
Á Moya, Cuenca y Cañete
Y á Alarcon;
Que de Sevilla y Galicia
Sólo el cetro me compete,
Y de Leon.

(Los conjurados acercan unas gradas al altar: ponen en lugar elevado de él la corona, y encima de su mesa extienden el manto y colocan el cètro que estaba en los azafates.)

(1) «Hicieron allí (en Bordalúa, que es un pueblo de Aragon en el término de Ariza) sus conciertos en 21 de Enero, año del Señor de 1296. Las capitulaciones fueron estas: que juntasen sus tropas para que Don Alfonso (de la Cerda) recobrase el reino de su abuelo: el reino de Murcia se diese al Rey de Aragon: al Infante Don Juan el reino de Leon, Galicia y Sevilla: la ciudad de Cuenca, Alarcon y Cañete, fuesen para el Infante Don Pedro de Aragon, en premio del trabajo que en aquella empresa tomaba como general que señalarón para aquella guerra.» (*Mariana*, lib. 15, cap. 1.°)

ABAD. Pero vuestro Alteza en tanto
Debe postrarse á mis piés.

D. JUAN. Obedezco.
(Se arrodilla.)

ABAD. Esto dice el libro santo.
(Aparte.)
Yo os lo explicaré despues.

D. JUAN. Agradezco.

ABAD. *(Mirando el misal.)*
Quieres ser rey? Pues aterra,
Vil gusano la cerviz
Ante el altar.
Vas á reinar, y en la tierra
Augusto, pio, feliz
Te oirás llamar.
Mas los reinos son mentiras
Y el poder ilusion vana,
De tal suerte,
Que esa corona que miras,
Quizás la pierdas mañana
Con la muerte.
Y el dia del trobellino
(Le da un cetro.)
Tu cetro cual leve paja
Ha de volar.
Y tu manto purpurino
(Le pone un manto de púrpura.)
En una oscura mortaja
Se ha de trocar.
Sólo es Rey de reyes Dios,
Y el ara tremenda, pia,
Su dosel.
Pensad que en el mundo vos

Teneis la soberanía
Sólo por él.
Y mejor que humanas dotes,
Son el cetro y la corona
Sus haciendas.
Y es bien que á los sacerdotes,
Cual nuncios que Dios abona,
Los atiendas.

D. JUAN. Haré cuanto el libro dice.

ABAD. Pues pronuncia el juramento
En esta cruz.

D. JUAN. (*En el pectoral.*)
Lo juro.

ABAD. Mártir felice
Que sois en el firmamento
Fuente de luz,
Sed desde allí su testigo,
Y si cumple lo que jura
Sedle clemente.
Pero en cambio por castigo
Quemad su lengua perjura
Eternamente.

D. JUAN. Será vuestra voluntad
Lo que siempre adore y tema
Como ley.

ABAD. Pues bien, al Rey aclamad
Miéntras sube, y la diadema...

TODOS. Viva el Rey!

ESCENA VI.

DICHOS. LA REINA. DON ENRIQUE.

(Cuando Don Juan va á subir al altar y á poner sobre su cabeza la corona, y al mismo tiempo que resuena por la iglesia el viva de los conjurados, el cuadro que cubre el nicho del retablo se desploma con estrépito: la Reina aparece en él con una antorcha en la mano y en hábito de religiosa; detrás un caballero armado y encubierto; todos se aterran; la corona y el cetro caen de manos del Infante, y este se arroja á los piés de la Reina. Tubal sólo y Don Pedro, aun cuando admirados, no se muestran tímidos, y se ponen á hablar aparte á un lado del teatro.)

REINA. Viva! (1)
TODOS. Santo Dios!
REINA. Miradle.
Esforzado caballero!

(1) Nadie podrá extrañar este arrojo de la Reina, viendo lo que las crónicas refieren de su entrada en Segovia. El P. Florez dice á este propósito lo siguiente. «Entró por medio de dos mil hombres armados, viéndose entre mil peligros; mas todo lo supo conquistar con arte, con elocuencia, con espíritu, sin turbarse entre los formidables sobresaltos de no franquear las puertas al principio, de cerrarlas despues de atreverse á entrar ántes que el Rey, de ver que este quedaba fuera sin la madre, de hallarse cercada de armas por todas partes, de que ni los jefes ni las tropas obedecian á su voz, de que ya no podia la traicion dar más indicios.» (Florez, *Reinas Católicas*, tomo 2.°)

En cuanto á la verosimilitud de esta accion, ya se ha visto en el drama de qué medio se valió la Reina al fin del tercer acto para comprometer á Don Enrique á descubrírselo todo, y en la nota página 451 he explicado con un dato histórico, la comunicacion interior que mediaba entre el convento y el alcázar. La Reina, pues, pudo ir al monasterio como fué; debió ir en el traje en que fué para oir á su sabor á los conjurados; y no pudo salir por otro punto que por el camarin, una vez cerrada por ellos la puerta del coro bajo.

Hacedle Rey; mas primero
De mis plantas levantadle.
(*Comienza á bajar las gradas.*)

TUBAL. (*Aparte á Don Pedro.*)
Si por ventura... Qué altiva!

REINA. ¿Cómo ha de ser respetado
Por pueblo tan denodado
Lo que tan fácil derriba
La planta de una mujer?
Así pues...

FORTUN. (*Dentro.*)
Favor!

HARO. (*Dentro.*)
Traidores!

ESCENA VII.

DICHOS. *Sale* FORTUN *apresurado con un puñal en la mano, y cierra tras sí la puerta.*

ABAD. Qué es aquesto?

FORTUN. Ay mis señores!
Voto á tal! ¿Qué puede ser,
Sino que Don Diego de Haro?...

ABAD. Ha muerto?

FORTUN. Sí; linda cosa!
Por do quiera nos acosa...
(*El ruido va creciendo á la parte de fuera; los golpes en ambos canceles menudean. La Reina y el caballero tiran del cordon, y suena repetidas veces la campana de la comunidad: abren asimismo la puertecilla del altar mayor.*)

D. PEDRO. Y vienen aquí?

FORTUN. Está claro.
D. PEDRO. ¿Y orgulloso y arrogante
Ha de salvar á María,
Que le adora?
TUBAL. Y con tu impía
Muerte quedará triunfante.
D. PEDRO. Oh rabia!
TUBAL. Que llegan ya!
D. PEDRO. Qué he de hacer?
TUBAL. Matarla.
D. PEDRO. No.
Cobarde!
TUBAL. ¡Cobarde yo?
Valedme, Dios de Judá!

(Tubal arranca á Don Pedro la daga del cinto, y se dirige á la Reina. Al mismo tiempo ambos canceles caen: gran multitud del pueblo aparece con hachas encendidas, palos y toda especie de armas. Las tribunas se iluminan tambien, y se ven las religiosas detrás de las rejas. Por la puertecilla de junto al altar, sale Alfonso con la espada en la mano, y tres ó cuatro que le siguen: hiere á Tubal casi cuando llega á asesinar á la Reina.)

ESCENA VIII.

DICHOS. HARO. ALFONSO. PUEBLO.

TUBAL. *(Cayendo.)*
Ay de mí!
ALFONSO. Muere, traidor!
HARO. Infames!

REINA. (*Al pueblo.*)
Al Pretendiente
Prended.

PUEBLO. Don Juan!

REINA. (*Al caballero encubierto.*)
Y su gente
Á ti te encargo, señor,
Hasta que por varios modos
La sentencia justifique
Un tribunal.
(*El caballero se levanta la celada.*)

TODOS. Don Enrique?

PUEBLO. Mueran todos! mueran todos!

REINA. No, que los guarda la ley,
Miéntras en su casa están.
(*Hace una señal, y los conjurados con su custodia principian á andar.*)

D. JUAN. (*Aparte á Don Enrique dándole su daga.*)
Nos has vendido.

D. ENRIQ. (*Aparte á Don Juan.*)
Don Juan,
Confía en mí: ya eres Rey.



ACTO QUINTO.

LAS CÓRTES.

El teatro representa el vestíbulo de las Córtes (1)*: á la izquierda la puerta que da á la calle; á la derecha la que da al salon: junto á ella se ven dos estatuas, la una de la lealtad, la otra de la justicia. Dos maceros hacen la guardia; inmediato á la puerta se ve el astillero con algunas armas colgadas. Don Enrique y Alfonso salen hablando por la izquierda.)*

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO. DON ENRIQUE.

ALFONSO. Buscad otro.
D. ENRIQ. Solo tú
Tienes influjo en las Córtes,
Y el pueblo, que me abandona,
Á ti cada vez más dócil
Se muestra.
ALFONSO. El amor sincero
Tarde ó temprano conoce,

(1) Las primeras en esta regencia fueron en Junio de 1295, las segundas en Abril de 1297.

El autor ha creido conveniente reunir en una sola asamblea, que supone en 1296, los sucesos de ambas; es decir, las intrigas que Don Enrique empleó en las primeras, y el triunfo que alcanzó la Reina en las segundas.

Y quien ha perdido el suyo,
Difícil es lo recobre.

D. ENRIQ. Y ¿será posible, amigo,
Que por mezquinas pasiones
El bien de ese mismo pueblo
Tristemente se malogre?

ALFONSO. Yo no las he promovido,
Sino vos.

D. ENRIQ. Reconvenciones
Dejemos, querido Alfonso,
Y en adelante conformes
Procedamos.

ALFONSO. Obrad bien,
Y ambos iremos acordes.

D. ENRIQ. Bien lo ves: sin mi lealtad
La patria esta misma noche
Naufragara.

ALFONSO. Y del naufragio
No escaparan los traidores,
Que tan sólo hallaron puerto
Porque les sirvió de norte
La clemencia de la Reina.

D. ENRIQ. ¿Quién su piedad desconoce?

ALFONSO. Nadie en mi presencia.

D. ENRIQ. Cierto.
Ni áun en la mia.

ALFONSO. Conforme.

D. ENRIQ. Es la Reina muy prudente,
Magnánima, justa, noble.
Quién lo niega? Mas tal vez
Nuestra pérdida ocasione;
Que al fin es mujer.

ALFONSO. Qué importa?

D. ENRIQ. Por una se perdió el orbe.
ALFONSO. ¡Linda razon, contrapuesta
Á lo que la ley dispone
De Castilla.
D. ENRIQ. Yo no digo
Que su regencia se estorbe;
Mas...
ALFONSO. Decid, que estoy de prisa.
D. ENRIQ. Agréguese algun pro-hombre
Que dé fuerza á su gobierno,
Que conduzca sus legiones,
Que...
ALFONSO. ¿Dónde está el nuevo Cid
Que tanta fortuna logre?
D. ENRIQ. No ha de faltar en la patria,
En la familia, en la corte
Del Sabio Alfonso y del Santo
Fernando, cuyo renombre...
ALFONSO. Decidme vos, quién sois vos,
No quién son vuestros mayores;
Que en fin, quien pretende el mando
No es el Rey, que de Dios goce,
Sino Don Enrique.
D. ENRIQ. ¡Yo!
ALFONSO. Sí, vos.
D. ENRIQ. Mi pecho antepone
El bien de la patria al mio,
Y si los procuradores
Me obligaran...
ALFONSO. Esa idea
No hay para qué os incomode.
D. ENRIQ. Sin duda sacrificara
Mi comodidad entónces

Al bien público.

ALFONSO. La edad,
Los achaques, los dolores,
Reposo y paz necesitan
Más que nuevas distinciones,
Que nada sirven. Sois viejo:
Los años que se os otorguen,
Por cuanto son avanzados,
Serán tambien más veloces;
Que la vida, ascua arrojada
Desde muy altas regiones,
Cuanto más se acerca al suelo,
Más precipitada corre.

D. ENRIQ. Pues bien, áun esos instantes,
Por ser postreros, mejores,
En las aras de la patria
Sabré inmolar; que no hay goce
Como el escuchar muriendo
Del pueblo las bendiciones.
Bien lo sabes: ¿soy acaso
Algun orgulloso prócer
Que la pública amistad
Menosprecie? ¿Dónde, dónde
Está el labriego oficioso,
El mercader de buen nombre,
El escudero sin mancha,
Cuyo trato no me honre?
(Pone afectuosamente la mano en el hombro de Alfonso.)

ALFONSO. Bien lo sé; y en mucho estimo,
Infante, vuestros favores.
Oh! sois franco en demasía;
Vuestra llaneza es enorme.

Cuando cruzais, por ejemplo,
Seguido de una cohorte
De paniaguados humildes
Hambrientos aduladores,
Sobre palafren lujoso
Por las calles de la corte,
Siempre mirais compasivo
Á quien su polvo recoge.
Y áun hay más: vuestra ambicion,
Cuando un blanco se propone,
Ánte cualquier instrumento
Se humilla; y en eso es torpe;
Que ni podeis dar abuelos
Al que no ha nacido noble,
Ni su genio y su valor
Os puede dar ningun hombre.

D. ENRIQ. No tan deleznables premios
Diera yo á los servidores
Del pueblo, si gobernara.
Y alguno que tú conoces
Puede elevar en un punto
Su fortuna y sus honores
Tanto, que lo soliciten
Por deudo esos ricos hombres,
Y que el Rey le llame primo,
Y que la plebe le adore,
Y que sobre ochenta villas
Meza el aire sus pendones...
Ya me entendeis, Don Alfonso.

ALFONSO. Alfonso sólo es mi nombre
Y el de mi padre y abuelo,
Segovianos tejedores,
Que sin conocer el Don

Tuvieron celestes dones:
Paz, libertad, alegría
Sin envidias ni rencores,
Y... En fin, señor, os entiendo,
Y os digo que errais el golpe.

D. ENRIQ. Vos mereceis...

ALFONSO. Contemplad
Que soy honrado, aunque pobre,
Y aunque no tengo ni quiero
Corona de seis florones,
Ni escudo con grifos de oro,
Tengo un corazon de bronce
Que ni lo doma el acero
Ni la plata lo corrompe,
Y una conciencia tan recta,
Que no hay fuerza que la doble;
Que veintiun años me ha dado
Guzmán el Bueno lecciones,
Y he comido de su pan
Y he manejado su estoque.

D. ENRIQ. Eso recuerdas?

ALFONSO. Y cómo!
Aún en los altos torreones
De la mano de Guzmán
Le miro caer; aún oyen
Mis oidos el murmullo
Que alzan nuestros campeones
En torno...; aún miro á Don Juan
Que risueño lo recoge,
Y...

D. ENRIQ. Te enterneces, Alfonso?

ALFONSO. Ay!

D. ENRIQ. Suspiras?

ALFONSO. Aquel golpe
Robó su vida, y mi gozo
Para siempre. Era tan jóven!...
¡Era el amigo, el hermano
Del hijo mio! Sí; entónces,
Entónces sentí su muerte,
Me vi ya solo en el orbe,
Y se desgarró mi herida
Como si con furia doble
De nuevo en ella clavaran
Aquel puñal...

D. ENRIQ. Lo conoces?
(*Muéstrale el acero que quitó á Don Juan en el final del cuarto acto.*)

ALFONSO. Ah! sí; su vista despierta
Mi dolor y mis rencores.
(*Toma el puñal.*)
Arma horrible, que eres junto
Gloria y baldon de los hombres,
Con la sangre de los héroes
Marcada, y con las atroces
Manos del verdugo, nadie
Ha de gozar cual yo goce
Cuando el brazo de la ley
La infame garganta corte
De tu dueño, de Don Juan...

D. ENRIQ. Quizá su filo se embote.

ALFONSO. ¿Qué dices?

D. ENRIQ. Quizás el oro...
Quieres vengarte? En la torre
Donde está preso, esta llave
Te dará entrada, y yo logre
Tu amistad en recompensa.

ALFONSO. ¡Infante! ¿Qué me propones?
D. ENRIQ. ¿Te acuerdas las represalias
De Don Juan? ¿Cómo no oyes...
Tu hijo, que muere por ellas...
Pedirte venganza á voces?
ALFONSO. Por piedad!...
D. ENRIQ. Mira su sangre
En ardientes borbotones
Correr.
ALFONSO. La ley va á vengarla.
D. ENRIQ. Y por resistir indócil,
¿Has de sufrir que Don Juan
De ese tu dolor se mofe?
ALFONSO. Ah, no! Venganza! venganza!
(*Toma la llave y la espada, y se dirige por la izquierda.*)
D. ENRIQ. La ocasion es esta. Corre,
Véngate, oh padre!
ALFONSO. Ay de mí!
Él no tiene hijos!...
(*Arroja la espada y la llave, y se entra por la derecha.*)
D. ENRIQ. Oye!

ESCENA II.

DON ENRIQUE. LOPE, *en traje de escudero.*

D. ENRIQ. En fin, marchó. Nada escucha.
No hay quien la soberbia dome
De ese villano; y al cabo
Forzoso será... Sí.
(*Llamando*)

Lope!

LOPE (*Entrando por la izquierda.*)

Señor!...

D. ENRIQ. Esa llave entrega

Al preso que hay en la torre.

LOPE. Á Don Pedro?

D. ENRIQ. Y al alcaide

Da al mismo tiempo esa órden.

(Saca un pergamino, se acerca al pedestal de la estátua de la lealtad, saca la espada, y lo sella con su pomo: luégo lo da á Lope, y cuelga en el astillero su acero. Lope hace lo mismo con la daga que quedó por tierra.)

Y diráslo que la cumpla

Ántes que suenen las doce.

LOPE. Bien.

(*Vase por la izquierda.*)

D. ENRIQ. Don Pedro, sólo queda

Tu valor. Dios lo corone.

(*Vase por la derecha.*)

ESCENA III.

SE MUDA LA DECORACION.

El teatro representa el salon de Córtes; á la izquierda la puerta que da al vestíbulo; el color de la cortina que la cubre, la clase de arquitectura y los maceros que la guardan lo indicarán así: á la derecha otra puerta que da al interior del palacio; en ella están los dos pajecillos de la Reina; en medio del salon hay una mesa con recado de escribir y unos sitiales para los secretarios, y en el fondo el trono.—La Reina sale por la derecha; los maestres-sala, que la preceden, dejan las insignias reales sobre la mesa; algunos caballeros la acompañan; todos los demás, como los procuradores, están ya en sus asientos: la Reina atraviesa el teatro y sube al trono: á su izquierda se sienta Don Enrique, que ha entrado por la puerta del mismo lado: en el banco de adelante Don Diego de Haro, y en el mismo todos los demás ricos-hombres; al derecho los prelados; en los extremos los procuradores, y entre ellos Alfonso (1.)

LA REINA. D. ENRIQUE. HARO. EL ARZOBISPO DE TOLEDO. JUAN GODÍNEZ. ALFONSO. GARCÉS, *etc.*

GODINEZ. (*Aparte á Don Enrique.*)
Salud, Regente.

(1) El órden en que se sentaban era este: en el fondo el trono, á su derecha el brazo eclesiástico, á la izquierda el militar ó de la nobleza, en frente el brazo popular. El teatro no permitiria semejante colocacion, por lo que se ha dispuesto como indico, figurando que, en la decoracion, el sitio de los procuradores comienza por ambos lados, tocando al de los otros dos brazos, y que en el lugar de los espectadores se halla el gran número de dichos representantes.

D. ENRIQ. (*Aparte á Godinez.*)
Calma.
GODINEZ. (*Aparte á Don Enrique.*)
Decidíos.
GARCÉS. (*Gritando.*)
La Reina: haced lugar.
(*Todos se levantan.—Vase Garcés.*)
REINA. (*Desde el trono.*)
Sentáos: cubríos.
Inútil es agora recordaros,
Oh nobles y elegidos de Castilla,
Cuál placer goza el alma al contemplaros
De nuevo en torno de la régia silla;
Y aunque siento sus males bosquejaros,
Esa lealtad que en vuestros ojos brilla,
Grata me anuncia un rayo de esperanza,
Y promete á mis pueblos bienandanza.
Si á vosotros es dado el venerable
Código promulgar de las Partidas (1)

(1) Grandes fueron, como todo el mundo sabe, los obstáculos que encontraron estas leyes en su principio: los ayuntamientos y demás interesados en mantener los fueros municipales; los grandes y señores, que lo estaban en sostener sus prerogativas, los Príncipes, en fin, más que nadie ofendidos por un Código que, reconociendo el derecho de representacion, ponia la corona en las sienes de los Cerdas, se alzaron contra él, y consiguieron que no adquiriese completo vigor hasta el famoso ordenamiento de Alcalá, de D. Alfonso el XI.

Sin embargo, no debió de ser esta la exclusiva opinion que acerca de tan memorable libro formaron sus contemporáneos, cuando el erudito Don Francisco Martinez Marina en su *Ensayo histórico crítico sobre la antigua legislacion y principales cuerpos legales de los reinos de Leon y Castilla, principalmente sobre el Código de Don Alfonso el Sabio, conocido con el nombre de las Siete Partidas*, y en el párrafo 142 asegura que

«A pesar de la universalidad con que se extendió el derecho antiguo municipal, y del excesivo amor de los pueblos á esta legislacion, y de las providencias tomadas por los Soberanos para asegurar su observancia, todavía el *Código de las Partidas* se miró con *veneracion* y respeto por una gran parte del Reino, especialmente por los jurisconsultos y magistrados; se adoptaron algunas leyes, aun-

Y con él monumento perdurable
Legar á las edades sorprendidas,
Guay! que es dañosa ciencia y no loable
La que enconar pudiera las heridas
Por donde se desangra nuestra tierra.
Escuchad su quejido: Guerra, guerra!
Sí; por doquier mirad las dos Castillas
De rebeldes falanges dominadas,
Consumidas por bárbaras gavillas
Sus mieses, y con hierro destrozadas,
Sus mejores ciudades y sus villas (1)
Al saco y á las llamas entregadas,
Y en medio de sus páramos incultos
Cadáveres sin número insepultos.
Discordia y escasez con doble estrago
Minan el trono, el pueblo despedazan,
Y casi ya con furibundo amago
Tornar la patria en ruinas amenazan.
Terrible es el deber que satisfago
Cuando este cuadro mis acentos trazan;

que opuestas á las de los fueros municipales, y llegó á tener en los tribunales de corte fuerza de derecho comun y subsidiario, bien fuese por una consecuencia de los esfuerzos y disposiciones políticas de Don Alonso el Sabio y sus sucesores hasta Don Alonso el XI, ó en virtud del gran mérito de esa obra. En fin, el Código de Don Alonso el Sabio, no solamente se reputó como fuente del derecho comun y pozo de autoridad pública en los Reinos de Leon y Castilla en la época de que tratamos, sino que tambien se extendió á Portugal, y se propagó rápidamente por todas sus provincias, mandándole traducir en idioma portugués el Rey Don Dionisio.»

Suponiendo, pues, que, como era natural en aquel congreso, hubiese enemigos y apasionados del libro de Alonso X, ¿qué debia hacer Doña María? En mi entender tributar, como entendida, el merecido elogio á aquella grande obra, y distraer, á fuer de prudente, la atencion de las Córtes de las leyes que hubieran derribado del trono á su hijo: contentar á los unos con darle alabanzas, y á los otros con mostrar sus inconvenientes.

(1) Expresion harto comun en los escritos de aquella época, con la cual sin duda quieren designar ó las de voto en Córtes ó las fortificadas.

Pero sólo engañado ó dividido
Puede un pueblo que es libre ser vencido.
Por eso la verdad mi labio muestra,
Y toda la verdad; Dios entre tanto
Ya nos extiende favorable diestra
Rendido al fin á mi perenne llanto,
Y no en medio de bélica palestra,
Sino dentro del templo sacrosanto
Dos Príncipes rebeldes nos ofrece,
Cuando más su ambicion los desvanece.
Aliviar una pena que me oprime,
Nobles prelados, procurad empero,
Y ante vos permitid que me lastime
De un prelado tambien, de un caballero.

ARZOBISPO. (*Levantándose; la Reina se sienta.*)
Sí, María, contigo á la par gime,
Fiel á sus Reyes, el hispano clero,
Y si esos ciegos hijos compadece,
Sus crímenes horribles aborrece.
El Dios de paz, que muere en el Calvario
Y á su propio verdugo hermano llama,
El Dios que por salvar á su adversario
Toda su sangre con placer derrama,
Rechazará ese culto sanguinario
Y el sacerdote que su nombre infama.
Paz y virtud, y amor y mansedumbre
Nos predicó, no guerra y servidumbre.

REINA. Tan justo razonar y tan benigno
Es propio de prelados castellanos;
Así, los delincuentes que designo
Entrego confiada en vuestras manos.
No puedo tribunal hallar más digno
Para juzgar ilusos y tiranos;

Justicia y no rigor en él espero:
Vos debeis, Don Enrique, hablar primero.

D. ENRIQ. (*En pié.*)
Cuando tanta maldad doquier conspira
Á concitar pasiones inhumanas,
Apénas puedo refrenar la ira,
Áun á pesar del hielo de mis canas.
Quizás mofen el fuego que me inspira
Los que guardan tal vez miras villanas;
(*Mirando á Alfonso.*)
Nada me importa: intrépido, aunque viejo,
Ingenuo soy, ingenuo mi consejo.
Sobre ser tan verdad que siempre el hado
Al extremo rigor mira propicio,
Que ya mil hombres se nos han pasado;
Pues ¿para qué mancharnos con un juicio
Para aclarar un crímen tan probado?
No, vayan los infantes al suplicio,
Y ya que el cielo la venganza otorga,
Los mil pasados mueran en Mayorga.

GODINEZ. (*Levantándose.*)
Á proceder cual Don Enrique advierte
No basta empero femenil prudencia,
Ni puede sola la mujer más fuerte;
Por tanto, es ya forzosa diligencia
Que un varon elijamos de tal suerte
Que al cristiano fervor una la ciencia,
Y ese plan con la Reina verifique.
La fama popular designa á Enrique.

ALGUNOS. Sí.

OTROS. No.

ALGUNOS. ¡Enrique?
(*Extremada animacion.*)

ALFONSO. (*Levantándose irritado.*)
Callad. Qué behetría!
La torpe adulacion aquí se llama
Ciencia de estado; la calumnia impía,
Que la virtud y el mérito difama,
Donosa ingenuidad; la hipocresía
Religioso fervor; pública fama
Los comprados elogios; patriotismo
La impudente ambicion, el egoismo.
Castellanos, la enseña que seguimos,
Y que con noble esfuerzo defendemos,
De un ángel del Señor la recibimos,
Purísima y sin mancha la tenemos.
¿Quereis que si con sangre la teñimos
Al pendon enemigo la igualemos?
No: pronuncie la ley, y su sentencia
Derribe el crímen, guarde la inocencia.
Fuera de ella, repruebo la matanza
Que con brios, por cierto bien extraños,
Propone Don Enrique: su pujanza
No anima ya mis fatigados años,
Y puede el pueblo, al ver nuestra mudanza,
Recelarse que pérfidos amaños
Quieran cubrir delitos anteriores
Á la sombra de crímenes mayores.
Si la justicia baña su cuchilla
En sangre criminal, puede una gota
Evitar cuanta corre por Castilla;
Mas la sangre inocente el filo embota:
Y si el sagrado acero se mancilla,
La impune rebelion do quiera brota:
Tal vez un reo aterrará al malvado;
Un mártir entusiasma al denodado.

Ni son del propio modo criminales
Cuantos el bando de Don Juan encierra.
Por dicha, Don Enrique, ¿son iguales
El que mueve á su patria infanda guerra
Y espera en premio las insignias reales,
Y el triste que arrancado de su tierra
Con su ilusa familia condesciende,
Y quizá un padre entre la lid defiende?
Perezcan en buen hora los traidores;
Sin tardar su sentencia pronunciemos;
Mas ¿cómo por saciar otros rencores
Represalias iguales sufriremos?
¿Cómo en cambio de pocos, y peores,
La flor de nuestro bando perderemos?
Hijos no tiene opuestos al tirano
Quien coloca el puñal en vuestra mano.

ESCENA IV.

DICHOS *y* GARCÉS, *que entra azorado por la izquierda.*

GARCÉS. Señora!...
REINA. Garcés, qué es esto?
GARCÉS. Somos perdidos.
REINA. Qué traes?
GARCÉS. Huid, que de sus prisiones
Se escaparon los culpables,
Y armados vienen.
D. ENRIQ. Mas ¿cómo
Pudiste saber...
GARCÉS. Un paje
Lo asegura.
REINA. Mas...

GARCÉS. Lo ha visto.
D. ENRIQ. Cuándo?
GARCÉS. En este mismo instante.
REINA. Ya lo escuchais, D. Enrique.
D. ENRIQ. Yo... seguros... en la cárcel...
Y... no sé... La vïolencia...
GARCÉS. No, que las puertas les abren.
ALFONSO. Un traidor, sin duda?
GARCÉS. Cierto.
D. ENRIQ. Y ¿quién puede...
GARCÉS. El mismo alcaide.
D. ENRIQ. Ya; por huir.
GARCÉS. En verdad,
Don Juan al punto cobarde
Se desaparece; empero
Don Pedro luégo que sale,
Con otros muchos unido,
Alza el rebelde estandarte.
En vano al primer encuentro
Resisten nuestros parciales.
El feroz aragonés
Cierra, atropella, deshace.
D. ENRIQ. Pero sin tino ni guia,
Será inútil...
REINA. Adelante.
GARCÉS. Ah! Si ayuda no les damos
Temo que venza.
HARO. *(Levantándose.)*
Al combate
Volemos.
REINA. *(Á Garcés.)*
Pero, ¿qué intento...
GARCÉS. Muy bien combinados planes

Se traslucen en su marcha.
Quizá un traidor...

D. ENRIQ. *(Con afectacion.)*
Oh qué infame!
¿Quién averiguar pudiera...

GARCÉS. Tal vez presumo...

HARO. Nombradle.

GARCÉS. No me atrevo.

D. ENRIQ. Dí, quién?

ALFONSO. *(Á Don Enrique.)*
Tú.
(Todos se levantan.)

D. ENRIQ. Ya lo veis: no son bastantes
Mis años y mis servicios
Para que la lengua atajen
De ese impostor.

ALFONSO. *(Irritado.)*
Don Enrique!

D. ENRIQ. ¡Cuando yo toda mi sangre
Diera por el Rey!
(Suenan muy léjos clarines.)

HARO. Veamos
Si cuanto prometes haces.
Venid conmigo.
(Le coge del brazo.)

D. ENRIQ. Mi edad...
Yo...

NUÑO. *(Mirando por la ventana.)*
Por la vecina calle
Se dirigen.

HARO. Ven: el medio
Es este de sincerarse.
(Le hace bajar las gradas, y casi le arrastra á la

calle. Algunos jóvenes salen con él.)

VOCES. *(De los que salen.)*
Á ellos!
(Vánse.)

ESCENA V.

DICHOS, *menos* HARO, DON ENRIQUE *y algunos. Los que no se van con* HARÓ *dejan sus asientos. La* REINA *corre á la ventana donde estaba* NUÑO.

REINA. Qué miro!
ALFONSO. *(Á los prelados y ancianos.)*
Vosotros
Guardad la Reina.
REINA. Salvadle.
Hijo mio! Ay! que ya vienen
Hácia este alcázar! Dejadme;
(Se aparta de la ventana, y quiere entrar por la derecha.)
ALFONSO. Teneos.
(La detiene.)
REINA. Dejad que en mí
Sus fieras puntas descarguen.
ALFONSO. No: conservad vuestra vida
Por la patria.
REINA. Soy su madre.
(Se oye el clarín más cerca.)
TODOS. Á las armas, á las armas!
ALFONSO. *(Á los prelados y ancianos.)*
Sí; mas primero juradme
Que guardareis á la Reina
Hasta el postrimero trance,

Cual la esperanza postrera
Del pueblo.

REINA. Hijo mio!

(Desesperada de penetrar por la puerta que han cerrado, se arroja en un sillon junto á la mesa de enmedio.)

ALFONSO. Ántes
Penetren en vuestro pecho
Que en el suyo los puñales.

PRELADOS Y ANCIANOS. *(Poniendo la mano en el pecho.)*
Lo juramos.

REINA. Ay de mí!

ARZOB. Dios nos dé tras el combate
La palma del vencedor
Ó la corona del mártir.

(Garcés sale por la puerta de la izquierda, y vuelve á entrar con un puñado de armas.)

ALFONSO. *(Tomando una.)*
Vencer ó morir!

TODOS. *(Tomando las armas y extendiéndolas.)*
Sí, si!

ARZOB. Dios lo escucha, y por un ángel
Combatis.

ALFONSO Y VOCES. Viva la Reina!
Cierra, Castilla! Á la calle!
(Se van por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

LA REINA. EL ARZBISPO. NUÑO. BENAVIDES. PRELADOS. ANCIANOS.

REINA. *(Queriendo de nuevo salir detrás de los que se han ido con Alfonso.)*
Por piedad!...
ARZOB. (*Deteniéndola.*)
Tened, señora!
REINA. Ah! mirad que esto es infame.
Dejadme que con mi vida
Al hijo mio rescate.
NUÑO. El bien de la patria exige...
REINA. Él es vuestro Rey; guardadle.
ARZOB. Vos su esperanza.
REINA. Mas ¿cuánto,
Cuánto, señor, es más fácil
Que del puñal homicida
Un niño ignorado escape
Que no yo? Dejadme os ruego.
BENAV. (*Desde la ventana por donde mira.—En este momento la Reina hace un esfuerzo. Al clamor de Renavides los que la detienen se apartan, y miéntras corren á la ventana la Reina penetra en la habitacion de su hijo.*)
Ay! Santo Dios, amparadle!
REINA. He vencido!
(*Vase.*)

ESCENA VII.

TODOS, *menos la* REINA. *Se colocan al rededor de* BENAVIDES, *junto á la ventana.*

ARZOB. Es Don Enrique?
BENAV. Mirad cómo herido cae.
NUÑO. Sí, que Don Pedro le ha dado
Allí dos golpes mortales.
(*Se oye la batalla.*)
ARZOB. ¡Ah cuán bizarro defiende
Diego de Haro los umbrales
Del alcázar!
BENAV. ¡Oh si el pueblo
Tanto valor ayudase!
Mas sin concierto ni union,
En necias parcialidades,
Por elegir un caudillo
Apénas mira el enjambre
De rebeldes. Haro!... Ay triste!
Su acero roto en mil partes
Arroja; en la estrecha puerta
Sus inermes brazos abre.
NUÑO. Breve momento tan sólo
Puede resistir, y en balde.
BENAV. Ya Don Pedro le derriba
Con su maza formidable.
Ya el liston que lleva al pecho
En mil girones deshace,
Ya nada se ve: la turba
Pasa sobre su cadáver.
(*Cesa el ruido.*)

Al patio!

ARZOB. Alfonso y los suyos
Acudirán.

NUÑO. Quizás tarde.

ESCENA VIII.

DICHOS. LA REINA, *que sale por la derecha desgreñada y fuera de sí.*

ARZOB. Nada se escucha: en el alcázar todo,
Silencio sepulcral sigue al rüido.
Dios de bondad, recibe nuestras almas
Si se acerca la hora del martirio,
Y salva á nuestra Reina.

BENAV. Ved cuál viene,
Pálida, desgreñada, sin sentidos.

REINA. Dónde le esconden?

NUÑO. Sálvate, señora!

REINA. Adónde, adónde está? Tú, tú le has visto?
Hijo de mis entrañas!

ARZOB. ¿Qué accidente
Altera tu razon?

REINA. Dame á mi hijo!

NUÑO. El Rey acaso...

REINA. Calla, no pronuncies
Ese nombre fatal que yo maldigo
Cual presagio de muerte. ¿Qué me importa
El Rey? el Rey! Soy madre: el amor mio
Á mis brazos volved. Yo soy su madre,
Su madre y nada más: odio, abomino
Hasta el nombre real: ciego ambicione
Su fútil pompa, su caduco brillo

Quien no estrechó jamás entre sus brazos
La prenda de su amor. Corred, amigos,
Salvad á mi Fernando. Los traidores
Le arrastran... Dóndé? Oh cielos! al suplicio.
(*Al Arzobispo.*)
Escúchame, Don Juan: si con la sangre
Del inocente es fuerza que el inicuo
Trono se riegue, clava en mis entrañas
El aleve puñal.

ARZOB. En su delirio
Ni conoce á los suyos.

REINA. En el pecho
Que su alimento fué, clavadle, os pido.
De aquí tan sólo penetró en su labio
El odio á la opresion, al despotismo,
Á los tiranos. Sí, yo los detesto,
Y te aborrezco á ti. ¿Mayor delito
Quieres aún? Oh bárbaro! qué esperas?
Hiere, no temas. Pero el noble brio
¿Do está de los guerreros de Castilla,
Que á su Reina no amparan? ¿Cuándo el filo
De sus aceros se mostrara enjuto
Á la beldad hollada? Con ahinco
Las armas esgrimid. Si un solo instante
Se sentara en el trono, ay de los tibios!
El terrible Don Juan no reconoce
Más que parciales suyos ó enemigos;
Ó verdugos ó víctimas; no hay medio.
Vosotros escoged: yo muerte elijo.

TODOS. Muerte, no esclavitud!

REINA. Pero ¿no vuelan
Los heróicos aceros en mi auxilio?
No; que ya las cadenas los abruman

Del tirano opresor. Cielos! qué miro!
(*Se oye un golpe.*)
En el cadalso tú, prenda del alma!
Ay! todo sucumbió, ya no hay arbitrio;
Sucumbamos tambien.

ARZOB. Desventurada!

REINA. Yo cual Rey te saludo... Mas qué digo?
Tiembla, cobarde, tiembla! En vano cargas
Sobre el pueblo leal ferrados grillos;
En vano á esclavizarle se conjuran
La hipocresía vil y el fanatismo.
En vano, en vano la servil cadena
Con mano atroz remacharán los siglos.
En solo un dia rota la coyunda,
El murciano, el astur, cuantos del Miño
Beben las aguas, y del Ebro y Tajo,
Y del Duero y del Bétis cristalino,
Vengarán á su Rey; guerra, discordia
Do quiera sembrarán al noble grito
De Reina y libertad; cien y cien gentes
Volarán á las armas, y tu impío
Trono derrocarán. No, parricida,
No sufre el pueblo de Pelayo invicto
Profanado el dosel de Berenguela
Con el sangriento pié del asesino.
Sí, españoles, él es, él me le ha muerto:
Mirad su manto con la sangre tinto
Del hijo de mi vida.
(*Se oye un gran alarido, y cesa el combate.*)

TODOS. Infeliz Reina!

REINA. No cual Reina, cual madre os lo suplico.
Soy madre... Ah! no: lo fuí! Pero vosotros,
(*Á los ancianos.*)

Los que aún gozais el paternal hechizo,
Guardad en vuestro pecho la venganza
Y el rencor santo hereden vuestros hijos.
Rencor á los tiranos!

TODOS. Sí!

REINA. Perezcan,
Perezcan, y que el pueblo envilecido
Que su yugo tolere, en premio logre
Hambre, desolacion, guerra, exterminio,
Y baldon perdurable. Castellanos,
Nunca la patria el sobrenombre indigno
Lleve de esclava, nunca. Ya penetro
Del hondo porvenir en el vacío.
Mira, Don Juan; la derramada sangre
De la viuda infeliz, del tierno niño,
Mil héroes brotará: llegará un dia,
Y una Reina, una madre, el cetro mismo
Sostendrá que me usurpas, y su pueblo
Libre, felice, victorioso, unido,
Su nombre aclamará cual la divisa
De libertad y amor; y tú proscrito,
Furioso, errante, climas apartados
Correrás mil; negándote el destino
Hasta la honrosa muerte que termina
Del malvado valiente los delitos.

(Durante esta escena los otros personajes habrán entrado y salido conversando en diferentes corros, y dando, en fin, á toda ella el movimiento que la situacion exige.)

ESCENA IX.

DICHOS. GARCÉS, *que trae un brazo vendado con parte de la banda azul, y en el pecho una herida.*

REINA. Quién eres?
GARCÉS. Un defensor
Del Rey Fernando.
REINA. Respira?
Haro? le defiende?
GARCÉS. Mira:
(Le enseña el pedazo de banda..)
Esto responde mejor.
REINA. Hijo mio! ¿Qué dolor
Habrá que al mio se iguale?
(*Se deja caer en un asiento junto á la mesa de en medio: en ella apoya la cabeza.*)
GARCÉS. Apénas Don Diego sale,
El pueblo clama encendido;
Pero si está desunido,
Su entusiasmo poco vale.
(*Se oye el ruido de dos espadas que se acercan. Garcés va desfalleciendo: dos Grandes procuran sostenerle.*)
Muere Don Diego. El liston
Que fué de su gloria prenda,
Sirve á los unos de venda
Y á los otros de pendon.
Allí Pedro de Aragon
Sobre su espada maldita
Con fiero gozo lo agita,
Cuando Alfonso y el Rey niño

Llegan. Del pueblo el cariño
Su presencia luégo exêita.
Corre la sangre y el fuego,
Las puertas caen entre llamas,
Y huye mejor que las damas
El enjambre palaciego.
De sus brocados reniego:
El pueblo lidia mejor,
Y fué tanto su valor,
Que al fin y al postre...

ARZOB. Triunfamos?

GARCÉS. Sí; pero caro compramos
Este liviano favor.
Huyen... Con fiera matanza
Persigue al bando cobarde
El nuestro, y cuando hace alarde
De una infructuosa venganza...,
Ay! Don Pedro se abalanza...

D. NUÑO. Contra Alfonso y contra tí?...

GARCÉS. Y esta herida recibí...
Escuchad..., que llegan ya...
Un golpe...
(*Cae uno dentro.*)
Él dejó quizá
Huérfano el trono.

D. PEDRO. (*Dentro con voz oscura.*)
Ay de mí!

ARZOB. (*Á la Reina.*)
Tú reinarás.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. EL REY. ALFONSO. UN PAJE. *Sale* ALFONSO, *y en sus brazos el Rey niño: un pajecillo trae en la lanza de* DON PEDRO *clavada su dalmática, su casco, y la banda azul de* HARO *ensangrentada; la* REINA, *que al golpe levanta la cabeza, y ve entrar á su hijo, toma la corona que está sobre la mesa, atropella por entre los magnates que la rodean, y la pone en la cabeza del jóven* FERNANDO IV.

ALFONSO. Viva el Rey!
REINA. Este es el Rey de Castilla (1).
(*Le pone la corona, le colma de caricias, y mostrando el trono, prosigue*:
Y el pueblo le da esa silla
Despues que Dios y la ley;
Pues venció la infame grey
El pueblo.
ALFONSO. Así lo educad,
Y sepa en teniendo edad
Que no debe á cortesanos,
Sino á honrados ciudadanos,
Vida, trono y libertad.

FIN.

(1) Así dijo el célebre Don Fernando de Antequera cuando en la capilla de Don Pedro Tenorio reunió á los grandes, renunció en su presencia la corona con que le brindaban, y la afirmó más y más en las sienes de su pupilo y sobrino el niño Don Juan II. Nadie extrañará sin embargo que yo ponga este dicho en boca de una heroína colocada en igual posicion, y no de menores virtudes que el elegido de Caspe.



CONCLUSION.

Separados ya, por decirlo así, del terreno dramático, á causa del gran número de notas históricas con que hemos procurado justificar los incidentes, caractéres y dichos que se hallan en esta obra, tal vez alguno verá con gusto estampado en este lugar el fin que tuvo la guerra civil que ha dado asunto á la ficcion escénica. Hélo aquí extractado de la misma *Crónica* que nos ha servido de texto.

Con la muerte del caudillo Don Pedro de Aragon en el sitio de Mayorga, se aumentaron, en vez de disminuirse, los contrarios de la Reina Regente. Don Dionisio, Rey de Portugal, el mayor de todos, vino con su ejército en ayuda del Infante Don Juan la vuelta de Castilla, y casi puso al bando de la Reina en el conflicto de abandonar la corte, ó de verse sitiado en ella.

No se adoptó el primer partido, porque Doña María desoyó el consejo de los suyos, y no quiso en manera alguna dejar la capital de su Reino; ni se llegó tampoco á la extremidad del asedio, porque cundiendo la desunion en las filas del Infante Don Juan, se debilitaron estas tanto de dia en dia, que sólo quedaron aptas, como las de la Reina, para talar la tierra, más no poderosas á anonadar á sus contrarios, ni á obtener sobre ellos una completa victoria.

Por estas causas, fatigados unos y otros de tantos sacrificios, y desesperanzados todos del propio como del ajeno triunfo, hubieron de dejar las armas, y terminar amistosamente sus desavenencias en la estipulacion celebrada en Búrgos en Abril de 1298.

En ella se concertó el casamiento del jóven Rey de Castilla con la Princesa Doña Constanza, hija de su enemigo Don Dionis, realizando así las esperanzas que muchos tenian

desde la muerte del Rey Don Sancho, uniendo de tal modo los intereses de ambos partidos, y dando á todos con aquel enlace una garantía de órden, de paz y de olvido.

El Infante Don Juan hubo de renunciar solemnemente á sus pretensiones, y de contentarse con la crecida suma que se le señaló, y con la suprema dignidad de mayordomo del Rey, que le confirió este.

Doña María, colmada de las bendiciones de los pueblos, depuso el gobierno del Reino en las manos del jóven soberano, obtuvo del mismo un perdon general para sus enemigos, y se retiró á vivir á sus estados.

El pérfido Don Enrique falleció poco despues, aborrecido de todos y cansado de vivir y de intrigar, contribuyendo su muerte á la completa pacificacion del Reino, tanto como su vida habia contribuido á sus disensiones.

Y todos los banderos, en fin, depuestas las armas, vinieron á reunirse abrazados en derredor del nuevo trono, que para todos era prenda de seguridad y de paz.

La fuerza de la corona, la union de intereses, la prudente clemencia para conciliar y tolerar las voluntades opuestas, llevaron así á cabo esta gran obra, que sólo remató un poder entónces más fuerte, siempre más conciliador que todos.

La Religion santa, borrando de los corazones los pasados rencores, reuniendo los hijos de una misma pátria, y adunando debajo de la Cruz tanto á los parciales de Doña María como á los de Don Juan, condujo á todos á la victoria, y llevó en el reinado de Fernando IV hasta Gibraltar la leonada enseña que, tremolada por el Santo Fernando III sobre las torres de Córdoba y Sevilla, habia despues de ondear bajo el Católico Fernando V, no sólo en las almenas de la Alhambra, sino en las costas de allende el Atlántico.

LA ESPADA DE UN CABALLERO,

ensayo dramático en dos actos,

ESCRITO EN VERSO

SEGUN ANTIGUOS NOBILIARIOS, PARA UN TEATRO PARTICULAR,

y dedicado

Á LA GRATA MEMORIA

de su malogrado amigo

DON PEDRO TELLEZ GIRON,

Duque de Osuna.

PRÓLOGO.

Corria apaciblemente el año de gracia 1831 ; la revolucion política de España no era aún más que un ensueño, la literaria no pasaba de ser una tésis; porque á la una y á la otra ponian á raya la censura del Gobierno y el gusto del público. Martinez de la Rosa no habia publicado todavía el Estatuto Real y *La Conjuracion de Venecia*, y Ángel Saavedra, proscrito y silencioso, se paseaba orillas del Sena con su hijo *Don Álvaro*, sin que los discursos de aquel ni las décimas de este resonasen en las bóvedas del Estamento de Próceres y del teatro del Príncipe. Sin embargo, allí, pared por medio, en un negro y tenebroso café, que malas lenguas llamaban «El Parnasillo», leíamos á hurtadillas y en pepitoria los dramas de Victor Hugo y los artículos de Armand Carrel; y ¡qué bellos ensueños de libertad, qué re-

ñidas polémicas de literatura agitaban allí nuestras cabezas y nuestros corazones!

En tanto se organizaba en otra parte una compañía cómica de aficionados, y por ser todos muy mis amigos, hubieron de encargarme la inauguracion de su pequeño teatro. Todo era forzado, el local, la decoracion, los personajes, hasta el auditorio; en una sola cosa era libre, y á esa renuncié, el tiempo. Pedí pues ocho dias de plazo; y al cabo de una semana ya pude acariciar al hijo de mi imaginacion, al primogénito de mi Musa dramática, á quien no bauticé con nombre ménos modesto que el siguiente:

El Duque de Alba, drama romántico.

Á qué no se atreve la inexperiencia? ¿Á qué no se arroja la juventud aguijoneada por el deseo de oir aplausos? Así es que, no contento con el compromiso del título, quise resolver así, por incidente, las dos cuestiones literarias que entónces nos ocupaban, y que áun ahora no están, á mi entender, definitivamente fijas.

1.° Si la varia versificacion es conveniente al drama.

2.° Si los principios literarios, que se designan con el nombre de romanticismo, pueden revestirse en el teatro moderno español con un atavío puramente nacional.

Lo que en una y otra cuestion adelanté con mi obra, creo, sin modestia, que fué muy poco; pero allá salieron en tropel unas cuantas docenas de versos sonoros y robustos, como la voz de un jóven, y con esto y unas copas de ponche hubo bastante para divertir en una velada de invierno á los pocos que á la sazon componian (sin haber caido en ello) la *aristocracia inteligente* de aquella era de *oscurantismo*.

Hízose, como digo, la lectura con las ceremonias de costumbre, orillas de una ponchera, al resplandor de una chimenea y oreados con el humo del puro de la Habana. Allí se hallaban Gil, que, aparapetado en las unidades de su *Blanca de Borbon*, no habia reconocido todavía la revolucion de Julio; Breton, cargando sin piedad con romances de á tres en comedia su lijera Musa, tan fecunda en rimas, tan vivaracha y juguetona con los consonantes; Larra, que se entretenia en imitar pálidamente á Beaumarchais y en hacer odas al Comisario de Cruzada; Escosura, que ni áun se atrevia á poner por epígrafes en *El Conde de Candespina* versos de su propio caudal; y Vega y otros, que andaban entónces á caza de sáficos adónicos, como luégo tras las coplas de pié quebrado. Hartzenbusch, García Gutierrez y Zorrilla aún estaban en la mente de Apolo; Fígaro ni siquiera en el piso bajo del *Correo literario y mercantil*.

Acabóse como todas esta sesion: uno dejó caer al desguince algun epigrama; otro se entró por las

campañas de Flándes y la guerra de Portugal; aquel corrigió tal cual adjetivo, y esotro se chupó los dedos con los esdrújulos. Todos (ya se entiende) aplaudieron mucho; que si eran grandes las innovaciones y los escándalos de mi drama, mayor era aún la amistad de mis espectadores; demas que estaban allí, sin que nadie lo supiese, escondidos y en infusion los autores de *Muérete y verás*, de *Cárlos II*, de *Macías* y de *La Córte del Buen Retiro*, y estos hubieran vuelto por la nueva escuela en contra de los escrupulosos secuaces del clasicismo.

Encargóse Gil, como el más circunspecto, de la censura de la obra, y en ella hubo de guiarle, á lo que ahora veo, su buen afecto, pues ni tachó los versos de demasiado líricos, ni censuró el diálogo de poco fácil, ni dijo, en fin, que era en extremo violenta la mezcla entre lo trágico y lo cómico, el título inexacto, la accion sobrado sencilla, el desenlace no muy bien motivado. Tomóla, por lo contrario, con el género á que pertenecia mi obra; puso de vuelta y media á los dramáticos modernos de allende el Pirineo, y áun les alcanzó algun ramalazo á los nuestros del siglo XVII. Así pensaba entónces el autor de *El Rey hechizado*: *¡Quantum mutatus ab illo!*

No llegó en tanto á cuajar la proyectada compañía, y quedó por ende preso en mi gaveta el desventurado Duque. Pero no tardaron mucho en aparecer en el teatro público la *Marcela*, ya en variedad de

metros, y el *Macías*, de escuela no del todo clásica. Siguiéronse otros y otros dramas, superiores todos en mérito al mio, que no pasa de ser un juguete, pero no inferiores á él en mostrar poco respeto á los preceptos horacianos.

La reaccion comienza ya; pero tiempo ha habido en que casi hubiera pasado por clásica mi obrilla: y si no la di desde luégo al teatro, no ha sido en verdad por temor de corromperle, sino porque en mi juicio este ensayo ha menester un auditorio, como aquel para quien fué escrito, un tanto más aficionado á la poesía que al espectáculo, y sobre todo, más indulgente que imparcial con el poeta; un público escogido á la vez por el amigo y por el literato, que pueda aprender algo en el poema y que quiera perdonar mucho al autor.

Y como tales condiciones se reuniesen muchos años despues en una compañía de aficionados, puse, á ruego de todos, manos á la por mí olvidada obra; refundí el argumento, mudé el título, y la acomodé á las nuevas exigencias de aquella elegante sociedad.

Así las cosas, leyóse esta comedia víspera del Domingo de Ramos, en casa de la Condesa viuda del Montijo, cuya familia casi toda habia de tomar parte en la representacion. La Condesa de Teba, que ya con singular acierto habia hecho el papel de Doña Esperanza de Haro en la comedia titulada *Bandera negra*, y el de la Emperatriz Isabel en el juguete que

con el título de *Un casamiento con la mano izquierda*, traduje yo mismo del frances, se encargó entónces del de Doña Leonor de Toledo; su hermana la Condesa del Montijo, Duquesa de Alba, tomó á su cargo el de Elvira, y no sin temor hizo otro tanto con el del Duque de Alba quien hoy lleva este mismo título; cayó en suerte el del Alcaide de Uceda al Marqués de Montáos, Duque de Sesto, y el de Don Tello de Córdoba á Don Juan de Silva, Marqués de Arcicóllar; completando en fin la obra el Conde de Revillagigedo, á quien se encomendo el personaje de Don Alfonso, y Don Juan de Espinosa que se propuso desempeñar el de Zamora.

Pero ántes de entregarse á los estudios escénicos toda la compañía, excepto los dos últimos, se propuso pasar la Semana Santa en Toledo, ver de paso la linda posesion que con el nombre de *La Pañoleta* tienen orillas del Tajo los Condes del Montijo, y dar por aquellos montes alguna batida.

Y como todos quisiesen llevarse sus papeles para estudiarlos allá con mayor espacio, y yo cometiese la involuntaria descortesía de dar al Duque el único ejemplar de esta comedia que habia á la sazon; distraido, que no olvidado, de que quien habia de hacer la primera dama tenia para ello mejor derecho, hube de mandar á esta al dia siguiente un borrador de su papel, copiado por mí con más buen deseo que letra. Con esta ocasion, y la de no poder saludar

en tan buena compañía, como hubiese sido mi gusto, la patria de Garcilaso, junté á la copia del papel las siguientes décimas, que lograron por oportunas lo que no merecieran por imperfectas.

Á LA CONDESA DE TEBA,

QUE ME RECONVINO DE CEDER, COMO MALVA, Á OTRO SUGETO.

Con envidia ese legajo
Os mando, bella Leonor;
Que es hoy para mí favor
Lo que para vos trabajo.
Mañana orillas del Tajo
La frondosa «Pañoleta»
Verá vuestra faz perfeta,
Y que no olvideis espero
LA ESPADA DEL CABALLERO
Y la lira del poeta.

Padre Tajo, augusto rio,
Honor de la gran Toledo,
Bien puedes correr más ledo
Con los versos que te envío;
Que si en el bosque sombrío
Donde suspendes el paso,
Elvira y *Leonor* acaso
Los recitan un momento,
Tendrá envidia de mi acento
La sombra de Garcilaso.

Y yo tambien por mi mal
Envidiaré tus arenas,
Y las góticas almenas
Y el espléndido hospital.
Y si en tu alcázar real,
Que allá en la cumbre se ve,
Ponen las bellas el pié,
No será su *alcaide*, no,
El que más envidie yo;
Que al de *Uceda* envidiaré.

Leonor, si en el templo santo
Que mudo pavor inspira,
Al par de la bella Elvira,
Oyes el lúgubre canto,
Bien olvidarás en tanto
La tonada del galan.
Ni cuando en fiero alazan
Cruces por los cigarrales,
Te has de acordar de los males
Del pobre *Alfonso Guzmán*.

¡Quién sobre el fiero tordillo
Siguiendo la caza os viera,
Como Diana ligera
Tras el raudo cervatillo,
Ya perdido el sombrerillo
Y suelto el áureo cabello!
Ay! sólo entónces por vello
Quisiera tener, señora,
La manía cazadora
Del desdeñado *Don Tello*.

Pero ya que mi destino
Á perderos me condena,
Cubra el cielo en hora buena
De rosas vuestro camino;
Que yo no siempre me inclino
Al hado cual *dócil malva*.
Y si en el mundo hagó salva
De risas como *Zamora*,
Aquí en secreto, señora,
Lloro... como el *Duque de Alba*.

Anoche con mi desliz
Fuisteis sevèra pardiez.
¿Teneis quizá la altivez
De la bella *Emperatriz*?
Yo me daré por feliz
Si borrar mi falta puedo,
Y así confiado quedo
En que me dará su amparo
Por Doña *Esperanza de Haro*,
Doña *Leonor de Toledo*.

Pero *habent sua fata libelli*, y el destino de esta obrilla no era el que desde un principio le habia dado su autor: descompúsose tambien aquella compañía (achaque ordinario en las caseras) y volvió el drama á la gaveta, hasta que por condescender con un amigo, y para beneficio de un distinguido actor, salió á la clarísima luz del teatro público.

Fué juzgada con más indulgencia de lo que yo esperaba y ella merecia; y aplausos y coronas recom-

pensaron largamente, sino el mérito, la buena intencion del poeta... Coronas!... ¿Quién no se pasmará del raro destino alcanzado por la ilustre señora que buscaba en estas cultas recreaciones nada más que una corona de artista, y que lleva hoy con dignidad y aplauso una diadema de Emperatriz!

Por lo que á mí hace, admirando esos raros caprichos de la suerte, he creido que ellos añadian algun interes á este juguete; el cual, logró al principio ser la avanzada de una invasion literaria; luégo el recreo de altos personajes y el presagio de alguna fortuna romancesca, y en fin, es hoy dato curioso de nuestra historia literaria. Por eso lo doy á la estampa. En cuanto á su argumento, hé aquí los hechos de que está tomado.



FUNDAMENTOS HISTÓRICOS.

Para bien comprender el motivo de la prision de Don Fadrique de Toledo, Marqués de Coria, y de la desgracia del Duque (de Alba) su padre, es de notar que el Marqués era muy enamorado, galan, liberal y muy alegre. Amaba poco tiempo sin ser amado. Despues de la muerte de Doña María Pimentel, su segunda mujer, hija de Don Alonso Pimentel, Conde de Benavente, se enamoró de una camarista de la Reina. Como no habia tenido hijos de sus dos primeras mujeres, y que todas se persuadian que queria volver á casarse, la Reina disimuló su galanteo, permitiéndole hacer visita á esta señora, á quien queria con extremo, deseándola un matrimonio tan ventajoso. Esta hermosura, ignorante de la fuerza del cariño, se entregó á él.

. . . .

. . . .

El Marqués se disgustó luégo; ella lloró, gimió, y no olvidó nada para mantener la constancia de su amante, y no habiendo podido salir con su intento, se echó á los piés de la Reina exponiéndola que iba á perder su reputacion y su honor.—La Reina habló en esto al Rey de un modo tan eficaz, que sus lágrimas eran más persuasivas que su elocuencia, resuelta como estaba á perder al Duque de Alba y á su hijo sino hacian cuanto ántes esta boda.—Los enemigos de la casa de Toledo no dejaron tampoco pasar aquella ocasion de humillarla.—El Rey movido de esto reprendió agriamente al Duque, el cual se puso el mismo dia en camino para su villa de Alba.

Don Fadrique casó entónces precipitadamente con Doña María de Toledo, su prima hermana, hija de Don García de Toledo, Virey de Sicilia, y de Doña Violante Colona, Marqueses de Villafranca.

El Rey, enfurecido con esta novedad, mandó que el Marqués (preso ya) fuese guardado con más estrechez, y á su padre que se presentáse en el castillo de Uceda. (Año 1578.)

. . . .

Felipe tuvo, sobre la herencia de Portugal, diferentes consejos, así como sobre la eleccion de General que para aquella jornada debia hacerse. Todos los pareceres concordaban en que se nombrase al Marqués de Mondéjar, que acababa de sosegar los moriscos de Granada. Pero el Rey, que juzgaba con más conocimiento que ellos, persuadido que sólo el Duque de Alba era quien felizmente podia terminar aquella guerra, le nombró por generalísimo, contra lo que todo el mundo esperaba, y escribióle para ello de su propia mano.

. . . .

El Duque quedó suspenso, pero luégo contestó al Rey que el celo de servirle le restituia la quebrantada salud y las fuerzas; que discurria ser cosa muy gloriosa salir de prision para triunfar, para librar un hijo amado, para aumentar sus timbres y los estados de su Rey, y para acabar la vida en un hecho glorioso.

. . . .

Y volviéndose á los que le rodeaban dijo con indiferencia: *El Rey quiere que con las cadenas arrastrando le vaya á conquistar reinos.* (Año 1581.)

(*Historia de Don Fernando Alvarez de Toledo, Duque de Alba*, por Don José Vicente Rustant. Tomo 2.°, cap. 2.° y 3.°)

Este Don Alfonso de Guzman asistió con su padre el Duque de Osuna y con Don Cristóbal de Moura, Marqués de Castel-Rodrigo, á la embajada que aquellos desempeñaron en Portugal; y ántes de la conquista de aquel Reino casó con Doña Leonor de Toledo, hija del Duque de Alba, que la llevó á cabo, y con quien Don Alfonso habia hecho sus primeras campañas en Flándes.

(Salazar, *Historia de la casa de Lara.*)



La espada de un caballero.



PERSONAJES.

El Duque de Alba Don Fernando de Toledo.
Doña Leonor de Toledo, su hija.
Doña Elvira, amiga y compañera de Leonor.
Don Tello de Córdoba, prometido esposo de Leonor.
Don Juan Alfonso de Guzmán, amante de la misma.
Zamora, criado de este.
El alcaide del castillo de Uceda.
Un Escudero.
Dos pajes del Rey.
Dos pajes del Duque.
Dos criados del mismo.
Monteros y cazadores de Don Tello.

La accion en el castillo de Uceda, prision del Duque de Alba en 1580.

ACTO PRIMERO.

La escena representa una sala del castillo: en el fondo tres arcos, que dan á una galería; á la izquierda del espectador una ventana, que se supone caer al campo; á la derecha una puerta que comunica con las habitaciones interiores.—Hay algunos muebles no lujosos, y entre ellos una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL DUQUE. DOÑA LEONOR.

DUQUE. Lo que dices creyera, si tu acento
Demudado cual nunca, tus miradas
De turbacion, tu rostro sonrojado,
Si, en fin, el lloro que tu pecho baña
Mal tu grado, Leonor, no declarasen
Que la verdad ocultan tus palabras.
LEONOR. Ah!
DUQUE. Suspiras? Por qué? Templa, hija mia,
Tu desconsuelo, y la ocasion aciaga
Sepa tu padre.
LEONOR. Nunca: el pecho mio
Dos años há, señor, que cauto guarda
Tan vergonzoso, tan funesto arcano.
Pocos instantes de suplicio faltan.
DUQUE. Sí, mi Leonor, acerbos infortunios
Sobre nosotros desde entónces cargan.

Tu hermano, bien lo sabes, olvidando
De un prematuro amor la débil llama,
Otro nuevo abrigó: llanto, deshonra
Deja á su amor primero, y su palabra
Niega cumplir. Los deudos agraviados
Cómplice me juzgaron de esta infamia,
Y, unidos á mis émulos, acusan
De torpe villanía al Duque de Alba.
Mi destierro consiguen, y en prisiones
Logran poner al domador de Holanda.

LEONOR. No fuisteis vos la víctima postrera
Que su encono inmoló.

DUQUE. Nuestras desgracias
Crecieron cada vez. Ciego tu hermano
Con tal esclavitud, otra alianza
Estrecha más y más: el cielo sabe
Cuánto me opuse á verla terminada.
Bien le mostré su honor comprometido,
La cólera del Rey, la injusta mancha
De su primera víctima, el desquite
Á que tú te exponias.

LEONOR. Desgraciada!

DUQUE. Todo, todo fué en vano: sordo, ciego,
Súplicas, advertencias, amenazas
Desprecia, y en secreto desposado,
Nuevos desmanes á su padre labra.
En la corte su enlace se publica;
Su necia obstinacion la antigua saña
Vuelve á encender del Rey, y allá entre tanto
Su víctima perece abandonada.
Mi cautiverio á Uceda transferido,
En ajeno poder presa mi espada,
Cual si en ella estribase mi fortuna,

Se acrecieron por dias mis desgracias.
Hoy sólo vi del sol en el ocaso
La tibia claridad ménos infausta,
Y bendije su luz.

LEONOR. Yo la maldije.

DUQUE. Pues qué! ¿te opones á la union cercana
Que nunca repugnaste?

LEONOR. Padre mio!

DUQUE. Es esta, di, de tu dolor la causa?

LEONOR. Temed, señor, temed que diga el labio
El arcano fatal que el pecho guarda.

DUQUE. Dilo: lo mando yo.

LEONOR. Mi honor lo impide.

DUQUE. Hoy que á cumplirse van las esperanzas
De dos familias, y en eterno lazo
Las de Toledo y Córdoba ligadas
Ántes de un hora se verán, lo ocultas?
Tú, que eres, mi Leonor, la prenda grata
De enlace tan feliz, tu, cuya mano
Nuevos amigos junta á nuestra casa,
Y el amor que tuviste á su enemigo
Para siempre olvidando...

LEONOR. Basta, basta.
Callad, señor, callad; que ya no puedo
Ocultar el dolor que me desgarra.
Sí, yo un tiempo le amé; más nunca, nunca
Esta fiera pasion borré del alma.
Cuando mi hermano, ciego en su delirio,
Quebrantando la fe de su palabra,
Me sujetó á sufrir de Don Alfonso
Despique atroz y bárbara venganza,
Vuestro ruego, señor, y su desprecio,
El deseo de verme vindicada,

Un sí perjuro me arrancó del labio,
Un sí que siempre contradijo el alma.
Mas ¡ tanto mueve á femeniles pechos
El orgullo abatido ! Ay ! Esperaba
Que lanzasen su amor de mi memoria
La ingratitud, el tiempo, la distancia.
Todo fué en vano, todo: el alma mia
(Inútil es negarlo) le adoraba.
Áun hora mismo á mi pesar le adora;
Siempre le adorará. Dios sólo...

DUQUE. Calla.
Qué vas á pronunciar?

LEONOR. Mas no por eso
Temais que rompa mi promesa infanda;
No; yo la cumpliré. Veréis en breve
Doblar mi cuello á la coyunda santa;
Pero en breve tambien, léjos del mundo,
Esquivaré la luz que Alfonso empaña.
Austera soledad, claustro desierto
Me ocultarán á él.

DUQUE. ¡ Necia amenaza,
Cuando media mi honor.

LEONOR. Un sacrificio
No es este para mí.

DUQUE. Tu repugnancia
¿ Por qué primero no dijiste ?

LEONOR. ¿ Acaso
Supe yo lo que dije? No le amaba;
Mas no detesto al que será mi esposo.

DUQUE. Tello es galan, y la quietud del alma
Te sabrá devolver.

LEONOR. Nunca. La dicha
Huyo de mí; perdióse la esperanza;

No puedo ser feliz sin ser de Alfonso;
El mundo entero sin su amor me cansa.

DUQUE. Hay más insultos para mí? Dios mio!
Y por una mujer ¿á mi palabra
Habré yo de faltar?

LEONOR. No: más contrarios
No levanteis, oh Duque, á vuestra fama.
Estrechad nuevo deudo con mi mano,
Y gozadlo, señor, edades largas.
Y si mi proceder siente Don Tello,
Descargue contra mí toda su rabia,
Que, cual su amor, desprecio; mas decidle
Que no rehuso el tálamo instigada
Por odio contra él; que tanto hiciera
Si libre de su yugo respirara;
Que huyo del mundo donde habita un hombre,
Porque amor lo aconseja, honor lo manda;
Porque no puedo amarle siendo ajena,
Ni ser ya suya, ni borrar del alma
Su imágen y su amor: en fin, decidle
Que, á no haber visto á Alfonso, yo le amara.

DUQUE. ¿Y tu amor, y la tuya y mi ventura
Á objeto tan indigno la consagras?
Oye una vez siquiera; ese tu Alfonso
Miró á mi lado florecer su infancia
Y me llamó su padre, y este nombre
Escuché con placer. Yo le enseñaba
Á ser fiel, generoso, compasivo,
Á despreciar la intriga cortesana,
Á guardar su amistad y no su enojo,
Á ser esclavo fiel de su palabra,
Á servir á su Rey, á no adularle;
Á ser un noble, en fin. En las batallas

Él aprendió conmigo, no en los duelos,
Á blandir fuerte y ponderosa lanza,
Á sujetar el potro belicoso,
Y á lidiar por su Rey y por su patria.
Si hoy le detesto y de su amor me olvido,
No me culpes á mí; suya es la falta.
Cuál ley no atropelló su necio encono?
Qué no inmoló al cariño de su hermana?
Todo lo olvida, todo me lo roba,
Ilusiones, poder, salud, privanza,
Hasta el cariño mismo de mis hijos,
Hasta mi libertad, hasta mi espada.
Mira si tu dolor merece, ó sólo
Mi justa indignacion.

LEONOR. Padre, una gracia
Os pido al despedirme: es la postrera.

DUQUE. Serás esposa de Don Tello?... Basta.
Qué pretendes de mí? Todo soy tuyo.

LEONOR. Si alguna vez Alfonso recordara
Nuestro primer amor; si en algun dia
El perdon implorase á vuestras plantas,
Perdonadle, señor, y sed su amigo.

DUQUE. Sólo me hará su amigo...

LEONOR. Qué?

DUQUE. Mi espada.

LEONOR. Padre, acordaos que nacisteis noble.

DUQUE. Tambien puede ser noble la venganza.

LEONOR. Y ¿vuestra espada sólo...

DUQUE. Ya lo he dicho;
Sólo mi acero logrará apagarla.

LEONOR. Y si Alfonso os lo vuelve?

DUQUE. Qué delirio!

LEONOR. Yo sin embargo acepto la palabra.

DUQUE. La palabra de un padre ante una hija.
LEONOR. Vos sois un caballero y yo una dama.
DUQUE. Pobre Leonor! Y quién ha de cumplirla?
Pero Elvira á este sitio se adelanta:
Con ella puedes desahogar tu pecho,
Pues, más que amiga, bondadosa hermana
Fué siempre para tí. Plegue á Dios vuelva
Á tu afligido carazon la calma.
LEONOR. Ya no es posible.
DUQUE. Adios; pero no olvides
Que el cielo no aconseja tal constancia,
Y que si á veces perdonar ordèna,
Ceder tambien, ceder, á veces manda.
(*Váse.*)

ESCENA II.

LEONOR. ELVIRA.

LEONOR. Has escuchado, Elvira?
ELVIRA. Sí, mi Leonor.
LEONOR. Ceder!
ELVIRA. Tus ojos solamente
Niegan ya lo que ven.
Cambió cuanto nos cerca
La fortuna cruel.
LEONOR. Sólo yo soy la misma;
Sólo dura mi fé.
ELVIRA. Y ¿qué importa, si en breve
Habrás de prometer
Fidelidad á otro hombre?
LEONOR. Á quien nunca estimé!
ELVIRA. Es Don Tello de Córdoba

Bien nacido y cortés?
Y suplirá el respeto
Á la ternura en él.
Valga en tí la obediencia
Por el amor.

LEONOR. Tal es,
Elvira, mi destino:
Callar, obedecer.
Hoy mártir y mañana
Perjura.

ELVIRA. Tú! porqué?

LEONOR. El velo que en el ara.
Envolverá mi sien
¿Cubrirá de mi pecho
la pérfida doblez?
Con el uno sumisa
Y con el otro infiel.
Que le venguen los cielos
Acaso temblaré.

ELVIRA. No tan severa acuses
Tu mismo proceder.
Es cierto que de Alfonso...

LEONOR. Tú le has nombrado; ves?
Do quiera que me vuelva,
Le he de oir, le he de ver:
La pena y la alegría,
El amor y el desdén,
Los juramentos mismos
Que en breve escucharé...

ELVIRA. Afirmarán los tuyos.

LEONOR. Me acordarán los de él.

ELVIRA. Y ¿no soy yo por dicha
Tu amiga?

LEONOR. Di más bien
Mi hermana.
ELVIRA. Pues ¿qué importa
Que por templar la hiel
Del infortunio, dejes
Tus lágrimas correr
En mi pecho?
LEONOR. Algun dia
En el clima holandés
Corrió así nuestro llanto.
ELVIRA. Ah! Dichosa niñez,
Dónde fuiste?
LEONOR. ¿Te acuerdas
Cuando mirto y laurel
Tejíamos que fuesen
De sus hazañas prez?
Te acuerdas? Ay! entónces
Postrado ánte mis piés
Eterno amor juraba.
ELVIRA. Eterno!... Bien se ve.
Por vengar las ofensas
Que hizo á su hermana Inés
Tu hermano, se desdice
De su palabra.
LEONOR. Infiel!
Con que no me amó nunca?
¿Con que un empeño fué
Su cariño, y su olvido
Otro empeño tambien?
Elvira, di, qué es esto?
¿No hay en los hombres fe,
Ó por orgullo saben
Amar y aborrecer?

ELVIRA. No, mi Leonor: el mundo
Tan pérfido no es
Cual lo pinta el despecho;
Pero yerra tambien
Quien lo imagina lleno
De amor y de honradez.
Sólo una cosa hay cierta;
Que en perdurable ley
Todo pasa y se muda;
Sucede al mal el bien,
Al júbilo la pena,
Y al dolor el placer.
Tú gozarás mañana
Como hoy te afliges, y él
Quizás hoy te aborrece
Como te amaba ayer.
Todo cambia y se muda
En contínuo vaiven.

LEONOR. Sólo yo soy la misma,
Sólo dura mi fe.
(*Un momento de pausa: suenan dentro tres palmadas.*)
Qué señal?... Has oido?

ELVIRA. Sí, por mi vida.

LEONOR. Es él?
Escucha.
(*Se oye un preludio de canto acompañado de laud.*)

ELVIRA. No es su acentó.

LEONOR. Ilusa me engañé.

ELVIRA. (*Á la ventana.*)
Algun zagal que canta
Á su adorado bien,
Al rayo fugitivo

Del triste anochecer.
(*Cantan dentro.*)
«Rendido amante sincero
Cuando eterna fe juraba,
Sólo por ti palpitaba
Mi llagado corazon.
Un pérfido caballero
El lazo que nos unía
Rompió con la villanía
De su mentida pasion.
¡ Cuánto, mi bella, sufrí
Por ti, por ti !»
(*Continúa la música, y suena á lo léjos una trompa de caza.*)

LEONOR. (*Representando.*)
¡ Feliz tú que atormentado
Puedes dejar un momento
Tus lágrimas en el prado,
Tus suspiros en el viento!
¡ Ay del que en techo dorado
Con risa oculta el lamento,
Y no tiene en su sufrir
Más alivio que reir!
Reir.
(*Cantan dentro.*)
«Aquella fué la postrera
Hora de amor y ternura:
Sacrifiqué mi ventura
Por obligar al traidor.
Torna, bella prisionera,
Á los brazos de tu amante,
Si tú le guardas constante
Como él te guarda su amor.»

Baste de penar aquí
Por mí, por mí.»
(*Suena una trompa de caza más cerca.*)

LEONOR. Me engaña mi deseo?
Escuchaste?

ELVIRA. Escuché,

LEONOR. Conmigo habla la letra.

ELVIRA. Mas no la voz.

LEONOR. (*Saliendo á la ventana.*)
Y quién?...
Veamos.

ELVIRA. Solamente
Entrando vá el tropel
De la caza.

LEONOR. Don Tello
Precede á todos.

ELVIRA. Pues:
Más ufano que nunca
Te la viene á ofrecer.

LEONOR. Ay! Escondamos pronto
Estas lágrimas: él
No las entiende, y otro
Las desprecia tal vez.

ELVIRA. Huyamos.

LEONOR. No, mi Elvira,
Quédate aquí y preven
Que me dé algun espacio
De calmarme.
(*Váse por la derecha.*)

ELVIRA. Anda, vé.

ESCENA III.

ELVIRA: DON TELLO, *saliendo con algunos monteros*.

ELVIRA. (*Aparte.*)
Pobre corazon amante!
TELLO. Excelente caceria!
No ha visto la Andalucía
Caballo más arrogante.
Y vosotros, buenas gentes,
Acreditais vuestra fama:
Hay por todo este Jarama
Cazadores muy valientes.
Con que, amigos, id con Dios.
(*Á Elvira.*)
¿Adónde está Su Excelencia,
Bella Elvira?
ELVIRA. Qué impaciencia!
Guárdeos el cielo.
TELLO. Y á vos.
ELVIRA. Y las reses?
(*Aparte.*)
Tú caerás.
TELLO. Ya vienen.
ELVIRA. Y la batida?
TELLO. Al principio, fementida:
Pero al fin, no cabe más.
¿Quereis, ántes que la luz
Se acabe, ver un venado
Que ahora mismo he matado
Con este propio arcabuz?
ELVIRA. (*Aparte.*)

Ya cayó.—Más tarde iré.

TELLO. En dos saltos.

ELVIRA. No: deseo
Que me conteis el ojeo.

TELLO. Eso os divierte?

ELVIRA. Si á fé.

TELLO. Pues jamás os conocí
Esa inclinacion.

ELVIRA. Pues no?

TELLO. (*Aparte.*)
¡Qué dichoso fuera yo
Con una mujer así!

ELVIRA. Sentáos aquí. Á fe mia
(*Se sienta.*)
Que andais en hablar rehacio.

TELLO. (*Sentándose.*)
Qué! ¿quereis saber despacio...

ELVIRA. Cómo os fué en el primer dia?

TELLO. Tan sólo un gato montés
Maté yo y un jabalí.
No vemos, si no es por mí,
En todo el dia una res.
Los otros dos más felices
Fueron á todos por cierto;
Como que yo solo he muerto
Ciento veintidos perdices.

ELVIRA. Pues á la mitad de España,
Como todo se aproveche,
Podeis surtir de escabeche.

TELLO. Ved una aventura extraña.
Ayer estaba en acecho
La cazadora caterva,
Cuando vemos una cierva

Bajando por un repecho.
La tira el primero; nada;
La tira el segundo; ménos:
Otro al puesto; estamos buenos!
En fin, el cuarto; bobada!
Yo que ya cargado habia
Mi arcabuz, (caso más raro)!
Lo cebo, apunto, disparo,
Y yerro la puntería.

ELVIRA. Buen cazador! Bravo, bravo!
Sólo una cosa me admira;
Cómo á las perdices tira
Quien yerra...:

TELLO. Pues no me alabo.
Pasad por aquí la vista
(*Saca un papel.*)
Y vereis.

ELVIRA. Gran menudencia!

TELLO. Amiga, habiendo conciencia,
Se debe cazar por lista.
Y siempre fué mi opinion,
Que en esto, como en amar,
Debe un hidalgo llevar
Muy buena cuenta y razon.
Dice pues:
(*Leyendo.*)
«Razon completa
De las piezas que alcancé,
Sin contar...»

ELVIRA. Qué?

TELLO. «Las que erré
Por causa de mi escopeta.
Una, diez, veinte, cincuenta

Perdidas en los abrojos;
Item, entre los rastrojos
Treinta más, que son ochenta;
Diez y seis que yo maté,
Aunque otros las remataron,
Y cuatro que otros tiraron
Pero que yo rematé.»—
Hacen ciento; y otras dos,
Que yo las tiré con bala,
Pero que se fueron de ala
Las maldecidas de Dios.

ELVIRA. Perdiz con bala!

TELLO. Es formal:
Todos conmigo lo vieron.—
Y veinte que se me fueron
Hacen la cuenta cabal.

ELVIRA. Pero me parece á mí
Que el que esas perdices coma
No estará muy gordo.

TELLO. Toma!
Pues muchos cazan así.
Pero escuchad otro lance;
Que si aquel es vergonzoso
Este de puro famoso
Puede salir en romance.
Ayer en un vericueto,
Cuando iba el sol declinando,
Vimos que estaban pastando
Dos verracos y un paleto.
Estaban léjos aún;
Déjolos venir á mí,
Y cuando á tiro los ví
Apunto á los tres, y ¡pum!

ELVIRA. Á los tres? por vida mia
Que sois cazador muy ducho.
TELLO. El maldecido cartucho
Sólo dos balas tenia.
ELVIRA. Bien: á bala por verraco.
Y el paleto se escapó?
TELLO. No por cierto, que cayó
Con el golpe de mi taco.
ELVIRA. (*Aparte.*)
¡Hay mentir más singular!
TELLO. Hora recuerdo, y Leonor?
ELVIRA. Aún está en el tocador.
TELLO. Tambien yo me he de mudar
El gaban de vellorí
Para la boda.
(*Va á entrar.*)
ELVIRA. (*Deteniéndole.*)
Y ¿no vemos
Ántes la caza?
TELLO. Sí haremos.
(*Aparte.*)
Ay qué mujer para mí!

ESCENA IV.

DICHOS. EL ALCAIDE, *que entra por el fondo.*

ALCAIDE. Ahí teneis, Don Tello, ya
El resto de la cuadrilla.
TELLO. Voy á dar á mi trahilla
De comer.
ELVIRA. Y Leonor?
TELLO. Ah!

Me olvidé: pero no, luégo...
(*Al Alcaide.*)
Están hambrientos los galgos?

ALCAIDE. Sí lo están, algo y aun algos.

TELLO. (*Á Elvira.*)
Excusadme, yo os lo ruego,
Con Leonor, y pues mitiga
El Alcaide hoy la condena...

ALCAIDE. Su Majestad me lo ordena.

TELLO. Decidle tambien, amiga,
Al Duque que venga al punto
Al campo, que es lo mejor,
Y allí verá con Leonor
Todas las reses por junto.

ELVIRA. Tendrá miedio al jabalí
Y al ciervo...

TELLO. Muertos están.

ELVIRA. (*Aparte.*)
Qué marido tan galan!
(*Vase por la derecha.*)

TELLO. (*Aparte.*)
Ay qué mujer para mí!
(*Vase por el fondo.*)

ESCENA V.

EL ALCAIDE. *Luégo*, DON ALFONSO *y* ZAMORA *de viaje.*

ALCAIDE. Pues! ni de Leonor se acuerda,
Y dentro de pocas horas
Los casarán. ¿Cómo quieren
Que salgan bien estas bodas?

ZAMORA. En fin, Don Alfonso, entramos;

Mas por vida de Zamora
Que me tueste el Santo Oficio
Cuando yo me meta en otra...
ALCAIDE. Descansar podeis aquí,
Hidalgo, pues que os abona
La salváguardia real.
ALFONSO. Está bien.
ALCAIDE. Yo con la tropa
Vuestras órdenes espero.
ALFONSO. Está bien.
ALCAIDE. Y ¿hasta qué hora
No hemos de avisar al Duque?
ALFONSO. Hasta las diez.
ALCAIDE. (*Á Zamora.*)
Gasta pocas
Razones el compañero.
ZAMORA. Tiene la voz algo ronca,
Y teme que le de el aire:
Por eso tanto se emboza.
ALCAIDE. Pues ¿no cantaba hora-poco
Con el laud unas trovas?
ZAMORA. No tal. ¡Si fué un sangrador
Natural de Calahorra
Que sirve á Su Majestad!
Sangradores, gente loca
Que cantan como canarios
Y charlan como cotorras.
ALCAIDE. Manejais vos la lanceta?
ZAMORA. Ni por sueños; y si es broma,
Sabed que soy peluquero
Y barbero, á mucha honra.
Me llamo, para serviros,
El maese Juan Zamora.

Mi padre fué sacamuelas
Y mi madre fué matrona
En tierra de Andalucía.
Téngala Dios en la gloria!
Yo he nacido en romería,
Y me bauticé en Astorga,
He cursado en Salamanca
Y he practicado en Pamplona.
Muchos años he servido
En Flándes al Rey, y ahora
De Don Alfonso Guzmán
Soy criado, y cual su ropa
Me viene el contar sus prendas
Y el hilvanar sus historias.
Hablo y niego á mi sabor
Miéntras él calla y otorga.
Por lo que he venido á ser
Para dueñas y fregonas
Tan pródigo yo de lengua
Como su merced de bolsa.

ALCAIDE. Y os creerán por la palabra?

ZAMORA. Pues cómo! no basta?

ALFONSO. (*Á Zamora.*)
Sobra.
(*Al Alcaide.*)
Perdonad: en cuanto ha dicho,
Alcaide, el secreto importa.

ALCAIDE. Soy noble y sabré guardarlo.

ALFONSO. Primero tambien que oiga
Mi mensaje el Duque de Alba,
Fuera bueno hablar á solas
Con su hija.

ALCAIDE. Si lo mandais...

ALFONSO. Os lo suplico.
ALCAIDE. En buen hora.
ALFONSO. Es de un caballero á otro
Esta merced.
ALCAIDE. Tanta honra...
Y qué razon la diré?
ZAMORA. Pues la razon es muy obvia.
¿No veis que así prevenido
Por su medio el Duque, toda
La sorpresa no se junta
Al fin, y si mi amo logra
Hacer que Doña Leonor...
ALCAIDE. Pues ¿la conoce?
ZAMORA. Esa es otra!
Yo os cuento á vos el motivo;
No digo que él la conozca.
ALCAIDE. Pues ¿no digísteis...
ZAMORA. Es claro:
Que la duda, y la zozobra,
Y el deseo, y la esperanza
Que prevengan, si se agolpa
El susto... No me entendeis?
Esto no hace en pro ni en contra.
ALFONSO. Calla en fin.
ALCAIDE. Voy al momento.
Conque le diré...
ZAMORA. Qué posma!
ALFONSO. Que quiere verla un pariente
De Doña Ana de Mendoza.
ALCAIDE. Sí diré.
ALFONSO. Y que le va en ello
Su dicha y quizá su honra.
ALCAIDE. Pues con tal apremio, viene

Primero aquí que á la boda.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA VI.

ALFONSO y ZAMORA.

ALFONSO. Qué escucho, cielo divino!
ZAMORA. Linda figura has quedado!
ALFONSO. Malhaya, amén, mi destino!
ZAMORA. No; que si no el desposado
Puedes hacer de padrino.
Yo te doy la enhorabuena,
Que ella es dulce ocupacion,
Por el refresco y la cena.
ALFONSO. ¿De burlas vienes, bufon,
Cuando me mata la pena?
ZAMORA. Señor, la pena no mata;
Que yo sé una medicina
Fácil, cómoda y barata.
ALFONSO. Cual?
ZAMORA. Propinarle á la ingrata
Las naranjas de la China.
ALFONSO. ¿Conque oiste...
ZAMORA. Sí que oí.
ALFONSO. Dijo que Leonor...
ZAMORA. Pues; que ella...
ALFONSO. Se casaba hoy mismo?
ZAMORA. Sí.
ALFONSO. Cómo mi amor atropella?
ZAMORA. Eso pregúntalo á ella,
Porque, qué me importa á mí?
ALFONSO. Y me olvida!

ZAMORA. Yo ¿qué sé?
ALFONSO. Inútilmente me aflijo:
Tú te burlas.
ZAMORA. Yo ¿de qué?
ALFONSO. No dijo boda?
ZAMORA. Sí dijo.
ALFONSO. Pues cómo falta á la fe?
ZAMORA. Por sobra de caridad.
ALFONSO. Esa boda es falsedad
Cuando yo el juicio no pierdo.
ZAMORA. Yo no sé si tú estás cuerdo;
Mas que él lo dijo es verdad.
ALFONSO. Conque no hay duda en mi mengua?
Conque es traidora Leonor?
Ay! Primero que el dolor
Dicte agravios á la lengua,
Salga del pecho su amor.
Sal, pasion, que yo nutria
Desde mi angélica edad,
Y como en el alma ardia,
Pensaba que llegaria
Con ella á la eternidad.
Sal, ensueño de placer,
Sal, ilusion de la infancia,
Sal ya para no volver;
Pues no cabe la constancia
En corazon de mujer.
ZAMORA. Dejando toda esa sal
Allá para San Anton,
Di, ¿por qué llevas á mal,
Si te da á ti el corazon,
Que dé la mano á un rival?
ALFONSO. Calla.

ZAMORA. Ya callo, señor.
ALFONSO. Mas no; dame por consuelos
Las perfidias de Leonor,
Á ver si muere mi amor
Con la herida de mis celos.
ZAMORA. Celos tienes? Eso más?
Pues ¿no diste tú el motivo?
ALFONSO. Yo pude ser vengativo;
Pero pérfido, jamás:
Mi rencor el cielo abona.
ZAMORA. Pardiez que es estrafalario.
Cuando está el Duque en chirona
Por ti, empeñas tu persona
Por la suya; y al contrario,
Cuando cediendo á tu ruego,
El Rey viene en perdonarle,
Vienes por la posta, y luégo
Te empeñas en arrullarle
Con tus cantares de ciego.
Señor, si de ese linaje
Tus venganzas han de ser,
En tomando otro mensaje
Será prudente el traer
Un cantor en vez de paje,
Y músicos por sirvientes.
ALFONSO. ¡Que, conociendo mi historia,
De ese modo me atormentes!
ZAMORA. Cuando el escribirla intentes,
Yo la diré de memoria.
(*Alfonso se sienta á escribir.*)
Cuando fuiste militar
Allá en Flándes con el Duque,
Su hija te logró prendar,

Y el viejo intentó casar
Á su hijo, así, de retruque.
Era el mancebo cortés,
Y tu hermana Doña Inés
Vino á quererle...

ALFONSO. (*Aparte.*)
Malvado!

ZAMORA. Y... Dios la haya perdonado.—
Fuisteis á Madrid despues.
Por no sé cuál cortesana
Planta á Inés el Don Fadrique.
Tú á Doña Leonor, su hermana,
Replantas, y ella en despique
Te trasplantará mañana.
Pues hora, señor, decid,
Ya que hemos visto el plantel,
Que mal año no es de vid,
¿No es mejor, sin más tropel,
Que volvamos á Madrid?

ALFONSO. (*Levantándose.*)
Si tengo palabra dada
Al Rey, por qué me importunas?
Yo he de cumplir mi embajada
Á las diez.

ZAMORA. Hora menguada
Para quien está en ayunas.
Diez leguas hay no completas
Desde Madrid; y tal prisa!
Mal rayo en tus estafetas!
Estoy por morir de risa,
Si no muero de agujetas.

ALFONSO. Yo por ver á esa traidora
Desde la corte volé;

Mas no imagines, Zamora,
Que es porque el alma la adora;
Porque mediaba mi fe.

ZAMORA. Pues ya: por qué estás rehacio?
¿Hay más que llegar, señor,
Y aflojar el cartapacio,
Y volver?

ALFONSO. Vamos á espacio;
Que ahora media mi honor.
Si en pos de un bien ideal
Vine á Uceda...

ZAMORA. Harto á mi costa.

ALFONSO. No porque encuentro mi mal
He de volver por la posta
Las espaldas á un rival.

ZAMORA. Mira que, en mal tan extraño,
Ántes que se agrave el daño
Tomar aires es prudente.

ALFONSO. El remedio más urgente
Es, Zamora, el desengaño.
Si Leonor libre me olvida,
Goce su amor en buen hora
Por toda una larga vida;
Que no ha de ser mi homicida
El desden de una traidora.
Mas si humilla su razon
Á tirana autoridad,
Librarla es mi obligacion.
Róbenme su corazon,
Pero no su voluntad.
Mas esto yo lo he de oir,
Lo he de ver, lo he de palpar.
Zamora, no hay que decir:

De Uceda no he de partir,
Ó me he de desengañar.

ZAMORA. De qué modo?

ALFONSO. (*Yéndose y señalando á la mesa.*)
Ese papel
Has de entregar ahora mismo.

ZAMORA. Mucho me huele á cordel
Tan intrincado embolismo.
Y á quién lo he de dar?

ALFONSO. (*Yéndose.*)
Á él.

ESCENA VII.

ZAMORA.

Oye, señor! Buena es esta!
Su locura es manifiesta.
Aquí me deja un papel
En blanco, y da por respuesta
Qué está dirigido *á él*.
Si esto fuera su caudal,
Hay presuncion muy legal
De que me lo daba á mí;
Que los hidalgos así
Hablan, en impersonal.
Mas no; que daba furioso
En cada línea un suspiro,
Y... yo soy escrupuloso:
No es esta letra de giro
Cuando no se ve el endoso.
Vaya una ocurrencia rara!
Si será para su bella?

Mas mi magin no repara
Que sólo una cosa hay clara,
Que siendo *á él*, no es á ella.
Mejor es que no lo entregue...,
Que pregunte..., que despliegue...;
Y lea... No; guarda, Pablo!
Pues lo encajo, voto al diablo!
Al primero que se llegue.
Digo que en su propia mano
Lo dejé, y ruede la bola;
Y estando en blanco, ¿no es llano
Que cuadra á cualquier cristiano,
Ménos á un bozal de Angola?
Pues ánimo: no hay cuartel
Para el que pase el cancel;
Y ántes que rompa la nema,
Me escurro y digo con flema;
«Contéstele usted *á él*.»
(*Se va lentamente hácia el fondo.—Cae el telon.*)



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa las inmediaciones del castillo de Uceda, cuyo rastrillo puede verse en el fondo. Hay una cruz de piedra enmedio; á la derecha del espectador una capilla ó ermita; por todas partes árboles. Es de noche: puede verse la luna.

ESCENA PRIMERA.

EL ALCAIDE *y* LEONOR, *que vienen como del castillo.*

LEONOR. Todo el castillo en vano he recorrido,
Y á ninguno he encontrado:
Infiero, Alcaide, que nos han burlado.
ALCAIDE. Y con todo está aquí.
LEONOR. Pierdo el sentido!
Dulce credulidad, porqué me engañas?
ALCAIDE. Digo que he visto al hombre.
LEONOR. Y vos le conoceis?
ALCAIDE. Tal es su nombre,
Que, cual yo, le conocen las Españas.
LEONOR. De eso no más, infiero
Que es noble.
ALCAIDE. Y muy cumplido caballero,
Que grande influjo con la córte goza
Por deudo de Doña Ana de Mendoza.
LEONOR. Será (de ella lo temo) algun espía
Que de nuevo conspire en nuestro daño.

ALCAIDE. Guárdeos el cielo á vos de un desengaño:
Que de eso os guarda la nobleza mia.
LEONOR. No vale esa porfia
La necia pretension de algun prolijo,
Que una limosna así tal vez procura.
ALCAIDE. Mal lo daba á entender cuando me dijo
Que el veros importaba...
LEONOR. Á qué?
ALCAIDE. Á vuestra ventura,
Y á vuestro honor quizás.
LEONOR. De eso se alaba?
Luego yo le conozco.
ALCAIDE. Demasiado.
LEONOR. Es, en fin, un contrario ó un amigo?
Decid.
ALCAIDE. Dije sobrado.
Lo que callo juzgad por lo que digo.
LEONOR. (*Viendo venir á Don Tello.*)
Don Tello.—Es él?
ALCAIDE. (*Yéndose.*)
Su nombre es un secreto.
Mi honor está empeñado,
Y yo cumplo, Leonor, lo que prometo.
(*Váse.*)

ESCENA II.

LEONOR. DON TELLO, *entrando por el foro.*

LEONOR. Es él.
TELLO. Esquiva señora,
En fin, os pude encontrar.
LEONOR. Vos me venís á buscar?

TELLO. Os busca quien os adora.
Miéntras que el Duque y Elvira
Contemplan la caza allí,
Os tengo que hablar.
LEONOR. Vos?
TELLO. Sí.
LEONOR. El alma apénas respira.
TELLO. El corazon se alboroza,
Mi Leonor, viéndoos presente.
LEONOR. ¿Sois acaso...
TELLO. Qué?
LEONOR. ¿Pariente
De Doña Ana de Mendoza?
TELLO. Sí, por mi dicha, lo soy.
Qué! ¿ya os dijeron?...
LEONOR. Es llano
Que sí.
TELLO. Como nunca ufano
Con ese título estoy.
LEONOR. De eso os valeis?
TELLO. Claro está;
Y ella con su mediacion
Levantará la prision
Al Duque: lo entendeis?
LEONOR. Ya.
TELLO. Por sorprenderos ha sido
El ocultar mi privanza.
(*Con familiaridad.*)
Perdona esta confianza
Al que va á ser tu marido,
Mi bella ingrata.
LEONOR. Señor,
Cuando de ese modo hablais,

De vos mismo os olvidais,
Y olvidais que soy Leonor.

TELLO. Me placen por cierto, y mucho,
Tan desdeñosos extremos;
Porque es tiempo, en fin, que hablemos
Con franqueza.

LEONOR. Ya os escucho.

TELLO. Sois vos dama principal,
Y yo rico-hombre nací.

LEONOR. No hay porqué mentar aquí
Nuestra condicion.

TELLO. Es tal,
Que vuestro padre y el mio
Estas bodas concertaron,
Y en ello no consultaron
Ni el vuestro ni mi albedrío.
Con todo, fué gran favor
Darme tan digna consorte:
Y público ya en la córte,
Es en mí punto de honor.

LEONOR. Tal confesion me dispensa
Don Tello, á mí de razones;
Pues sobran reconvenciones
Donde es tan clara la ofensa.—
Ofensa dije; no tal;
Gozais favor, y es humano
Tender compasiva mano,
Por alivio á nuestro mal.
Así dijísteis, señor,
En medio á vuestra fortuna:
«Si me he de casar con una,
Bien venga Doña Leonor.
Su padre en prision está;

Mas si yo la envidia acallo,
Torno al Rey un buen vasallo,
Y el Rey me lo pagará:
Así mi favor le salva,
Así en un punto consigo
Tener al Rey por amigo,
Y por padre al Duque de Alba:
Y acredito mi poder,
Y mi amor, y mi porfía...»
—Pero, señor, en un dia
Fuera sobrado placer.
Y aunque es liviano favor
Tenerme á mí por consorte,
(*Con ironía.*)
Lo que es público en la córte
No es en mí punto de honor.

TELLO. Vos repetís...

LEONOR. Claro es ello.

TELLO. Pues si de ese modo hablais,
(*Con ironía.*)
De vos misma os olvidais,
Y olvidais que soy Don Tello.

LEONOR. Yo me admiro á la verdad
Del que aspira á ser valido
Que tenga con el caido
Tanta generosidad.

TELLO. Sincero, si no benigno,
Hable, Leonor, vuestro labio.

LEONOR. Me duele haceros agravio.

TELLO. Ni de él, señora, soy digno;
Que si contraria á mi fe
Fuese vuestra voluntad,
Dando al Duque libertad

La vuestra respetaré.
Que no soy tan temerario
Como Alfonso de Guzmán,
Que siendo vuestro galan
Se tornó vuestro contrario.

LEONOR. No lo teneis que nombrar,
Porque me doy á entender
Que mal puede aborrecer
El que nunca pudo amar.

TELLO. Cierto que en tiernos amores
Me doy, Leonor, mala traza;
Pero decidme, en la caza
¿Quién viste vuestros colores?
¿Quién me ha aventajado á mí
En destreza ni en valor?
¿Quién ha cazado mejor
Ya el cerdoso jabalí,
Que el prado y el monte asombra,
Porque vos gustárais de él,
Ya el lobo, porque su piel
Os pueda servir de alfombra?
Y si á dar al cielo enojos
Mi rápido halcon lanzaba,
Parece que me elevaba
Al azul de vuestros ojos.
Y mil veces en el valle
Á la cierva perdoné,
Porque en ella recordé
La esbeltez de vuestro talle.
Nunca, empero, he conseguido
Que premiáseis mi cuidado;
Mas como me ví envidiado,
Me juzgué favorecido.

LEONOR. Don Tello, ese proceder...
TELLO. Tal vez le acusais de necio.
LEONOR. No; que á veces el desprecio
Obliga más á querer.
TELLO. Me despreciais?
LEONOR. No, por Dios.
TELLO. Es compasion?
LEONOR. Quizá sí.
TELLO. Cómo?
LEONOR. Porque conocí
Quien padeció como vos.
TELLO. Hace de esto más de un año,
Y es tiempo, por vida mia,
De que logre mi porfía
Gratitud ó desengaño.
LEONOR. Gratitud! La mereceis,
Si en el mundo se encontrara;
Pero en cambio cara á cara
El desengaño hallaréis.
TELLO. Y ¿qué me quiere decir
Esa confusa razon?
LEONOR. Que está seco el corazon
Que vos quereis exprimir.
TELLO. Mis cariñosos extremos
Le volverán á animar.
LEONOR. Don Tello, desde el altar
Fuerza será que busquemos
Vos en la córte morada,
Y yo en el claustro un asilo;
Y así viviréis tranquilo
Y yo moriré olvidada...
TELLO. De Alfonso; que, en conclusion,
Aún le amais.

LEONOR. No; le aborrezco.
TELLO. Y yo, Leonor, ¿no merezco...
LEONOR. Mereceis mi estimacion.
TELLO. Mi anhelo cumplido está
Con tal favor.
LEONOR. No os desdeño:
La boda es en vos empeño,
Y en mí obediencia será.
TELLO. ¿Empeño! Afecto más puro
Nunca un hermano sintió.
LEONOR. Y para premiarlo yo,
Serélo tuya; lo juro.
(Leonor tiende la mano á Don Tello; este la besa; la acompaña hasta la salida del fondo. Zamora ha oido las últimas palabras.)
Adios.
(Vase por el fondo.)
TELLO. Adios.—Mi ternura
Vencerá tanto rigor;
Que todo lo vence amor
Y todo el tiempo lo cura.
Veamos al Duque en tanto,
Y acábense en fin las bodas:
Si de este modo son todas,
Vive Dios que es un encanto!
(Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

ZAMORA. *(Remedando á Leonor.)*
Seré tuya, lo juro.
Podeis dormir, amigo, muy seguro.
¡Que no esté aquí, mal año,

Don Alfonso, que busca un desengaño
Con sus ojos mortales,
Despues de andar diez leguas capitales!
Pues vóiselo á contar, porque se enoje;
Que miéntras él se desespera y gime,
Otro á tientas las coge,
Y en blanca mano su bocaza imprime.
¿Y si luégo se ofende,
Y conmigo la emprende,
Como me tiene á mano,
Y me da de embustero y de villano?
Callar es más conciso:
Callemos esta vez, y vaya en gracia.
Oh! Digan lo que quieran, es preciso
Para lacayo mucha diplomacia.
Y yo la tengo, como soy Zamora.
Quién lo puede dudar? ¡Con qué donaire
En medio de la turba cazadora,
Que con marcial desgaire
Mentiras mil ensarta,
El borgoñon mostacho retorciendo,
Fuí la vista tendiendo,
Hasta que al fin encomendé mi carta
Á aquel ilustre anciano
Que la tomó con temblorosa mano,
Concertando muy bien, cual pude vello,
La blancura del sobre y del cabello!
Y con sonrisa fria,
«Dile, me dijo, al noble que te envía,
Que frente á la muralla
Lo que pretende encontrará sin duda;
Que lo puede afirmar quien le saluda,
Aunque, como él, hasta su nombre calla.»

Digo! la cosa es ruda.
Pero si busca Alfonso temerario
Su muerte, fué prudente mi eficacia
En darle aquel vejete por contrario.
Dígase lo que quiera, es necesario
Para lacayo mucha diplomacia.
(*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE *y* DON TELLO, *que vienen por la izquierda del fondo.*

TELLO. Qué os parecen mis corceles?
DUQUE. Me parecen corredores.
TELLO. Pues no digo mis lebreles...
No los tiene el Rey mejores,
Más pintados, ni más fieles.
Ni otro arcabuz más certero
Hay, ni ballesta más fina.
DUQUE. Yo de las armas prefiero
Esa espada damasquina
Con su cinturon de cuero.
TELLO. Puesto que tanto os agrada,
Tomadla.
DUQUE. Bien empleada
Está.
TELLO. Satisfecho quedo
Con que maneje mi espada
Don Fernando de Toledo.
DUQUE. Aunque libre de ello soy,
Ya sabeis que no la ciño
Desque prisionero estoy.

TELLO. Pues buen remedio, por hoy
Hace excepcion mi cariño.
(*Se quita el cinturon.*)

DUQUE. Quitad, que en cintura anciana,
Que ya el infortunio inclina,
Pierde su temple.

TELLO. Lo gana
Si, amén de ser damasquina,
Siendo vuestra, es toledana.
Demas que si un caballero
Sólo es avaro de honor,
Este un cambio considero:
Yo os doy el mio en mi acero,
Y vos el vuestro en Leonor.
Aquesto ha de ser así.
(*Ciñe al Duque su espada, y del cinturon de este se cae al suelo un papel.*)

DUQUE. Me obliga vuestra fineza.

TELLO. Dejad eso, y mi destreza
Alabad. Qué jabalí!
Y qué ciervo!

DUQUE. Brava pieza!

ESCENA V.

DICHOS. ELVIRA, *que sale por la derecha.*

ELVIRA. Nada; en todo el bosquecillo
No he encontrado á mi señora.

DUQUE. Ya se habrá vuelto al castillo.

TELLO. Quién?

DUQUE. Leonor.

TELLO. Por el rastrillo

La fuí yo sirviendò ahora.

DUQUE. Me place
(*Yéndose.*)
Con que venís?

ELVIRA. Vamos.

DUQUE. (*Aparte.*)
Callemos la ira.

TELLO. ¿Deciais...

ELVIRA. Qué?

DUQUE. (*Queriéndolos apartar.*)
No os vestís?

TELLO. Sí tal.

DUQUE. Ya os espero.
(*Vase por la derecha hácia el rastrillo.*)

ESCENA VI.

ELVIRA. DON TELLO.

TELLO. (*Á Elvira.*)
Elvira,
Qué de mi caza decís?

ELVIRA. Digo que sois cazador.

TELLO. Como que esa es mi manía.
(*Recoge el papel que se le cayó al Duque.*
La caza, el campo, Leonor!

ELVIRA. Extraña galantería!

TELLO. Mucho me priva su amor.

ELVIRA. Mal lo acredita, Don Tello,
Ese vivir montaraz.

TELLO. Presumo yo que con ello
Se consigue...

ELVIRA. Qué?

TELLO. Más paz
Que no con el sexo bello.
ELVIRA. Eso decís?... Puede ser...
TELLO. Y tanto!... Pero no aprecio...
ELVIRA. Al amor?
TELLO. Á la mujer.
Muchas veces *el desprecio*
La obliga más á querer.
ELVIRA. Esa es regla equivocada,
Porque á todos en el mundo
Cuando amamos nos agrada
Un imperio sin segundo
Sobre la persona amada.
TELLO. Testigo de ello Leonor.
Hace un momento que aquí
Me decia...
ELVIRA. Qué, señor?
Teneis ya celos?
TELLO. Yo, sí.
ELVIRA. De qué?
TELLO. De su tocador.
ELVIRA. Sed fino, sed complaciente,
Con todo el mundo callado,
Y si en la caza valiente,
Cerca del objeto amado
Ni tímido ni insolente.
No pequeis de presumido,
Ni deis vuestro amor jamás
Por una liebre al olvido:
Vereis cómo os quieren más
Que al tocado y al prendido.
TELLO. ¡Cuánto mejor es corriendo
Seguir entre los abrojos

La cierva, y luégo volviendo
Presentarla por despojos
Á su belleza diciendo:
«Entre la turba ojeadora,
Vestido con tu color,
Esa res maté, señora,
Por conseguir el favor
De que la mires ahora!»

ELVIRA. Eso, sí, muy bueno es;
Pero permitid que os diga
Que en el amante interes...

TELLO. Qué?

ELVIRA. Que mucho más obliga
Esa arenga que la res.
Oid: con raras proezas
Muestran unos sus pasiones,
Y conquistan las bellezas
No dando los corazones,
Mas perdiendo las cabezas.
Sufre este su esclavitud
Sin ver á la dama el talle,
Rondando con el laud
En fria noche su calle
Á costa de la salud.
Aquel con diverso intento
Pasa las noches en vela,
Y se da por muy contento
Si declara en una esquela
Su atrevido pensamiento.
Otro piensa ménos bien,
Y por no sé cuál desden
De su dama fementida,
Da fin á su triste vida...

TELLO. *Requiescat in pace, Amen.*
ELVIRA. Ser amado sin amar
Aun puede ser; pero hallar
Dama que se estime en algo,
Y la dejeis por un galgo
Y os quiera, eso es delirar.
TELLO. Bien, concedo; me acomodo.
Por eso no ya riñamos;
Cada cual quiere á su modo;
Pero si bien lo miramos,
Una misma cosa es todo.
Sois cual las aves del cielo:
El uno las tira al vuelo,
Otro caza al perdigon,
Y con red, y con señuelo,
Y con liga, y con halcon:
Yo gusto más del ojeo:
Cada cual tiene su traza;
Cambia el modo y no el deseo;
Porque, Elvira, á lo que veo,
Todos gustan de la caza.

ESCENA VII.

DICHOS. EL DUQUE, *que vuelve por donde se fué.*

DUQUE. Aún estais aquí los dos?
Despachad, que es ya muy tarde.
ELVIRA. Cierto. Voy.
TELLO. Quedad con Dios.
DUQUE. Él vuestra ventura guarde.
(*Aparte.*)
Miéntras que yo os guardo á vos.

(*Doña Elvira y Don Tello se van hácia el castillo.*)

TELLO. (*Volviendo.*)
Vaya si estoy distraido!
Cuando la espada os he dado,
Este papel se ha caido.
(*Dándole el papel.*)
Perdonad...

DUQUE. Le habeis leido?

TELLO. Os burlais?

DUQUE. No está cerrado.

TELLO. El papel más baladí
Es un misterio á mi celo,
Si no se dirige á mí.

DUQUE. No hay misterio alguno.

TELLO. Así
Está bien. Guárdeos el cielo.

ESCENA VIII.

EL DUQUE.

El papel más baladí
Es un misterio á tu celo...
¡Ay si corrieras el velo
Del que hay encubierto aquí!...
Pero si mal lo leí...
No;... mirémoslo mejor...
Pero es en vano; su albor
Guarda la luna entre nieblas...
No importa; que áun en tinieblas
Alumbra mi pundonor.
(*Leyendo.*)
«Sepa quien atropellar

Intenta á Doña Leonor,
Que la defiende el amor
Áun á los piés del altar.
Y en prueba de que dudar
De tanta verdad no debe,
El que á librarla se atreve
Está dentro del castillo,
Y le espera en el rastrillo
Con espada hoy á las nueve.» —
(*Representando.*)
Papel, en vano medito
Por descubrir tu ocasion,
Que, aunque es negra tu intencion,
Es blanco tu sobrescrito.
¡Cielos, tan claro el delito
Y tan oscuro el sujeto!
Pues calle el labio discreto
Lo que á sospechar alcanza;
Que si importa la venganza,
Importa más el secreto.
Mas ¿qué aprovecha el callar,
Cuando amenaza el aleve
Con que á librarla se atreve
Áun á los piés del altar?
Mejor es anticipar
A su crímen su castigo.
Pero si á Don Tello obligo
Á salir en su defensa,
Yo propio á mi propia ofensa
Vengo á juntar un testigo.
Callemos. Mas si callado
Á Don Tello el lance oculto,
Mejor le mata el insulto

Consentido que vengado;
Que si por desavisado
No hace de su esfuerzo alarde,
Le tendrán por un... No tarde;
Que no ha de llevar mi nombre
El que delante de otro hombre
Pueda pasar por cobarde.
Á más, que se colegía
Del esmero del doncel
En ocultarme el papel
Que á mí no se dirigia.
Pero ya es necia porfía.
No es cierto que yo lo abrí?
No nombran á mi hija? Sí:
Bien claro dice *Leonor*.
Y no guardo yo su honor?
Luego se dirige á mí.
Mas si á Don Tello retó
Y yo le usurpo el lugar,
Tal vez le pueda vengar,
Mas desagraviarle, no.
Cielos! ¿Cómo saldré yo
De esta duda en que batallo?
Que, aunque dos salidas hallo,
Honor las cierra al momento:
Si hablo, á mi Leonor afrento;
Y á su marido, si callo.
Avisarle es cosa honrada...
Y callar es lo más sabio...
Sólo se borra un agravio
Con la sangre ó con la espada
De la persona agraviada...—
Y no es mi agravio primero?

(*Tropezando con el puño de la espada, que le ciñó Don Tello.*)

Pero, cielos, qué más quiero?
Entrambos fines consigo
Si confundo á mi enemigo
Con mi brazo y con su acero.

ESCENA IX.

EL DUQUE. ALFONSO *y* ZAMORA, *que salen embozados por la izquierda del fondo. Está del todo oscuro.*

DUQUE. Hola! Oigamos.
(*Retírase á la derecha del proscenio.*)
ZAMORA. (*Aparte á Alfonso.*)
Di tu esquela.
ALFONSO. Y respondió?
ZAMORA. De palabra.
ALFONSO. Mas ¿quién es el...
ZAMORA. Claro es; *él*;
Aquel mismo de tu carta.
Pero este es el sitio.
ALFONSO. Cuál?
ZAMORA. Donde yo ví tu desgracia.
ALFONSO. Bien dices... ¿Conque aquí fué...
ZAMORA. Donde ambos se tuteaban,
Donde ella dijo *soy tuya*,
Donde él la mostró sus ansias,
Donde ella le dió la mano,
Donde él la besó, don...
ALFONSO. Basta;
Que si aquí ha sido la ofensa,
Aquí será la venganza.

DUQUE. (*Aparte.*)
Él es sin duda. Esa voz...
No sé qué recuerdo...
ALFONSO. (*Á Zamora.*)
Calla...
¿No sientes?
ZAMORA. ¿Cómo si siento?
Cinco hay entre aquellas ramas.
ALFONSO. Llégate á ver.
ZAMORA. Si está á oscuras!
DUQUE. (*Alto.*)
Quién va?
ALFONSO. (*Á Zamora.*)
Responde tú..
ZAMORA. España.
ALFONSO. Necio! Vive Dios...
ZAMORA. ¿Pues yo
Toco aquí pito ni flauta?
Responded vos.
ALFONSO. Yo no puedo
Descubrirme.
DUQUE. (*Aparte.*)
Mucho tardan.
ZAMORA. Ved que es pecado mortal
Negar á un prójimo el habla.
ALFONSO. Haz, en fin, lo que te he dicho.
ZAMORA. Si aquí muero, tú lo pagas.
(*Llamando.*)
Chit! chit!
DUQUE. (*Aparte.*)
Alguno se acerca.
ZAMORA. (*Á Alfonso.*)
Guárdame tú las espaldas.

(Al Duque.)
Señor, mi amo, que no yo,
Diz que os ha escrito una carta.

DUQUE. Ya le traigo la respuesta
En la punta de la espada.

ZAMORA. Quedito, que hay más que hacer.

DUQUE. Qué?

ZAMORA. Dice que si le matas...
Que le entierren.

DUQUE. ¡Vive el cielo...

ZAMORA. Y que allí junto á la daga
Lleva un papel...

DUQUE. Despachad.

ZAMORA. Y á nombre del Rey os manda...

DUQUE. Del Rey?

ZAMORA. Sí, que lo entregueis
Á las diez al Duque de Alba.

DUQUE. ¿Qué escucho! Al Duque?

ZAMORA. Lo que oyes.

DUQUE. Sí lo haré. No hay más?

ZAMORA. Cachaza.
Item.
(Aparte.)
Aquí va el remiendo.
(En alta voz.)
Que sus ropas, sus alhajas
Y cuanto deje de monta,
Ménos sus deudas, me caigan
En herencia.

DUQUE. Qué prolijo!

ZAMORA. Y que si él te descalabra,
Has de confesar que es suya
Doña Leonor.

DUQUE. Basta, basta;
Que eso es mentira.
(*Tira de la espada, y va á él.*)

ZAMORA. Ay de mí!
Que viene, señor!

ALFONSO. (*Sacando la espada.*)
En guardia.

DUQUE. Muere, impostor!
(*Riñen.*)

ALFONSO. Bien esgrime
Pero recio.
(*Se rompe la espada del Duque.*)

DUQUE. Suerte infausta!
La hoja estalló.

ALFONSO. Pues la mia
Tomad hasta ensangrentarla;
Que para hacerme justicia
La de mi escudero basta.
(*Dale su espada, y toma la de Zamora. Este recoge del suelo las mitades de la que se rompió.*

DUQUE. Notable accion!

ALFONSO. Estais ya?

DUQUE. Ya estoy.
(*Riñen de nuevo.*)
Mil veces malhaya,
Amén, quien la propia ofensa
Venga con ajenas armas.

ZAMORA. Contra gente tan bravía,
Qué ha de hacer un medio espada?
El qué? saltar la barrera;
Que ya hay caballero en plaza.
(*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, *ménos* ZAMORA. LEONOR *dentro.*

LEONOR. (*Dentro.*)
Padre mio!
DUQUE. Mi hija! Ay triste!
ALFONSO. (*Aparte.*)
Su padre! Huyamos.
(*Se retira.*)
DUQUE. (*Siguiéndole.*)
Aguarda.
(*Alfonso se esconde entre unos árboles.*)
Dónde estás?
ALFONSO. (*Aparte.*)
¡Si aquí pudiera
Siquiera un momento hablarla!

ESCENA XI.

EL DUQUE, *solo.* ALFONSO, *escondido.*

DUQUE. Cielos, qué enemigo es este?
Al principio tanta rabia,
Que, al darme su espada misma,
« Tomad hasta ensangrentarla,
Me dice »; tan generoso
Que perdona á quien desarma;
¡Y ahora humano ó cobarde
Vuelve al peligro la cara
Tan veloz, que ni áun descubro
Si me obliga ó si me agravia,

Si me teme ó me desprecia!
¡Oh, cien mil veces malhaya
Quien venga la ofensa propia
Fiado en ajenas armas!
(*Arroja al suelo la espada.*)

ESCENA XII.

DICHOS. LEONOR, *vestida de boda, muy agitada.*

LEONOR. Padre, en fin os encuentro.
DUQUE. Me buscabas?
LEONOR. Qué al fin, padre, han huido?
DUQUE. Quién?
LEONOR. Ahora, aquí dentro...
Él... Qué! ¿no habeis oido
Dos espadas?
DUQUE. Ensueño que ha fingido
Tu acalorada mente.
LEONOR. Sueño será, mas, ay, sueño cruento.
Yo ví el resplandeciente
Acero hender el viento,
Y casi, ay triste! conocí su acento.
Y luégo acelerada
Una sombra rozando mi vestido
Pasó en esa enramada;
Luégo apliqué el oido,
Y aquí en mi corazon sentí un gemido.
Ensueño! Y ¿por qué viene
Cuando ya el alma de temor ajena
Al ara se previene?
Cuando ya está serena,
Por qué su grito funeral resuena?

DUQUE. Hija mia, al mirarte,
Grita, más que mi honor, naturaleza.
Mal podré confortarte,
Ni, cual te di nobleza,
Infundirte valor y fortaleza.

LEONOR. Eternos juramentos
(*Mirando al cielo.*)
En breve me unirán á quien adoro.
Padre, en tales momentos...

ALFONSO. (*Aparte.*)
Pérfida!

LEONOR. No tu lloro,
Sino tu santa bendicion imploro.
(*Se arrodilla.*)

DUQUE. (*Extendiendo sobre ella las manos.*)
Leonor, yo te bendigo.
Eterno, Sabio, Inmenso, Omnipotente,
Concédela conmigo
Tu bendicion clemente:
Tu maldicion persiga al delincuente.
(*Comienzan á dar las diez. Leonor, viendo en el suelo la espada, y oyendo la campana, se levanta fuera de sí.*)

ALFONSO. (*Aparte.*)
Ay de mí!
(*Vase.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *ménos* ALFONSO.

LEONOR. (*Casi delirando.*)
¿Qué estoy viendo

Y qué sonido funeral retumba?
Esta espada, ese estruendo...
Me advierten que sucumba,
Que ya me espera la marmórea tumba.
Ay! Su sonido grato
¡Cómo derrama bienhechor consuelo!
El mortal insensato
¿Por qué busca en el suelo
La paz que sólo encontrará en el cielo?
En los austeros muros,
En santa soledad desconocida,
Los halagos perjuros
No amargarán mi vida;
Tranquila viviré y aborrecida.
Sí, Alfonso, me aborreces;
Siempre, siempre, traidor, me aborreciste.
Pérfido! no mereces
El amor que infundiste,
Sino el odio que siempre me tuviste.
Cortesana belleza,
Guárdate de ceder á sus engaños,
No escuches su terneza;
Mira que muchos daños
Te guarda en medio de sus pocos años.
¿No le vistes un dia
Los colores vestir que me agradaban?
Do quiera me seguia,
Do quiera que miraban
Mis ojos con los suyos se encontraban.
¿No le viste á mi lado
Sobre fiero bridon, tajar el viento?
Qué! tú ¿no has escuchado
Su tierno juramento?

Pues lo olvida el perjuro en el momento.
Ay! precávete ahora.
Más que me amaba á mí no puede amarte;
Cual me adoró te adora,
Y presto ha de dejarte,
Y, como á mí me olvida, ha de olvidarte.
Vengad, Señor, tal hecho;
Llore Alfonso el desden de una traidora,
Lleve dentro en su pecho
La llama abrasadora,
Esta llama cruel que me devora.

DUQUE. Qué funesta locura?
(*Aparte.*)
La ocasion ocultemos que la inspira.
(*Envaina la espada de Alfonso que arrojó al suelo.*)

LEONOR. Ay!

DUQUE. Inútil ternura,
Inútil, cual mi ira.
Leonor, su crímen y mis penas mira.

LEONOR. Alfonso! Alfonso!

DUQUE. En tanto,
Olvida, mi Leonor, á tu enemigo:
No reprimas el llanto.

LEONOR. Padre!

DUQUE. Sí, está contigo
Tu padre, tu mejor, tu solo amigo.
Desahoga tu pena.

LEONOR. De qué sirven las lágrimas? ¿Con cuáles
La pesada cadena
De sus horribles males
Ablandarán los míseros mortales?
Alivio no deseo;
No lo hay para mi mal; y aunque la dura

Coyunda de himeneo
No forjarais...

DUQUE. No, dura
Mi palabra inviolable.

LEONOR. Y ¿por ventura
Aunque ya no durara,
Volviera á ser de Alfonso tan querida?
Al ménos olvidara
Al cruel que me olvida.
Acabará mi amor? Cuando mi vida.
Lo que dije no mudo;
Hora me una á Don Tello en los altares
Indisoluble nudo,
Hora tantos pesares
Libre soporte en los paternos lares.
Mi destino es ya cierto,
Y ántes que el sol comience su carrera,
Verá un claustro desierto
En soledad austera
Sepultar mi lozana primavera.
Cantaré la victoria
Contra el perjuro allí: ménos amarga
Me será su memoria,
La vida ménos larga,
Ay! y más breve la mundana carga.

ESCENA XIV.

DICHOS. DON TELLO *y* ELVIRA, *que vienen de la parte del castillo por el fondo; dos pajes del Duque los acompañan con antorchas, y vienen además dos camareros que traen en un azafate, para que el Duque se vista, los guantes y el sombrero, el toison y el herreruelo con hábito de Calatrava.* ELVIRA *trae en la mano un velo blanco.*

DUQUE. (*Á Leonor.*)
Álguien viene. Serénate, hija mia.
LEONOR. Tranquila estoy.
ELVIRA. (*Dentro.*)
Leonor!
TELLO. (*Dentro.*)
Duque!
DUQUE. (*Viéndolos venir.*)
Son ellos.
(*Entran todos.*)
TELLO. Todo está pronto ya: vuestra presencia
Sólo esperamos.
LEONOR. (*Aparte.*)
Ay!
TELLO. (*Al Duque.*)
Pero ¿qué veo!
Inmóvil como vos no está en el monte
El cazador entre las ramas puesto.
(*Habla con el Duque y le ayuda á vestirse. Miéntras el Duque se viste, Elvira pone á Leonor el velo y pasa entre ellas el siguiente diálogo.*)
ELVIRA. (*Aparte á Leonor.*)
Tiemblas, Leonor?

LEONOR. (*Aparte á Elvira.*)
Elvira, ¿quién no tiembla
Del mal y hasta del bien cuando es eterno?
ELVIRA. Nada dura en el mundo.
LEONOR. Y sin embargo,
Sólo dura mi fe!
ELVIRA. ¡Pluguiese al cielo
Que fuera ménos firme!
LEONOR. Áun no es culpada.
ELVIRA. Pronto será sacrílega.
LEONOR. Ay! horrendo,
Horrendo porvenir!
ELVIRA. De ti depende
La dicha de tu padre y tu sosiego.
LEONOR. Su dicha! La tendrá.
ELVIRA. Valor!
LEONOR. ¿Y Alfonso
No sabrá mi perjurio?
ELVIRA. Ese recuerdo
Aparta.
LEONOR. Cuando sepa que á otro hombre
Unida estoy con santo juramento,
No sufrirá su orgullo?
ELVIRA. Leonor mia,
No de venganza, mas de olvido es tiempo.
LEONOR. Y cuando escuche que un rival me llama,
Como él un dia me llamó, su dueño,
Que yo le debo amar, que soy su esposa...
No se arrepentirá? no tendrá celos?
ELVIRA. Tú morirás.
LEONOR. Pues bien, si de mi muerte
Tiene, en fin, compasion, dichosa muero.
ELVIRA. Calla; Don Tello viene.

LEONOR. Qué me importa?

TELLO. (*Acercándose.*)
Cuán bella estais, Leonor, con ese velo!

LEONOR. Él encubre mis lágrimas.

TELLO. No; brillan
Como el rocío entre el capullo abierto.

ELVIRA. Es la causa el rubor...

TELLO. (*Á Elvira con sequedad.*)
Sea cual fuere,
Que las enjugue mi cariño espero.
(*Aparte á Leonor.*)
Habladme la verdad. Áun estais libre,
Y el Duque lo estará.

LEONOR. (*Con resolucion.*)
Vamos al templo.
Repetidme esa oferta, y Dios acepte
Mi sacrificio y el empeño vuestro.

DUQUE. (*Que se ha acabado de vestir, volviendo á la escena.*)
El altar prevenido nos espera.
Vamos, Leonor.

LEONOR. (*Llamando á Elvira y dándola la mano.*)
Elvira!...

DUQUE. Á mí, Don Tello.

ELVIRA. (*Aparte á Leonor.*)
Ánimo, mi Leonor!

LEONOR. Cielo inclemente!
Cumple al fin tu venganza.

(*Don Tello de la mano del Duque, y Leonor apoyada en Elvira, se dirigen á la capilla que se supone á la derecha del espectador; los pajes van delante, los camareros siguen; y al ir á entrar, el Alcaide aparece en el fondo del teatro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. EL ALCAIDE. *Luégo* DON ALFONSO *con armadura y visera calada. Dos pajes del Rey que traen una arquilla.*

ALCAIDE. Un caballero
Con mensaje del Rey al Duque de Alba
Pretender ver, y quiere su respeto
Anunciar á Vuecencia su venida
Y pedirle su vénia.

DUQUE. Ya le espero.

ALCAIDE. Más parece campeon en la armadura
Que legado de paz; tiene cubierto
El rostro, y como gracia solicita
Permanecer asi.

DUQUE. Se la concedo.

ALCAIDE. Que prometa Vuecencia no inquirirle
Ni hacerle descubrir.

DUQUE. Bien; lo prometo.

(El Alcaide hace una seña; entran Don Alfonso y los pajes, como se ha dicho; al entrar Don Alfonso, saluda, da un pliego al Duque, este lo abre, lo besa y pone sobre la cabeza, leyéndolo en seguida para sí. Miéntras, pasa el siguiente diálogo.)

LEONOR. Elvira, yo no sé lo que me anuncia
Mi corazon.

ELVIRA. Por qué?

LEONOR. No lo estás viendo?
No se parece á él?

ELVIRA. Vana esperanza!

LEONOR. Su orgulloso ademan, su noble aspecto...

TELLO. *(Al Alcaide.)*

Qué será?

ALCAIDE. (*Á Tello.*)

No lo sé.

DUQUE. Próspera nueva!

Gracias por tanto bien tributo al cielo.

Libres estamos, Leonor mia!

LEONOR. ¡Libres!

DUQUE. Escuchad del Monarca los decretos.

(*Leyendo.*)

«El Rey.» (*Todos se descubren.*) «Duque de Alba, primo: por cuanto por la cierta é indubitable pérdida del mi muy caro hermano el Rey Don Sebastian y la muerte de Don Enrique (que está en gloria) me pertenecen é tocan aquellos reinos de Portugal, que en vida poseyeron:

«É por cuanto me place añadir é juntar al derecho que sobre dichos dominios tengo por ley de sucesion, la fuerza de conquista legítima; vengo en nombraros Generalísimo de los mis ejércitos, que deben entrar brevemente aquellas tierras.

«Cuando viéredes esta mi cédula, seréis puesto en libertad por el Castellano de Uceda, á quien por ella lo ordeno, y otrosí que os devuelva la vuestra espada en el nombre de Dios y el nuestro.

«Me cumple además declarar que me consta vuestra inocencia é la ninguna parte que en el desacato de vuestro hijo Don Fadrique tuvisteis; que asi lo tendran entendido mis Consejos é Justicias.

«Mando, en fin, al mensajero de mi cámara portador de esta cédula, á cuya instancia hago la anterior declaracion, que en término de seis horas os entregue las preseas que le fueron encomendadas, y que serán prendas de las mercedes é gracias con

que prometo honraros. Que así es mi soberana voluntad. Dios os guarde. Dada en mi palacio de Madrid á los 15 dias del mes de Mayo, año 1580 de nuestra redencion.=Yo el Rey.»

(*Acabado de leer el decreto, lo da al Alcaide, que besa la firma. Todos quedan suspensos un breve espacio, como aguardando la resolucion del Duque.*)

DUQUE. Decid al Rey que á su querer me humillo,
Porque sepa admirado el universo
Que tan sólo en España de prisiones
Sale un caudillo á conquistar imperios.

ALCAIDE. Notable dicho!

DUQUE. En cuanto á las mercedes,
No las ha menester un caballero.
Sabe el Rey mi inocencia; pues la gracia
Yo soy, decidlo así, quien la concedo.

(*Alfonso hace seña á los pajes, abre la arquilla, saca de ella y pone al Duque la banda roja.*)

TELLO. ¡Ilustres ricos-homes de Castilla,
Venid aquí á aprender?

DUQUE. Sólo pretendo
Saber de quién recibo esta presea.
Mostrad el rostro.

ALFONSO. Nunca.

DUQUE. Y ¿qué misterio
En esto puede haber?

ALFONSO. Todo.

DUQUE. Algun dia
Conoceré quién sois y os daré el premio.

ALFONSO. Ah!

DUQUE. Parece os molesta mi ventura.

ALFONSO. No.

DUQUE. Bien presente mi promesa tengo.

Podeis marchar.

ALFONSO. Adios.

DUQUE. Mas ¿nunca, nunca
Podré saber quién sois?

ALFONSO. (*Al oido.*)
Un caballero
Infeliz, mas no ingrato.

DUQUE. Quién tal dice?

ALFONSO. (*Señalando la cédula.*)
El Rey lo dice ahí.
(*Sacando de la arquilla la punta de la espada que se rompió en el desafío.*)
Y aquí este hierro.

DUQUE. Dios mio! es mi contrario.

ALFONSO. Ved que es tarde,
Y os espera el altar.
(*Alfonso da al Duque el baston que habrá sacado de la arquilla, y hace ademan de marchar: Leonor le detiene, interponiéndose entre el Duque y él.*)

LEONOR. Ah mensajero!
Yo, que no prometí de no inquiriros,
Pido que os descubrais.

ZAMORA. (*Entrando, dice á Alfonso.*)
Señor marchemos.

LEONOR. (*Con vehemencia.*)
Por la bella que amais, por la memoria
De vuestro amor más dulce, del primero,
Descubríos, señor.

TELLO. Ved que una dama
Os lo manda, si sois un caballero.

ALFONSO. Sí, me descubriré; mas ¡cuánto, cuánto
Os costará tan importuno ruego!
Ay! cómo lloraréis al ver mi rostro!

Todos temed, si á todos obedezco.
Vos gozais de la paz y la alegría;
Yo ni á turbarla ni á envidiarla vengo:
La libertad os traigo que os faltaba;
Ni me podeis premiar, ni busco premio.
Pues ¿á qué conocer al desgraciado
Que no tiene más dicha que un secreto?
Mas, pues vos lo quereis... ¿Pedís el verme
Por la memoria del amor primero?
Y esta memoria conservais vos misma?
No; ya miro la antorcha de himeneo
Brillar en el altar, y mi presencia
La apagará tal vez, tornará en duelo
Ésta pompa. Perjura!, en algun dia
Te conocí, te amé; pasó aquel tiempo,
Y ya no te conozco. Leonor, tiembla!
Se acabó tu ventura y mi silencio.

(Alza la celada; Leonor da un grito de horror, y viene al proscenio: el Duque y Alfonso quedan un momento inmobles en presencia uno de otro. El Duque vuelve los ojos á Leonor, y tiende la mano á Don Alfonso: este se echa en sus brazos.)

LEONOR. Ay!

DUQUE. Alfonso!

ALFONSO. Señor!...

DUQUE. Esta es mi mano.
(Á Leonor.)
Tú venciste.

ALCAIDE. *(Señalando al Duque.)*
Mirad un caballero!
La hidalguía es virtud.
(Vase por el fondo.)

TELLO. *(Llamándola.)*

Leonor!...

LEONOR. (*Viendo al Duque y Alfonso abrazados.*)
Deliro?
No me cureis jamás.

DUQUE. No; todo es cierto.
Quien recibe merced de su contrario,
Á perdonar se obliga. El que mi acero
Me devuelva..., hija mia, ya lo dije...—
Siendo su amigo yo, cumplo mi empeño.

ALFONSO. Otro nombre más dulce vuestros labios
Me dieron algun dia.

DUQUE. Vos, Don Tello,
La mano de Leonor tendréis, no obstante;
Que aún dura mi palabra.

TELLO. Os la devuelvo.
Cierva que ya del cazador herida
Cae á mis piés, á quien la hirió la cedo.
Y quiero en vez de cándida paloma
Fiero alcotan entre las redes preso,
Más que encontrar por dulce compañera
Una helada mujer. Y en prueba de ello,
(*Saca un papel ó diploma con un sello, y lo da á Leonor.*)
Este título honroso, Leonor mia,
Que os da la entrada hasta el alcázar regio,
Y en prósperas albricias de mi enlace
Cual regalo nupcial cedió á mi afecto
Doña Ana de Mendoza, yo os le rindo.
(*Á Alfonso.*)
Presentádselo vos como su deudo.

LEONOR. (*Á Alfonso.*)
Deudo sois de Doña Ana?

ALFONSO. Sí.

LEONOR. Muy tarde
Lo llego yo á saber.
ALFONSO. Pues ¿no os dijeron
Hoy mismo que os buscaba?
LEONOR. Sí; mas otro
Con ese mismo título...
TELLO. Ya entiendo.
ALFONSO. Fué villanía.
LEONOR. No, sino desgracia.
ALFONSO. Pues bien, ya estoy aquí: firme mi afecto
Como mi acero está. Y el tuyo?
LEONOR. Y dudas?
Cuando por tu abandono y mi silencio
Á otro mortal mi mano prometia,
Indeleble tu amor guardé en el seno.
(*Á Tello.*)
Perdonadme, señor: yo desde el ara
Nupcial...
TELLO. Muy bien.
LEONOR. Corriera al monasterio.
Ya que tornas á mí, ya que tu olvido...
ALFONSO. Leonor, invoco por testigo al cielo,
Que nunca te olvidé, bien de mi vida.
Lo juraré ante Dios.
ELVIRA. (*Á Leonor.*)
No lo estás viendo?
Todo se muda.
TELLO. Y tanto!
ALFONSO. Qué deciais?
(*Poniendo la mano en la espada; Leonor le detiene.*)
Leonor será mi esposa. ¡Ay del que necio...
TELLO. Ya le conozco, y si quereis decirme
(*Reconviniéndole.*)

Que ganaréis mi dama cual mi acero...

ALFONSO. (*Sacando la espada rota.*)
Quiero decir que áun el acero salta,
Si no lo sabe manejar su dueño.

TELLO. Para vencer rebeldes lusitanos
Guardad tanto valor y tanto ingenio.
Entónces me tendréis á vuestro lado
Matando mis contrarios como ciervos;
Que es fácil por mi Rey y por mi patria
Ciudades conquistar, provincias, reinos;
Pero ganar el corazon esquivo
De una mujer, con mi valor no puedo.
Gane al ménos en vos un noble amigo,
Pues más que el alma en mi Leonor os dejo.

LEONOR. Vos seréis siempre amigo... No; tú hermano
Serás de Alfonso y mio.

TELLO. Ni ¿cuál premio
Á este podrá igualar?

LEONOR. Alfonso amado!

ALFONSO. Mi Leonor, tanto bien apénas creo;
Que el alma á las desdichas avezada
Crédito niega al bien que está sintiendo.

(*El Alcaide entra con la espada en la mano; la da á Leonor, y dice al Duque.*)

ALCAIDE. Dios la bendijo, el Rey os la devuelve:
Vuestra hija os la ciña.

LEONOR. Ántes pretendo
Me jureis vuestra union aquí, en la espada,
Que es tambien el altar del caballero.

TELLO. (*A Alfonso, extendiendo la mano sobre la espada.*)
Yo juro ser tu hermano en la pelea.

ALFONSO. Y yo lo juro.

DUQUE. (*Arrancándola desnuda.*)

Y yo, que al fin la tengo.
Vuelve á mi mano, vuelve sin mancilla,
Y ántes de un año la tajante proa,
Dando en tributo á la española orilla
Diamantes de Ceilan, plumas de Goa,
Saludará la enseña de Castilla
En los rendidos muros de Lisboa,
Y el Tajo entrando al mar proclame ledo
Al mismo Rey que saludó en Toledo.
Ven, santa compañera! Y tú, Dios fuerte,
Señor de las batallas, haz que esgrima
Tu soberana diestra el hierro inerte.
Mi anciano brazo con tu soplo anima,
Y al vestir la armadura de la muerte
Esta sea la cruz que lleve encima;
(*Á Alfonso.*)
Y quien me la ha devuelto, en la pelea
Su brillo guarde y su heredero sea.
Sí, su heredero: estampa mis azules
Jaqueles de Tarifa en los pendones.
Si corona ducal, manto de gules
Son, hijo mio, efímeros blasones,
No por bajo temor al vicio adules.
Ya ves cómo no manchan las prisiones.
Quien el brillo heredado nunca empaña,
Sabe ser, debe ser, Grande de España.

FIN DEL DRAMA.



ÍNDICE.

Páginas.

ROMANCES HISTÓRICOS.

ROMANCES DESCRIPTIVOS.

ROMANCES JOCOSOS.

Páginas.

LETRILLAS Y POEMAS LIJEROS.

SONETOS.

OBRAS DRAMÁTICAS.

LISTA DE PERSONAS

QUE HAN HONRADO NUESTRA PUBLICACION.

S. M. LA REINA.

S. M. EL REY.

S. M. LA REINA CRISTINA.

S. M. LA EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES.

SS. AA. LOS DUQUES DE MONTPENSIER.

Ayuntamiento de Orihuela.
Ayuntamiento de Albacete.
D. Antonio Alcalá Galiano.
Antonio María Segovia.
Antonio de Zafra y Cantero.
Antonio Moncada.
Antonio Tacon.
Antonio Parrilla.
Antonio Ferrer del Rio.
Antonio Flores.
Antonio Iribarre Deloy.
Antonio Llorente de las Casas.
D. Antonio Campoy.
Antonio Buendia.
Antonio Reina.
Antonio Mira Perceval.
Antonio Gonzalez Saura.
Antonio Cabarcos.
Antonio la Rosa.
Antonio Rico.
Antonio Rodriguez de Ocea.
Antonio Bachiller y Morales.
Antonio Carrillo y Arango.
Antonio Romero Morales.
Antonio Fenoll.

D. Antonio Rovira.
Antonio Godinez.
Antonio Vivas.
Antonio Torrecillas.
Antonio Gonzalez.
Antonio Martinez.
Antonio Eusebio Gonzalez.
Antonio Navarro.
Antonio Trujillo.
Antonio Hernandez Ros.
Antonio Ruiz Carrillo.
Antonio Perez Diaz.
Antonio Miralles.
Antonio María Ojeda.
Antonio Castro.
Antonio Blanco.
Antonio Solla y Lago.
Antonio Murcia.
Antonio Marin y Marin.
Antonio Talon y Marin.
Antonio Marin Meneses.
Antonio Miranda y Pineda.
Antonio Vinent y Vives.
Antonio Casares.
Antonio María Iribarren.
Antonio Cárlos Ferrer y Herrera.
Antonio Armona y Armenteros.
Antonio Balbin.
Antonio Melgarejo y Enseña.
Antonio Martinez Vilches.
Antonino Navarro Barnés.
Andrés Pedreño.
Andrés Rebagliato.

D. Andrés Silva Gastroverde.
Andrés Pesceto.
Andrés Gomis y Fans.
Andrés Castel.
Andrés Barrio.
Andrés Pons.
Ángel Vidal Abarca.
Ángel Quelcuti.
Ángel Ferro.
Ángel M. de la Riva.
Ángel Guirao.
Ángel Cos-Gayon.
Ángel Vilaplana.
Ángel Aguirre.
Agustin Torres Valderrama.
Agustin Braco.
Agustin Miró.
Agustin Duran.
Agustin de Ceballos.
Agustin Escribano.
Agustin Añino.
Alfonso Franco.
Alonso de Ascanio.
Adolfo de Urdaneta.
Aciselo Moya y Torrecilla.
Alberto Pagan.
Adrian Foulquié.
Alejandro Morales y Herrera.
Anastasio Carrillo y Cárdenas.
Aureliano Valdés.
Aureliano Fernandez Guerra.
Biblioteca de la Universidad de Santiago.
Biblioteca del Instituto Provincial de Castellon.

D. Bartolomé Palacios.
Bartolomé Spotorno.
Bartolomé Soler.
Bartolomé Ballesteros.
Bonifacion de la Cuesta.
Bernardo Roca y Meca.
Bernardo María Hervas.
Bernardo de Ascanio.
Bernardino Rolandi.
Bernardino Alcaraz.
Benedicto Meseguer.
Benito Lembay.
Blas de Loma y Corradi.
Blas Eytier.
Casino de Alicante.
Casino de Santa Cruz.
Consejo provincial de Albacete.
Colegio de abogados de idem.
Colegio de San Fulgencio, en Murcia.
Condesa de Villaleal.
Conde de San Luis.
Conde de Torre Diaz.
Conde de Guendulain.
Conde de Ayamans.
Conde de San Simon.
Conde de Lagunillas.
Conde de Santa Venia.
Conde de Pestayna.
Conde de O-Relly.
Conde de Peñalver.
Conde de Canalejas.
Conde de Santa Clara.
Conde de Buenavista.
Conde de San Fernando de Peñalver.
Doña Concepcion Senosiain.
Doña Consolacion Melgarejo y Mena.
Doña Cármen Arsurmendi de Ballesteros.
Doña Clara Reguera.
Coronel D. Miguel de Cárdenas y Chavez.
D. Cárlos Caffins.
Cárlos Piña.
Cárlos Hahn.
Cárlos Ruiz.
Cárlos Mancha.
Cárlos Mateo Ros.
Cárlos Marimon.
Cárlos Chacon.
Cárlos Azopardo.
Cárlos María Barberan.
Cristóbal José Espinosa.
Cristóbal Canet y Tapia.
Cristóbal Tadin.
Calixto Varela.
Calixto Varela Montes.
Castor Martinez.
Ciriaco Perez de Larriba.
Cipriano Sanchez Espinosa.
Cirilo Molina.
Claudio Vallet.
Cayetano Rosell.
Cándido de Nocedal.
Casimiro Bona.
Celestino Tejado.
Director del instituto de segunda enseñanza de Albacete.
Duque de San Miguel.
Duque de Rivas.

Duquesa de Alba.
D. Diego A. de Alcalá.
Diego Marin Barnuevo.
Diego Angosto y Molina.
Diego del Castillo.
Diego Roca de Togores.
Domingo García de Guevara.
Domingo Obejero.
Domingo Luis Amado.
Domingo Massa.
Domingo Sendra.
Domingo Seriel.
Deogracias Serrano.
Dionisio Miguel Alcázar.
Doña Eusebia Palacios de Ponzoa.
Doña Encarnacion Melgarejo y Mena.
D. Estéban Villarrubia.
Estéban Llorente.
Estéban de Salazar y Monteverde.
Eduardo Blanes.
Eduardo Taillerie.
Emilio Hernandez Padilla.
Emilio Bravo.
Emilio Castelar.
Eladio Mendoza.
Enrique Heredia.
Enrique Trujillo.
Enrique Parras.
Enrique Stricker.
Eustasio de Amilivia.
Eusebio Eytur.
Eusebio Salcedo.
Eugenio Fraga.
D. Eugenio Sartorius.
Eulogio de la Guardia.
Everardo Medina.
Evaristo Fombona.
Eloy Escobar.
Estanislao Levasseur.
Doña Francisca de Salazar y Monteverde.
D. Francisco Javier de Leon Bendicho.
Francisco Nuñez del Pino.
Francisco de Paula Fomez.
Francisco Dionisio Oliver.
Francisco Cotoner.
Francisco José Alias.
Francisco Corbalan y Herrero.
Francisco Lorenzo Perez de los Cobos.
Francisco Avarques.
Francisco Soriano Carrasco.
Francisco Sirera.
Francisco Alvarez.
Francisco Camino.
Franciscó Montoro.
Francisco Muñoz y Muñoz.
Francisco Moreno Bernabeu.
Francisco Peña.
Francisco Anciles.
Francisco Valdés Mon.
Francisco Súnico.
Francisco Nestosa y Ayerbe.
Francisco Javier Aguilera.
Francisco Rolandi.
Francisco Serra.
Francisco Buenrostro.

D. Francisco Ortiz Lizana.
Francisco Calandre.
Francisco Damian Bouza.
Francisco de P. Candel.
Francisco Herrero.
Francisco Acebedo.
Francisco Ramos.
Francisco Agüero.
Francisco Cachia Garceran.
Francisco de P. Mancha.
Francisco Horte.
Francisco Gil.
Francisco Cordero.
Francisco Mas Villafuerte.
Francisco García Bravo.
Francisco Formos.
Francisco Morell.
Francisco de P. Nicolau.
Francisco Javier Carratalá.
Francisco Javier Moran.
Francisco de Paula Pavía.
Francisco Moran y Ruiz.
Francisco Espinosa.
Francisco Augusto Conte.
Francisco Riestra.
Francisco Sancho.
Francisco Diaz.
Francisco Piñeiro.
Francisco Calvo.
Francisco Javier de Solorzano.
Francisco Romero y Cárdenas.
Francisco Fonte.
Francisco Ripa.
Francisco Barroeta.
D. Francisco Ramirez de Verger.
Francisco Sandoval y Melgarejo.
Francisco Salas.
Francisco Leon y Guardia.
Francisco Sanguesa.
Francisco Fuentes.
Francisco Useras.
Francisco Garceran.
Francisco Fernandez Mayoral
Francisco Cachia.
Francisco Nolla.
F. Luis Retortillo.
F. Martinez de la Rosa.
Fernando Caballero.
Fernando de Castro.
Fernando Gomez Talavera.
Fernando Corradi.
Fernando de los Rios.
Fernando Flores.
Fernando Arboleya.
Federico Velasco.
Federico Yolif.
Federico Morcillo.
Federico Ruiz Abreu.
Fermin Sanchez.
Fermin de Toro.
Fermin de Tovar.
Felipe de Vilches.
Felipe Buendia.
Felipe Pereira Leal, Ministro del Brasil.
Felipe Gonzalez Solar.
Felipe Puig de Cárdenas.
Felipe Giron.

D. Fabriciano Cebador.
Faustino Novoa.
Félix Angosto.
General, D. Fernando Cotoner.
General D. José Tadeo Monagas Presidente de la República de Venezuela.
Gobernador civil de Albacete.
Gobernador de Pontevedra.
D. Gabriel Ibarra.
Gabriel Lopez.
Gabriel Escudero.
Gabriel Lorenzo Perez de los Cobos.
Gabriel de Arce y Latorre.
Gabriel Fernandez.
Gabriel de Cárdenas y Cárdenas.
Gabriel de Cárdenas y Peñalver.
Gaspar Molina.
Ginés Fernandez Paredes.
Ginés Moncada.
Ginés Fernandez Quijano.
Gregorio Abellan.
Gregorio de Torres.
Gregorio Pesquera.
Guillermo Retortillo.
Genaro de Legorbuno.
Gerónimo Rodriguez.
Gerónimo Torres.
D. Heradio de la Guardia.
Hipólito Regenga.
Instituto de segunda enseñanza de Albacete.
Instituto de segunda enseñanza de Alicante.
D. Isidro Nuñez.
Isidoro Péceti.
Ignacio Gonzalez.
Ignacio Moncada.
Juzgado de aguas de Orihuela.
Doña Joaquina Merisa.
Doña Juana Mira Perceval y Usóz.
D. José Maldonado.
José Junco.
José Cort.
José Vidal.
José Vitoria.
José Asin.
José Torres Muñoz.
José Martinez.
José Morant.
José Buitrago y Marin.
José Marin Blazquez.
José Marin y Marin.
José María Ibarra y Sorzano.
José Roman Sorzano.
José Fermin de Muro.
José Canomanuel.
José Mateu Otero.
José Mañes.
José de la Viesca.
José María Quesada.
José Alfaro.
José Cutoli.
José Justo Madramany.
José Peña.
José Font de Mora.
José Sevilla.

D. José Monassot.
José María Echevarría.
José Soribella.
José Fuentes.
José Cánovas.
José Antonio Gonzalez.
José Ruiz.
José María Gomez.
José María Delgado.
José de la Cámara.
José Joaquin Sandoval y Melgarejo.
José Crosat.
José Frances.
José Navia Osorio.
José María Palarea.
José Adrio.
José Cubeyro.
José Belut.
José Galvez.
José Mexias Martinez.
José Luis Moragas.
José Gallego.
José Benito Juncal.
José Veiga Feijó.
José Jacinto Calbelo.
José Martinez.
José Ulloa.
José Puga.
José Lopez de la Vega.
José de Bedoya.
José Moreno.
José de Vilches.
José María Rubio.
José Joaquin Perez.
José Jover.

D. José Bordiú y Góngora.
José Aguilera Suarez.
José Salafranca.
José Cabanellas.
José Butigiez Aycardo.
José Espin.
José Varcárcel Galiano.
José Beranger.
José Ussel de Guimbarda.
José María Sevilla.
José María Carlier.
José Sanz Jumilla.
José María Gallego.
José Galvez.
José Despuig y Despuig.
José Quinto Zaforteza.
José Togores.
José María Esbrí.
José Gonzalez de la Vega.
José Amador de los Rios.
José de Medina.
José María de Acosta.
José Martinez Almagro.
José Ramon García.
José Pielago.
José María Gomez.
José Laglera.
José Vidal.
José B. Calvet.
José Portela.
José Barbudo.
José Andreu.
José Cousillas.
José Gabriel Acevedo.
José Gener y Lozano.
José Lozano.

D. José Peña Valencia.
José María de Mora.
José Gutierrez Estrada.
José Fernandez Espino.
José María de la Torre.
José María de la Torre y Cárdenas.
José V. Arellano.
José Valdés Fauli.
José Francisco del Aguiar y Loicel.
José Antonio Calcaño.
José María Morales y Sotolongo.
José de Estevez.
José Antonio Echeverría.
José Miguel Angulo y Heredia.
José Espeliar.
José María Ballester.
José Bosque.
José Carles Jimenez.
José María Esbry.
José Arbaladejo.
José Navarro.
José Sobreviñas.
José Lopez Albacete.
José García Ibañez.
José Parra.
José Rodenas.
José Romero Morales.
José Inchaurrandieta.
José María Sanchez.
José Parra Vinós.
José Fernandez Mayoli.
José Martinez.
D. José Melgarejo y Enseña.
José Jimenez y Perona.
José Joaquin Baillo y Justiniano.
José Domingo Briones y Latorre.
José S. Martin.
José Lopez.
José Morcillo.
José María Espadas y Cardenas.
Juan O-Neill y Rosiñol.
Juan Serrano de Guevara.
Juan Macavich.
Juan Riquer.
Juan de Dios Sotelo.
Juan Roca de Togores.
Juan Capito.
Juan Romo de Oca.
Juan Romualdo Saura.
Juan Minguez.
Juan Brugarolas.
Juan Esmerado.
Juan Dubrull.
Juan Morand.
Juan José Viñas.
Juan Valera.
Juan Ibarra.
Juan Vila y Blanco.
Juan Coca.
Juan Antonio Lopez de Ceballos.
Juan Caro.
Juan Thous.
Juan Ortega.
Juan Bautista Lamanette.

D. Juan Bautista Dodero.
Juan de Mata Alvarado.
Juan García de Lomas.
Juan Antonio Coghen.
Juan Perez Rey.
Juan José Hervas.
Juan de la Peña y Angosto.
Juan Dominguez.
Juan Albar Gonzalez.
Juan Espinosa.
Juan de Silonis.
Juan Bautista Sastre.
Juan Miguel de San Vicente.
Juan Lozano Belda.
Juan Ortuño Serrano.
Juan Castillo.
Juan Gallardo.
Juan Bautista Gosalvez.
Juan Bautista Vilarroig y Torres.
Juan Alvarez.
Juan Guirao.
Juan Miguel Herrera.
Juan Tornero.
Juan Dusac.
Juan Pedro Sanchez.
Juan Alix.
Juan Montalvan.
Juan Mazon.
Juan Fontenla.
Juan Fernandez Gil.
Juan Capella.
Juan Ciconiani de Torres.
Juan Oña.
Juan Ibañez.
Juan Manuel Moreno.

D. Juan Bautista Romero.
Joaquin Francisco Pacheco.
Joaquin Villaplana.
Joaquin Molina y Cros.
Joaquin Gonzalez y Huebra.
Joaquin Rojas.
Joaquin Lallabe.
Joaquin Justiniani.
Joaquin Chantrero.
Joaquin Ferreres.
Joaquin Vilaplana.
Joaquin Cerezo.
Joaquin Gonzalez del Castillo.
Joaquin Perez.
Joaquin Bocalan.
Joaquin Rocamora.
Justo María Reinoso.
Justo Bosque.
Jacinto Ronda y Castañeda.
Jacobo José Gordon.
Jacobo Fata.
Jaime Bosch.
Jaime Folquera.
Jorge Vivero y Auge.
Jacinto Gutierrez.
Jacinto Pedroso y Montalvo.
Jacinto Larrinaga.
Jacobo Ramirez y Villaurrutia.
Jesualdo Cebrian.
J. B. de Muruaga.
J. José Cervino.
J. Canga Argüelles.
J. E. Hartzenbusch.
Doña Leonor del Castillo.

D. Luis Antonio Meoro.
Luis Iribarren.
Luis Ichaso.
Luis Roca de Togores.
Luis María Ustariz.
Luis de Perinat y Ochoa.
Luis Sobrino.
Luis Mon.
Luis La Torre.
Luis Palacios.
Luis Rodriguez Seoane.
Luis Dusac.
Luis Zarandona.
Luis Montojo.
Luis Jardel.
Lorenzo Fernandez Pastor.
Lorenzo Moret.
Ladislao Granados.
Leopoldo Augusto de Cueto.
Leonardo Cuevillas.
Luciano Bastida.
Marquesa de Valde-Guerrero.
Marquesa de Valera.
Marquesa de la Florida.
Marquesa Valero de Perez Urria.
Marqués de Gastañaga.
Marqués de Mirasol.
Marqués de Sancal.
Marqués de Torre-octavio.
Marqués del Viltar.
Marqués de Santa Lucía.
Marqués de Cañongo.
Marqués de Campo Florido.
Marqués de Casa-Nuñez de Villavicencio.
Marqués de Estevez de las Delicias.
Marqués de la Real Campiña.
Marqués de la Real Proclamacion.
Marqués de Pinares.
Marqués de Aguas-Claras.
Marqués de Casa-Leon.
Marqués de Villalba.
Marqués de Arneva.
Marqués de Spínola.
Marqués de Torrealta.
Marqués de Remisa.
Doña María Antonia Roca de Togores.
Doña María San Martin de Soroa
Doña María Mira Perceval y Usóz.
Mr. de Lagreze.
Mr. Dugour.
Mr. John Giuseppi.
D. Manuel Cañete.
Manuel Breton de los Herreros.
Manuel Alarcon.
Manuel Melgarejo y Melgarejo.
Manuel Diaz.
Manuel de la Pezuela.
Manuel Felipe de Tovar.
Manuel Costales.
Manuel Avilés.
Manuel Dueñas.
Manuel Gener.
Manuel García Arredondo.
Manuel Ojeda.

D. Manuel Sandoval y Sandoval.
Manuel Camacho.
Manuel Estor.
Manuel Aguilar y Marzal.
Manuel Rodriguez.
Manuel Fernandez Peyrel.
Manuel Ussel de Guimbarda.
Manuel de la Rigada.
Manuel Martinez Baños.
Manuel García Cotorello.
Manuel Diaz Munio.
Manuel Ruiz Tagle.
Manuel Senante.
Manuel Piñero Cano.
Manuel Moreno de Mora.
Manuel Quesada.
Manuel Pastor Orsuzan.
Manuel Pastor Albusex.
Miguel Hernandez.
Miguel María Puche.
Miguel Ambulodi.
Miguel Llorente.
Miguel Ruiz Reyes.
Miguel Patiño de Buceta.
Miguel Fernandez de Beloy.
Miguel Rosales.
Miguel Gomez Puche.
Miguel Morcillo.
Miguel Mazon.
Miguel Risueño y Calvo.
Miguel Pedroso y Pedroso.
Miguel Embil.
Miguel Cabanellas.
Miguel Gaston.
Miguel Barbarrosa.
Miguel Govantes.

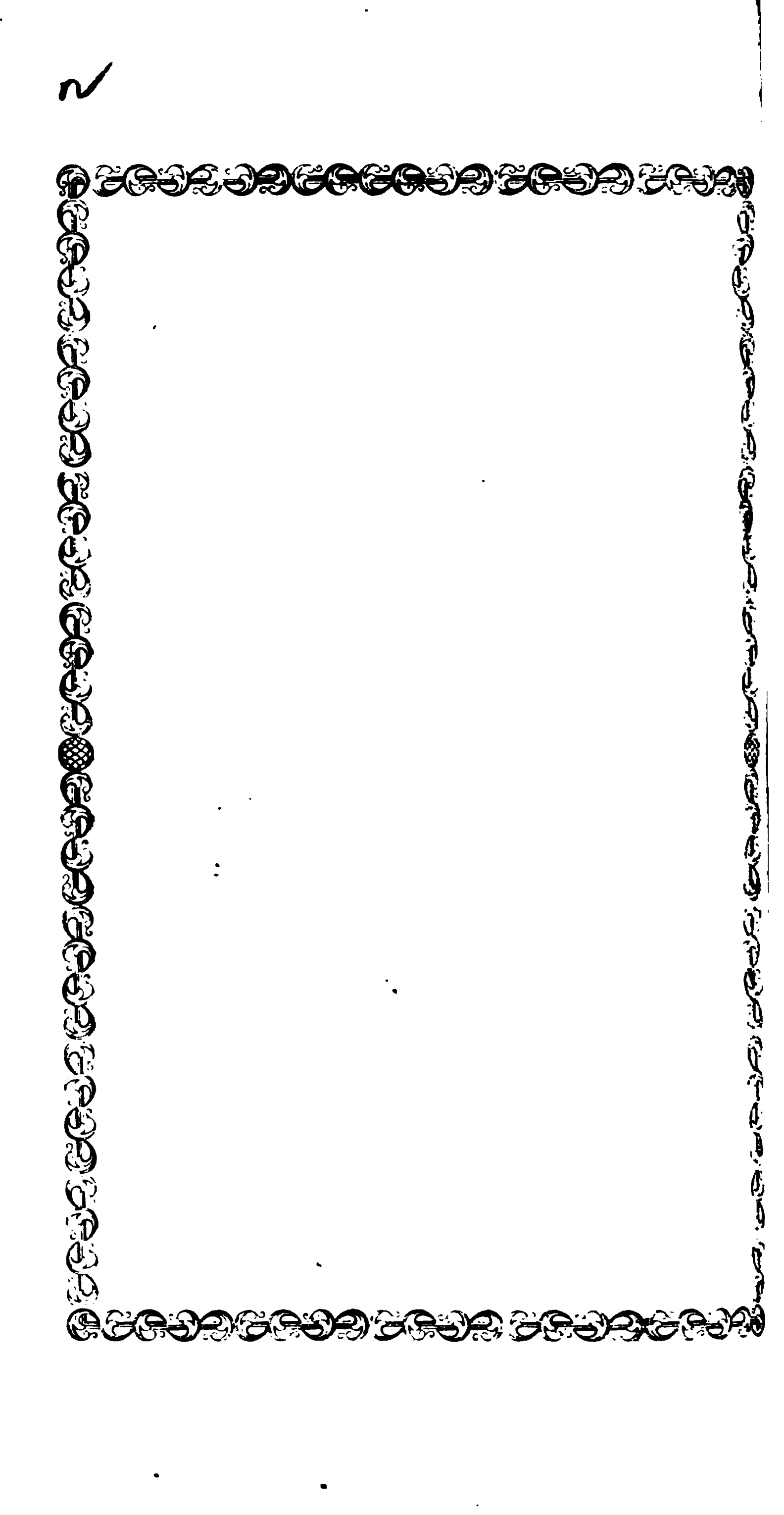
D. Miguel de Cárdenas y Chavez.
Miguel Ruiz de Villanueva.
Miguel Gaston.
Martin Larios.
Martin Escaño.
Martin Rosales.
Martin José de Larralde.
Mariano Perez.
Mariano Torrente y Roldan.
Mariano Luna.
Mariano Conrado.
Mariano Roca de Togores.
Mariano Carreras.
Mariano Peri.
Mariano Casanova.
Mariano Rebagliato.
Matías de Velasco y Rojas.
Matías Baños.
Matías Sorzano.
Marcos Gil.
Mateo de Lastra.
Melchor Gaston.
Marcelino Menendez.
Maximino Posse.
Martin Ezpeleta.
Narciso Barrio.
Narciso Roig.
Narciso Osorio.
Narciso Braquehais.
Nicolás Cano.
Nicolás Pastor.
Nicolás Bazquez y Bazquez.
Nicomedes Pastor Diaz.
Norberto Berdellan.
Nicasio Perez.

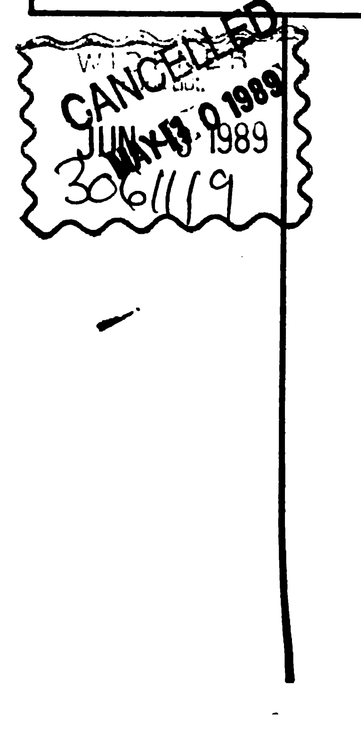
D. Nicasio Gine.
Observatorio de Cádiz.
Obispo de Murcia.
Obispo de Almería.
D. Onofre Amat.
Príncipe Galitzin.
Príncipe Pio.
Doña Paula María de Chavez de Cárdenas.
Doña Pilar de Urtus Austegui.
D. Pascual Aguado.
Pascual Carencio.
Pascual Ibañez.
Pedro García.
Pedro Ahumada y Victoria.
Pedro Belinchon y Belmonte.
Pedro Pardo.
Pedro Lucas Asensio.
Pedro Pablo O-Reilly.
Pedro Regalado Pedroso.
Pedro José Morillas.
Pedro Alcántara Musso.
Pedro Canovas.
Pedro Diaz.
Pedro Garcia.
Pedro Martinez Quintanilla.
Pedro Regalado del Tio.
Pedro Caula.
Pedro Pablo Cagigao.
Pedro Vivas.
Pedro Cort.
Pedro Garcia de Burunda.
Pedro Mesples.
Pedro Perez de los Cobos.
Plácido Villagrasa.
D. Pablo Viña.
Pablo Costa.
Patricio Martinez.
Pelegrin Vitoria.
Pantaleon Zayas de Fortun.
Pascual Bautista Muñoz.
Pascual Capdevila y Marin.
Plácido García.
Real Academia Española.
R. P. Manuel Gil.
D. Rafael Ferraz.
Rafael Martin Neda.
Rafael Chapuli.
Rafael de Cárdenas y Chacon.
Rafael Awelo.
Rafael G. de Urdaneta.
Rafael de Mendive.
Rafael Aguilar.
Rafael Hernandez Camin.
Rafael García de las Bayonas.
Rafael Serrano.
Rafael Martos.
Rafael Thous.
Rafael Mancha.
Ramon Ledesma.
Ramon Martinez.
Ramon Ruiz Lozano.
Ramon Carrasco.
Ramon Fernandez.
Ramon Matienzo.
Ramon Alix.
Ramon García.
Ramon Alfaro.
Ramon Sandoval y Sandoval.
Ramon Garcia Arronis.

D. Ramon Navarrete.
Ramon de Campoamor.
Ramon Navarro.
Ramon Guerrero.
Ramon Lerma.
Ramon Peral.
Ramon Melgarejo y Melgarejo.
Ramon Garcia Arre.
Ramon de la Peña.
Ramon Romero.
Ramon Martin Illescas.
Ramon Montalvo y Calvo.
Ramon Murias y Sentmanat.
Ramon Flores y Apodaca.
Roman Mugartegui.
Roque Ortuño y Puche.
Rodrigo Tavira y Gaston.
Romualdo Francisco de Castro.
Restituto Sandoval.
Secretaría del Ayuntamiento de Santiago.
Secretaría del Ayuntamiento de Orihuela.
Seminario de San Miguel, en Orihuela.
Sres. Spensér y Roda.
Sres. Ibarra (de Bilbao).
D. Salvador Somera.
Salvador Lesus.
Santiago Soroá.
Santiago Rebagliato.
Santiago Salazar.
Santiago Montllor y Gosalvez.
D. Sebastian Cuesta.
Sebastian Giron.
Sebastian Chantrero.
Sebastian Peñalver y Peñalver.
Sebastian García de la Vega.
Sebastian Rolandi.
Simon Grandallana.
Simon Morcillo.
Simon Aguirre.
Simon María Benitez.
Serapio Manresa.
Serapio Caballero.
Sabino Besada.
Trinidad García de Quesada.
Tomás Acha.
Tomás Valarino.
Tomás Ligues.
Tomás Martin Sotolongo y Ugarte.
Tomás Bryan.
Toribio Arazosa.
Teodoro Moreno.
Teodomiro Ibañez.
Timoteo Sanchez.
Trinidad Ferro.
Vizcondesa de Huertas.
Vizconde de Huertas.
D. Virgilio Rubin.
Valerio Peral.
Vicente Fernandez de Arauce.
Vicente Preciado.
Vicente Gomez.
Vicente Gallegos.
Vicente Moreno Tobillas.
Vicente Zammit,

D. Vicente M. de la Riva.
Vicente Tonda.
Vicente Bosch.
Vicente Aspa.
Vicente Martinez.
Vicente Vidal Saavedra.
D. Vicente Gonzalez.
Vicente Reguera y Quiroga.
Vicente Moltó y Gosalbez.
Valentin de Galarza.
Ventura de la Vega.
Viuda de Ruiz.






CANCELLED

